LA RESPUESTA QUE NO NECESITAMOS



LUCAS R. MÜLLER

LA RESPUESTA
QUE NO NECESITAMOS

LA RESPUESTA
QUE NO NECESITAMOS

UNA NOVELA DE

LUCAS R. MÜLLER

Copyright © 2024 por Lucas Ricardo Müller

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Título: La Respuesta que no Necesitamos

Autor: Lucas R. Müller

PB ISBN: [9798879725889]

Editor: Lucas R. Müller

Copyright © 2024 Argentina

Para obtener información adicional, comuníquese con:

www.lucasrmuller.com

Diseño de portada: Jessica Bell Design

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o locales es pura coincidencia y no está destinado a ser interpretado como real o factual.

Primera edición: 2024

SOBRE EL AUTOR

Soy Lucas R. Müller. Nací en Buenos Aires, Argentina. Desde niño tuve la sensación de que mi camino tendría que estar relacionado con el arte y la actuación. Estudié Marketing pero sentí que me faltaba algo más. Sentí que quería usar mi tiempo en algo que realmente me gustara. Asistí a numerosos talleres de teatro durante años. A los 27, decidí dejar mi país y vivir en el exterior. Escribí ***La Respuesta que no Necesitamos*** durante mi último año en Australia. La satisfacción de parar la hemorragia de la imaginación con palabras, fue un trabajo alucinante. No pienso parar.

Conecta con el autor en:

Instagram: lucasrmuller
Sitio Web: www.lucasrmuller.com

LA RESPUESTA
QUE NO NECESITAMOS

Dedicado a

Teresita Galimany
Romina Sznaider
Camila Pérez
Marina Barbera
Silvina Tamargo
Florencia Berthold

CAPÍTULO I

los hilos

La semana fue agotadora. Mi cabeza no dejaba de pensar en esa posibilidad. Debía seguir investigando. Estaba seguro, pero aún no podía confirmarlo. Me recosté en el sofá mirando por el balcón, donde tantas veces me había acostado junto a él. Creo que en algunas partes de la manta que lo cubría aún podía oler su perfume, y me pregunté cuánto tardaría en irse ese olor. Mi cuerpo, sin darme cuenta, ya comenzaba a vivir un poco de lo que estaba por venir.

Puse música en el speaker, una de esas playlists tristes. La luz tenue de mi lámpara de pie color fuego me daba una atmósfera aún más melancólica, pero acogedora. Allí cerré los ojos, miré hacia el techo y lloré, con fuerza y consciente de cada lágrima. Sentí valor por haber tomado la decisión, aunque también temía y no estaba seguro de poder esperar y soportar el precio de la verdad.

Esa noche me quedé dormido allí donde estaba. El despertador sonó aturdiendo mis oídos, obligándome a ir a trabajar. Miré el celular y no encontré ningún mensaje suyo. Me pareció extraño, pero a la vez no. Preparé la ropa que iba a usar ese día, fui al baño a darme una ducha, pero antes pasé por el espejo. Me dio miedo, en verdad, mi cara estaba destrozada. Ojeras gigantes y pómulos hinchados por el llanto, o por el hartazgo. Me duché y estuve listo para salir. Siempre desayuno antes de salir de mi casa, pero esa mañana no tenía hambre, o sí, tenía, pero mi cuerpo no me permitía comer. Con las energías que me quedaban, fui a trabajar. Salí de mi casa, bajé por el ascensor y me enfrenté a la calle.

La ciudad puede ser un lugar de lo más hostil, lleno de individualidades y anonimatos, transitando todos juntos en una jungla. Por suerte el clima era ideal, el otoño estaba en su auge y apenas hacía falta abrigarse durante el día. Aun así, siempre llevaba un sweater en la mochila.

Buenos Aires es hermosa, pero también caótica. Tomarse un bondi o subte a la mañana temprano es un suceso que puede cambiar tu vida; perdón, tu día. Toda esa gente junta, pegada, cuidando sus pertenencias, con diferentes historias que traen de casa en sus caras. A veces el transporte logra ser un limbo donde uno se olvida o no piensa.

Mi trabajo no quedaba lejos de casa. A unas diez cuadras. Caminaba cada mañana tratando de disfrutar del paisaje de los árboles, ya despojados de sus hojas. Aun si estaba triste, trataba de “disfrutar” de estar triste. Pasaba por lo del verdulero, que todos los días me cobraba algo distinto, por el kiosco atendido por Carlos, el venezolano, que parecía que se multiplicaba y nunca dormía. En fin, me gustaba mi barrio.

Dos cuadras antes de llegar al trabajo, recibí un mensaje de Julien dándome los buenos días y pidiéndome que lo disculpara por no haber respondido antes. No me considero una persona celosa ni tóxica, pero esa actitud no se debe sacar de contexto. Me refiero a que jamás espero una disculpa por un mensaje no respondido, pero este caso era diferente. Creía saber por qué no había respondido.

Llegué al trabajo, pasé la tarjeta por el molinete y fui hacia mi escritorio. Pero antes saludé a Gastón, el chico de seguridad. Aun sin conocerlo tanto, Gastón era una persona que me

inspiraba la confianza para comprarle un auto usado, si fuera necesario.

Yo no tenía amigos en el trabajo, sino compañeros. Me refiero a que no solía invitarlos a mis cumpleaños, de hecho si me fuera a vivir a Groenlandia jamás volvería a saber de ellos. Pero igual eran buenas personas, en especial Josefina y Valen que formaban parte de mi equipo de trabajo. Esa mañana se dieron cuenta enseguida de que no tenía un buen día, y que quería estar tranquilo sin que nadie me preguntara nada. En verdad, intentaba comenzar el día y hacer tareas pendientes pero no lo lograba. Sin dudas mi cabeza estaba en otro lado. No me esforcé demasiado en aparentar algo que no podía, y continúe ideando el plan para solucionar eso que tanto me atormentaba. Luego de haberlo pensado durante varias noches, sentía que había llegado el momento de eliminar toda duda. Tenía que hacerlo.

Esa tarde, le pregunté a Lucio, mi jefe, si podía salir dos horas antes. Sería alrededor de las tres de la tarde. Le dije que era algo muy importante y que por favor no me preguntara más. Él me conocía y teníamos confianza. Además, seguro que al ver mi cara se dio cuenta de que no debía indagar y solo dejarme ir.

No quería, pero debía responderle el mensaje a Julien. Qué difícil. Qué feo era hacer como si nada, como si todo lo que pasaba por mi mente y cuerpo no existiera, que el otro no se diera cuenta y todo siguiera igual.

Le respondí sin mucho entusiasmo, pero tampoco con desprecio para no levantar sospechas. Le pregunté qué haría esa noche y si nos veríamos, a lo que me respondió que creía que no, que estaba agotado y que quería descansar. Obviamente no le creí y seguí con mi plan.

Eran casi las tres, salí del trabajo y fui hacia su casa. Caminé hacia la avenida y tomé el 152, que estaba repleto de gente. Mientras estaba en el colectivo, sudado y apretado, agarrando mi celular para evitar un posible robo, mi mente imaginaba qué diría toda esta gente si supiera lo que yo estaba haciendo. Créanme que moría de vergüenza por dentro. Pero no me quedaba otra, debía saber la verdad. Llegué hasta el edificio donde vivía él, y fui hacia un café que estaba justo enfrente. Pedí un capuccino y me senté cerca de un ventanal gigante que daba a la calle, donde tenía una vista amplia hacia la entrada de su edificio. Me acomodé, saqué de la mochila unos lentes de sol y una gorra. Estaba seguro de que sería el camuflaje perfecto, aunque algunas personas del café me miraran raro.

Allí me encontraba, casi sin pestañear, mirando la entrada de su edificio, sintiendo vergüenza. Pero aun así, me quedé y seguí observando. Sentí cierta adrenalina y tensión. Alrededor de las cuatro de la tarde, a unos metros de la entrada, lo vi venir. Llevaba su campera negra preferida, sus hermosos lentes y su mochila. Estaba solo y lucía visiblemente cansado. Entró a su casa. Parecía ser que esa tarde mis acciones no darían el resultado que esperaba. De todas maneras no quería que el esfuerzo fuera en vano. Me negué a aceptar mi derrota y decidí quedarme observando un tiempo más.

Al rato una empleada del café se acercó para decirme que debía irme, era hora de cerrar. Recogí mis cosas y guardé los lentes de sol antes de salir del lugar. Eran alrededor de las seis de la tarde, ya no había sol y no quería parecer un loco. Era el momento, tenía que tomar la decisión de seguir con la misión o irme a casa. El supermercado chino estaba abierto, así que compré dos latas de cerveza y me senté en la entrada de una casa a tomarlas y esperar. También desde esa nueva posición podía ver la entrada de su edificio. Allí me quedé, tomando y mirando atento, intuyendo que en algún momento bajaría o le abriría a alguien.

Apreté la última lata con bronca pero con cuidado de no cortarme, las había tomado todas. Fui a comprar una más y prometí que sería la última. Luego volví a la vereda, a mi puesto

de vigilancia. Abrí la lata haciendo ese característico sonido. Le di el primer sorbo y en la vereda de enfrente vi a un chico muy lindo. No sé por qué, pero hubo algo que me hizo pensar que le gustaban los hombres. El chico paró en la entrada del edificio y tomó su celular. Envió un mensaje avisando que ya estaba allí, o al menos eso deduje.

Una rara sensación se apoderó de la boca de mi estómago, sentí que vería lo que tanto esperaba ver y no quería. Esos minutos, mientras la persona a la que ese chico le había escrito bajaba a abrirle, mi mente viajó por todo tipo de conjeturas y escenarios. ¿Qué haría si fuera Julien? ¿Saldría corriendo, o lo increparía? ¿Le diría algo, o solo me iría a mi casa? Una persona dentro del edificio se acercó a la puerta, la abrió y salió a abrazarse con ese chico que estaba esperando. Era una mujer. Se abrazaron como dos amigos que no se veían hace tiempo y se fueron caminando despacio y riendo. Les pedí disculpas telepáticamente.

Ya algo borracho por las tres latas que había tomado casi sin haber comido durante todo el día, me rendí y volví a casa. Tomé el colectivo que esa vez estaba vacío. Eran alrededor de las diez de la noche. Al llegar, me desvestí y miré el celular. No tenía ningún mensaje. Apoyé mi cuerpo en la cama y me dormí, sucio y borracho.

Al día siguiente, sintiéndome peor que el anterior, cumplí con mi rutina y fui a trabajar. Convencido de que solo había perdido una batalla y no la guerra, le dije a mi jefe que me iría alrededor de las dos de la tarde. Esa vez no fue una pregunta, sino una afirmación. Es probable que mi cara no le hubiera dejado lugar a otra respuesta, porque solo atinó a afirmar con la cabeza.

Decidí cambiar la locación del plan, por eso ese día salí del trabajo aún más temprano. Le había escrito a Julien al mediodía, preguntándole si quería que nos viéramos a la noche, pero respondió que tenía planes de verse con su amiga Sonia.

Guardé mis cosas en la mochila, y caminé hacia su trabajo, que estaba a veinte cuadras del mío. Decidí ir caminando porque quería evitar el tráfico y el caos del transporte, y además me serviría para intentar bajar los nervios y la ansiedad que mi cuerpo estaba soportando. Al llegar, y ya con mi experiencia anterior, me situé en la vereda de enfrente con mi gorra y mis lentes de sol a esperar que saliera. Trataba de mirar el celular y caminar en círculos, para bajar los nervios e intentar no levantar sospechas. No podía creer lo que estaba haciendo, pero lo estaba haciendo. Estaba espiándolo, y también estaba dispuesto a seguirlo si fuera necesario.

En una de las mil quinientas miradas que hice hacia la entrada del edificio donde trabajaba, lo vi salir con su camisa blanca entreabierta y distendida, con la onda que lo caracterizaba. Comenzó a caminar hacia la esquina e hice lo mismo por la vereda de enfrente. De repente cruzó hacia donde yo estaba, así que tuve que esconderme rápidamente detrás de un árbol. Pasó muy cerca de mí, y volví a seguirlo a unos metros de distancia cuidando cada uno de mis pasos. Luego de tres cuadras, preguntándome hasta dónde llegaría esa situación, dejó de caminar al llegar a un bar. Se quedó en la puerta mirando su celular como buscando cierta aprobación. Tomó asiento en una de las mesas de afuera mientras miraba a su alrededor como si esperara a alguien. Tratando de que no me viera y pensando cómo continuaría el plan, me quedé a unos cincuenta metros de su espalda a esperar que algo sucediera.

Luego de unos diez minutos espiándolo de lejos, vi un chico acercándose a su mesa. Intenté ver cómo se saludaban pero justo tropecé con una mujer que venía caminando. Le pedí disculpas pero me miró con cara de decir “qué boludo que sos”. Cuando traté de reincorporarme, los dos ya estaban sentados a la mesa. Parecía que iban a estar mucho tiempo allí. Mi cabeza jamás dudó y siguió estrictamente con el plan de saber la verdad.

En la vereda de enfrente había otro bar con bastante gente, con una mesa afuera que parecía tener una buena visión hacia ellos. Crucé rápido la calle tratando de apurarme y que nadie la ocupara. Me senté y confirmé que desde mi lugar los podía ver. La mesera, una chica de unos veintidós años con una sonrisa de oreja a oreja se acercó con el menú en sus manos. Seguro eran sus primeras semanas en ese trabajo. Me preguntó qué quería tomar y le dije "la cerveza más suave que tengas". Obviamente no tenía ganas de tomar, pero no podía sentarme y no pedir nada. La mesera trajo la cerveza y le dije que le pagaba en ese momento por las dudas de que tuviera que irme rápido, por si ellos se levantaban. No se lo dije a la mesera sino a mí mismo.

No pueden imaginarse la cantidad de cosas que pasan por la mente cuando uno está solo en un bar, tomando algo que no quiere y espiando a su novio, que está en la vereda de enfrente tomando algo con otro chico. Calculo que habré estado allí unas dos horas. La mesera se había acercado varias veces preguntando si quería algo más, a lo que le contestaba que no. Su sonrisa se iba desdibujando poco a poco. Durante esas dos horas, sentí que cada carcajada de ellos era una puñalada para mí. No paraban de reírse el uno con el otro. Conmigo, ya no se reía así.

En una de todas esas miradas que dirigí hacia ellos, vi que se levantaban y comenzaban a preparar sus cosas como para dejar la mesa. Caminaron hacia la esquina. También me levanté y comencé a caminar, pero de la mano de enfrente. Mi corazón se desarmó al ver que él posaba su brazo en el hombro del chico mientras caminaban. Tratando de esconderme pero también sin querer dejar de ver, vi que Julien tomaba su celular y alternaba entre mirar hacia la calle y la pantalla, por lo que deduje que podrían estar pidiendo un Uber. Probablemente, tenía solo unos minutos para decidir cuál sería mi próximo movimiento sin perderlos de vista. En ese momento pensé, "¿y si paro un taxi detrás de ellos y le pido que sigamos a ese auto?". Muy de película tal vez, no sabía si el taxista me haría caso y seguiría mis órdenes.

Pero lo hice. Vi que su Uber estaba llegando, debía actuar rápido, unos metros detrás de ellos se acercaba un taxi libre y lo paré. Mis ganas de saber la verdad y que el plan no terminara frustrado esa noche, hicieron que llevara adelante la mayor jugada de convencimiento de mi vida. Subí al taxi, que era manejado por un hombre de unos sesenta años.

—Buenas noches —me dijo.

Mi cara, conmocionada y afligida, dio el primer paso.

—Señor, mi novia está en ese auto con otro hombre y me está engañando. Necesito que la siga y terminar con este sufrimiento —le dije casi suplicándole, sin dejarle otra opción que hacer lo que le había pedido.

Sí, le dije "mi novia" para asegurarme de que fuera parte de mi misión y no me rechazara. Nunca se sabe cuándo te puede tocar un taxista facho y homofóbico.

Durante el viaje casi no hablamos, solo de vez en cuando para confirmarle cuál era el auto al que debía seguir. Mientras preparaba el efectivo para pagarle y como no sabía adónde se dirigían ellos, agregaba de a cien pesos al importe que veía en el indicador de tarifa, por si debía bajar rápido.

De repente, el auto estacionó y el chico se bajó primero. Le dije al taxista que parara y le pagué. Cuando estaba listo para bajarme, al ver que eran dos hombres los que habían bajado del otro auto, el taxista me miró casi afligido porque le había mentido. Solo atiné a decirle: "De verdad, gracias".

Al bajarme, manteniéndome a una distancia considerable de ellos pero sin perderlos de vista, los vi entrar abrazados a un motel. Sin tener el control de mi cuerpo, continué caminando y me quedé mirando el cartel luminoso de ese hotel alojamiento. "Lujuria City", se llamaba.

El tiempo se paró. Todo se paró. No estaba pensando en nada, no sentía nada. Quedé tieso como un robot roto y sin alma.

Comencé a caminar sin rumbo. Entré a un kiosco y compré un paquete de cigarros y un encendedor. Mientras deambulaba, fumaba. La sensación de placer de fumar un cigarro sin ninguna culpa, luego de más de un año, era maravillosa.

Caminé alrededor de cuarenta cuadras hacia mi casa esa noche, y fumé como diez cigarrillos en ese tiempo. Llegué, me bañé y me puse el short más cómodo. Fumé el resto de los cigarros en el balcón, mirando la luna. No, no lloré, pero me dolía el pecho.

Ya tenía la respuesta, y miles de preguntas que no sabía si serían respondidas. Aunque doliera, mi plan había funcionado.

Al fin sabía la verdad. Misión cumplida.

.

Sin creerlo me levanté como si me hubiera sacado un gran peso de la mochila que llevaba encima. Bastante, pero no todo. Aún me faltaba que él lo supiera.

Llegué al trabajo luego de haber dormido un poco más que las noches anteriores. Ahí estaba Gastón, con su uniforme negro que tenía un escudo de lo que parecía ser un águila y un símbolo raro, que decía *"Seguridad Privada El Cóndor"*. Gastón me miró y sonrió.

—Buenos días Elías —dijo con alegría.

—Buenos días Gastón, ¿cómo estás? —pregunté casi con el mismo entusiasmo, como si él me lo hubiera contagiado.

—Muy bien, licenciado. Se lo ve con mejor cara hoy.

—¿Sí? Bueno gracias, creo que hoy dormí un poco más.

—Recuerde, solo se tiene que dormir menos por cosas importantes.

Le contesté con una risa pequeña que suelo hacer cuando ya no sé qué más decir y me retiré.

Presioné el botón del ascensor. Al abrirse, subí y vi la silueta de Gastón por el reflejo del espejo. Me miró fijo a los ojos, y con una expresión reflexiva en su cara, declaró:

—Usted es un hombre con mucho valor. No se ponga un precio tan bajo, jamás. —La puerta del ascensor se cerró.

Mientras subía al piso 7, miraba el espejo y me preguntaba qué había querido decir Gastón. Obviamente entendí la frase pero no sabía a qué se refería, porque no me conocía demasiado y tampoco era que tuviéramos conversaciones muy largas cuando nos cruzábamos. No le di mucha importancia a su comentario, pero igual lo recordé. Llegué a mi piso y fui directamente a mi escritorio. Allí estaban Josefina y Valen, mis competentes compañeros de trabajo. Lo estoy diciendo con ironía.

Josefina tenía 32 años, había vivido toda su vida en Munro, un barrio a las afueras de la capital, y estaba contenta con lo que había "logrado". Hacía todo lo que el novio le decía y parecía sentirse cómoda con eso. Creo que el novio a veces la maltrataba. Su lugar preferido para irse de vacaciones era Gualeguaychú, a la casa de su suegra, o al menos eso había dicho varias veces en nuestras rondas de mate. Era buena persona pero se dejaba influenciar demasiado, entonces, al fin y al cabo, no era confiable.

Luego estaba Valen, un chico de Lomas de Zamora, conurbano bonaerense profundo. Creo que tenía alrededor de 27 años. Era un pibe simpático pero medio tonto. Igual lo apreciaba, porque era transparente y no mentía.

Al verme llegar a mi escritorio, ambos me miraron fijo algo sorprendidos.

—Buen día.

—Te ves diferente Elías —respondió Valen a mi saludo.

—Dormí un poco mejor anoche —contesté.

—¡Es verdad! —irrumpió Josefina mientras yo hablaba—. Contanos qué pasó anoche. ¿Fuiste a cenar con tu chico a un lugar lindo?

Su pregunta me pareció bastante estúpida. No entendí cómo relacionaba mi cara descansada con que hubiera salido a comer la noche anterior con mi ex novio. Lo peor era que yo no había salido a cenar, pero él sí.

—La verdad es que hoy me siento bien, pero necesito concentrarme todo el día en algo importante así que les voy a pedir que no me jodan. Gracias —les dije de buena manera pero tajante a la vez.

Los dos me miraron con cierto desprecio por no haberles contado más de lo que había sucedido, pero la realidad era que ellos no eran mis amigos. No ando contando cosas de mi vida privada tan livianamente. Para eso tenía amigos de verdad, como Carla. De hecho, ella no estaba actualizada de lo último que me había sucedido.

Pero antes tenía que continuar con el plan ese mismo día. Mientras pensaba cómo sería mi estrategia para ello, trataba de avanzar mínimamente con alguna de mis tareas del trabajo para que Lucio no se diera cuenta. Tenía que mandarle un mensaje a Julien para vernos ese día. Tomé mi celular y le escribí.

Hola Juli, ¿cómo va?

Hola mi amooooor
Te extrañé esta semana

Nos vemos hoy en la plaza?
Cerca de tu laburo?
Quiero contarte algo importante

Dale! Pasó algo?

No, no, nada, no te preocupes
Cuando salgo del laburo
te escribo y te espero ahí

Dale, nos vemos en un ratito. Te amo

Yo también

Era el horario del almuerzo. Casi siempre comía en el comedor junto a otros compañeros, o a veces en mi propio escritorio para estar solo y tranquilo. Esa vez quería estar solo y tranquilo pero en otro lado. No tenía mucha hambre, así que me preparé un té en una taza térmica que había por allí y agarré un paquete de galletitas como para al menos intentar comer algo. Fui a la plaza que estaba justo detrás del edificio donde trabajaba. Me puse los auriculares y dejé que el

sol iluminara mi cara. Mientras escuchaba música, miraba a la gente pasar. Cada uno armaba su mundo. Una niña y un niño jugaban en el tobogán de la plaza y se perseguían uno al otro riendo. Sin preocuparse por nada más que hacer la tarea y tener amigos. No había mucho más que eso.

De vez en cuando me gustaba hacer miradas al sol y respirar hondo. Lo que tenía que hacer ese día era otro gran desafío. Mis oídos recibían a *Wonderwall* de Oasis. Una canción hermosa.

Era hora de volver a la oficina. Me senté en mi escritorio casi esperando que se hiciera la hora de irme, mirando el reloj cada dos minutos. A las tres y media de la tarde, tenía mi mochila preparada y mis auriculares puestos.

Le mandé un mensaje a Julien diciéndole que en alrededor de una hora iba a estar en la plaza que habíamos acordado. Comencé a caminar tratando de relajarme, no sin antes pasar por el kiosco a comprar un paquete de cigarros. Fui al mismo de siempre, y estaba la misma chica hermosa de siempre.

—¿Fumás? —me preguntó sorprendida.

No sé por qué la gente se sorprende tanto cuando le decís que fumás, no tiene nada del otro mundo. Aparte, yo no fumaba. En ese momento quería fumar nada más.

—Sí, a veces fumo algunos, pero solo a veces —le contesté con amabilidad.

Pagué y me fui caminando. Cada cuadra que pasaba, estaba más nervioso pero más seguro y tranquilo a la vez. Era como ir al dentista. Es algo que no querés hacer, pero sabés que luego te vas a sentir mucho mejor. El sol de a poco dejaba de tocar mi piel, sentía la brisa de los árboles y una temperatura cada vez más fría que me obligó a ponerme mi sweater naranja. De a poco todo se volvía más gris.

Faltaba una cuadra para llegar a la plaza. Miles de recuerdos pasaron por mi mente en segundos, sabiendo que mi vida estaría por cambiar para siempre. La plaza tenía una fuente de agua enorme en el medio. Sabía que Julien estaría allí, sentado mirando el agua. Di los pasos más cortos hasta llegar a él, mientras que mi pecho se hundía.

—¡Hola mi amor! —se paró a darme un beso en la boca. No lo acepté, pero sí lo recibí. Es decir, no hice nada. Él me dio el beso, no yo.

—Hola —le contesté con un tono serio y seco.

—¿Fumaste? Tenés olor a cigarrillo.

Lo miré fijo a los ojos y las imágenes que antes pasaban por mi cabeza, volvieron a pasar. Casi como si el tiempo se hubiera detenido, vi la película de todo lo que habíamos vivido. La mayoría eran momentos buenos. Cuando conocí a su mamá, a su perro; cuando él conoció a mi madre, a mi hermano; cuando me puse contento porque consiguió el trabajo que quería; cuando se fue de vacaciones con sus amigos de toda la vida; cuando fuimos a ver Batman al cine; cuando nos quedábamos los domingos de invierno haciendo el amor debajo del acolchado; cuando le regalé las entradas para que fuéramos juntos a ver al DJ que le gustaba; cuando se quedaba en mi casa y preparaba el desayuno para compartir con él; cuando estuve a su lado para apoyarlo todas las veces que necesitó, sin pedir nada a cambio… Era bueno. Fui bueno. Soy bueno.

Lo miré con la poca fuerza que me quedaba.

—No vamos a estar más juntos. —Él me miró sin entender nada.

De verdad, no entendí cómo es que no supo cuál podía ser la causa de mis palabras.

—¿Qué decís amor? ¿A qué te referís? No entiendo —respondió desorientado y casi enojado.

Hice silencio. Suspiré y miré hacia el cielo, donde se estaban asomando los hermosos colores naranjas y rojos típicos de un atardecer de otoño en Buenos Aires. Volví a suspirar y

posé mi mirada en él.
—Me engañás, me tomás por estúpido y mentís. Jamás me habían humillado así en toda la vida.
—¿Qué decís? No entiendo de que me habl…
—¡BASTA! —lo interrumpí sin dejarlo terminar—. No me trates así por favor. Dejame hablar y no interrumpas. Te vi. Te vi con otro pibe, y ni se te ocurra negármelo porque vas a tirar por la basura lo último de dignidad que te queda. ¿Sabés qué es lo que más me duele? —le dije haciendo una de esas preguntas que uno no espera que sean respondidas, mientras él comenzaba a lagrimear haciendo temblar sus labios—. Me duele que no te importara cómo iba a lastimarme esto, me duele cómo me denigraste y usaste como un trapo sucio. Me duele que hayas sido tan cobarde para ocultarme que querías estar con otros o que ya no te gustaba. Me duele. Mucho me duele, y quiero que desaparezcas de mi vida Julien.

No noté arrepentimiento en sus lágrimas. Creo que él también en el fondo, parecía aliviado.
—Dejame reparar esto, no sé lo que hice. Me arrepiento y no quiero destruir lo que construimos.
—Ya lo destruiste.
—¡Tiene que haber una forma, te pido perdón! ¡Perdoname! -expresó en un tono alto, mientras algunas personas que pasaban cerca se daban vuelta a mirarnos.
—Ya no hay nada más. No se puede volver de esto, o al menos no quiero, no tengo ganas. Me hiciste mierda y no hay vuelta atrás cuando la persona que amas te hiere tanto.

Nos quedamos en silencio por un momento, mientras él lloraba y yo lo miraba, viendo todo lo que pudimos ser y no fuimos. Intentó abrazarme pero lo evité empujando sus brazos con los míos.

Cuando caminaba para encontrarme con él, pensé si debía hacer esa pregunta, si valía la pena, si era necesario y si me serviría de algo. Me respondí que no, varias veces. Pero en ese instante cambié de opinión, algo que no me gusta hacer; desdecir algo que ya había decidido.
—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté casi sin querer saber la respuesta.

Primero me miró con los ojos vidriosos y luego dirigió su mirada hacia el suelo. En verdad, no sabía qué iba a decir, no podía imaginarlo, o no quería. Pero en realidad, yo creía que no había ningún motivo para hacer lo que hizo. Ninguno.
—No lo sé —me respondió casi como si sus palabras tuvieran una distancia eterna entre ellas—. Supongo que necesitaba otra cosa y no supe cómo decírtelo.

Otra vez me miró a los ojos, esperando una respuesta de mi parte. Pero no dije nada, para no interrumpirlo. No continuó. Solo se quedó llorando y mirando el suelo. No creí en sus palabras, o al menos sentí que tenía que haber algo más que explicara por qué me había engañado sin dar alguna señal.
—No te creo. Tiene que haber algo más. No podés haber hecho lo que hiciste sin pensar en las consecuencias, en que estabas destruyendo nuestro vínculo, nuestra amistad, en que en algún momento me daría cuenta, en que no querría perdonarte ni tampoco dejar que me recuperes, sabías que me ibas a perder para siempre, sabías que…
—¡No te amo más! —me interrumpió llorando y gritando con cierta violencia—, no te amo. No te amo más, ya no te amo.

Nadie está preparado para que le digan eso, nadie. Ni siquiera los que hacen terapia durante diez años y tienen relaciones súper sanas. Nadie. Menos yo, definitivamente yo no estaba preparado. Mientras él respiraba agitado, yo intentaba que sus palabras no me terminaran de destruir y no me dejaran ni siquiera levantarme e irme de esa plaza.

No podía pensar, nadie piensa en un momento como ese. Pero sentí que ya no había nada más que decir esa noche. Estaba terminada.

—Gracias —le dije.

Me paré y caminé. Lento, como podía, mientras él seguía llorando. No miré hacia atrás, solo lo escuché. Caminé, y el espacio se convirtió en un escenario opaco repleto de hilos gruesos, que se rompían y resquebrajaban cuando antes nos unían, pero ya no.

La distancia crecía cada vez más. Todo se desvanecía. Los sonidos se apagaban y el profundo silencio se escuchaba cada vez más. Caminé mucho. O tal vez huí, no lo sé.

CAPÍTULO II

la aceptación

No tenía ganas de salir de mi casa. Mis amigos y mi hermano me mandaban mensajes preguntando cómo estaba. Respondía que no estaba bien, pero que ya me recuperaría. Les agradecía, pero no necesitaba nada en ese momento. Julien no me mandó ningún mensaje, yo tampoco. Ni siquiera había pasado una semana desde el día en que nos vimos en la plaza y me dijo que no me amabas más. Eso me dijo.

Siempre fui muy consciente de cómo soy, y si hay algo que no me gusta de mí mismo lo intento cambiar, para mejorar y vivir mejor. Uno nunca es perfecto, estamos siempre en movimiento, cambiando, para bien o para mal. Recuerdo cuando era pequeño y en la escuela debía escribir algún mensaje o dedicatoria en un regalo para alguien… Mientras todos escribían "Nunca cambies", mi espíritu se negaba a ser tan rígido y siempre escribía "Cambiá, siempre."

Lloré. Lloré mucho durante esos días. Me dolía el pecho de tanto llorar. Supongo que luego me quedaba dormido, porque no recuerdo cuándo paraba. Parecía necesario llorar. Puede resultar raro para algunos, pero sentía que cuanto más llorara, mejor me iba a sentir después. Estaba angustiado, pero eso no me impedía recuperar los últimos gramos de fuerza que me quedaban y decirme a mí mismo que tenía que salir de eso. Con Julien, estuvimos juntos casi tres años. Sería difícil recordar o volver a ser quien era antes de conocerlo, volver a ser feliz. Muchas preguntas se me ocurrían en ese momento. Me preguntaba si podría volver a amar, si alguien me amaría alguna vez, si las relaciones gays eran imposibles y me quedaría solo toda mi vida.

No importaba. Debía recuperarme, levantarme y ser mejor que antes. Esa mañana, le escribí a Lucio para decirle que debía tomarme unas vacaciones forzadas, no podía volver a trabajar en ese estado. Mi vida, de verdad, había cambiado para siempre.

Mientras estaba acostado en mi cama escuchando la lluvia caer en la ciudad, tapado con mi acolchado de plumas ideal para el invierno, tomé mi celular y releí los mensajes que me había enviado mi hermano. En uno de ellos, me invitaba a comer un asado ese fin de semana. Para mi sorpresa y la de él, le respondí que sí, que iría. A los dos minutos de haber tomado el celular, llegó un mensaje de Grace. Mis manos temblaban, supuse que eso iba a suceder a menudo.

Grace era mi suegra, o mi ex suegra. Me preguntó cómo estaba y me dijo que necesitaba hablar conmigo, quería que nos encontráramos a tomar un café. Dejé el celular en la mesita de luz y miré hacia el piso, a una de las esquinas de mi habitación. Quedé con la mirada fija unos minutos, y con la mente en blanco. El celular volvió a vibrar. Era otro mensaje de Grace, en el que me suplicaba que aceptara verla. No estaba seguro de qué responderle.

Siempre quise mucho a Grace. Supongo que por eso debía aceptar, y además también quería "despedirme" de ella. Arreglamos para vernos esa misma tarde en un café de Recoleta, ya que trabajaba cerca de allí. Ella no podía esconder la felicidad de que hubiera aceptado.

Parecía ser que así iban a ser esos tiempos. Haciendo duelos constantes para olvidar, olvidar todo, para solo recordar, recordar sin dolor. Me bañé, me lavé los dientes y fui hacia el

café. Mientras caminaba, pensaba si sería la última vez que vería a Grace. Ella siempre me trató bien. Me hacía los mejores guisos, esos que cuando terminás el plato limpiás lo que queda con un pedazo de pan, o me convidaba cigarrillos cuando me quedaba sin.

Una de las cosas que más disfrutaba era ir a su casa. Es decir, el camino hacia su casa. Ella vivía en la zona oeste del conurbano bonaerense. Cuando la visitábamos, íbamos a la estación Urquiza, nos tomábamos el tren y en unos cuarenta minutos estábamos en su casa. Era el tren más lindo del mundo; con su estilo ochentoso, asientos de cuero verde y ventanas atascadas que había que abrir haciendo fuerza con las manos. Cada tren tiene su magia, cada estación la tiene. Es un mundo que siempre me impactó. Tantos lugares conectados por esas vías, tantas personas que se suben solo para ir de un lugar a otro. Nunca faltaban los vendedores ambulantes, que pasaban y te ofrecían galletas, chocolates o hasta las chucherías más extrañas. Tampoco faltaban los niños que pasaban pidiendo dinero o algo para comer. La triste realidad. En fin, todo eso hacía que el tren fuera un mundo especial, y más aún el tren Urquiza, que hasta tenía su propio aroma.

Llegué al café, que estaba frente al hospital donde Grace trabajaba. Me senté en una mesa de afuera, luego de haber mirado adentro a ver si ella se encontraba allí, pero no. Vino la mesera, y le dije que quería un capuccino. Desde lejos la vi venir, con su overol de enfermera y esas caderas danzantes y anchas. Me levanté de la silla y apenas nuestros ojos hicieron un contacto más cercano, ambos nos pusimos a llorar. Nos dimos un abrazo que se sintió cargado de amor y aprecio. Creo que ella también pensaba que sería la última vez que nos veríamos.

Nuestros pechos se despegaron, nos miramos a los ojos llenos de lágrimas y nos reímos. En silencio nos sentamos y la mesera se acercó para preguntarle qué iba a pedir. Se sorprendió al ver a Grace con los ojos vidriosos, pero de inmediato le dijo que no se preocupara, que estaba bien y quería un cortado, con más leche que café.

—¿Cómo estás? —me preguntó con sinceridad y esperando una respuesta honesta.

—Y... Como puedo. Es difícil, pero bueno. Las cosas se dieron así y no las puedo cambiar. Solo me queda mirar para adelante —le expresé con una voz calma pero algo quebrada.

Ella me miró y pude ver desilusión a través de sus ojos.

—Él me contó todo. Me enojé mucho. Nadie se merece que le hagan algo así, menos vos. Te lo digo porque Juan Carlos me hizo lo mismo. Y bueno, hoy pudimos construir una relación de amistad después de los años.

—Para serte sincero Grace, no creo que eso suceda entre tu hijo y yo. El dolor es inmenso, y hay errores que no se pueden reparar. No tenemos por qué repararlo. Las cosas se dieron así y las cosas tienen consecuencias.

—Lo sé, y mi intención al invitarte hoy acá no es para convencerte. Solo quiero decirte que el tiempo cura, y muchas veces hace que reflexionemos y queramos perdonar. No es fácil destruir al amor.

—Evidentemente tu hijo no te contó todo Grace.

—¿A qué te referís? No pueden terminar así, dejando de lado todo lo que construyeron.

—Grace, como te digo, hay algo que no sabés y creo que no corresponde que te lo diga, porque me hace mal.

—Por favor, no me dejes así. No entiendo, explicame.

—Grace, tu hijo no me ama más.

Ella se quedó mirándome con sus ojos sorprendidos, alternando entre la taza de café y mis ojos.

—No creo que no te ame más, debe estar confundido. Mirá si no te va a amar, si fuiste, sos —se corrigió— la pareja más importante que tuvo.
—Grace, me lastima que me digas esto, por favor. Tu hijo no me ama más. Hay que seguir adelante, ya está. Duele, mucho. Pero no puedo hacer nada. No me ama, no tengo más nada que hacer ahí y encima me engañó. Tampoco puedo destruirme así, tengo que proteger mi ego —le dije serio y con firmeza.

Grace apuntó su mirada hacia la calle, mientras se secaba las lágrimas y trataba de que no se le corriera el maquillaje.
—Te voy a extrañar mucho Grace. Gracias por haberme tratado tan bien, siempre —le expresé mientras le secaba las lágrimas con mi pulgar.

No volvió a intentar convencerme. Miró su reloj, se paró y nos abrazamos nuevamente. Caminamos hacia la esquina y nos dimos un abrazo de despedida.
—Quiero que sigamos en contacto. Fuiste y sos parte de mi familia.
—Gracias Grace, aprecio que me digas esto.

Mientras posicionaba su cuerpo para cruzar la calle, dio vuelta su cabeza, y dijo:
—Yo creo que sí te ama.

Me reí y alcé la palma de mi mano para despedirla. Allí se fueron los guisos, las carcajadas, los puchos, la birrita, las reposeras en el patio en verano, y ese tren maravilloso lleno de vida. Mientras veía la espalda de una mujer dolida alejarse cada vez más de mí, me dije que de allí en adelante debía tomar acciones que no me hicieran sentir dolor.

Ese día, supe que sería el último abrazo que le daría a Grace.

.

Era domingo y seguía nublado como casi toda la semana. Me levanté y miré mi celular. No tenía ningún mensaje de él, ni yo le había escrito. El frío de Buenos Aires de a poco se convertía en protagonista de todos nuestros días.

El frío modifica. Modifica todo lo que tiene alrededor. Hace que te cueste más levantarte, hace que camines diferente, hace que hagas el amor de manera distinta. Está presente en las decisiones sobre salir a tomar algo con amigos o no, hace que oscurezca más temprano o que te de más fiaca ir a hacer ejercicio.

Ese domingo hacía frío, pero le había prometido a mi hermano que iría a su casa al mediodía. Antes de ducharme, pasé por el espejo. Sentí que tenía que cambiar mañana mismo. En los últimos años, había dejado de hacer actividad física como lo hacía antes, y había perdido la poca masa muscular que tenía. Mis hombros no estaban erguidos y mi cuerpo estaba inclinado más hacia abajo que hacia arriba.

Tomé un abrigo y preparé la mochila con dos vinos que había comprado; a mi hermano le encanta el vino. La calle estaba vacía, reflejaba cómo se sentía un domingo en la ciudad. Para mí no era muy domingo, ya que al día siguiente no iría a trabajar porque aún me quedaba una semana más de vacaciones. En ese momento pensé qué haría luego de que los días de vacaciones se me acabaran. No había pensado un plan. Supongo que no quise verlo ni pensarlo. Sería un problema del futuro, me dije a mí mismo.

Me subí al colectivo y por suerte me pude sentar. Encontré un asiento detrás de todo, al lado de la ventana, donde me siento siempre que puedo ya que desde ahí puedo observar todo lo

que sucede. Analizo a las personas, invento historias sobre a dónde van y de dónde vienen. Ishmael vivía en La Paternal, con su esposa y su hijo. Nunca lo llamo por su nombre, siempre le digo “hermano” aunque mi madre haya elegido el mejor nombre para él. Desde que ella falleció, nos hemos unido más que antes. Siempre tuvimos una relación donde predominaba la hermandad y el cuidarnos el uno al otro. Él un poco más porque era el más grande de los dos.

Ir a su casa era un evento que disfrutaba. Tal vez por eso dije que sí inmediatamente después de que me hubiera invitado.

Al bajar, caminé dos cuadras y me topé con la hermosa puerta que daba la bienvenida a su casa. Toqué el timbre y escuché la voz de mi sobrino Ulises gritando de alegría. Mi hermano abrió la puerta y Ulises se lanzó con todas sus fuerzas hacia mis piernas, y nos dimos un fuerte abrazo al que Ishmael luego se unió.

Mi hermano me estaba esperando para prender el fuego en la parrilla. Sabe que es un ritual que disfruto mucho.

—¿Cómo estás hermano? —me dijo mientras degustaba una copa del vino que le llevé.

—Es un vino mendocino, Malbec como te gusta a vos —me miró y asintió con la mirada y una sonrisa efímera—. Estoy bien dentro de todo. A veces me cuesta levantarme y me siento triste, pero también sé que va a pasar el tiempo y en algún momento voy a estar mejor.

Me abrazó y señaló uno de los pedazos de carne de la parrilla.

—Mirá lo que es este pedazo de vacío, lo compré en el *COTO*, de oferta, esperemos que esté bueno —dijo mientras acomodaba el fuego con la pala—. Sabes que acá estamos para lo que necesites, no estás solo y no queremos que lo estés. Ya le agarré bronca a ese boludo así que ni se te ocurra perdonarlo o intentar volver.

—Gracias —le dije agradeciéndole por su apoyo—. Pero igual si quisiera volver es problema mío, y decisión mía. De todos modos, quedate tranquilo, más allá de que me engañó, dijo que no me amaba más.

Unos segundos de silencio irrumpieron en nuestra conversación, como si las palabras y el análisis de ambos necesitaran decantar. Ishmael tomó la pala y movió las brasas otra vez, haciendo que varias chispas salieran del carbón mientras crujía.

La puerta del patio se abrió y apareció Ludmila, mi cuñada, que recién terminaba de ducharse. Mi cuñada es muy especial en mi vida. Ella supo que era gay desde el primer día en que me conoció, cuando yo tenía catorce años. Casi que lo supo antes que yo. Nunca se lo dijo a nadie, pero el día que les conté a todos sobre mi sexualidad, ella confesó que durante años sutilmente había preparado a mi hermano para ese momento.

Al verme, vino directamente a darme un abrazo, y más que una sonrisa, en su cara vi empatía.

—Hola cuñado, ¿Cómo estás?

—¡Hola Lu! —le dije mientras la abrazaba—. Estoy bien, ahora que estoy acá estoy bien. Contento de verlos, me hacían falta. No puedo creer cómo está creciendo Ulises, es increíble. En dos meses que no lo vi, siento que ya cambió.

—Está enorme. El año que viene ya arranca primer grado. Todavía no sabemos a qué colegio mandarlo. Hay uno que está cerca de acá pero no es muy bueno según nos dijeron.

—Ese es una mierda —irrumpió mi hermano—, vamos a mandarlo a uno privado. Está un poco más lejos pero bueno, nos vamos a sacrificar un poco para que él esté feliz.

—Feliz va a estar en todos lados, por eso no te preocupes. Es un niño feliz.

Ambos se miraron y afirmaron moviendo sus cabezas, estando de acuerdo conmigo.

Nos sentamos a la mesa, los cuatro. Ishmael trajo la primera tanda de asado. Entre esos pedazos, estaba el vacío que había comprado especialmente para mí. Con su costra bien tostada y crujiente, lo saboreé como si no hubiera comido en días. En ese momento pensé cuánto había comido en esos últimos días, o cuánto no.

—¡Pahh, que rico! —dijo mi cuñada sin mucha claridad mientras saboreaba un pedazo de carne.

Todos disfrutamos mucho de la cena. Tuvimos momentos de compartir en familia, de conversar cosas sin sentido, o con mucho sentido. Hablamos de política, de fútbol, de Messi, de películas y hasta recordamos algunas anécdotas que compartimos con nuestra madre. Pero de amor no hablamos, de amor no.

Era hora de acostar a Ulises. Mi hermano se lo llevó a su habitación para que durmiera, mientras con mi cuñada nos quedamos en el patio tomando una copa de vino. Aún no habíamos abierto la segunda botella que había llevado, pero parecía que no faltaba mucho.

El patio de la casa de mi hermano es bellísimo. A mi cuñada le encanta decorar y tener muchas plantas, de todo tipo. Macetas de todos colores y materiales.

La luz tenue estilo colonial nos alumbraba los rostros. De fondo sonaba *Somebody to love* de Queen. Con mi mano toqué mis bolsillos buscando la caja de cigarros.

—¿Volviste a fumar? —dijo juzgándome, pero de inmediato supe que me entendía.

—No, los compré solo para mirarlos. Tampoco es que me haya pasado algo estresante últimamente como para refugiarme en unos cigarros.

Nos miramos en silencio, y reímos a carcajadas; no sé si fue por el vino o por mi sarcasmo. Prendí el cigarro y dejé que el humo entrara en mis pulmones, casi como si fueran pequeñas partículas que me calmaban.

Mi cuñada suspiró, y mientras tomaba un sorbo de vino dijo:

—Vas a estar bien, ¿sabés? —Asentí moviendo la cabeza—. ¿Me das un pucho?

La miré sorprendido, pero abrí la caja y le di un cigarro.

—Lo sé, lo sé. Pero ahora duele. No quiero llorar porque ya lloré un montón, pero no es fácil. Me duele el pecho la mayoría del tiempo. Siento que estuve tres años al lado de un desconocido, que me lastimó después de que yo siempre lo traté bien y nunca lo lastimé. Al contrario, dejé de hacer cosas para mí solo para pasar más tiempo con él.

—Tal vez eso no está bien. Tal vez lo más importante de una relación es que primero ambos hagan cosas por sí mismos, para estar bien. Luego se piensa en el otro. Si estamos bien individualmente, hay más posibilidades de estar bien con el otro.

No podía dejar de pensar en lo que acababa de decir, mientras le daba otra pitada al cigarro y miraba el cielo, que estaba estrellado.

—Tal vez fue mi culpa por no estar bien conmigo mismo entonces.

—No, no. No digo eso —me interrumpió de manera sutil—, digo que la prioridad siempre tiene que ser uno mismo.

—Tal vez por eso no me ama más —dije sin casi escuchar lo que seguía diciendo.

—¿Por qué decís que no te ama más? No necesariamente un engaño está relacionado con que uno no ame más al otro. No sé en qué situación estaba su relación, pero todos podemos cometer errores. También está bien que no lo quieras perdonar por eso.

—Es que el tema no es si lo perdono o no —dije suspirando—. Me dijo que no me amaba más, ya no me ama.

Ludmila suspiró también, me miró a los ojos y propuso chocar las copas en motivo de brindis.

—Entonces, ¿sabés qué? ¡Que se vaya a la mierda! Mirá lo que se perdió. Un hombre hermoso, sensible, bueno con las personas que lo rodean, con sus amigos, con su familia. Le mandamos besitos y *move on darling*. Mañana das vuelta la página, y te garchás a todos los que quieras —dijo exaltada y empoderada.

Me hizo reír y emocionar. Nos dimos un abrazo. Luego Ishmael irrumpió en la escena.

—¡Eh! ¿A ella la abrazás y a mí no?

Reímos y lo invitamos a que se uniera al abrazo.

CAPÍTULO III

la reconstrucción

Era lunes y aún no había vuelto a trabajar. La noche anterior había decidido programar la alarma y levantarme temprano. Aunque dudé varias veces debido al frío, estaba decidido a ir. Al mirar la cama, escuché una voz que me invitaba a invadirla y disfrutar del día perfecto envuelto en sábanas, como si no fueran TODAS las mañanas ideales para ello.

El día anterior había ido al supermercado y comprado productos que la mayoría llamaría "saludables". Preparé un desayuno bastante completo, con frutas, avena y yogur. También, prendí la pava eléctrica para hacer un té. Había comprado varios tipos de té. Tuve la necesidad de buscar sabores nuevos y raros que nunca había probado. Esa mañana elegí uno de almendra italiana. Llevé todo en una bandeja hacia la mesa ratona del living mientras sonaba Norah Jones en el speaker. Disfrutaba de mi té, sosteniendo la taza con mis manos y usándola para calentarlas. Miraba por el balcón y el vapor se escapaba de la taza. Estaba nublado, y parecía como si el día se resistiera a amanecer.

Terminé de desayunar, me lavé los dientes y estuve listo para salir. Desempolvé la poca ropa deportiva que tenía en el armario. Elegí una remera de color rojo con líneas fluo y arriba me puse un buzo. Estaba listo para salir, y salí. No sé a dónde, pero salí.

Cuando llegué a la calle, el frío abrazó mis piernas. No me arrepentí tan rápido, no. Pero volví a cambiarme por un pantalón largo el short que me había puesto.

"Ahora sí" me dije a mí mismo. Me puse los auriculares y fui hacia la plaza que estaba cerca de mi casa, donde ya había algunas personas corriendo. Nunca había hecho *running* en mi vida, nunca. Pero algo tenía que hacer, y había visto que todos salían a correr para estar en forma y descargar, buscando ser mejores personas.

Comencé a correr, engañando a mi cerebro haciéndole creer que era un corredor profesional que hacía eso todos los días. No estaba solo, obviamente. Había otros corredores en la plaza, a los que miraba con cierta envidia. La destreza que tenían al moverse era destacable. Eran veloces gacelas que disfrutaban los obstáculos que la vida les había puesto en el camino. Parecía que hubieran estado corriendo horas sin parar y sin cansarse. Pasaron tres minutos y ya me había quedado sin aire. Por eso me tomé unos segundos para descansar. Empecé a dudar si eso era para mí. Miraba alrededor y pensaba qué diría la gente. Veía sus caras y no podía dejar de imaginar cómo los estaba defraudando, y cómo iba a rendirme tan rápido e ir a casa después de tan solo quince minutos. Tenía ganas de llorar.

Casi sin fuerzas, me rendí. Pero más por la frustración que por estar realmente cansado. No era mi día o tal vez correr no era para mí. No lo sé. Ya no sabía qué lo era.

Había empezado la mañana de la mejor manera, pero eso ya había cambiado. Decidí volver a casa, con mucha vergüenza y con la mirada hacia abajo, tratando de no pensar mucho y solo llegar para abrazar mi almohada y mirar el techo.

Cuando caminaba por una de las veredas de mi barrio, a través de una vidriera vi un pequeño grupo de personas en bicicletas estáticas. Miré hacia arriba y vi un enorme cartel que

decía "*Life & Health Gym*", un nombre común como puede tener cualquier gimnasio de este planeta. Un profesor en una especie de pequeño escenario parecía dirigir una clase, mientras que el resto seguía atento a toda velocidad y al ritmo de la música. Eran en su mayoría mujeres.

Siempre me gustó andar en bici, pero no tenía ni el tiempo ni el espacio para hacerlo. Cuando vi esa clase sucediendo detrás de esos vidrios y todas aquellas personas transpirando más agua de la que podían retener sus cuerpos, me convencí de que había encontrado lo que estaba buscando. O tal vez, había encontrado una excusa para enfrentar la vergüenza y no volver a casa derrotado esa mañana.

No es mi costumbre entrar a gimnasios, siempre les tuve cierta fobia. Demasiada gente con cuerpos espectaculares (o al menos para mí), caminando muy seguros de sí mismos y moviéndose con toda destreza por esos gimnasios repletos de personas y diminutos espacios.

Sin pensarlo demasiado y motivado por mi sentimiento de no rendirme, entré y me enfrenté con la recepcionista. Era una chica de unos veinticinco años, con toda su ropa pegada al cuerpo, que con una sonrisa en su cara me dio la bienvenida.

—Hola, ¿cómo estás? Decime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Hola, quería averiguar por las clases de bici.

—¿De *spinning*? —me preguntó señalando al salón donde estaba transcurriendo la clase.

—¡Sí! —Le contesté, con toda seguridad tratando de que no se notara que no tenía idea de lo que estaba hablando.

La recepcionista me brindó toda la información con lujo de detalles. Todos los planes del gym, cuánto pagaría por mes, todos los descuentos que existían y muchas cosas más que no entendí. Creo que ella notó mi cara de desorientado y de inmediato dijo:

—Podés probar una clase gratis y después ves si te gusta, si querés volver, o lo que quieras.

Me encantó la propuesta.

—¿Y cuándo puedo hacer eso? —le pregunté.

—Mirá, la clase que están dando termina en diez minutos, y luego comienza la otra. Si querés te anoto. Podes entrar a la clase y probar.

Acepté. No me estaba yendo a casa. Me quedé esperando en unos asientos que había fuera del salón donde iba a suceder la clase. El gimnasio era bastante grande, con piso de cemento alisado y mucho metal con un estilo minimalista. Las máquinas tenían detalles amarillos y varias plantas instaladas alrededor. Con sutileza, el instinto me llevó a mirar a un chico que estaba usando la máquina de ejercitar pecho. Era bastante atractivo. Hacía bastante que no miraba hombres con el fin de apreciarlos. Debo confesar que me excitó un poco su remera sudada y el short apretado. Dejé de mirarlo cuando sus ojos se dirigieron a mí. Corté con la imaginación que me habían brindado sus bellos y marcados bíceps.

La clase llegó a su fin. Limpiaron las máquinas con desinfectante y la chica nos dijo, a mí y a dos mujeres que estaban esperando, que podíamos pasar. Entré al salón y elegí unas de las bicis. Mientras la clase era más concurrida y otras personas iban tomando su lugar, reflexioné acerca del motivo por el que esas personas estaban allí presentes, en ese lugar, esa mañana.

—Hola, estoy acá porque tengo que hacer algo por mí mismo y porque mi novio me dejó. —Podría haber dicho en voz alta ante todos los presentes si nos pedían presentarnos, pero nadie nos pidió tal cosa.

Un hombre de unos cuarenta años ingresó al salón. Saludó a todos asegurándose de que hasta el último de la fila se hubiera enterado de su ingreso. Bastante guapo de hecho, pelo algo largo y una sonrisa donde florecían sus dientes blancos. Su nombre era Adrián y de inmediato

me di cuenta de que era el profesor que iba a liderar la clase. Se sentó en la bici que estaba en la tarima, y comenzó a darnos instrucciones de cómo prepararnos para que nos quedara cómoda en altura. Conectó su celular al speaker y comenzamos a “andar en bici”. Nos fue llevando por todos los ritmos. A veces más rápido, a veces más lento, y con diferentes cargas de peso, para que nuestros músculos se esforzaran. En esa clase descubrí que podía poner la mente en blanco mientras ejercitaba. Escuchando las canciones que llenaban de adrenalina mis venas, imaginaba que estaba arriba de una bicicleta de verdad. Andaba por un inmenso campo verde con un camino sinuoso y un horizonte bello pero desconocido. Julien estaba allí, con su cuerpo multiplicado por cientos, perdido entre los pastizales. Andaba cada vez más rápido. Alejándome, mirándolo y avanzando. Lo perdí. Quedó atrás y seguí avanzando. Lo miré a lo lejos y sonreí aliviado mientras avanzaba. Descubrí un nuevo camino, cada vez más verde y menos sinuoso, que parecía más fácil de transitar. El poder y la fuerza inundaron mi pecho.
El aplauso de Adrián me trajo de nuevo a la clase, junto con el aplauso de todos.

CAPÍTULO IV

los lápices

Poco más de tres años antes

Era noviembre. El verano se estaba acercando. Los días eran más largos y los atardeceres más mágicos. Las tardes eran hermosas para tomar mate y quedarse mirando cómo el sol se iba. El cumpleaños de Pupi era esa noche. Hacía meses nos veníamos preparando para su fiesta, que esa vez sería de disfraces. Pupi cumplía 23 años y celebraba con una fiesta en su casa. Por supuesto sus padres no estaban, se habían ido de vacaciones, por ende teníamos todo para nosotros.

Tenía mi disfraz listo mucho tiempo antes de esa noche. Mirándome al espejo cada dos minutos y retocando mi peinado con gel, estaba listo para salir. Había que llevar algo para beber, así que fui a la heladera y puse en una bolsa las cervezas que había comprado y un champagne que había guardado para una ocasión especial. El cumpleaños de Pupi lo era.

A Pupi lo había conocido dos años antes en Tinder. Fue una historia graciosa y fuera de lo común, al menos para mí. Hicimos *match* y nos encontramos en un shopping, cuando ambos teníamos alrededor de veinte años. Esa tarde no paramos de hablar y caminar. Contándonos lo que hacíamos en nuestro tiempo libre y riéndonos de las viejas de clase alta que deambulaban por las tiendas.

En un momento nos miramos y nos besamos. Él me parecía un chico muy guapo, pero sentí que no era mi tipo. De todas maneras, accedí a la invitación de ir a su casa esa noche. Supongo que acepté porque estaba caliente o simplemente porque no fui capaz de decir que no. Tuvimos sexo en su cama pero no fue algo que disfrutamos. Antes de la medianoche, me fui a mi casa. Lo saludé con un beso en el cachete, y me tomé un Uber.

Esa fue la primera y última vez que tuve sexo con Pupi. Aunque pensé que no lo volvería a ver jamás y que solo había sido un chico con el que tuve sexo una vez, a través de los años posteriores pudimos construir un vínculo de amistad.

Supongo que ambos no quisimos seguir viendo al otro como una persona con quien tenés sexo casual y nada más. Preferimos explorar nuestra amistad y así fue como Pupi se convirtió en un amigo de confianza de mi círculo más cercano.

Tomé el alcohol de la heladera y dejé mi departamento. Subí al taxi y el chofer me miró y se rio. Quise creer que fue por el disfraz.

Pupi vivía en el barrio de Colegiales, en una casa antigua con una terraza hermosa de baldosas color ladrillo, estilo colonial. Al llegar toqué el timbre de su casa y Pupi me gritó por el portero eléctrico que enseguida bajaría a abrirme.

—¡Ahhh no!, no lo puedo creer. ¡Estás igual boludo! —me dijo asombrado al ver el parecido que había logrado con mi disfraz de Freddie Mercury.

—Yo tampoco lo puedo creer —le dije riéndome a carcajadas entre las palabras, al notar que él era Tina Turner.

Dejé las bebidas en el congelador. A Pupi se lo veía muy contento. Si hay alguien en el mundo que sabe ser anfitrión de fiestas, es él. Subimos a la terraza con una birra en la mano cada uno. Aún no había mucha gente, era temprano. Había todo tipo de disfraces graciosos y ocurrentes. Marilyn Monroe, un hombre de las cavernas, una geisha, un capitán de barco, un zombie, y más.

Reconocí a Enzo en un rincón de la terraza, uno de los amigos de Pupi del taller de pintura al que asistía. Enzo estaba junto a otro chico que parecía no tener disfraz, solo tenía un pantalón de vestir, camisa de oficina y lentes, que por cierto le quedaban bastante bien.

—Hola Enzo, o Espantapájaros, mejor dicho —le dije tratando de ser gracioso.

—¿Qué hacés loco? ¿Todo bien?, te presento a Julien, un amigo —me dijo señalando a su amigo sin disfraz.

—Hola Julien, ¿cómo estás? Elías, un gusto. ¡Qué aburrido, no te disfrazaste!

Él me miró sorprendido por mi exceso de confianza.

—Si no sabés quién soy, es porque me disfracé muy bien.

Desconcertado con su respuesta, traté de descifrar de quién estaba disfrazado. Me propuse mirarlo de arriba a abajo, y la verdad es que Julien era bastante lindo. Era un chico de estatura media, yo era más alto que él. Su piel era morena, su cara tenía rasgos finos y sus comisuras se marcaban hasta cuando estaba serio. Tenía una barba prolija y recortada. Sus pectorales y pecho parecían estar trabajados y marcarse a través de la camisa. Adivinando su edad, hubiera dicho que tenía entre veintiuno o veintidós años. Para mí no estaba disfrazado, parecía que había salido de la oficina y luego fue directo a la fiesta.

—La verdad es que creo que me estás mintiendo y no te disfrazaste de nada. Si es así, bastante aburrido.

Me miró y expresó una pícara e incipiente sonrisa. Nuestra conversación terminó allí. Me quedé hablando con Enzo un rato más y Julien se dispersó en otros grupos. En ese momento, Pupi comenzó con el primer show de la noche. Las luces de la terraza se apagaron y en una especie de escenario que había montado con pallets y alfombras, comenzó a cantar “Cosa Della Vita”, haciendo playback pero con mímicas perfectas. Luces violetas y guirnaldas plateadas adornaban la parte de atrás del escenario. Los que conocíamos a Pupi sabíamos del talento que tenía y la habilidad especial para crear escenarios donde no los hay y cautivar a su audiencia. Así estábamos todos, cautivados y felices, riéndonos.

La terraza ya estaba bastante llena, mucha gente había llegado en la última hora. Eran alrededor de las diez de la noche, horario donde los latinos solemos llegar a las fiestas.

Le di un sorbo a mi cerveza y me di cuenta de que ya me la había acabado. La noche aún era muy joven, así que sin dudas fui a buscar otra. Mientras me acercaba a la zona de la terraza donde estaba el freezer y una barra llena de alcohol, vi que Julien estaba preparándose un trago. Me acerqué, y nos miramos al mismo tiempo durante algunos segundos.

—¿Qué te estás preparando?

—Un gin tonic, Freddie. ¿Está bien, o te parece muy aburrido? Si querés le puedo agregar todo lo que está en la mesa solo para hacerlo más divertido y satisfacer tus necesidades —me dijo a modo de burla.

—No, está bien —dije entre una carcajada incómoda—. Un gin tonic está bien. No te tomes tan a pecho lo que dije. Si no sabés disfrazarte no es un problema. No todos nacemos siendo

divertidos.

Abrí el freezer para tomar una de las cervezas que había llevado y miré alrededor buscando un destapador para poder abrirla.

—Dame, yo te la abro —dijo como si no hubiera escuchado lo que le dije antes. Sacó su encendedor y abrió la cerveza.

—Gracias.

—No todos nacemos con la habilidad para poder abrir una simple cerveza.

Lo miré fijo a los ojos, haciéndome el ofendido. De todas maneras, me sentí cómodo charlando con él y me pareció que teníamos un humor similar.

—¿De dónde conoces a Pupi? —le pregunté mientras lo invitaba a brindar acercándo mi botella a su vaso, que recién terminaba de preparar.

—Salud. En realidad no conozco a Pupi, lo conocí hoy. Soy amigo de Enzo desde que éramos chicos. Me invitó a la fiesta y dije que sí.

—Viniste pero parece que te olvidaste de disfrazarte.

Julien revoleó sus ojos, como cansado de que hubiera repetido de nuevo lo mismo. Debí abandonar el chiste mucho antes y no volver a insistir con el disfraz. Tal vez me puse algo nervioso. Julien me pareció bastante lindo y comenzaba a excitarme un poco.

El problema era que, como habitualmente me pasa, no sabía si a él también le gustaban los chicos. No sabía si debía preguntarle, si seguir con la conversación hasta darme cuenta, o asumir que era hetero y huir. Respiré hondo dentro de mi mente. Decidí tranquilizarme y que todo fluyera. Pero esa noche no podía irme sin saber qué era lo que le gustaba a Julien.

—¿Y qué haces de tu vida? —le pregunté cambiando de tema y olvidándome de su no disfraz.

—Estoy estudiando diseño gráfico, y me gusta mucho dibujar también. ¿Vos?

Me puse contento al sentir que había una genuina curiosidad en torno a su pregunta.

—Por ahora solo trabajo. En la parte administrativa de una secretaría ministerial. Pero tengo ganas de estudiar actuación y dedicarme a eso.

—Suena un trabajo bastante aburrido para alguien que quiere actuar. Al final me decías aburrido a mí. —Lo interrumpí con mi risa. Él también se rio—. ¿Te diste cuenta de que entonces esta fiesta está llena de artistas?

Me quedé pensando en lo que dijo, y reflexionando supuse que tenía algo de razón.

—¿A qué te referís? ¿No era que no conocías a casi nadie acá?

—Es verdad, no conozco a casi nadie. De hecho solo conozco a una persona. Pero no importa, me doy cuenta. Se respira arte. Lo noto en la mirada de las personas, en cómo se visten, en cómo se expresan, hasta la casa parece que está decorada por una familia de artistas. ¿Y cuando Tina Turner dio su show? Todos estaban mirando, disfrutando y sintiendo.

Lo miré a los ojos admirando la conclusión a la que había llegado, cargada de percepción y sensibilidad.

—Tenés razón —le dije mientras le daba otro sorbo a mi cerveza. —Yo tan artista no me siento, me falta bastante.

—¿Me estás jodiendo? Mirate, sos Freddie Mercury. Creétela un poco. Empezá a estudiar actuación y dejá el trabajo aburrido que tenés.

—Hacés que suene todo muy fácil.

—No, no, fácil no es. Pero tampoco es imposible. —Me guiñó un ojo y tomó un sorbo de gin tonic.

La música de fondo se paró interrumpiendo nuestra conversación. Otra vez Pupi tomó el

micrófono. Esa vez parecía que iba a dar un discurso.

—Gracias a todos por venir, amigos y amigas —expresó ya algo ebrio—.¡Espero que estén tomando mucho, y que todos garchen esta noche!

Cuando Pupi dijo eso, fulminé con la mirada a Julien. No tuve control sobre eso. Mi cabeza giró hacia él y como si hubiera leído mis involuntarios pensamientos, él movió su cabeza y me miró a los ojos. Con un movimiento fugaz, volvió a su posición anterior.

—Ahora quiero anunciar al ganador del mejor disfraz de la noche —dijo mientras abría un sobre con brillantina—. El ganador es... ¡El hombre de hojalata!

Sí, había un chico disfrazado del hombre de hojalata, de *El Mago de Oz*. Su disfraz estaba muy bien trabajado. Con cartones cortados al mínimo detalle y pintados con aerosol plateado. Subió al escenario y mientras todos aplaudíamos, Pupi le entregó una estatuilla que era algo así como un pene de oro. Miré alrededor y noté que había perdido de vista a Julien.

La fiesta se volvía cada vez más intensa. La música se escuchaba más fuerte, había cada vez menos luz y parecía que la mayoría de los invitados ya estaban bastante ebrios o drogados. Yo no me quedaba atrás. Me había tomado unas cuantas cervezas y estaba más desinhibido que cuando había llegado a la casa de Pupi.

A lo lejos, logré ver que Enzo y Julien estaban saludando a Pupi como si se estuvieran yendo de la fiesta. Una cámara lenta y borrosa invadió mi visión. Comencé a tocar su barba, su pecho y puse mis labios sobre los de él. Toqué sus orejas y la parte de atrás de su cuello. Respiraba casi jadeando.

Cuando abrí los ojos y la realidad se hizo presente, Julien se acercó a saludarme.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí. —No pude hacer nada para detenerlo.

—Bueno. Me estoy yendo, un gusto. —Tomó una de mis manos, la abrió y me dio un papel doblado a la mitad—. Tomá, esto es para vos.

Me dio un tímido beso en el cachete y se marchó. Me quedé sin reacción al ver que se iba. Miré mi mano, abrí el papel, pero la oscuridad no me dejaba ver. La intriga era inmensa. Caminé hacia una parte de la terraza donde había más luz para ver mejor.

Desdoblé el papel. En el centro había un dibujo de Superman, al estilo comic con trazos gruesos y negros. El cuerpo pintado de color rojo y azul, con la típica “S” en el pecho. También había escrito un mensaje debajo del dibujo.

Por favor, no le cuentes a
nadie mi verdadera identidad.
Te lo recompensaré.
15 6898 06605

CAPÍTULO V

los vuelos

Era la tercera clase de spinning a la que asistía en la semana. Volví a casa a prepararme ya que me vería con Carla esa tarde. Estaba mejor de ánimo en esos últimos días. Le había escrito a Lucio para contarle que estaba listo para volver a trabajar el lunes siguiente. Mis días de vacaciones se habían terminado. Aunque ganas de renunciar no me faltaban, en ese momento no tenía otras opciones ni tampoco mi cabeza estaba lista para buscarlas.

Con Carla nos encontraríamos en un bar de San Telmo, uno de sus favoritos. Salí de casa y caminé hacia la estación Scalabrini Ortiz del Subte D. Recién se estaba yendo el sol y la noche se enfriaba de a poco. En la plataforma, me paré en la última parte ya que ahí era probable que hubiera menos gente. El olor del subte inundó mi nariz. Ese olor tan potente y característico es difícil de explicar, es como una mezcla entre humedad y agua estancada. El subte llegó casi vacío. Entré y opté por quedarme parado, apoyando mi cuerpo contra la pared del vagón.

En los asientos más próximos, había solo dos personas sentadas. Una señora de unos cincuenta años, con un delantal blanco y lo que parecía una bolsa bastante pesada. Tenía ojeras grandes que pude ver a través de sus anteojos, mientras ella pasaba su tiempo mirando el celular y jugando a algún juego. Sus pies sobresalían de sus zapatos por la hinchazón.

Enfrente había un chico de unos treinta años, de pelo castaño, parecía bastante alto. Estaba leyendo un libro. Traté de ver de cuál se trataba pero no pude leer el título, solo el autor. “Reinaldo Arenas”, decía la portada. El chico se percató de que lo observaba y miró directo hacia mis ojos. De la vergüenza, evité el contacto visual e incliné mi mirada hacia la ventana, mientras el andar del subte, hacía que nuestros cuerpos se balancearan como en una especie de danza que solo ocurre en los rieles. En contra de mi voluntad, volví a mirarlo y para mi sorpresa, el chico sonrió. Tuve la sensación de que ese instante fue eterno, aunque hubieran sido unos segundos donde nuestras miradas se conectaron. Él volvió a enfocarse en la lectura de su libro.

Miles de cosas se me pasaban por la cabeza en ese momento. Intentar seducir a alguien en la calle o en un transporte público siempre perteneció a mis fantasías, pero nunca me había animado a hacerlo. Tal vez sea porque nunca sabés cuándo tu percepción puede engañarte y que la otra persona resulte ser un típico homofóbico y violento. O quizás me guste que sea solo una fantasía. Eterna y que nunca se vuelva realidad.

El chico guardó el libro en su bolso y caminó hacia la puerta. Casi que tenía que inclinar su cabeza para no tocar el techo. El tren se detuvo de a poco, y cuando llegó a la estación Callao, se bajó. Me quedé mirándolo a través de la ventana, esperando que él también me mirara. Pero eso nunca sucedió, él se fue así sin más. Otra vez me arrepentí, o no.

Estaba por llegar a la última estación, donde me encontraría con Carla. Bajé del subte con cierta excitación ya que no la veía desde hacía algunas semanas, antes de aquel encuentro con Julien en la plaza. De fondo, se apreciaba la bella Casa Rosada. Esperé a que llegara frente al Cabildo. A lo lejos, vi su silueta fina y extravagante acercándose hacia mí. Llevaba un tapado

largo de color verde chillón, pantalón de vestir rojo, sweater negro y su infaltable bufanda blanca.

Conozco a Carla desde hace muchos años, desde la secundaria. No íbamos a la misma clase pero pasábamos todos los recreos y almuerzos juntos. Ella no tiene miedo de hablar fuerte en ningún lado, sea un supermercado, un colectivo o en la calle. Sentís su presencia en todos los lugares donde esté.

Muchos años atrás, en uno de tantos recreos que compartimos, nos reunimos en el patio de la escuela cerca del mástil donde flameaba la bandera argentina. Es probable que estuviéramos hablando sobre música o de alguna película de Tarantino, cuando a uno de los chicos que estaba jugando al fútbol, se le escapó la pelota hacia donde estábamos nosotros. Ese chico se llamaba Irakli y era el más lindo y canchero del colegio. Sus brazos eran perfectos, y sus piernas fuertes de tanto jugar al fútbol y entrenar. Con su camiseta de algún club europeo marcada al cuerpo, se acercó a nosotros y con un tono amenazante nos dijo que le alcanzáramos la pelota. Carla, que jamás dejaba que nadie le hablara de mala manera, le gritó:

—A nosotros nos hablás bien, estúpido. ¿Entendiste?

Él se rio, se acercó aún más y tomó su pelota. Mientras trotaba para volver a encontrarse con el resto de sus amigos, giró hacia nosotros, mirando directo hacia mí y exclamó:

—Maricón.

Créanme que en ese momento no me afectó. Sentí lástima por él porque sabía lo que le pasaría. A Carla se le transformó la cara. Caminando con pasos largos se dirigió hacia él, le tocó el hombro para que se diera vuelta y le dio una trompada en la mandíbula. Irakli cayó al piso y su labio se abrió largando gotas de sangre, pintando sus dientes de rojo. Se levantó e intentó enfrentar a Carla, pero todos los que estaban alrededor se acercaron a separarlos. En ese momento supe la importancia que tenía mi relación con Carla y que iba a estar para siempre en mi vida. Jamás alguien me había defendido de esa manera.

Después de estar esperando que el hombrecito del semáforo cambiara de color naranja a verde, ella cruzó la calle. Antes de llegar a la vereda ya estaba gritando mi nombre desatando un escándalo y corriendo hacia mí.

—¡Elías!¡Elías! —gritaba desaforada con una sonrisa en la cara.

La abracé como si el tiempo se hubiera detenido, como si estuviéramos celebrando un gol que nos clasificara para un mundial. Me di cuenta de cuánto la extrañaba y cuánto me hacía falta.

Caminamos hacia el bar, que estaba a unas diez cuadras. Carla tenía la actitud más positiva que alguna vez había visto en alguien, como si estuviera decidida a hacer de esa nuestra mejor noche. Luego me contó sobre el último chongo que tenía.

—Este pibe no sabés lo que es, lee un montón y milita en la Juventud Peronista. Además, toca el violín en una orquesta de su barrio. Lo único malo es que tiene treinta años y un hijo. A ver, tan malo no es pero bueno, me hubiera gustado que venga sin nada —dijo entre risas.

—¿Pero qué tiene que ver que tenga un hijo? Podés conocerlo y salir igual. No me parece un impedimento.

—No, ya sé. No lo estoy descartando, para nada. Solo que si me empieza a gustar y lo quiero conocer más en profundidad, es algo que puede ser decisivo en una relación. Imaginate tener que arreglar salidas cuando el nene está ahí. O aún peor, competir para ver quién lo ve los fines de semana. Además se separó hace muy poco, entonces me da miedo involucrarme mucho y que luego vuelva con la ex mujer.

—Eso es algo que no podés planear, puede pasar como no. Pero no lo vas a saber si no te

arriesgás. Si te gusta andá para adelante. Si te chocás, al menos lo intentaste.
—Puede ser que tengas razón —expresó con un suspiro mientras miraba al cielo—. ¿Quién iba a decir que ibas a ser bueno dando consejos? ¿Qué te anda pasando? ¿Ya estás en la etapa de superación con Julien? ¿Ya no duele tanto? Contame cómo estás con eso, porque solo me contaste por mensaje.
—Estoy bien, mejor. Aún no lo superé del todo, pero me siento mejor que antes, o menos peor. Ya no duele tanto.
—Me alegra escucharte así —dijo aliviada.
—Igual, a veces siento que podría irme y no volver jamás. Creo que me haría bien.
—¿Irte a dónde? —me interrumpió algo preocupada.
—De acá, de Buenos Aires, del país. No sé, a veces siento que me gustaría probar otra cosa. Casi como si este lugar ya no tuviera nada más para darme, ni yo tampoco a él.
—Qué fuerte que me digas esto. Seguro es algo pasajero o que pensás ahora porque estás dolido. Igual, tenés que saber que si te querés ir, te voy a apoyar en cada decisión que tomes. Sea muy estúpida o muy inteligente. Obvio que te voy a extrañar, pero estaría feliz si vos estás feliz.

Nos miramos y nos dimos otro abrazo. Caminamos un poco más y llegamos al bar. No había demasiada gente.
El bar era hermoso. Ventanales enormes hacia la calle con marcos antiguos. La iluminación era perfecta. Parecía un lugar congelado en el tiempo, como si no hubiera cambiado nada en los últimos quince años.
—Esperá —exclamó Carla en voz alta—, ¿Fumamos un cigarro antes?

Ella me compartió uno porque esa noche no había comprado. Sacó la caja de su cartera y tomé uno. Lo encendimos y nos quedamos mirando los edificios que estaban enfrente. Disfruté mucho de ese cigarro. Estuvimos en silencio unos segundos, con esa sensación de comodidad especial que tenía nuestra amistad. Estar cerca de mi mejor amiga, sin necesidad de fingir o de ser quien no soy. Transparencia pura.

Hasta que mi mundo se desvaneció. Mi cuerpo fue invadido por preocupaciones y angustia que recorrieron todos mis nervios.

En uno de los edificios en construcción que estaban frente al bar, había unos carteles publicitarios. Eran de una aerolínea que promocionaba vuelos baratos hacia algún destino internacional, pero no recuerdo cuál ni tampoco tiene importancia.

El dolor y la angustia que tenía al haberme enterado de que Julien me engañaba era tan grande, que había olvidado que habíamos planeado un viaje juntos a Colombia el mes siguiente. Teníamos todo pago. Alojamiento y tickets de avión. Pero yo lo había borrado por completo.
—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Parece que hubieras visto un espíritu.
—Me quiero morir. Me acabo de dar cuenta de que tengo un viaje reservado con Julien en un mes. Lo borré, no me acordaba para nada.

Parecía que nos esperaba una larga noche. Justo cuando tenía la sensación de que había comenzado el proceso de superar mi relación y de sanar que me dijeran que no me amaban, tenía que enfrentar el hecho de tener que comunicarme con Julien para tratar de encontrar una solución.

Carla tomó mi hombro y me obligó a entrar al bar. Ante mi estado de shock, se encargó de todo. Me llevó a una mesa y pidió en la barra algo para tomar. Estaba perdido y desorientado. No sabía para donde mirar así que me concentré en un punto fijo mientras mi cabeza no paraba de pensar. Carla volvió con una birra para mí y un fernet para ella.

—Tranquilizate. Vamos a encontrar una solución. Si querés yo puedo hablar con él así no tenés que enfrentarte a eso.
—No sé Carlita. No sé si quiero comunicarme con él. No sé si quiero dejar todo como está y perder la plata del avión y de la estadía. O decirle que voy a ir solo y que él se quede acá. Aunque es muy orgulloso y seguro va a querer ir también. ¿Y si le digo que vamos igual, y que luego en Colombia nos separamos y cada uno sigue su camino?
—¡No! —me gritó haciendo que medio bar se girara a mirarnos— No podés hacer eso. No podés irte con él, ya está. Pertenece a tu pasado. Pensemos tranquilos, con la mente fría. Vamos a encontrar otra solución. ¿Estás seguro de que no podés pedir que te devuelvan la plata?
—Sí, estoy seguro —le contesté con la cabeza apoyada sobre mis brazos cruzados en la mesa—. Compramos la tarifa más barata de todas, sin cambio ni devoluciones. O vamos o lo pierdo, es simple. Lo que tal vez pueda recuperar es un porcentaje de lo que pagamos en alojamiento.

Carla volvió a ofrecerse para intermediar entre Julien y yo, pero no me pareció la mejor idea. Me sentiría como un adolescente de catorce años que no puede enfrentar sus problemas.

Tenía dos opciones. La primera era no ir, intentar recuperar algo del dinero del alojamiento y perder lo gastado en los pasajes de avión, que tanto me había costado ahorrar trabajando duro en un lugar que no me hacía feliz. Tendría que asumir haber hecho un gran esfuerzo por nada, pero no sabía que mi vida cambiaría el día que descubrí que Julien me engañaba. Era la opción que más se acomodaba a mi proceso de superar lo que me había pasado.

La segunda opción era ir, aunque eso implicaba un riesgo en mi intento de superación. Debía hablar otra vez con Julien para organizar cómo haríamos. Iríamos en el mismo vuelo y después de aterrizar en Colombia, cada uno tomaría caminos diferentes. Mientras pensaba esa opción, no podía dejar de imaginar cómo sería ir en el mismo avión que él. Tener que mirarlo y hacer como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Pero una vez en Colombia, iría al lugar que hubiera alquilado y disfrutaría de las vacaciones. Pero, ¿qué pasaría si no solo tuviera que verlo en el avión, sino también en la calle o en algún lugar turístico que justo ambos decidiéramos conocer?

Para Carla, sin dudas debía quedarme y perderlo todo. En algún otro momento me podría ir de vacaciones sin tener que pensar en todo esto y con mi ánimo en mejores condiciones.

Ya habíamos tomado bastante. Por suerte pude dejar de pensar en eso, y tal vez por el efecto del alcohol pude reír de cosas banales que Carla me contaba.

Alrededor de las dos de la mañana, nos despedimos y volví a casa.

.

Aquel lunes tenía que volver al trabajo. Me costó más de lo que pensé. Apenas salí de casa para hacer mi caminata habitual, ya imaginaba lo que me iba a encontrar. Los mismos compañeros de siempre, con las mismas caras, las mismas actitudes y las mismas ganas de vivir, o no. Creo que si despertara luego de cinco años de estar en coma y volviera un día a mi trabajo, todo estaría igual. Nada habría cambiado.

Si algo le faltaba a esa mañana, era que mi celular vibrara y recibir un mensaje de Julien. Había borrado todo nuestro historial de conversaciones. Fue el primer paso que di, aunque me costó muchísimo clickear en el botón “*aceptar*” cuando Whatsapp me preguntó si quería

eliminarlo. Un historial de años que jamás había sido vaciado. Aún seguía teniendo su contacto guardado. Por eso leí en las notificaciones "*Juli ❤ te ha enviado un mensaje*".

Elías, perdón que te moleste, no es mi intención. Creo que tenemos que hablar sobre el viaje a Colombia. Sobre qué vamos a hacer y cómo nos vamos a manejar. Espero que estés bien.

La boca del estómago me dolía con fuerza. Volví a ver su foto de perfil y un texto escrito por él. Al parecer él también se acordó del viaje. Suspiré y decidí no contestarle en ese momento. Tenía que juntar fuerzas para eso y debía entrar a trabajar.

El primero que encontré en la entrada fue Gastón, como no podía ser de otra manera. Pude apreciar que se había cortado el pelo y le había quedado bastante bien.

—Buenos días Elías, ¿cómo está? —me preguntó con amabilidad—. ¿Cómo fueron esas vacaciones?

Reí por dentro, recordando que en realidad no me había ido de vacaciones, sino que me había tomado dos semanas para superar a mi ex novio.

—La verdad que muy bien Gastón, descansé mucho. Lo necesitaba. Fui a la quinta de mis tíos acá cerca porque no tenía mucha plata —le dije mintiéndole para que no me preguntara más—. En un rato hablamos, que tengo que subir, si no llego tarde y no está bueno llegar tarde el primer día que vuelvo de vacaciones.

—Vaya tranquilo, luego hablamos. Se lo ve bien.

—Gracias Gastón.

Apreté el botón del ascensor varias veces tratando de huir de la situación. Llegué a mi piso y fui hacia mi escritorio con discreción. Allí estaban Josefina y Valen, esperando que les contara todo y que les aclarara por qué había desaparecido dos semanas sin avisarles, como si eso fuera mi obligación. En minutos nada más, se encargaron de crear el escenario para inundarme de preguntas, a las que respondí en su mayoría mintiendo. Solo para que me dejaran en paz.

Cuando se calmaron, me senté en mi escritorio. Lucio aún no había llegado.

No sabía cómo responder el mensaje a Julien. No sabía si debía responderle. Como no se me ocurría nada y no me animé a contestar lo primero que se me vino a la mente, esperé. Pero tal vez esperé demasiado. Al mediodía, mientras estaba en mi horario de almuerzo, me llegó otro mensaje. Sospeché que Julien también estaba impaciente, o tal vez quería imponer su decisión, como muchas veces había hecho antes.

No hace falta que me respondas, tendrás tus motivos. Quería contarte que voy a ir igual a Colombia. No quiero perder todo. Si vos querés ir también, todo bien, iremos a hoteles diferentes y listo. Besos.

La ira se apoderó de mí. Un fuego rojo y caliente salía de mi pecho. Era tan fuerte que podía hacer volar por los aires los escritorios, los papelitos pegados en las paredes, las sillas, los libros, la fotocopiadora, inclusive al edificio entero con una gran ola expansiva. Tomé mis cosas y sin emitir una sola palabra, me levanté del escritorio y me fui. No sé si lo hice rápido o lento, no lo recuerdo.

Julien había hecho el primer movimiento. Luego era mi turno y el escenario era diferente. Él iba a ir. Si me quedaba, pasaría todos esos días pensando que él estaría en Colombia,

disfrutando, tomando margaritas y garchándose a todo lo que se le pusiera en su camino. En cambio, yo estaría en Buenos Aires, con frío y solo.

Pensé durante toda la tarde qué hacer. No le pedí opinión a nadie porque me sentía avergonzado de tomar una decisión a partir de que él ya hubiera tomado la suya. Además, estaba seguro de que Pupi y Carla me dirían que no importaba que él fuera y debía priorizar mi proceso de superación. Nunca le respondí el mensaje ni él volvió a escribirme. De hecho, borré la conversación de nuevo.

Al día siguiente, al llegar al trabajo, dejé mis cosas en mi escritorio y golpeé la puerta de la oficina de Lucio.

—¿Qué hacés Elías? ¿Cómo estás, te sentís mejor? —me dijo dándome una palmada en el hombro— Espero que estés mejor y te sientas bien.

—Gracias Lucio. Perdón que avisé con tan poca anticipación esta vez, pero bueno. Me separé de mi novio de un día para el otro y no me podía levantar de la cama.

—Lo siento mucho. De todas maneras te veo bien. Te hizo bien tomarte unas semanas.

—Sí, la verdad que sí. Igual, te tengo que pedir algo más. En dos meses tengo el viaje a Colombia ya armado, ¿te acordás?

—La verdad es que me olvidé por completo. Pero...

—Tengo que tomarme esas dos semanas —lo interrumpí sin dejar que continuara hablando.

—¿Cómo Elías? No puedo darte dos semanas más. No tenés más vacaciones y además, sería injusto con el resto.

El orgullo se había apoderado de mí al decidir que iría a Colombia como fuera, inclusive si eso me hiciera perder el trabajo. Estaba enceguecido.

—Lucio. Si no me las das, voy a ir igual. No quiero que suene como una amenaza, pero la realidad es que soy muy importante para el departamento, y vos sabés que estoy haciendo el trabajo de tres personas. Además, acá todos hacen lo que quieren y yo siempre soy el que cumple con todo.

Lucio me miró sin decir nada y luego giró su cabeza hacia la ventana.

—Bueno dejame pensarlo y ver qué puedo hacer.

—Gracias. Pensalo si querés, pero yo ya lo decidí.

Cerré la puerta de su oficina y volví a mi escritorio.

.

Durante esa semana, Pupi y Carla no habían dejado de enviarme mensajes recomendando y en tono de súplica, que no fuera a Colombia. Seguro mi hermano me diría lo mismo, pero a él le mentí. Le dije que iba a Colombia como si hubiera armado el viaje para ir solo y salir un poco de Buenos Aires.

Ya tenía mi pequeña valija lista. Aún no sabía si había tomado la decisión correcta, pero como me dijo Carla una vez, *“El que tiene miedo a morir, que no nazca”*. Claro está que ella no se refería a que me fuera de viaje con mi ex novio.

Me habían devuelto un porcentaje de lo que había pagado en alojamiento, así que hice una reserva en un hotel donde podía pagar cuando llegara al destino.

El avión salía al mediodía desde Aeroparque. Tenía todas mis cosas listas y era la hora de

salir. Recuerdo que ese día no tenía un control certero de mis acciones. Subí al colectivo y me senté en la parte de atrás, con la valija entre mis piernas. Delante mío había dos chicas que hablaban bastante fuerte.

—... Sí, la verdad es que me hacen muy bien. Todo el mundo debería ir a las clases. A todos les haría bien. La gente piensa que tenés que querer ser actor para ir, y nada que ver...

—... ¡Totalmente! Yo lo siento como una terapia, donde uno puede ser quien no sabía que puede ser. ¿Tiene sentido lo que digo no? —Largó una carcajada—. Aparte hay algunos compañeros que están re buenos. Iba por eso la piba, ¿Te imaginas?

Ambas se rieron con cierta complicidad,

—... Después, los martes estoy yendo a clases de *clown*. Están bárbaras también. Es un lenguaje de actuación completamente diferente, que te permite jugar con los estados de ánimo…

—¡Qué lindo! ¿Con quién haces *clown*?

—Marina Barbera se llama la profe. Es una genia. Fijate si podés venir un día. Depende lo que estés buscando, pero seguro te gustarán…

Cierta nostalgia se presentó en mis pensamientos. Hacía tiempo quería comenzar clases de teatro y nunca me decidía ni dónde ni cuándo. Esas chicas habían traído hacia mí una sensación de que me tenía que replantear qué estaba haciendo con mi vida.

Quería seguir escuchando su conversación, pero la parada del aeropuerto se aproximaba. Toqué el timbre, bajé y caminé hacia la entrada de "*Partidas*". Había mucha gente por todos lados, demasiada. Me sentía saturado por toda la situación. La gente gritaba, hablaba fuerte. Algunos estaban felices, otros no tanto. Algunos me atropellaban con sus enormes valijas con tal de pasar primero. Cuando llegué al stand de la aerolínea, vi a Julien haciendo la fila para despachar su valija. Hacía varias semanas que no lo veía.

Mis cachetes se pusieron rojos y el resto de la gente se esfumó de la escena. Su cara no era la de siempre. Pude notar que estaba desorientado y que no estaba cómodo con la situación. Sin pensarlo, salí del aeropuerto y encendí un cigarrillo, al mismo tiempo que caminaba. Caminé, no paré de caminar. Como si hubiera perdido el conocimiento. Cuando me recuperé, me di cuenta de que había vuelto a casa.

CAPÍTULO VI

el retroceso

Era viernes. Ese día me quedé toda la tarde en casa y estaba decidido a estar solo. Compré unas cervezas en el chino y disfruté de quedarme en mi living escuchando música. Por momentos lloré. Siempre había asociado el alcohol con momentos felices y de compartir con amigos, pero esa noche no había sido así. Estaba triste, o más que triste, angustiado. Mi cabeza volvió a recordar lo que podríamos haber sido, y la nostalgia me obligó a tomar mi celular y revisar qué estaba haciendo. Aún lo seguía en Instagram, así que entré a su perfil. Estaba feliz, con una sonrisa inmensa, donde pude ver dientes que antes no había visto. La última foto la había subido cuatro días atrás, en zunga, con su cuerpo bronceado y una playa colombiana en el fondo.

No fue ira lo que más sentí en ese momento. Aprecié sus piernas peludas que hacían un *match* perfecto con la arena blanca. Sus incipientes abdominales cubiertos por vellos, que formaban una línea perfecta que viajaba desde su ombligo hasta el pubis. Parecía no haberse afeitado en días. También tenía el pelo más corto, pero no supe si se lo había cortado en Colombia o en Buenos Aires, ya que no pude recordar cómo lo tenía cuando lo vi en el aeropuerto.

No pude evitar sentir una mezcla de bronca, angustia y excitación. Comencé a recordar todas las veces que tuvimos sexo en mi cama, cuántas veces recorrimos mi departamento desnudos, tocándonos y abrazándonos, riéndonos y siendo cómplices con solo mirarnos…

Fui al baño, abrí la canilla de la ducha y me zambullí, quedándome bajo el agua como si el tiempo no pasara. Dejé que recorriera todo mi cuerpo, mientras le suplicaba que me limpiara, que me quitara la suciedad de encima, que me purificara, que se llevara la pesadez y la vergüenza.

La luna estaba casi llena esa noche y la miraba desde el balcón con un cigarro en la boca. Algo debía cambiar en mi vida. No podía seguir de esa manera, en la que no era dueño de lo que me sucedía. Me reproché el haber considerado la posibilidad de ir a Colombia, cómo pude hacerme eso a mí mismo y pasar por todo ese proceso que no tuvo ningún tipo de sentido.

Arrepintiéndome de haber ido al aeropuerto, recordé la conversación que esas chicas tuvieron en el colectivo. Como si la luna me hubiera dado una señal, instantáneamente recordé el nombre de la profesora que daba esas clases de teatro. Terminé el cigarro y salté hacia el escritorio. Busqué su nombre y entré a su página web. Sin pensarlo demasiado, le envié un mensaje preguntándole sobre sus clases. Apagué la computadora y me dormí.

Al día siguiente, Pupi y Carla insistieron en salir a bailar a un boliche gay de Buenos Aires, casi obligándome, como si la salida fuera planeada para levantarle el ánimo al que le habían roto el corazón. Nunca dije que sí a la idea de la salida, pero sí accedí a que fueran a mi casa esa noche.

En la tarde había dedicado mi tiempo a ordenar el departamento, limpiando cada rincón.

Recuerdo que mientras esperaba que el piso se secara, miré alrededor y me percaté de que había fotos con Julien en algunos portarretratos, y un souvenir que me había regalado Grace cuando fue de viaje a Venezuela. Tomé una caja y puse todos esos recuerdos adentro. Sentí que mi casa estaba más limpia, como si esas fotos nunca hubieran existido y esas cosas nunca hubieran estado allí. Dejé la caja cerca de la puerta de entrada, para forzarme a tomar una decisión pronto. Prendía un incienso de palo santo cuando escuché el timbre. Eran Carla y Pupi. Bajé y me encontré con que habían traído unas cuantas cervezas.

Pupi tomó el control del speaker y puso *reggaeton*. Mi casa se estaba preparando para la noche. Carla, que tenía un vestido rojo con un tajo al costado de las piernas, se subió a la mesa ratona y comenzó a bailar mirándome a los ojos y dando besos al aire.

—¿Adivinen quiénes van a salir hoy? —dijo moviendo sus pechos.

—Hoy salimos y rompemos todo, esta noche es nuestra, Elías.

No pude evitar reírme al verlos, convencidos de que debían sacarme de mi casa y llevarme a bailar.

—Luego vemos si salimos, acá la estamos pasando bien. Tal vez nos podemos quedar —expresé en vano.

—Obvio que no Elías, vamos a salir, no tenés opción. Así que andá a cambiarte y prepararte.

—Vamos, vamos —dijo Carla con un chasquido de dedos mientras me llevaba al baño a que me duchara.

Volví al living ya cambiado, con un jean negro y una remera blanca de Adidas. Ambos me miraron de arriba a abajo, y al unísono dijeron:

—No mi amor.

Carla abrió el closet y comenzó a buscar una camisa. Tomó una y la probó sobre mi pecho. Puso cara de desaprobación y volvió a dejarla colgada.

—Definitivamente es esta —dijo al ver una camisa estilo *pop art* que hacía mucho no usaba. Me la probé y acepté usarla.

Ya algo borrachos y cerca de medianoche, estábamos listos para salir. Bajamos y Pupi paró un taxi. Aún no sabía a qué boliche iríamos, ya que no me quisieron decir.

Abrí la ventana del auto, mientras el viento me pegaba en la cara apreciaba las luces y las calles de Buenos Aires. Es una ciudad que nunca duerme. Siempre sucede algo, siempre hay caos. Una ciudad viva. Esperando que el semáforo cambiara a verde, podía ver cuánta gente había decidido salir esa noche. Los autos llenos de jóvenes sonrientes y alegres, todos buscando pasar una noche divertida y olvidarse de todos los problemas.

Llegamos al boliche y nos acercamos a la larga fila para entrar.

—¿De verdad tenemos que hacer esta fila? Vamos a estar mil horas esperando.

—No te quejes Elías. Ya estamos acá. Además, ¿qué pasaría si adentro está el amor de tu vida? —enunció Carla.

—Con que no haya fila para comprar alcohol yo me conformo —adhirió Pupi.

Durante la media hora que esperamos, no pude evitar observar y notar que había una gran cantidad de chicos guapos. Me pregunté si estaba listo para seducir o ser seducido esa noche, pero no encontré respuesta. Por otro lado, sabía que la posibilidad de encontrarme a Julien en ese lugar era casi imposible, ya que supuestamente estaba en Colombia. Eso hizo que me sintiera más desinhibido, estar abierto a ser atrevido y no mirar alrededor esperando ver su cara.

Apenas entramos, Pupi fue a la barra y volvió con una birra para cada uno. Carla, fiel a su estilo, me agarró de la mano y exclamó:

—Síganme, vamos a ir al medio.

Eso hicimos, estábamos en el centro de la pista, bailando como hacía mucho tiempo no movía mi cuerpo. Con Julien no solíamos salir a bailar juntos, supongo que no era lo nuestro o nos aburríamos.

Había olvidado cuán bien me hacía ver a mis amigos sonreír y bailar. Lo estaba disfrutando mucho, había sido una buena decisión. Supuse que el alcohol ya era protagonista entre nosotros; miré hacia arriba y las luces del lugar eran perfectas. También había pantallas en el techo. Los ladrillos de cien años de antigüedad en las paredes creaban una atmósfera especial. Arriba de ese enorme sótano estaban las vías de un tren que aún estaba en funcionamiento. Una mezcla perfecta entre una disco y una locación antigua.

De tanta cerveza, tenía que ir al baño. Le pedí a Pupi que me acompañara, y Carla se quedó bailando. Odio los baños de los boliches. Siempre están sucios y llenos de gente, y hay que hacer filas eternas para orinar. Aunque usar el mingitorio era más rápido, yo nunca pude. Necesitaba mis cuatro paredes.

Por suerte Pupi estaba conmigo. Mientras charlaba con él en la fila, un chico que estaba detrás de nosotros me tocó el hombro con su mano.

—Qué linda camisa que tenés.

—Gracias —le dije con cierta timidez.

El chico era normal, pero no era mi estilo. Su cabello era rubio y algo largo. Parecía tener alrededor de veinte años.

—Y aparte te queda muy bien —insistió.

Lo miré y recibí su halago con una sonrisa cuando llegó mi turno de entrar al baño. Volví a la pista con Pupi, pero antes de salir del baño el rubio pellizcó mi abdomen con sus dedos y una sonrisa pícara se dibujó en su cara.

Carla estaba en su mejor momento, haciéndose dueña del centro de la pista. Nos recibió con un abrazo exhaustivo cuando volvimos. Seguimos bailando y llevando nuestras caderas hasta el piso, cuando Pupi apareció con un gin para cada uno. El alcohol ya estaba en nuestros cuerpos en un nivel elevado, haciéndonos perder todo tipo de timidez. Sin querer y de tanto moverme olvidándome de los límites, choqué con alguien. Al darme vuelta, advertí que se trataba del rubio.

—Perdón —le dije gritando para que me escuchara.

Respondió haciendo una mueca como si le hubiera dolido. Sonreí y lo volví a chocar a propósito mientras seguía bailando intentando parecer sexy. Al mismo tiempo que sonaba *Side to Side* de Ariana Grande, el rubio acercó su cara a mi oreja.

—¿Cómo te llamas, lindo?

—Elías, ¿vos?

—Un gusto Elías, me llamo Alex.

—Axel, lindo nombre.

—Alex, Alex —me repitió gritando.

—Bueno, lindo nombre igual.

Traté de abrir la ronda e integrar a Carla y Pupi para no tener que bailar solo con él. Ella torció la situación acercándose a nosotros dos, agarrando nuestras caderas para aproximarnos el uno con el otro. Alex accedió y posó sus manos en ambos lados de mi cadera, bailando muy cerca de mí. Sé que no fue mucho, pero ese mínimo contacto hizo que los vellos de mis brazos se erizaran. Tal vez porque hacía tiempo que no me tocaban o porque el último había sido Julien.

Además, no estaba acostumbrado a ser seducido en un boliche. Nunca me había pasado.

Alex era lindo, o al menos así lo vi en ese instante. No era mi estilo, pero debo admitir que algo en su cara joven e inocente hizo que me sintiera atraído. Tenía unos ojos verdes preciosos, que las luces hacían resaltar aún más. Alex fijó su mirada en mí durante unos segundos, acercó su boca a mis labios y me besó. Así estuvimos durante unos minutos, entrelazados en medio de la pista, con Pupi y Carla como si fueran custodios. En verdad, sus besos me parecieron normales, nada del otro mundo. Su cuerpo también era normal. De todas maneras continué compartiendo ese momento con él, como si tuviera una presión interna o externa, que me negaba la posibilidad de dormir solo esa noche.

Eran casi las cinco de la mañana y la energía ebullía a un nivel de auge alocado, pero también en el límite de que todo podría terminar pronto. No faltaba mucho para que se terminara la fiesta.

Los besos con Alex eran cada vez más apasionados y calientes, haciéndonos olvidar por completo que estábamos rodeados de gente.

—¿Querés que vayamos a casa? No vivo muy lejos —preguntó acercándose a mi cara.

Estaba sorprendido. Me tomé unos segundos para pensarlo, a la vez que miraba a Carla y a Pupi buscando aprobación.

—Vivo con un amigo que hoy no está en casa. Podemos seguir pasándola bien. Juntos y sin nadie alrededor —expresó intuyendo mi indecisión.

No tenía nada que perder. Aunque no podía dejar de pensar. Iría a la casa de un chico que había conocido esa noche y casi seguro tendríamos sexo. Me acerqué a Pupi y Carla para contarles lo que Alex me había propuesto.

—No tenés mucho que perder. Si te arrepentís, te vas a tu casa y listo —dijo Carla con un tono tranquilizador.

Volví hacia Alex y le expresé al oído que aceptaba su invitación. Los abracé agradeciendo la noche hermosa que me habían hecho pasar. Sin dudas mi proceso no hubiera sido el mismo sin mis amigos.

Salimos hacia la calle a la vez que tomaba su brazo. Paramos un taxi y fuimos a su casa, que estaba en el barrio de Recoleta.

Él vivía con su amigo en el departamento que sus padres le habían alquilado para que estudiara arquitectura en la capital. Había nacido en un pequeño pueblo del interior de la provincia de Buenos Aires. Todo eso me contó durante el viaje hacia su casa, mientras el taxista miraba por el espejo retrovisor ofuscado. Supongo que percibió que recién nos habíamos conocido y que tenía dos homosexuales en su auto.

Alex le indicó al taxista dónde debía parar y sacó tres billetes de su billetera. Al abrir la puerta de su departamento, nos besamos otra vez. Pude percibir que estaba bastante bien decorado y ordenado, a pesar de tratarse de dos chicos muy jóvenes viviendo juntos.

—Creo que al final mi amigo está en casa, así que vamos a tener que tener cuidado —dijo alejándome con sus brazos.

—Me mentiste —expresé algo enojado.

—No, no. Te juro que me dijo que iba a volver mañana. Pero parece que no fue así. Igual no pasa nada, vamos a mi habitación.

Accedí algo ofendido. Entramos en su habitación mientras nos acariciábamos las espaldas mutuamente. Tocaba sus omóplatos y la parte baja de la espalda. Levanté su remera con mis manos y pude tocar y sentir su piel, era muy suave. Él comenzó a desabrochar mi pantalón e hice

lo mismo con el suyo. Ambos quedamos en bóxer sintiendo nuestras erecciones y frotándonos. Al recostarse en la cama me senté encima de él. Comencé a gemir aunque la sensación era rara. Después de años de tener sexo con la misma persona, mi cuerpo se encontraba con un cuerpo diferente, con otra piel, otro aroma y otro color. No estoy seguro si se trataba de un disfrute pleno, pero de todas maneras seguí gimiendo. Aunque noté que Alex no estaba en la misma sintonía.

—¿Por qué gemís tanto? —me preguntó interrumpiendo el acto.

—¿Cómo? ¿A qué te referís? —pregunté desorientado. Sin entender qué era lo que en realidad me estaba preguntando.

—Eso, ¿por qué gemís tanto? Es solo sexo.

Me quedé mirándolo unos segundos. No podía creer lo que me estaba diciendo. La sensación de ira invadió mi cuerpo otra vez, mezclada con cierta frustración. Me había ido del boliche, había dejado a mis amigos y estaba teniendo sexo por primera vez… ¡Con una persona que era un pendejo! ¡Encima me estaba haciendo un planteo sobre mis sonidos!

—¿De verdad esto está sucediendo? ¿De verdad me estás diciendo cómo tengo que disfrutar del sexo? ¿Cómo tengo que sentir placer? Sos un pendejo pelotudo.

Me levanté bruscamente de la cama y tomé mi bóxer.

—Pará, pará. Perdón, no quise decírtelo así. Te pido disculpas.

—Todo bien Alex, te falta aprender un montón me parece —le dije mientras me ponía el pantalón.

—Solo te dije que gemías mucho, tampoco es para enojarse.

—¿Bajás a abrirme? Me quiero ir.

Alex notó que mi cara se había transformado y no había vuelta atrás.

—Te puedo abrir desde acá. Abajo está el encargado.

—Mucha suerte.

Abrí la puerta, bajé y el sol me sorprendió con su amanecer. La calle comenzaba a despertarse. Vi un kiosco en la mano de enfrente, donde compré cigarrillos y caminé hacia mi casa. Eran unas treinta cuadras las que me separaban de mi cama. Encendí un cigarro.

Lleno de rabia, emprendí la caminata entre la gente que salía a correr bien temprano y los que sacaban a los perros a dar una vuelta. No pude dejar de sentirme un estúpido.

CAPÍTULO VII

el espejo

El empapelado de las paredes estaba frío y el sol aún no había salido. Mientras Fiti saltaba de una cama a la otra y nos lamía la cara cuando tenía oportunidad, mamá preparaba el desayuno. Ishmael siempre se quedaba quince minutos más durmiendo porque entraba a trabajar más tarde. Me lavé los dientes y fui a la cocina a desayunar, con Fiti siempre siguiéndome.

Mi desayuno era casi siempre, un mate cocido y unas tostadas con manteca, salvo que hubiera galletitas. Si había galletitas, comía galletitas. Mi mamá tomaba mate, casi nunca comía. Ella siempre prendía la tele y, tan temprano, el único programa que nos acompañaba era uno sobre el campo argentino. Te mostraba el clima, los precios de las vacas, o los diferentes avances tecnológicos que había en cuanto al riego de la siembra. Ese día estaba algo malhumorado, el frío extremo cambiaba mi estado de ánimo. El abrigo nunca era suficiente y te obligaba a ponerte capas y capas de ropa. Los pies también eran lo peor, los dedos se te congelaban a tal punto que no los podías mover.

Era hora de ir a la escuela. Tomé mis cosas y me preparé para salir. Mamá me dio diez pesos por las dudas que necesitara comprar algo; ese día iríamos con todo el curso de excursión al teatro Colón. Saludé a mamá y a Fiti. Salí de casa muy abrigado y caminé hasta la parada del colectivo, respirando a través de la bufanda y viendo cómo la respiración se convertía en vapor. Como era habitual, el colectivo no venía vacío, pero tampoco es que estuviera súper lleno. Casi siempre tenía suerte o suficiente habilidad para detectar cuál sería la próxima persona que se bajaría y así, conseguir un asiento. Tenía alrededor de media hora de viaje, pero luego debía caminar más de quince cuadras hasta llegar al colegio.

Bajé del colectivo, crucé la estación de tren por debajo y caminé con mis manos en los bolsillos. Por suerte el sol estaba asomando y el frío disminuía poco a poco. Mientras caminaba, en la vereda de enfrente siempre veía a los chicos de la otra escuela del barrio. Ellos iban a una privada y nosotros a una pública, por eso todos llevaban uniformes y nosotros podíamos ir con ropa normal.

En ese horario, las calles se inundaban de manadas de adolescentes con las hormonas sexuales por las nubes. A mí me pasaba lo mismo. Aunque muchos de ellos iban por la vereda de enfrente, la distancia no me impedía mirarlos y apreciarlos a lo lejos. Los chicos llevaban puesto un pantalón de vestir gris que hacía resaltar sus piernas, y un sweater bordó con una remera blanca debajo, aunque muchos de ellos llevaban una gruesa campera para protegerse del frío.

Unas cuadras antes de llegar a la escuela, era habitual encontrarme con Carla, pero ese día no sucedió. Me pareció extraño no verla, ella nunca faltaba. Al llegar al colegio, saludé a algunos de mis otros compañeros de clase. Existía una euforia colectiva ya que nos íbamos de excursión y no tendríamos clases ese día. Pero seguía preocupado porque Carla aún no había llegado. Al preguntarle a una de las preceptoras, me notificó que la madre había llamado para avisar que ese día Carla no iría al colegio. Se sentía enferma y se perdería la excursión. Mi día no

había comenzado de la mejor manera. Todo lo que me había imaginado compartir con ella, como disfrutar de la orquesta, criticar la vestimenta de nuestros compañeros o escuchar música durante el viaje, no iba a suceder.

Luego de formarnos en el patio para izar la bandera, estábamos listos para salir. Fuimos a la entrada para subirnos al bus que nos llevaría al teatro. Mientras elegía donde sentarme, vi que en uno de los asientos estaba Irakli que estaba sentado junto a una chica de otro curso. Ella lo estaba abrazando, deduje que sería su nueva "novia". De todas maneras, eso no impidió que nos miráramos fijo a los ojos. Cuando caminé por el pasillo del bus hacia uno de los asientos que estaban detrás, pasé cerca suyo y su brazo rozó mi muslo, haciendo que mis pelos se erizaran. Me senté solo, mirando hacia afuera escuchando música en mis auriculares. Había casi una hora de viaje hasta llegar al teatro. El bus se había convertido en un caos donde predominaban los gritos y el olor a adolescentes de dieciséis años, aunque Miriam, la profesora de educación física, trataba de calmarnos en vano. A dos filas de donde estaba, escuchaba que otros compañeros se burlaban de Irakli y su novia por estar besándose.

Uno de ellos era un chico que me despertaba cierta intriga. Aún no lo había descifrado, pero sabía que había cierta tensión entre él y yo. Varias veces había sentido que nuestras miradas eran distintas, que duraban más de lo normal. En especial, a veces lo sentía en los vestuarios después de las clases de gimnasia. Aunque no nos sacábamos la ropa interior y solo nos cambiábamos un short por un pantalón, varias veces lo había sorprendido mirándome. Pero no me animaba a avanzar para saber más, tal vez me desconcertaba que muchas veces lo había visto acompañado por alguna chica.

Irakli había nacido en Argentina, pero su familia había emigrado desde Georgia en la década de los ochenta. Supongo que huyendo de alguna guerra o crisis económica. En verdad, no sabía ni ubicar a Georgia en el mapa. Cuando la curiosidad sobre Irakli comenzó a crecer, investigué cuál era su origen. De acuerdo a algunos portales y noticias que leí, Georgia se caracterizaba por tener una cultura muy arraigada y fuerte en sus tradiciones, extremadamente machista y por ende, homofóbica.

Cuando llegó al colegio, llamó la atención de muchos estudiantes, como todo alumno nuevo que genera curiosidad y empatía. Irakli era la sensación del momento. Además, era guapo. Tenía cabello color castaño y unos sobresalientes ojos marrones. Una barba bastante crecida para su edad, y un cuerpo delgado pero fibroso y con músculos marcados. En cuanto a la estatura, éramos bastante parecidos.

Desde el día en que llegó, ocupaba muchos de los recreos tratando de buscarlo solo para mirarlo desde lejos, aunque sea unos segundos. Había fantaseado con él más de una vez. Nos imaginaba juntos y pensaba que sería un buen novio para presentarle a mi mamá; si algún día me animara. Pero todo quedó en una fantasía.

Al llegar al teatro, nos bajamos del bus mientras Miriam nos agrupaba a todos en la explanada que daba a una de las calles laterales. Desde afuera, la fachada era imponente. Enormes esculturas y detalles finos, con trazados de cemento mezclado con estructuras y marcos de hierro pintados de negro y dorado. Una hermosa obra de arte de arquitectura estilo francesa. Sin dudas ese fue el momento donde más extrañé a Carla. No podía creer lo que se estaba perdiendo, y seguro nos hubiéramos tomado el tiempo necesario para apreciar tal obra.

Al entrar al teatro, fuimos recibidos por un representante vestido con pantalón negro y camisa blanca cubierta por un hermoso saco también negro. Corbata perfectamente alineada y zapatos lustrados con mucho cuidado, no podían faltar.

El hombre comenzó a contarnos lo que iba a suceder durante esa jornada allí dentro, a lo que la mayoría de los chicos no prestó atención. Íbamos a tener el placer de escuchar y ver a la Orquesta Filarmónica de Buenos Aires.

Subimos unas preciosas escalinatas hasta llegar a la antesala del inmenso salón. Pasamos unas cortinas de terciopelo que hacían de puertas y al fin pudimos ver el escenario. Sensaciones de satisfacción y euforia recorrieron mi cuerpo. Estaba donde quería estar. El telón bordó con detalles dorados me hacía sentir diminuto. Las alfombras que cubrían el piso no dejaban ningún detalle librado al azar y las butacas eran dignas de recibir a cualquier jefe de Estado, o hasta un rey.

Todos los alumnos nos sentamos y ocupamos alrededor de tres filas, esperando la gran función. Había quedado lejos de Irakli pero igualmente podía verlo.

Disfrutamos de unos cuarenta y cinco minutos de preciosa música clásica. Nunca la había escuchado antes, pero desde ese día comencé a hacerlo. Las decenas de instrumentos sincronizados de manera perfecta, interpretadas por músicos donde la concentración y el talento destacaban sobre todas las cosas, imponían no dejar de apreciar tal suceso.

Fuimos interrumpidos por el cierre del telón. Era hora del intervalo y debía ir al baño. Salí hacia el hall pero no lo pude encontrar, entonces le pregunté a una chica del staff si me podía guiar. Ella me señaló uno de los extremos de un inmenso corredor. Fui hacia allí y casi al final del pasillo encontré el baño. Había tres. Uno para hombres, otro para mujeres y otro para discapacitados. Miré para los costados y opté por entrar al de discapacitados, ya que estaba desocupado y en general suele estar más limpio. Terminé de orinar, me lavé las manos y estuve listo para salir.

Al abrir la puerta, encontré a Irakli que también estaba buscando el baño. Ambos nos quedamos tiesos mirándonos a los ojos.

—¿Estabas buscando el baño?

—Sí, ¿a vos qué te parece? —respondió con cierta agresividad.

—Bueno, ahí lo tenés.

Cuando él caminó hacia adentro, me quedé quieto, sin moverme. La boca del estómago me dolía y parecía que quería comerse a sí misma. Irakli iba a cerrar la puerta, pero volvió a abrirla con un movimiento lento.

—¿Querés pasar? —dijo casi sin que se le movieran los labios.

Fueron los segundos más largos que jamás había vivido. Nos miramos, sin que nuestros ojos se dispersaran, como si estuvieran unidos por el mismo hilo. Nada se movía en nuestros rostros, ni un centímetro, ni siquiera la respiración se hacía notar. El tiempo se había detenido.

Tenía la oportunidad que siempre había fantaseado, enfrente mío. Estaba ahí. No sé cómo pero sentí que no fui yo el que tomó la decisión. Tal vez fue mi cuerpo, o mis fantasías. Entré, sin que dejáramos de mirarnos, e Irakli cerró la puerta.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, pero seguro lo suficiente como para preocupar a Miriam por nuestra ausencia.

Mientras viajaba por las estrellas, Irakli interrumpió nuestro momento de manera brusca. Se alejó apoyando sus manos sobre mis hombros y subió sus pantalones en un instante. Abrió la puerta con la intención de correr, pero algo lo detuvo.

—¡Esperá! —le dije con la voz resquebrajada.

Salí corriendo para detenerlo, pero ambos nos quedamos quietos cuando vimos a Miriam en el pasillo. Nos había encontrado, y por su rostro supimos que ella también estaba sorprendida.

Nos había visto salir juntos del baño de discapacitados.
—¿Dónde estaban? ¿Qué estaban haciendo ahí? —dijo sin esperar una respuesta, o sin querer oírla.
—Vuelvan de inmediato al teatro.

La distancia que separaba el baño de las butacas parecía más extensa que antes. Intentamos caminar rápido como si todo el mundo hubiera visto lo que hicimos y nos estuviera juzgando. Me dolía el estómago. Irakli caminaba adelante como si sus pasos fueran más largos. Entramos al salón y el concierto había reanudado. Miriam, con una seña, nos obligó a sentarnos en una de las butacas vacías que estaban próximas a la entrada, para no llamar la atención. Él se sentó primero, y tratando de evitar la confrontación opté por sentarme a dos butacas de distancia. Miriam también se quedó cerca nuestro, vigilándonos.

Seguro Irakli se preguntaba lo mismo. Nos habían descubierto y no sabíamos qué diría Miriam o cuál podría ser el castigo.

Como era de esperar, no pude disfrutar de la segunda parte del concierto. Volví a extrañar a Carla, quería que me abrazara.

Era hora de volver a la escuela. La excursión había terminado y nos subimos al bus que estaba esperándonos en la entrada, sin decir una palabra. Él se fue con sus amigos y su chica. Yo volví a sentarme solo. Si hubiera podido ver mi cara desde afuera, seguro se me notaba a kilómetros de distancia que algo malo había pasado. Apoyé mi cabeza en la ventana, y solo esperé que el tiempo pasara lo más rápido posible.

Llegamos a la escuela, donde estaríamos un tiempo más para luego terminar la jornada y volver a casa. Apenas entré, fui directo al baño, levanté la tapa del inodoro y vomité.

Después de enjuagarme la boca, caminé hacia el salón de clases, donde todos estaban esperando que se hicieran las tres de la tarde para irse. En los momentos en que intenté mirar a Irakli y descifrar qué era lo que se le pasaba por la cabeza, percibí que me estaba evitando. Ni siquiera quería hacer contacto visual.

Sonó el timbre que indicaba la hora de salida. Dejé que todos salieran del salón, fui hacia el baño y esperé allí unos cinco minutos. Quería irme caminando solo, sin que nadie me molestara. De hecho, tomé una calle lateral a la que habitualmente tomaba para volver a casa. ¿Cómo era posible que habiendo cumplido mi más ansiada fantasía, solo quisiera volver el tiempo atrás para que nada de esto hubiera sucedido? No quería nada más que hacer un pozo en la tierra, lanzarme y esperar que se llenara.

El sol de a poco comenzaba a caer y el frío volvía a apoderarse del aire. Llegué a casa y mamá estaba en la cocina tomando un té.
—Hola hijo, ¿cómo te fue en la excursión?
—Hola ma, me fue bien. Estoy bastante cansado así que creo que no voy a cenar.
—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó como esperando a que me sentara a contarle todo.
—Sí. Estoy cansado nada más. Me voy a recostar un rato.
—¿Te despierto para cenar? Tu hermano viene con Ludmila hoy.
—Me pongo la alarma cualquier cosa. Luego veo.

Subí hasta la habitación, me desvestí y me lancé sobre la cama boca abajo, con la cara en la almohada. Lloré, con lágrimas fuertes que me hacían doler la frente. Pero en silencio, absoluto silencio.

.

Mis cachetes estaban rojos por el frío y eso hacía que apreciara aún más salir al recreo a ver el sol. Irakli había evitado todas mis miradas esa mañana. Parecía saber cuándo lo miraba y al instante cambiaba de dirección, como si yo hubiera dejado de existir. Me relajé al ver a Carla y saber que íbamos a tener nuestro momento para charlar y tratar de olvidar lo que había sucedido.
—¿Qué te pasa? ¿Por qué tenés esa cara? —preguntó como si supiera todo.
—Nada, ¿por qué? Estoy bien.
—¿Es porque no fui a la excursión? Me sentía mal Elías.
—Lo sé. Una lástima que te lo perdiste. ¿Viste *Bastardos Sin Gloria* al final? —dije intentando cambiar de tema, aunque Carla era difícil de engañar.
—Impresionante, me encantó. Peliculón. Otra obra de arte de Tarantino.

La pelota se acercó a nosotros, cambiando por completo los hechos de ese día. Luego de la trompada que Carla le dio a Irakli, algunos profesores que estaban en el patio, se acercaron a controlar la situación llevándolos a ambos a Dirección, pero luego me di cuenta de que a él se lo estaban llevando a Enfermería porque sangraba.

En realidad, la enfermería era una pequeña sala al lado de donde descansaban los profesores. Íbamos a una escuela pública que obviamente no gozaba de tener una enfermera. Desde afuera de la sala, pude ver al profesor de Historia junto a Irakli, con la caja de primeros auxilios abierta apoyada en la camilla. Solo le sangraba un poco el labio. Esperé afuera buscando una oportunidad para entrar, y cuando el profesor dejó la sala, entré.
—¿Qué haces acá? —dijo sorprendido—. ¿Vos también me vas a pegar?
—No Irakli. ¿Te duele mucho? —dije luego de unos segundos de silencio.
—No, tengo hielo en el labio por diversión nada más.
—¿Hace falta que me trates así?
—Te recuerdo que la pelotuda de tu amiga me acaba de pegar una piña delante de todo el colegio. ¿Te parece que te puedo tratar mejor?
—Bueno, vos te lo buscaste también. ¿Por qué me dijiste eso?
—¿Qué te dije?
—"Maricón" —dije tragando saliva.

Él no me respondió, solo se quedó mirando su herida en el espejo.
—Tenemos que hablar de lo que pasó ayer. Me gustó que...
—Ayer no pasó nada Elías —expresó interrumpiéndome—. No pasó nada, ni va a volver a pasar. Borralo de tu mente.
—¿Cómo que no pasó nada? ¿Me estás jodiendo?
—No soy gay Elías —dijo en voz muy baja—. Acá el gay sos vos, a mí me gustan las chicas. No me rompas más las pelotas, y no me hables más.

Mi mente decidía entre pegarle, mandarlo a la mierda o escupirle la cara. No solo era el rechazo lo que me dolía, si no que era la primera vez que me abría y exponía con alguien mi sexualidad. Pero era evidente que él no era la persona adecuada para hacerlo.
—¿Qué hace Elías acá? Vuelva a clase de inmediato —me ordenó el profesor cuando volvió a la sala.

Me fui sin mirar atrás.

Al caminar unos pasos por el corredor, con la sensación de no entender qué había sucedido, me encontré con Miriam. Ella se detuvo y me miró moviendo sus labios pero sin decir nada. Miró hacia los costados asegurándose de que nadie estuviera cerca.
—Mirá Elías, sé que sos un buen chico. No voy a decir nada de lo que pasó ayer, a nadie. Solo

con la condición de que cuentes conmigo para lo que sea. ¿Está bien?

Afirmé moviendo la cabeza, di media vuelta y seguí caminando mientras lagrimeaba. Me sequé rápido para que nadie me viera, porque debía buscar a Carla. Fui hacia la dirección y la vi salir con la actitud que la caracterizaba.

—Hola Elías —dijo sonriente.

—¡Carla! ¿Qué paso? ¿Qué te dijeron?

—Me pusieron una amonestación, pero ya está. Todo bien.

—Perdón por meterte en esto. No tenés la culpa de nada.

—Fui yo la que le pegué. De hecho, se sintió bastante bien —dijo riendo—. Bueno tengo que volver a clases, nos vemos después.

Antes de que se fuera, la tomé del brazo.

—Esperá, tengo que decirte algo. Soy gay —expresé sin creer que esas palabras hubieran salido de mi boca.

—Bueno, no pasa nada. Me tengo que ir. Después me tenés que contar lo que pasó en el Colón, travieso.

Guiñó un ojo y volvió a clase. Seguía sin entender cómo en solo dos días habían pasado tantas cosas. Por suerte, Carla estaba tranquila. Eso para mí era muy importante.

CAPÍTULO VIII

el globo

Mis energías para ir a trabajar eran cada vez más escasas, pero no era millonario y tenía que pagar el alquiler. Salí de casa temprano, con un café en una taza térmica porque no había llegado a desayunar en casa. Las calles eran las mismas de siempre, pero en esa época tenían la particularidad de estar empapeladas de propaganda política por doquier. Se acercaban las elecciones presidenciales en el país y reinaba la incertidumbre de no saber si ganaría el partido que estaba en el poder o la oposición.

Al llegar al trabajo, Gastón me dio la bienvenida, como siempre.

—Buen día Elías, ¿está tomando un cafecito hoy?

—Hola Gastón. Sí, no llegué a desayunar en casa.

En verdad, no me interesaba quedarme hablando con él esa mañana. Caminé derecho hacia el ascensor para llegar a mi piso e instalarme en el escritorio. En cuanto a las tareas que habitualmente debía hacer, ese día parecía uno sin sobresaltos. La energía que sobrevolaba en la oficina era de empleados públicos preocupados por las elecciones y un posible cambio de administración. No sabíamos cómo eso podía impactar en nosotros y qué nos depararía el futuro. De todas maneras, solo pensaba en lo que debía hacer después del trabajo.

El invierno de Buenos Aires es especial. Los días son cortos, las nubes son más grandes de lo normal y lo gris se hace más gris. El asfalto de las calles, los cordones, las caras de los que caminan, todo es más gris.

Salí del trabajo, llegué a casa con el tiempo justo para cambiarme la ropa por una más cómoda y salir nuevamente. No había ningún colectivo o subte que me quedara cómodo, entonces decidí ir caminando, escuchando música y apreciando los árboles altos de las calles que me llevaban a su casa. El sol había comenzado a caer, y aunque el frío ese día era moderado, tenía puesto mi sweater verde oscuro y un pantalón de jogging que me quedaba algo holgado. No estaba demasiado lejos, alrededor de unas veinte cuadras. Ideal para ir y volver caminando cuando terminara. Al acercarme a su casa, volví a revisar la dirección para estar seguro. Por fuera era una casa bellísima, con una fachada estilo antiguo, típica del barrio de Colegiales. Toqué el timbre, con la sensación de ser un niño que va a la casa de su amigo a jugar.

—¡Hola! ¿Quién es? —preguntó desde adentro.

—Hola Marina, soy yo, Elías.

Abrió la puerta y sonriendo me invitó a pasar. Nos saludamos con un fraternal abrazo como si nos hubiéramos visto antes.

La casa de Marina era mágica, de esas casas que apenas cruzás el umbral, sentís en tu pecho una buena y cálida energía, que te abraza, y querés estar en invierno y en verano, cuando estás triste y cuando estás contento.

—Podes dejar los zapatitos acá —dijo señalando una biblioteca que estaba en el hall de entrada, la parte de abajo era para los zapatos y arriba estaba llena de libros.

Apenas me saqué el calzado, mis pies sintieron el penetrante frío de la cerámica, como si me sacudiera el cuerpo y me preparase para lo que venía. Unos pasos más adelante estaba el salón, con un piso de madera hermoso. Marina me indicó que podía pasar y sentarme en unos almohadones que estaban en el suelo. Ya había compañeros recostados en el piso, algunos elongando y otros estaban por llegar. Hice un saludo general a los presentes. Al principio, éramos unos cinco alumnos, luego llegaron algunos más. Había personas de todas las edades, algunos con experiencia y otros no. Estaba listo para disfrutar de mi primera clase de teatro.

Recuerdo que hicimos un ejercicio con un globo, en el que la idea era pasárnoslo uno al otro y presentarnos. Desde el comienzo, hubo una chica que me había llamado la atención, que tenía la risa más graciosa del mundo. Su risa tenía dos tiempos, uno de carcajada y otro para tomar aire para seguir, siempre emitiendo sonido en cada paso. Tenía alrededor de unos treinta años y una personalidad muy segura e imponente. Su nombre era Uma. Ella fue la que lanzó el globo hacia mí, indicando que era momento de presentarme.

—Hola, soy Elías. Tengo 26 años y vivo a unas veinte cuadras de acá. Trabajo en una secretaría pública hace cinco años y no me gusta trabajar ahí. Esta es mi primera clase de teatro. Creo que más que nada vengo a expresarme y aprender a actuar.

Lancé el globo hacia otro compañero para continuar con la tarea y tratar de desviar la atención hacia otro lado.

Seguimos jugando con otros ejercicios que Marina nos había dado. Estaba muy satisfecho por haberme animado a ir, y todo gracias a esas chicas que habían mencionado su nombre en el colectivo aquella vez. De a poco el destino parecía estar de mi lado.

A mitad de la clase, Marina nos propuso hacer un ejercicio de improvisación libre. La idea era jugar y ser quienes no éramos. Recuerdo que tuve una conexión actoral diferente con uno de los alumnos. Nuestra improvisación había fluido y la disfruté mucho.

Al terminar la clase, mientras nos poníamos las zapatillas, Uma se acercó.

—¿Para dónde vas? —me preguntó tomándome por sorpresa.

—¿Cómo? ¿A qué te referís?

—Tengo que ir a Avenida Santa Fe a tomarme el colectivo. No sé si vas para ese lado.

—Perdón, no te había entendido. Sí, voy para ese lado. ¿Caminamos juntos? ¿Querés?

—Buenísimo —manifestó con alegría en su rostro.

Eran cerca de las diez de la noche y el grupo se despedía en la vereda de la casa de Marina. Existía un ambiente fraternal, como si todos hubiéramos conectado en esa clase.

Con Uma comenzamos a caminar a la vez que sentíamos el frío en nuestros rostros y las manos secas. Recién era la primera clase, pero sentí que me hacía falta conocer gente nueva y abrir mi círculo de amistades.

—¿Vos dónde trabajas? —preguntó Uma con intención de entablar una conversación.

—Trabajo en una secretaría pública. Bastante aburrida, pero bueno. ¿Vos?

—Soy asistente social y trabajo en varias cárceles de la provincia.

—Interesante.

—Más o menos —se rio—, es un ambiente difícil.

—Me imagino, pero al menos hacés lo que te gusta.

—¿Vos no?

—No, no estoy contento. Pero la situación del país no me ayuda a animarme a buscar otra cosa.

—Imagino que por eso venís a las clases.

—Puede ser, no lo había pensado de esa manera.

Después de caminar unas cuadras, me di cuenta de que a Uma le gustaba hablar, o mejor dicho, conversar. Mucho.
—¿Y estás de novio?
—Sí. No, perdón —dije rectificándome de inmediato—. Corté hace unos meses.
—Lo siento —se lamentó. Asentí con la cabeza—. Seguro estás buscando escaparte con las clases.
—Parece que sos buena analizando —le expresé como si estuviera siendo muy invasiva.
—Tengo buena percepción, y en una clase podés ver mucho del otro. Tal vez, te vendría bien irte.
—¿Irme? ¿A dónde?
—Hay miles de lugares. El mundo es inmenso. Hay 211 países. Aunque solo 194 son reconocidos por la ONU.

Por un momento me sentí intimidado por Uma. Parecía saber mucho más que nadie.
—No sé si estoy listo para emigrar —expresé dudando.
—Nadie está listo para eso. Pero todo se aprende. Mirá, viví un año en Australia y me pareció un país hermoso. Lo malo es que es una sociedad sin cultura y muy lejos del mundo occidental. Y el problema de alcohol y drogas que tienen es enorme. Y eso que la gente gana mucho dinero. Ahí me di cuenta de que a veces el problema no es el dinero.
—¿Se gana mucho dinero en Australia?
—Bastante, hasta trabajando de mozo podés ahorrar. Pero más allá de eso, viví una experiencia de viaje hermosa, recorrí un montón y conocí a cientos de personas.

A Uma parecía encantarle que hiciera esas preguntas, y a mí me gustaba escucharla. Aún teníamos unas cuadras hasta separarnos. Me contó un poco más en detalle de su experiencia y sobre las diferentes visas que hay que tener para emigrar allí.

Llegamos a mi casa y ella debía seguir hacia la avenida a tomar el colectivo.
—Bueno Uma, acá vivo. Un placer charlar con vos, de verdad.

Ambos nos miramos y al despedirnos, ella me besó en la boca. Gentilmente la alejé con mis brazos, y no pude evitar reírme.
—¿De qué te reís?
—Perdón, no lo pude evitar. No me gustás Uma.
—Bueno, me voy —dijo sin dejarme terminar de hablar.
—¡No! Quiero decir, me gustan los chicos.
—No te puedo creer —rio con una carcajada que se escuchó desde la esquina—. Interpreté cualquier cosa, perdón.
—No me pidas perdón. Gracias por la caminata. ¿Nos vemos la semana que viene?
—Dale, descansá.
Entré a casa, presioné el botón del ascensor y subí. No pude evitar reírme mientras miraba el espejo.

.

Nunca es fácil volver a la oficina después del fin de semana. El día anterior había ido a la casa de mi hermano a comer un asado al mediodía. Siempre hicimos eso luego de ir a votar, era

nuestra tradición.

Argentina se había levantado con la noticia de que habría ballotage. Para sorpresa de muchos y alegría de otros, el gobierno no había obtenido los votos necesarios para ganar sin necesidad de ir a segunda vuelta. La incertidumbre predominaba y en especial en nuestra oficina.

Al llegar al trabajo, me encontré con muchos compañeros con caras largas. Las sonrisas no se hacían presentes en los pasillos ese día.

Apoyé la mochila en mi escritorio. Valen estaba sentado y Josefina aún no había llegado.

—Elías, ¿no estás preocupado? —dijo como si no hubiera dormido en toda la noche.

—No tanto en verdad. Aún falta la segunda vuelta y ni siquiera sabemos si nos puede perjudicar en algo. Somos una secretaría bastante pequeña.

—No sé. A mí me preocupa. Vinieron todos temprano hoy. Están reunidos todos los directores. Dicen que hasta vino el ministro.

Traté de no contagiarme de las fantasías de Valen. Tomé mi taza y fui a la cocina a hacer un té pasando por varios escritorios. Sin dudas, él no era el único preocupado.

No vi a Lucio hasta después del almuerzo. Al mediodía volví a la plaza a comer la ensalada con hongos que había preparado. Los niños aún jugaban sin preocupaciones y sin ser modificados por los problemas de los adultos. Quise volver a ser un niño. Un niño que solo jugara con el único pensamiento de llegar a casa para comer galletitas y ver los dibujitos. Quise tan solo desear tomar los muñecos y armar historias, pasando tardes enteras creando mundos donde no existieran los problemas de las relaciones humanas o los de un país.

Terminé de comer y volví. Antes de llegar a mi escritorio, Lucio abrió la puerta de su oficina y mencionó mi nombre en voz alta, indicando que debía acercarme.

—Hola Lucio, ¿cómo estás? Parece que están todos un poquito alterados hoy, ¿no?

Tenía la peor cara que había visto ese día. Sus ojeras eran anchas y su boca cerrada hacía difícil poder ver sus dientes.

—Sentate Elías, por favor —expresó luego de dar un extenso suspiro—. Todo cambió desde ayer. Estuve con reuniones todo el día tratando de que nada sucediera, pero no pude. Esta mañana, el gobierno tomó drásticas decisiones que nos afectan a todos.

—No me asustes Lucio. ¿A qué decisiones te referís? Si aún falta la segunda vuelta.

—Lo sé, pero el gobierno quiere tomar acciones antes del ballotage. Parece que el discurso de la elección se está corriendo hacia la derecha, o al menos ellos lo interpretan así. Y no quieren quedarse atrás.

—No entiendo, sé más específico por favor.

Se tomó unos segundos para responderme, girando hacia la ventana con la mirada perdida.

—El gobierno quiere dar señales a la sociedad de que va achicar el Estado. Por ende, van a despedir empleados públicos. Dicen que si lo hacen ahora les va a beneficiar en la elección.

La tensión estaba presente en la sala. Lucio no me estaba contando esto solo para que lo supiera.

—Decidieron desvincular al 20% del personal de la secretaría. Y en esa lista, lamentablemente estás vos. Lo siento mucho de verdad.

—¿Vos me estás jodiendo no? ¿Cómo puede ser, si soy el que más labura acá? ¿Por qué no despiden a Valentín o a Josefina que no hacen un carajo?

Aunque estaba inundado de bronca, supe que la decisión ya estaba tomada. Tomé mi rostro con ambas manos y me incliné hacia mis rodillas.

—Sabés que a ellos no los van a tocar porque tienen contactos. Es más, no sé si mañana no me despiden a mí también.
—¡Qué hijos de puta!
—Igual dijeron que los van a indemnizar y a pagar el próximo mes.

No tuve más fuerzas para luchar o seguir discutiendo con Lucio. Lo más probable era que él no pudiera hacer nada al respecto. Era un buen tipo que lo único que quería era proteger a su familia.
—¿Y qué hago? ¿Desde cuándo me despiden?
—Hoy es tu último día. Te van a pagar lo que resta del mes, pero ya no tenés que venir más.
—No lo puedo creer Lucio. ¿Estás seguro de esto, no? ¿Y el sindicato no va a hacer nada? ¿No se puede revertir?
—El sindicato es afín al gobierno. Seguro van a protestar para no ser tan obvios, pero creo que es una batalla perdida.

Me levanté de la silla. Estaba en shock.
—Lo siento Elías, de verdad.

Cuando salí de la sala, Valen y Josefina no estaban en sus escritorios. Supuse que sabían que me habían echado.

Me senté y posé mi mirada en el teclado de la computadora por unos minutos. Estaba abatido. Las últimas fuerzas que tenía las usé para guardar mis pertenencias. Tomé la foto de Ulises y mi hermano que tenía pegada, mis *tuppers* de almuerzo, mi termo y mi mate.

Sorprendido, vi que también tenía una foto con Julien. Había olvidado por completo que estaba allí. La despegué, la miré y me reí. Mientras algunas lágrimas salían de mis ojos, guardé la foto, tomé todas mis cosas y las puse en la mochila. Casi que no quedaba nadie en la oficina, pero tampoco tenía ganas de despedirme. Antes de apretar el botón del ascensor hice una última mirada. Me despedí de tantos años de haber estado en el mismo lugar. Vi por última vez los pasillos, los escritorios y la alfombra azul que habían instalado hacía poco.

Al bajar y pasar mi tarjeta por el molinete, Gastón se acercó.
—Que tenga una linda tarde Elías. Hasta mañana.
—Adiós Gastón. Sí, hasta mañana, hasta mañana.

CAPÍTULO IX

el césped

No había dormido casi nada durante la noche. Di vueltas y vueltas en la cama, tratando de encontrar la mejor posición que me hiciera pensar menos, o no pensar. Era difícil. Había perdido el rumbo, la brújula de mi vida. No encontraba ningún objetivo que me hiciera tener fuerza de voluntad. Miré el reloj y aún no eran las seis de la mañana. Fui hacia la cocina y preparé un café.

Pensé si debía buscar un nuevo trabajo urgente o dejar pasar unos días para que mis ideas se acomodaran. La situación económica del país hacía que no fuera fácil buscar otro trabajo que me permitiera pagar el alquiler y vivir. La tasa de desempleo era alta y la desilusión, también.

Debía pensar en algo rápido. El siguiente mes ya no cobraría el sueldo y tendría que comenzar a usar ahorros, pero prefería evitarlo. Además, no podía contar con el dinero de una eventual indemnización. Especular con que el Estado me pagara lo que me correspondía en tiempo y forma, era arriesgado.

Estuve horas en mi casa pensando cómo había llegado a esa situación, preguntándome por qué no había ido a la universidad o por qué había dedicado casi cinco años de mi vida a trabajar en un lugar que no me llenaba ni me hacía crecer. Me había resignado durante años a vivir en mi zona de confort con un sueldo de empleado público.

Ante tal angustia, me rehusé a pasar el día encerrado en casa. Preparé mi termo con agua caliente y el mate. Tomé mi mochila y salí a caminar sin rumbo, esperando encontrar en el camino una plaza donde sentarme y tratar de disfrutar del sol.

El día estaba soleado, radiante. Hacía frío pero con una campera liviana estaba bien. Compré puchos en un kiosco para luego comenzar a caminar.

Eso hice, caminé. De verdad, no tenía rumbo ni sabía dónde estaba yendo. Aún no le había contado a nadie que me habían echado del trabajo. Supongo que por vergüenza u orgullo, no lo sé.

Llegué a una plaza que no había visto antes. El césped era muy verde y parecía recién cortado. Donde no había mucha gente, apoyé una manta y me recosté boca arriba.

Mientras fumaba un cigarro, no podía dejar de apreciar el cielo. Solo había unas pocas nubes, que a veces tapaban el sol durante unos segundos. Mi cigarrillo se apagó, entonces incliné mi cuerpo para buscar el encendedor. En ese momento, contemplé todo a mi alrededor. Observé personas apuradas caminando rápido para no llegar tarde al trabajo, otras que estaban juntando cartones para poder comer, automovilistas peleándose para avanzar primero, carteles de políticos preocupados por ganar algún puesto en las elecciones —pero a los que en realidad no les importaba nada el país, ni ayudar a las personas—.

Estaba inmerso en un caos que nunca había visto de esa manera. La sociedad sumergida en la ambición y el egoísmo.

Volví a recostarme apoyando mi espalda en el césped. Sin esperarlo vi en el cielo un

avión que volaba asomándose entre las nubes. Siempre me habían llamado la atención los aviones. Lo máximo que había volado en uno, fueron dos horas en un viaje a Bariloche que hice con Julien. Jamás había tomado un vuelo para salir de Argentina.

La libertad que se siente en el aire es inigualable. Tu cuerpo está volando, en una gran máquina de titanio conducida por dos humanos.

En ese momento, pensé qué pasaría si me tomara un avión sin saber el destino, subirme y no volver jamás como si eso fuera la solución a todos mis problemas. Ese pensamiento trajo algo de alegría a mi cuerpo, tal vez lo que necesitaba era volar.

De nuevo me incliné para preparar el mate que había traído, y no pude evitar preguntarme, "¿Podría irme de esta ciudad, después de tantos años? ¿Podría vivir lejos de mi hermano, mi sobrino, mis amigos?" No tuve respuestas en ese momento, creo que tampoco las estaba buscando.

Recordé lo que me había dicho Uma el día que caminamos juntos después de la clase de teatro. Tal vez estaba harto de estar siempre en el mismo lugar, tal vez necesitaba cambiar por completo mi vida y darle un sentido diferente a mi rumbo. Mientras mi mirada volvió al avión, consideré la posibilidad de irme, de emigrar. Pero, ¿cómo podía basar mis decisiones en alguien que recién había conocido? ¿Sería un error dejar todo e irme?

Luego reflexioné, ¿Qué era "todo"? Tal vez ya no tenía nada allí, nada que me atara demasiado como para no buscar mi propio camino, lejos. Ya no tenía trabajo, por ende debía buscar con urgencia uno nuevo, que seguro no me llenaría. Tampoco tenía novio, Julien ya no era parte de mi vida y era muy probable que jamás lo fuera de nuevo. Quizás, el no tener tantas cosas para dejar, me haría más fácil escaparme.

Guardé todas mis cosas en la mochila y emprendí la caminata para volver a casa. Más allá de la angustia que sentía en mi pecho, algo había cambiado. Mientras transitaba esas caóticas calles, no podía evitar pensar que no tenía que seguir el ritmo de quienes estaban a mi alrededor, en esa locura en la que vivían. Tenía que ser mejor que ellos.

Sentado en mi escritorio, prendí la computadora e investigué sobre Australia, donde Uma había vivido un tiempo. Recuerdo que había dicho que los sueldos eran muy buenos, y eso era algo importante para mí en ese momento. Sorprendido, leía que los trámites para entrar y poder trabajar no eran complicados. Con tan solo presentar pruebas de que tenías el dinero suficiente como para mantenerte tus primeros días de estadía en el país, era suficiente. Luego solo quedaba esperar a que te aprobaran la visa.

Aunque lo más complicado, era que en Australia se habla inglés. Lo había estudiado en la escuela pero el nivel no era muy bueno, por ende tenía mucho que aprender si quería ir y poder comunicarme. Sin embargo, en ese momento no lo pensé como un impedimento.

Al leer información en diferentes portales, veía cada vez más claro que viajar era la solución a mis problemas. La decisión de emigrar comenzaba a tomar forma y hacía que mi angustia se transformara en el hecho de haber encontrado la manera de enfrentar mi presente.

Esa tarde, le había dicho a mi hermano de vernos porque tenía la necesidad de contarle que me había quedado sin trabajo. Ishmael me propuso ir a tomar unas cervezas en un bar que no quedaba muy lejos de mi casa. Recuerdo que aceptó de inmediato, supo que en verdad debía contarle algo importante y no puso ningún impedimento.

Caminé hacia el bar donde nos veríamos, esperando conseguir una mesa afuera para poder disfrutar del roce del viento en mi cara. Por suerte, había una mesa libre en la vereda. La mesera se acercó y le pedí una IPA. Le dije que estaba esperando a alguien que llegaría pronto.

Ishmael siempre llegaba tarde a todos lados.

Al ver llegar su figura robusta a lo lejos, con su morral cruzando el pecho, no pude evitar ponerme contento. Nos saludamos con un fuerte abrazo y se sentó.

—Hola hermano, ¿cómo estás? ¿Estás bien? —supongo que notó que no estaba en mi mejor momento.

—Bien hermano. ¿Qué te vas a pedir? Esperá que llamo a la mesera.

La chica le trajo a Ishmael una birra bien fría con la espuma perfecta.

—Salud Ishma.

Mientras chocamos los vasos a modo de brindis, respiré hondo para decir lo que nunca es fácil.

—Te tengo que contar algo. Ayer me echaron del trabajo. Estoy bien igual.

—¡No hermano! No te puedo creer —dijo mirándome con sus ojos bien abiertos—. ¿Y ahora? ¿Cómo estás? ¿Qué vas a hacer? ¿Qué pensaste?

—Son muchas preguntas —dije riendo—. Pasó todo muy rápido. Pero antes de que me preguntes más, no hay vuelta atrás. Es definitivo.

—Lo siento Eli. Bueno el lunes te venís a trabajar conmigo al local, siempre hay lugar para vos. Nos tenemos que apoyar entre nosotros.

—No, pará. Necesito pensar qué hacer primero.

En realidad, no quería trabajar con él. Sería seguir haciendo lo que no me hacía feliz. Además creía que mezclar familia y trabajo no sería buena idea.

—¿Pensar qué? Te vas a quedar sin plata. Tenés que pagar las cuentas, el alquiler, la comida.

—¡Ya sé! —lo interrumpí—. Sé cómo son las cosas. Mi cabeza necesita ordenarse. Sé que voy a salir de esta. Solo quería que nos reuniéramos para contarte lo que pasó y relajarme.

Ishmael siempre fue el hermano protector. Ante la ausencia de nuestro padre, él había tratado de ocupar ese lugar para que nuestra familia estuviera unida. Aunque también lo intentó conmigo, en ese momento supo que debía dejarme tomar decisiones por mis propios medios.

—Bueno hermano. Sabé que acá estamos para lo que necesites. La situación económica no es fácil y si necesitás, podés venir a trabajar conmigo.

—De hecho, algo estuve pensando con respecto a eso.

—¿De trabajar juntos?

—No, de la situación del país. Tal vez está haciendo que me sea más fácil tomar una decisión.

—¿A qué te referís? No entiendo.

—Estuve investigando, y creo que me voy. —No pude terminar la frase.

—¿A dónde?

Respiré hondo, sin saber cuál sería su reacción.

—Creo que me voy. Me voy del país. Estuve averiguando para irme a Australia, a trabajar y viajar.

—¿Qué? ¡Es una locura! Vas a estar solo, tenés que dejar todo y encima hablan inglés. Además, está al otro lado del mundo.

—Lo sé, pero estoy dispuesto a hacerlo. Necesito hacerlo. Acá no tengo nada más que a ustedes. Tengo que crear mi propio camino. Perdí a mi novio y mi trabajo. Esta ciudad está caducada, no tiene nada más para darme ni yo a ella.

En verdad, dije todo eso casi pensándolo en voz alta. Era solo una idea que tenía en mi cabeza los últimos días, pero en la conversación con Ishmael me di cuenta que debía hacerse realidad.

—Bueno hermano, no estoy de acuerdo. Para mí no es lo que necesitás. Pensalo bien.
—Sí, lo voy a seguir pensando.

Llamamos a la mesera para pedir otras cervezas. Continuamos charlando durante unas horas. Luego él debía irse a descansar.
—Eli, ya me tengo que ir. —Me dio un abrazo—. Te quiero, a pesar de lo que decidas. Si necesitas algo de plata, avisame.
—Gracias.

.

Solo Ishmael y mi cuñada sabían que quería ir a Australia. Aún no le había contado ni a Carla ni a Pupi. No estaba seguro cómo se lo tomarían, en especial Carla. Aunque sí sabían que me habían echado del trabajo. Como era de esperar, recibí el apoyo de ellos y su natural predisposición a ayudarme a conseguir otro. Al igual que a Ishmael, les agradecí y manifesté que les avisaría si necesitaba algo.

Habían pasado ya dos semanas desde que había aplicado a la visa de Australia, y aún no había recibido respuestas por parte del Departamento de Inmigración. La aplicación se hacía online y me enviarían un email con la respuesta.

Mis niveles de ansiedad y nervios fueron altos durante esas semanas. Sin embargo, había utilizado mucho de mi tiempo libre para practicar inglés. Miraba videos y hacía ejercicios. Hacía tiempo que no tenía tanta voluntad para hacer algo por mí.

Esa mañana, luego de desayunar y estar a punto de comenzar a mirar un video de *"cómo hablar inglés"*, recibí una notificación de que tenía un nuevo email. Fui directo a mi computadora, abrí mi casilla y mis ojos vieron que el email era proveniente de '*Australia Government Department of Home Affairs*'. Los latidos de mi corazón comenzaron a ser más rápidos, estaba a un solo click de saber la verdad. Una sensación inexplicable recorrió mi cuerpo. Abrí el email. Dentro había un archivo que me notificaba que el status de mi visa era *granted*. Deduje que la palabra no podía ser algo malo, pero de todas maneras, la busqué en el traductor para estar seguro de lo que significaba.

La traducción mostraba que *granted* en español significaba *concedida*, *aceptaba* u *otorgada.* La felicidad se apoderó de todo mi ser, despegué de la silla con un salto y liberé un grito de euforia. Me lancé hacia el piso y mirando el techo, comencé a patalear. La puerta hacia algo nuevo estaba allí, lo había conseguido. La respuesta que siempre había buscado estaba en un lugar que nunca hubiera imaginado. Aún en el suelo, casi como un loco comencé a reírme a carcajadas. Me iba, iba a dejar todo e irme.

La euforia hizo que mi motivación tomara dimensiones que jamás había vivido. Ese mismo día, comencé a ejecutar el plan que había pensado para el momento en que me aprobaran la visa.

Publiqué online la mayoría de mis pertenencias para venderlas y recuperar algo de dinero. Escritorio, cama, mesa ratona, heladera, lavarropas. En fin, casi todo lo que tenía y no podía llevar a Australia.

Sin esperar tan rápida respuesta, esa misma tarde recibí un mensaje de una señora que estaba interesada en mi escritorio. Me contó que era perfecto para su consultorio ya que era psicóloga. Se llamaba Gladys y vivía muy cerca de mi casa. Preguntó si era posible ir a ver el escritorio esa misma noche.

Le envié mi dirección y bajé a abrirle cuando tocó el timbre. Subió y estuvimos hablando un momento. La invité a ver el escritorio y parecía haberle gustado de inmediato. Aunque se esperaba que fuera más pequeño. Su idea era llevarlo caminando hacia su casa, que quedaba a unas cinco cuadras. Le propuse ayudarla a llevarlo. Lo que me interesaba era deshacerme del escritorio esa misma noche. Me pagó y procedimos a bajarlo por el ascensor.

Al salir a la calle, ambos nos dimos cuenta de que iba a ser una tarea difícil. Era muy pesado e incómodo de llevar, pero no nos rendimos.

Cuando estábamos en mi casa, le expliqué a Gladys que estaba vendiendo todo porque me iba a ir del país. Ella, seguro algo golpeada por los tiempos que corrían, me dijo que la sociedad argentina estaba rota y ya nadie ayudaba al otro. En verdad, estaba algo de acuerdo con lo que había dicho.

Luego de dos cuadras, casi sufriendo por el peso del mueble, varias personas que pasaron ofrecieron su ayuda. Pero decirle a alguien que debía caminar con nosotros tres cuadras llevando un pesado escritorio no estaba en los planes de Gladys.

En un momento, luego de tomarnos unos segundos para descansar, desde una de las casas salió una pareja de unos cincuenta años a dar una vuelta. Creo que eran de Estados Unidos, porque al ver nuestra cara de sufrimiento, nos ofrecieron su ayuda con una frase en inglés. Ambos les dijimos que no hacía falta y que aún quedaban tres cuadras. Pero la pareja insistió. Ambos tomaron los lados del escritorio que quedaban libres y nos acompañaron.

Allí estaba, llevando un escritorio que había vendido porque me iba a Australia, junto con Gladys, una psicóloga de unos cuarenta años y una pareja de estadounidenses que estaban haciendo turismo por Buenos Aires.

Llegamos a la casa de Gladys y no nos alcanzaban las palabras para agradecerles el gesto tan solidario que habían tenido. Tan solo habían pasado unas horas desde que publiqué todo y ya había vendido una de mis cosas.

Luego de vender todo, tendría que rescindir el contrato de mi departamento. Por suerte estaba cerca de tener que renovarlo, por ende no habría ninguna penalidad. La inmobiliaria devolvería todo el depósito si dejaba la vivienda en las mismas condiciones en que la recibí.

Unos días después de recibir la aprobación de la visa y luego de vender bastantes cosas, tenía que hacer lo más importante. Ishmael, a pesar de no estar muy de acuerdo con mi decisión, había tenido un gesto que me hizo sentir que no estaba solo en este mundo. Aún lo tenía a él.

Me prestó el dinero para comprar el pasaje de avión. No era barato y comprarlo me dejaría sin mucho dinero para llevar a Australia.

Sentado en una pequeña banqueta con la computadora apoyada sobre cajas y sillas, ingresé al sitio web de la aerolínea por la cual había decidido viajar. Puse los datos que pedía y las fechas.

En ese caso, solo una fecha. Estaba comprando un pasaje sin retorno. Los nervios crecían poco a poco. Revisé mil veces que todos los datos fueran correctos y no hubiera errores. Era el momento de poner los datos de la tarjeta de crédito. La fecha era para dentro de un mes. Eso me daría tiempo a terminar de organizar todo, dejar el departamento y despedirme.

Buenos Aires-Melbourne, con escala en Nueva Zelanda de tres horas siendo el total del viaje, alrededor de veintiún horas.

En la pantalla, apareció un mensaje con letras grandes y en inglés, que decía:

“SU COMPRA HA SIDO REALIZADA”.

CAPÍTULO X

la orilla

Mientras miraba por la ventana del balcón con una taza de té en la mano, apreciaba mi alrededor. Un departamento con espacios vacíos, donde antes había muebles. Solo quedaban recuerdos de quienes transitaron esas baldosas de madera. Me quedaba una semana para entregarlo e ir a la casa de mi hermano a quedarme los últimos días. La boca de mi estómago era un cardumen de nervios encerrados en un lugar diminuto.

Preparé una valija pequeña para el viaje porque no necesitaba más. Pedí un auto para que me viniera a buscar y bajé hacia la calle. Disfruté mucho ese recorrido. Uno de los últimos que haría en Buenos Aires. Mi ciudad, en la que nací, crecí y viví. Cosas buenas y malas. Pero creo que necesitábamos un tiempo, o al menos yo necesitaba distanciarme de ella. De todas maneras estaría siempre allí para recibirme a mi regreso, aunque no sabría si seguiría siendo el mismo. Al llegar al puerto, les avisé a Pupi y a Carla que ya había llegado.

Unos meses atrás habíamos organizado un viaje a Montevideo, Uruguay. Coincidió de manera perfecta para mi despedida, aunque ellos aún no lo sabían. El lunes y el martes eran feriados, entonces aprovechamos la ocasión. Nunca habíamos viajado juntos. Alquilamos un departamento hermoso en Pocitos, cerca de la playa. La primavera comenzaba a asomarse y el clima era acogedor.

La segunda en llegar al puerto fue Carla, con anteojos grandes y negros, una campera rosa algo abrigada y un pantalón de jogging. Me sorprendí al ver que solo llevaba una pequeña maleta, de esas que uno puede llevar consigo en el avión.

—¡Hola mi amor! ¿Cómo estás? Te extrañé.

—Hola Carlita de mi corazón. Yo también. Estoy bárbaro, y veo que vos también.

—Gracias. Estoy espléndida. ¿Y Pupi aún no llegó?

—No. Pupi siempre llega tarde a todos lados.

—Menos a su cumpleaños.

—Una vez ya habían llegado invitados y él aún se estaba bañando. Pero lo queremos así como es.

Carla rio. Se imaginó de manera perfecta la escena.

—Me imagino. Hoy no es un día para llegar tarde.

—Va a llegar. Tiene que llegar.

Nos acercamos a unas de las barandas que separaban el hormigón del mar. Ella me pidió que le sacara una foto con el barco detrás.

—No soy bueno sacando fotos.

—Aprendé Elías, dale. Allá me vas a pedir que te saque fotos para tus chongos —insistió.

Tomé mi celular para intentar que el barco y ella salieran de la mejor manera.

—No, no. Tomá el mío que saca mejor.

No podía ocultar mi risa por lo bizarro de la situación.

—¿Por qué nos sacamos fotos? ¿Solo para que nos vean o hay algo más?
—No analices todo Elías, son solo fotos y ya. Un recuerdo para toda la vida.
—Sí claro, como si fueras a mirar estas fotos en cinco años.
—Por supuesto. No seas mala onda. ¿Por qué no llamas a Pupi? No vino este boludo todavía.

Traté de llamarlo pero no pude contactarme. Comencé a preocuparme de que no llegara. A los dos minutos recibí un mensaje de Pupi.

"Estoy llegando. Me agarró un piquete. Paren el barco como sea, que no se vaya".

Nos tranquilizamos al saber que al menos estaba viniendo, pero el horario de partida se acercaba poco a poco. Carla me acompañó a fumar un pucho afuera mientras esperábamos.
—¿Cuándo vas a dejar de fumar? —dijo mirándome cruzada de brazos.
—Pronto, más pronto de lo que creés.
—¿En este viaje entonces?
—No. En otro viaje.
—¿Cómo? ¿Qué viaje?
—Nada —dije riendo—, te jodo. Pronto, te juro que pronto.

No era el momento para contarle que en Australia el tabaco era carísimo y casi seguro se me haría imposible fumar. Mejor dicho, tampoco era el momento para contarle que me iba a vivir a Australia. Lo haría en algún momento de ese fin de semana que pasaríamos juntos.

Cuando acabé el cigarro y apagué la colilla en el cenicero gigante de arena, escuchamos por los altavoces que era hora de embarcar. Volví a llamar a Pupi pero no respondió.
—Este pibe es un boludo. Vamos a hacer la fila igual así cuando llega se une a nosotros.

Me pareció que el plan de Carla era el correcto. Ya en la fila, la ansiedad de que Pupi no llegara crecía. Unos metros antes de que la persona que trabajaba en el buque revisara nuestros tickets, vimos a Pupi correr hacia nosotros.
—¡Sos terrible Pupi! —le dijo Carla ofuscada.
—Perdón. No puedo controlar que las protestas sociales no existan en este país.
—Ahí tenés razón. La gente tiene todo el derecho a protestar —agregó Carla.

Con Pupi nos miramos y no pudimos evitar largar una carcajada.
—Me encantaría vivir en un lugar donde no haya piquetes, pero no. Acá estamos, en nuestra loca y caótica Buenos Aires —agregó Pupi.

Lo abracé para tranquilizarlo y que se relajara. Aún estaba agitado.

Al pasar al sector donde estaban los controles de seguridad y el chequeo de equipaje, observé que la Prefectura estaba haciendo controles de rutina con perros. Lo único que deseé en ese momento fue que Pupi no hubiera traído porro, o al menos que lo hubiera escondido bien. Aunque no sabía si se podía esconder algo de esos perros que parecían entrenados para encontrar hasta lo que estuviera en el último recoveco. Miré a Pupi a los ojos y parecía estar de lo más tranquilo. El perro se acercó a su mochila y siguió de largo. Respiré aliviado. Después de pasar por Inmigración, estábamos listos para subir al barco.

Éramos como tres niños que se iban de vacaciones por primera vez sin sus padres, corriendo por los pasillos de la manga que nos llevaban hasta la puerta del buque. Al entrar, de inmediato nos fuimos a la cubierta. El viento nos rozaba la cara y el sol estaba a punto de ponerse. Las nubes se volvían naranjas y violetas. No pude evitar notar la felicidad en nuestros rostros. Una sensación de nostalgia prematura se hizo presente en mi pecho. Supe al instante que los iba a extrañar muchísimo. Ese sería uno de los últimos días que compartiríamos. Ya no los iba a tener más cerca mío, para poder abrazarlos y contarles mis problemas. Ya no iríamos más a

tomar una cerveza, ya no saldríamos a bailar sin acordarnos de lo que sucedió en la noche. Ya no iba a pertenecer a su rutina, a su día a día. Me puso triste pensar que nuestra amistad iba a cambiar abruptamente. Lo más difícil iba a ser despedirse de ellos, sin duda.

—Elías, ¿estás bien? Mirá qué lindo atardecer.

—Hermoso, como ustedes dos.

—¡Qué tortolito que sos! —dijo Carla abrazándonos.

El viaje duraría alrededor de tres horas. Fiel a su estilo, Pupi se recostó en uno de los asientos para descansar. Carla abrió un libro. Recuerdo que se llamaba *"Historia de la Sexualidad"* de Michel Foucault. A ella siempre le gustó leer. Podía leer un libro por semana si se lo proponía. Sentía ternura al verlos.

También traté de tener un momento para mí. Conecté los auriculares y puse mi playlist de música triste, mientras apreciaba la oscuridad del océano a través de la ventana.

De a poco el barco comenzó a bajar la velocidad, indicando que nos estábamos acercando al destino. Con Carla despertamos a Pupi y fuimos a la cubierta otra vez. La imagen era hermosa. Con un cielo estrellado sobre nosotros, la ciudad de Montevideo se veía empoderada y a su vez, pacífica. Las intensas luces dibujaban trazos blancos sobre el mar a la vez que las olas rompían.

Pasamos por el área de Inmigración y ya estábamos oficialmente en Uruguay. Al llegar al departamento, lo primero que hicimos fue ir hacia el balcón para apreciar la vista. Teníamos una visión perfecta hacia el mar. Luego, Pupi salió corriendo hacia el interior y se tiró en la cama matrimonial que había en una de las habitaciones.

—¡Canté pri! Me quedo con la más grande.

Resignados, con Carla nos quedaba la otra habitación que tenía dos camas individuales. Aunque no nos había costado muy caro, el departamento era hermoso y moderno para su precio, en una de las mejores zonas de Montevideo.

—¿A qué hora salimos? —preguntó Pupi.

—¿A dónde querés ir? Diría que hoy comamos algo tranqui y salgamos a caminar. ¿Vos decís de salir a bailar?

—¡Dale Carlita, no seas aburrida! Salgamos a mover las caderas y buscar chongos y chongas.

—¿Chongas? —le pregunté a Pupi.

—Sí, ahora estoy en mi etapa de bisexual.

Con Carla nos miramos y no pudimos contener la risa.

—¡No se rían! A mí me gusta todo. Soy un alma libre —dijo mientras se ponía sobre la espalda una manta que había en el sofá—. Los reyes queremos a todos por igual. No discriminamos.

Eran casi las diez de la noche y por suerte encontramos un restaurante abierto en la esquina. Comimos algo rápido mientras charlábamos de lo que íbamos a hacer al día siguiente. Coincidimos en que queríamos relajarnos y disfrutar de la playa, aunque Pupi manifestó que hiciéramos el intento de ir a bailar en la noche. Quería conocer a toda costa la noche de Montevideo, pero le dijimos que lo decidiríamos el mismo día.

Salimos del restaurante y fuimos caminando hacia la rambla, un lugar precioso que separaba el asfalto de la arena. La noche estaba fresca pero igual era ideal para disfrutarla.

—Estoy cansado de caminar. Paremos un rato acá.

Le hicimos caso a Pupi. Nos sentamos en una baranda de hormigón donde podíamos ver la oscuridad del mar con nuestras piernas suspendidas en el aire. Pupi estaba raro, más raro de lo normal. Vi que abrió su riñonera y sacó una bolsita con marihuana.

—¡Sos terrible Pupi! ¿Estás loco? Mirá si los perros te descubrían. Sabía que ibas a traer.

—No pasa nada Elías. Relájate. Aparte el que corrió el riesgo fui yo. Una vez llevé porro en un avión a Ecuador, con escala. Ya tengo experiencia.
—Sos terrible.
—El que tiene miedo a morir, que no nazca —agregó Carla.

No pude evitar reírme.

—¿Y eso qué tiene que ver Carla? Podría haber ido preso y nos cagaba el viaje. Además, no está mal tener miedo. El miedo a veces puede ser un motor para hacer cosas.
—No hay que tener miedo. Hay que vivir. El miedo te paraliza y no te deja avanzar —me discutió Carla.

Pupi procedió a armar el porro.

—No coincido. Yo tengo miedo muchas veces y hago cosas de todas maneras.
—Vas a vivir mejor sin miedo, creéme. Probalo.

Pupi lo encendió, le dio unas pitadas y se lo pasó a Carla.

—¡Pará! ¿Y si viene alguien? ¿Y si nos descubren?
—Relajate Elías. Estamos en Uruguay loco. Está todo legal acá.

Carla tosió un par de veces y movió su brazo para pasármelo. La miré y no reaccioné.

—Dale Elías, fumá. Estamos de vacaciones amigo. Disfrutá de la vida.

Le di unas pitadas casi en contra de mi voluntad. Hacía mucho que no fumaba. Creo que la última vez había sido con Julien un año atrás. Se lo pasé a Pupi para que continuara con la ronda.

Carla sacó el speaker y puso unos clásicos de los ochenta. La primera canción que puso fue una de Sergio Denis. Pupi se levantó y la tomó de la mano. Ambos se pusieron a bailar en la rambla.

—¡Dale Elías! No seas aburrido, vení a bailar —dijo Carla obligándome.
—Sí Elías, vení. —Los miré y lancé una pequeña sonrisa, pero me quedé sentado—. ¿Qué pasa, estás pensando en Julien? Dejate de joder con ese boludo.
—Qué golpe bajo Pupi, eso no se hace. —Me levanté y comencé a bailar con ellos.

Carla paró la música y nos señaló el mar.

—¡Vi algo ahí! ¡En el mar! Vamos.

Salió corriendo con Pupi y los seguí. Nos sacamos las zapatillas. La arena estaba seca pero fría, aunque se podía soportar. Llegamos a la orilla y nos mojamos los pies.

—Algo vi, no sé qué era.
—Estas fumada Carla, eso pasa —se burló Pupi.

Las carcajadas por cualquier cosa crecían. Luego, Pupi dijo que tenía una sorpresa. Abrió su mochila y sacó una botella de champagne bien fría.

—¡Pupi! ¿Cuándo hiciste eso? Ni me di cuenta.
—Yo tampoco —agregué.
—Soy una hermosa casa de sorpresas.
—Caja, querrás decir.
—Casa me gusta más.

Descorchó la botella y soltamos un grito eufórico. El corcho salió despedido hacia el mar y Carla fue corriendo a rescatarlo. Nos fuimos pasando la botella como nos pasamos el porro. Nos quedamos un rato en silencio escuchando solo la música de las olas. Pupi se recostó en la arena apreciando el cielo estrellado y fue el primero en romper el silencio.

—¿Se pusieron a pensar alguna vez, por qué cuando garchamos por primera vez con alguien, al

despedirnos nos saludamos con un beso en el cachete? Literal estábamos chapando desaforadamente hace un rato, nos chupamos todos las extremidades de nuestro cuerpo, y ahora nos saludamos con un beso en el cachete. El ser humano es raro.

—Yo no chupo extremidades —expresó Carla.

Pupi tenía razón. El humano es raro.

—No sé por qué lo hacemos. Tenés razón Pupi. Deberíamos despedirnos con un beso en la boca —agregué.

—Es una locura, de verdad. ¿Estaremos de novios alguna vez? ¿O vamos a terminar solos y viejos?

—Tranquilo Pupi, vos solo necesitas de vos.

Pupi le dio un golpe leve en el brazo.

—Por eso soy bisexual. No me quiero quedar solo. Los gays son jodidos. Es todo tan efímero, tan rápido. Nada es profundo. Nos han reprimido tanto durante años que ahora, cuando todo es más libre que antes, no podemos ni siquiera disfrutar de la fiesta a la que nunca fuimos invitados.

Giré mi cuello hacia él.

—Coincido. Es muy injusto. Estuvimos tan oprimidos que ahora no sabemos cómo manejarlo. Abrimos una aplicación, miramos un catálogo de fotos de personas que no conocemos, y si tenemos suerte de gustarnos, garchamos ese mismo día. No hay nada. No hay seducción. Casi como si fuéramos productos en un supermercado.

—Es terrible —agregó él—. Nos robaron la libertad, nos robaron poder caminar por la calle con quien quisiéramos. Hasta nuestro primer amor nos robaron. ¿Quién se iba a animar en la escuela a decirle a un compañero del mismo sexo que nos gustaba, teniendo diez o doce años?

—Creo que está cambiando, por suerte —dijo Carla.

—Está cambiando, sí. Pero para cuando el cambio esté hecho, ya vamos a ser viejos. —Pupi despegó su espalda de la arena para tomar de la botella.

—Bueno, al menos nos tenemos a nosotros, chicos. Estamos juntos y eso es lo importante. Quiero que sepan que siempre voy a estar ahí para lo que necesiten —expresó Carla mientras nos abrazaba.

Supuse que nunca habría un buen momento para contarles a mis amigos que pronto me iría. Que nuestra comunicación sería solo por llamadas o mensajes. Tenía que encontrar el momento para decirles. No sé si fue por el porro o por el champagne. Respiré hondo, muy hondo. Me levanté de la arena y miré hacia el cielo.

—Chicos, tengo que contarles algo.

—Ya sabemos que sos gay Elías —me interrumpió Carla.

Los tres nos reímos.

—No, de verdad. Es algo que estuve planeando estas últimas semanas. No es fácil contarles esto, pero creo que es lo mejor para mí. Me voy a Australia a vivir un tiempo.

—¡¿Qué?! ¿De verdad Elías? ¿Es joda no?

—No, de verdad.

Carla me conoce, sabe cuándo estoy mintiendo.

—Confieso que me sorprendés. Pero bueno, te voy a re extrañar y me hace muy feliz por vos. ¿Cuándo te vas?

Pupi no decía nada, solo se quedó mirando la arena, con la cabeza agachada.

—Es lo que necesito, creo. Me cuesta porque los voy a extrañar un montón. Vendí todas mis cosas. Me voy en dos semanas.

—¡Qué forro Elías! ¿Dos semanas? Me hubieras dado más tiempo para que pueda disfrutarte más. —Se paró y me abrazó. Lloramos intercalando risas.

Pupi seguía inmóvil.

—Vení Pupi, ¿No vas a decir nada? Se nos va el nene.

Pupi se levantó, miró hacia el cielo y dio un grito desesperado, lleno de impotencia. Largó un llanto intenso, como si hubiera visto a su madre morir. Me quedé tieso, no entendía qué estaba sucediendo.

—¿Cómo que te vas? —preguntó entre lágrimas—. Me vas a dejar solo. Pensé que nuestra amistad era otra cosa.

—¡No te pongas así Pupi! Tengo que construir mi propio camino.

—¡No entendés nada! —me interrumpió—. Sos una mierda. Encima a Australia, que queda lejísimos.

Pupi se sacó la remera y salió corriendo hacia el mar. Nos quedamos sin reacción. Aún con el frío que hacía, se zambulló en el mar y lo perdimos de vista. Corrimos hacia la orilla y tratamos de encontrarlo, pero no lo veíamos. Gritamos su nombre varias veces y la desesperación crecía. Me desvestí quedando solo con el bóxer y me tiré al agua. En un momento que una ola rompió cerca mío, lo vi. Me acerqué hacia él y lo tomé del brazo con todas mis fuerzas para llevarlo hacia la orilla. Pupi no paraba de llorar. Lo abracé bien fuerte.

—Tranquilo amigo, va a estar todo bien.

Mientras tenía su cabeza apoyada en mi pecho, pude notar que Pupi intentaba decir algo. Tosió para sacar el agua que había tragado.

—¡Tengo cáncer! ¡Tengo cáncer! ¡Tengo un tumor en la vesícula!

Carla también se tiró al piso y se unió. Ambos lo rodeamos con nuestros brazos, tratando de calmarlo. Tomé mi campera y lo envolví para que no tuviera frío. Lo levanté y lo llevé a la arena seca. Ahí nos quedamos un momento, en silencio.

—Me van a operar el mes que viene. Perdón amigos, no quería que esto pasara así. No lo pude controlar —se desahogó aún llorando.

—Acá estamos Pupi. Vas a estar bien, no te preocupes —dijo Carla acariciando su mejilla, corriéndole algunas gotas que aún tenía.

—No voy a ir a Australia. Me voy a quedar con vos, para apoyarte —dije sin pensarlo.

—¡No! No quiero que te quedes por mí. No. Te vas a ir y vas a ser feliz. Jamás me perdonaría que te quedes por esto. Sé feliz Elías, porque te lo mereces. Sos el amigo que todo el mundo debería tener. Aparte te tenés que garchar a todos los australianos. Hacelo por nosotros.

Los tres nos reímos y lloramos a la vez.

.

A la mañana siguiente, fuimos a la playa. El día estaba soleado e ideal para tirarse en la arena. Mientras preparaba el mate, Pupi estaba a mi lado mirando hacia el horizonte.

—Va a estar todo bien. Vas a salir de esta. Sos el rey Pupi, y los reyes nunca mueren.

—Los reyes de Francia fueron colgados en la plaza por su propio pueblo.

—¡Qué idiota! Pero vos sos un rey argentino. No de Francia.

Mientras Pupi hacía dibujos con la arena, expresó:

—Estás tomando la mejor decisión que podías tomar. Ya no te queda nada por explorar acá. Australia te va a encantar.
—Gracias Pupi. De todas maneras, no quiero dejarte solo.
—No estoy solo. Tengo a mi familia y Carla va a estar acá. Vos también vas a estar. A la distancia, pero vas a estar. Aparte, los reyes nunca están solos —dijo guiñando un ojo.

A lo lejos, vimos a Carla venir con un paquete en la mano.
—¡Chicos!, pasé por la panadería y traje facturas. Casi todas son de dulce de leche, como les gusta a ustedes gordos míos.

Pupi tomó una, y con azúcar impalpable en sus labios volvió su mirada hacia mí.
—¿Te acordás que te hablé de Lorenzo, mi primo?
—Sí, el que te garchaste.
—No, solo jugamos un poco cuando teníamos diez años. Eso no es lo importante Elías. No me desvíes de la conversación. Él vive en Australia hace unos años. Mis tíos se fueron a vivir allá cuando él era adolescente. Le puedo escribir para que te dé una mano.
—Eso sería fabuloso Pupi, gracias.
—Seguro te pueda recibir en su casa cuando llegás así estás más cómodo. Lo único es que vive en Melbourne. Te digo esto porque seguro que aterrizás en Sídney, como todo porteño que va a Australia.
—Primero, no soy porteño. Segundo, te equivocás. No me preguntes por qué, porque no lo sé. Pero voy directo a Melbourne. Investigando un poco sobre la ciudad, sentí que estaría más cómodo ahí.
—Mañana le escribo.
—Gracias Pupi. Sacate el azúcar impalpable de la cara por favor.

Carla tomó el mate con sus manos y le dio un sorbo.
—Aunque te vayas lejos Elías, nos vamos a seguir sintiendo. Ni la distancia ni el tiempo condicionan nuestra amistad. Pupi, la operación va a salir bien y vas a salir bien de todo esto. No tengas miedo.
—No tengo miedo —dijo Pupi.
—Yo sí tengo miedo, pero no es importante.

CAPÍTULO XI

la maldita pared

Aún tenía resaca. La noche anterior había sido mi despedida en la casa de mi hermano. Traté de que fuera bastante íntima, no invité a todas las personas que conocía. A algunas ya las había despedido durante las últimas dos semanas.

Estuvieron los que me importaban, y los que entendían por lo que estaba transitando. Pupi y Carla estaban allí, por supuesto. Mi hermano había hecho un asado abundante. Él siempre preparaba asados para más personas de las que realmente éramos. Mi cuñada y Ulises me prepararon mi postre preferido, el lemon pie. Estuvimos bailando y tomando vino hasta las dos de la mañana. Mi mente se encontraba en una especie de limbo. No quería asumir que me iba pero a su vez sabía que estaba listo para volar.

Al levantarme, tomé agua del vaso que había dejado la noche anterior al costado del colchón. Ulises seguía durmiendo, como cualquier niño que no tiene ninguna preocupación. Subí las escaleras y vi que mi cuñada estaba en la cocina preparando mates.

—¡Buen día Elías! ¿Cómo dormiste? Hoy es el gran día.

—Hola Lu. Dormí espectacular. Tengo un poco de resaca pero estoy bien. Sí, hoy es el gran día. ¿Ishmael? ¿Sigue durmiendo?

—No, fue a la panadería a comprarte facturas.

—Qué gordo tierno. —La miré a los ojos con una sonrisa—. Es increíble que vaya a subir a un avión y no sepa cuándo nos vamos a volver a ver.

—No seas exagerado. ¿No volvés en un año?

—En principio la visa es por un año. Pero la puedo extender hasta dos años más.

—Bueno, iremos viendo cómo suceden las cosas. Por lo pronto te extrañaremos y ya.

En ese momento escuché la puerta de entrada. Mi hermano subió las escaleras con una bolsa en la mano.

—Traje facturas Eli.

—Gracias —le dije mientras le daba un abrazo.

Nos sentamos los tres en el patio, a tomar mate y desayunar. Pensaba que todos los momentos que vivía, serían los últimos por mucho tiempo. Y en verdad, no sabría cuando los viviría otra vez. A través de la puerta de vidrio, Ulises apareció con cara de dormido.

—Hola tío. —Se dirigió hacia mí y apoyó su cabeza en mi pecho—. ¿Por qué te vas? Te voy a extrañar.

—Yo también te voy a extrañar Ulises. Pero el tío se tiene que ir un tiempo. Quiero vivir otras cosas, otros lugares, otras personas. Uno tiene que elegir su propio camino.

—¿Pero por qué? ¿No nos querés?

—¡Ulises! —le regañó Ludmila.

—Obvio que los quiero Uli. Pero no tiene nada de malo explorar. Y lo bueno es que ustedes van a estar acá para cuando quiera volver.

Me abrazó y se sentó junto a nosotros, no sin antes agarrar una factura de dulce de leche.

Después de charlar de cosas banales y sin importancia por un tiempo más, fui a ducharme. Luego, fui hacia la habitación de Ulises a ponerme ropa cómoda y cerrar mi valija. Tenía una maleta grande y una mochila mediana que llevaría conmigo arriba del avión.

Dejé las cosas en la entrada de la casa e Ishmael las subió al auto. Di un último recorrido por la casa de mi hermano, despidiéndome de las paredes, los sillones, la cocina…

Nos subimos al auto e iniciamos el camino hacia el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Por momentos existía el incómodo ruido del silencio. Ludmila tomó el control de la música, y *Rezo por vos* de Spinetta y Charly García sonó en el altavoz. Con mi cabeza apoyada en el vidrio de la ventana, miraba el cielo por última vez. Los semáforos, las sendas peatonales, la gente que caminaba por la calle. Los puestos de diarios, las cafeterías repletas de señoras que tomaban el té, las escuelas. Las hojas verdes y las flores daban aire a una ciudad caótica. El verdulero que pesaba las manzanas, el estudiante cansado con la mochila repleta de libros, los niños que juntaban cartones para poder comer. Nada ni nadie de todos ellos sabían que me iba, pero yo ya los extrañaba.

Llegamos al aeropuerto y mientras Ishmael buscaba lugar para estacionar el auto, Ulises no dejaba de sorprenderse por un avión inmenso que estaba despegando. Yo tampoco. Tomé mi valija y comenzamos a caminar. Fui directo a despacharla en el stand de la aerolínea.

—¿Destino final? —preguntó la empleada.

—Melbourne.

Me imprimió el *boarding pass* y caminé hacia mi familia. Pupi y Carla ya habían llegado. La nostalgia y la emoción se apoderaban de mí. Miré a todos a los ojos, recorriendo a cada uno con la mirada.

—Bueno, ha llegado el momento mi querida familia.

Los ojos de todos se mostraban vidriosos. Caminamos hacia el sector *International Departures.*

Los abrazos interminables dieron comienzo al suceso. Todas las palabras fueron dichas con los pechos pegados unos con otros, las bocas relajadas y sostenidas en los hombros. Las orejas no hacían más que oír.

“Carlita. Te amo con el alma. Gracias por ser la mejor amiga del mundo. Pupi. Gracias por existir. Cambiá, siempre. Cuando salgas de la operación hacemos llamada y me contás que todo salió bien. Nunca vi a alguien tan fuerte. Lu, cuñada preferida. Gracias por ser la mejor cuñada. Gracias por pertenecer a nuestra familia y estar al lado de mi hermano. Gracias por haberme hecho tío. Ulises, seguí jugando. Nunca dejes de jugar. Sé un niño feliz. Disfruta de tus amigos y de tus padres. Ishmael. El mejor hermano. Gracias por apoyarme aunque no estés de acuerdo. Que yo esté por subirme a este avión también es gracias a vos.”

Con el ticket y el pasaporte en la mano, caminé unos pequeños pasos sin darles la espalda. Los miré, con un mar de lágrimas en los ojos.

—Los amo. Gracias a todos. Hablamos en un rato. Gracias.

Todos comenzaron a gritar mi nombre con euforia, levantando sus brazos y moviendo las palmas de sus manos. Seguí caminando hasta el guardia de seguridad que se encontraba junto a los molinetes. Tomó el ticket y el pasaporte. Caminé los pasos que faltaban. Los mire por última vez. La pared pronto no me permitiría seguir viéndolos.

Seguí caminando. El pecho se me hundía. Estaba solo, ya estaba solo. Tenía miedo, mucho miedo.

Un agente de inmigración selló mi pasaporte deseándome un buen viaje. Caminé hacia la *gate* que me habían asignado. El vuelo NZ0031 de *Air New Zealand* me llevaría a Australia. Había llegado temprano como siempre y más aún, ese día. Nada me haría perderlo.

Encontré un cómodo asiento y como siempre hacía, contemplaba alrededor. Recuerdo que había una chica rubia, más o menos de mi edad, leyendo una carta y llorando. Supuse que estábamos en la misma situación. Se iría lejos, por un largo tiempo. Meses o años sin ver a la familia, y estar alejados de lo que alguna vez fuimos. De todos modos, sus lágrimas no eran de angustia. Pude notar que eran de emoción y miedo de lo que estaba por venir.

Cerca del momento de abordar el avión, una tripulación de alrededor de diez personas caminaba con sus pequeñas valijas. Todos con un traje gris con detalles blancos y celestes, cuidando hasta el último detalle. Las mujeres con un maquillaje sobrio y adecuado, y los hombres con la barba prolija y perfumada. Parecía que sus trajes habían sido planchados diez minutos antes. Los pilotos lideraban la marcha, y le seguían los tripulantes de abordo, junto con la comisaria. Ingresaron a la manga que los llevó hacia el avión, con una seguridad y poder que nunca había visto.

Unos minutos después, una de las azafatas habló por el altavoz.

—Good afternoon ladies and gentlemen. This is the pre-boarding announcement for flight NZ0031 to New Zealand…

En verdad, continuó hablando pero no entendí lo que siguió después. Mi inglés no era el mejor y lo que siempre se escucha en los altavoces de aeropuertos o terminales de ómnibus nunca se entiende bien. Luego, prestando atención a los carteles que había, vi que el ingreso al avión estaría ordenado por el número de fila. La mía era 54A, casi atrás de todo, por eso fui uno de los primeros en ingresar después de los que iban a primera clase o necesitaban asistencia.

Entregué mi *boarding pass* a la azafata, y di mis primeros pasos por la manga hacia el avión. Fueron los pasos más largos que jamás di. Un camino hacia lo desconocido, inundado por la soledad y el miedo. Al llegar a la entrada, el aroma del avión acarició mi nariz. Otra azafata me dio la bienvenida y me indicó hacia dónde debía caminar para llegar a mi asiento. Jamás había estado en una aeronave tan grande, con tres filas de asientos. Dos de tres asientos en los extremos y una de cuatro en el medio. Los colores eran tenues y las luces te inspiraban calma, como si te preparasen para algo más que solo un vuelo de trece horas.

Encontré mi asiento y me acomodé. Había elegido la ventana, como no podía ser de otra manera. No iba a perderme la vista de la ciudad en la que viví toda mi vida. Estiré mis piernas y conecté los auriculares. Luego, una chica joven de unos veinticinco años se sentó en el otro extremo de la fila, dejando un lugar libre en el medio. Nos saludamos con la mirada. Sentí que entre ambos, existió una sensación rara donde uno quería saber quién era la persona con la que compartiría fila en un vuelo tan largo. Como si quisiéramos compartir el sentimiento de dejarlo todo e irnos.

La azafata anunció que nos abrocháramos los cinturones y pusiéramos nuestro respaldo en posición de despegue. El avión avanzaba lentamente hacia la pista. Por suerte había muchos asientos libres y nadie se había sentado en el medio, haciendo que el vuelo fuera más ameno.

La aeronave llegó al extremo de la pista y estuvo lista para despegar. El gigante de trescientas toneladas encendió sus motores a máxima potencia, mientras nuestras espaldas hacían fuerza contra el respaldo. Todos los recuerdos de una vida pasaron por mis ojos casi tan rápido

como la velocidad que iba tomando el avión. Las ruedas se despegaron del asfalto y la boca de mi estómago sintió la presión. Desde el cielo, aprecié la ciudad como si fuera una maqueta a gran escala, repleta de pequeñas casas y edificios, parques y personas.

Adiós Buenos Aires, hasta siempre.

| | ACLARACIÓN | |

Todos los diálogos en *Itálica*,
son hablados en lengua inglesa
por sus respectivos protagonistas.

CAPÍTULO XII

los grafitis

El vuelo fue duro al no estar acostumbrado a las largas distancias. Tuve una escala de tres horas en Nueva Zelanda, para luego hacer el último tramo de cuatro horas que me llevó a Melbourne. La diferencia de huso horario con Argentina hizo que fuera complicado dormir lo necesario durante el viaje, sumado a la adrenalina y las lágrimas. La oscuridad de la noche fue protagonista por todo el cruce del océano Pacífico.

Por fin el avión se preparaba para aterrizar en Australia. Los tripulantes indicaron que llegaríamos a Melbourne en unos veinte minutos. No pude ver casi nada de la ciudad desde la ventana. El cielo estaba pintado por densas y húmedas nubes, que hicieron al avión temblar al descender. Había llegado el momento. Las ruedas tocaron suelo australiano.

El piloto estacionó la aeronave cerca de la manga y lentamente fuimos saliendo. Las ventanas recibían millones de diminutas gotas de la intensa lluvia. Una imagen mágica, limpia. Caminé por la manga, pero aquella vez en otro país y con los pasos más cortos. Dentro del aeropuerto, me dirigí hacia la zona de Inmigración. Aunque tenía todos los papeles y mi visa en regla, sentía cierto nerviosismo al acercarme al agente. Lo saludé y le entregué mi pasaporte. También intenté darle mi visa impresa pero éste, moviendo su cara de un lado hacia el otro, me insinuó que no hacía falta. Escaneó mi pasaporte, movió sus dedos en el teclado y me lo devolvió diciéndome "*Welcome*".

Estaba oficialmente en Australia. Caminé por el inmenso pasillo que me llevó hacia el control de seguridad, para luego tomar mi valija. Llegó sana y salva.

Estaba nada más que a metros de la puerta que separaba el aeropuerto de la calle, pero antes debía comprar la *sim card* para tener señal en el celular. Por suerte, había un stand donde la vendían.

Mis manos sudaban. Estaba solo y debía hablar en inglés por primera vez. Como pude, traté de explicarle al empleado de la empresa celular qué era lo que quería. Seguro estaban acostumbrados a recibir extranjeros y no tuvo problemas en explicarme en un tono lento que pudiera entender. Introduje la *sim card* en mi celular y le escribí a Lorenzo, el primo de Pupi.

Aunque lo había contactado desde Argentina, quería avisarle que ya había aterrizado. Lorenzo fue muy amable desde el primer momento, sin conocerme. Se tomó el tiempo necesario para explicarme que debía tomar un bus que me llevaría al centro de la ciudad donde me encontraría con él.

Salí del aeropuerto y todo estaba servido delante de mis ojos. Los buses salían cada diez minutos. Pagué el ticket con dólares australianos que previamente había adquirido con dólares estadounidenses en una casa de cambio en el aeropuerto. Mientras hacía la fila con la mochila en la espalda y la valija en una mano, vi que un bus de dos pisos se acercaba a la plataforma. Era de estilo londinense, pintado íntegramente de rojo con ventanas grandes que no se abrían. Dejé mi valija en la parte inferior del bus. No puedo negar que tuve miedo de dejarla

ahí y no quedarme cuidándola, pero todos hacían lo mismo. Supongo que comencé a confiar en el país donde estaba.

Subí las escaleras y me senté en la parte de adelante, donde más podía apreciar lo que estaba afuera. Todo era nuevo, todo eran sensaciones raras. Todas las personas a mi alrededor hablaban en inglés. Sentí que ya no estaba en Argentina, pero jamás fue una sensación de hostilidad.

Llegué a la Southern Cross Station. Tomé mis cosas, salí de la plataforma y fui donde me encontraría con Lorenzo. La estación era enorme y además, era el punto de conexión más importante del centro de la ciudad. Se unían buses y trenes que llegaban de varios puntos del estado de Victoria, siendo Melbourne su capital.

Había visto fotos de él en su perfil pero nunca se está seguro hasta estar cara a cara. A lo lejos, vi que Lorenzo venía caminando. Nos saludamos con un abrazo.

—¡Hola Elías! Bienvenido.

—Un gusto Lorenzo. Muchas gracias. Aún sigue siendo mucha información pero estoy contento de haber llegado.

—Dejame que te ayude con la valija.

—Gracias. Y gracias por recibirme. De verdad, no sé cómo voy a agradecerte todo esto.

—No te preocupes. Para eso estamos. No es fácil irse y llegar a un país nuevo sin conocer a nadie. A mí me pasó hace quince años y me hubiera encantado que alguien me recibiera.

Caminamos hacia una parada de tranvía que nos llevaría a su casa. Sí, en Melbourne había tranvías por todos lados y era el medio de transporte más común. Todo parecía impoluto, como si estuviera diseñado de manera perfecta. Los autos eran casi todos nuevos y brillantes. Las calles y los cordones no tenían baches ni roturas. Era como un video juego con los mejores gráficos.

Cuando estábamos por cruzar una calle, hubo algo que me llamó mucho la atención. En los postes cerca de la senda peatonal, había un botón que los transeúntes apretaban para que el semáforo se pusiera en rojo y poder cruzar. El ícono del hombrecito se puso en verde y comenzó a sonar una chicharra a un ritmo acelerado que indicaba que podías cruzar, y luego cuando te quedaba poco tiempo, la chicharra cambiaba a un ritmo más pausado.

—No siempre que aprietes el botón el semáforo se va a poner en rojo. A veces tarda un poco. Especialmente funciona en calles donde no hay mucha gente, para que el flujo de autos continúe —me explicó Lorenzo.

Nos subimos a la plataforma que ocupaba la parte central de la calle donde pasaba la línea de tranvía que debíamos tomar para ir a su casa. Lorenzo parecía un buen chico. Tenía unos 25 años y estaba estudiando una diplomatura en Ciencias Políticas en la Universidad de Melbourne. Hace poco se había mudado de la casa de sus padres. Estaba alquilando una vivienda donde vivía con dos amigos más.

El viaje en tranvía duró alrededor de media hora. Lorenzo vivía en Brunswick East, un barrio tranquilo y algo juvenil. Nos bajamos y caminamos unas tres cuadras. La fachada de su casa era preciosa, como todas las que estaban alrededor. Estilo victoriano del 1900. Estábamos a fines de octubre pero el clima era más frío que en Buenos Aires. Por suerte la lluvia había mermado, pero aún todo estaba mojado y gris. Las gotas caían desde las hojas de las plantas y los árboles.

Lorenzo abrió la pequeña puerta de alambre, que nos llegaba hasta la cintura, y separaba el jardín de la vereda. Levantó la valija para subirla por los tres escalones hacia el pórtico de la

casa. Sacó su llave y abrió la puerta de madera. Se sacó las zapatillas y las colocó en una estantería donde había decenas de calzados.
—Acá en Australia es costumbre sacarse los zapatos antes de entrar a las casas.
—Me parece una muy buena idea —le contesté.

Lorenzo me mostró su habitación, era la primera desde la puerta de entrada. Luego había dos habitaciones más.
—Esta otra es la habitación de Nick. Es inglés y hace cuatro meses vive con nosotros. Está estudiando Música en el centro. Debe estar por llegar seguramente.
—El piso de madera es espectacular. Me encanta el estilo. Muy acogedor.
—Amo las casas viejas de Melbourne —me dijo cuando nos dirigimos a la siguiente puerta—. Por último, esta es la habitación de Laura. Está en España visitando a su familia. Vuelve en dos semanas, así que esta va a ser tu habitación por ahora.
—Pero Lorenzo, yo no tengo problema en dormir en el living. Me da un poco de pudor usar su habitación.
—No pasa nada —me interrumpió—, ella misma se ofreció. No te preocupes. Queremos que te sientas cómodo.
—Bueno, de verdad. Muchas gracias.
—De nada. Ponete cómodo, relajate. Sentite libre.

Luego me mostró el living, que tenía un enorme sillón donde entrarían decenas de amigos. Bueno, tal vez no decenas, pero sí alrededor de seis personas. Había plantas de interior por todos lados y cuadros de estilo abstracto colgados en las paredes. Al final de la casa, estaban la cocina y el baño.
—Seguro que aún tenés *jetlag*, pero esta noche voy a ir a un bar con unos amigos. Te va a hacer bien practicar inglés. De hecho, ¿cómo venís con eso?
—Me defiendo.
—La mejor manera de aprender es hablar todo el tiempo. En casa podemos hablar inglés si querés.
—Es una buena idea. Igual, no pienso quedarme mucho tiempo. Tendría que armar un plan para ver qué voy a hacer luego.
—¿Recién llegaste y ya te querés ir? —dijo en tono de broma.
—No —contesté riendo—, pero tengo que ir al norte a trabajar en hotelería para extender mi visa.
—Es verdad, Laura estuvo en la misma situación. Ella ya la hizo hace unos meses y luego vino a Melbourne. Luego le preguntamos dónde la hizo si querés.
—Sí, me vendría bárbaro. Son al menos tres meses que tengo que ir para que me den un año más de visa.
—Espectacular. Vas a vivir miles de experiencias. Cuando Pupi me escribió me puse muy contento. Me gusta que las personas se animen a vivir otra cosa y salir de la zona de confort.
—Yo no sé de qué zona estoy saliendo —expresé con una sonrisa—. Pero confío en que es un mejor lugar.
—Sin dudas. Bueno, me voy a bañar y en un rato vamos si querés. No te sientas presionado.
—Estoy muy cansado, pero es una oportunidad para conocer un poco. Así que contá conmigo.

Me acosté en la cama y respiré hondo. No entendía mucho lo que estaba sucediendo, pero todo estaba bien. Tomé mi celular y mandé un mensaje a Ishmael contándole que ya había llegado, aunque por la diferencia horaria seguro estaba durmiendo. Escuché que Lorenzo había

terminado de bañarse, entonces tomé algo de ropa y mi toalla para darme una merecida ducha. Puede parecer una tontería, pero hasta la ducha me parecía diferente. Tenía otra forma a lo que estaba acostumbrado. Abrí la canilla y calculé que el agua quedara a una temperatura agradable. Sumergí mi cara en la lluvia y hasta la textura del agua se sentía diferente.

Me vestí con un jean negro y una remera violeta. Arriba, una campera azul algo abrigada. Lorenzo también estaba listo. Salimos de la casa y nos tomamos el *tram* para ir a la ciudad. Nos encontraríamos con una amiga de él en un bar a tomar unas cervezas. Al bajarnos, caminamos unas cuadras y yo no podía dejar de apreciar lo diferente que era todo. Los locales y negocios tenían fachadas que me hacían sentir que estaba en un país del "primer mundo". Y por supuesto, todas las palabras de los carteles estaban en inglés.

Llegamos a la esquina donde estaba el bar. Se llamaba *The Workers Club*. El interior estaba decorado con ladrillos a la vista y un piso de madera bastante gastado. El olor a cerveza impregnado inundó mi nariz. Decenas de jóvenes se habían reunido a charlar y tomar algo con amigos.

Melbourne es una ciudad muy cosmopolita. Las mesas eran ocupadas por indios, asiáticos, europeos y por supuesto, australianos. Algunos habían venido a Australia a estudiar y buscar un futuro mejor. Otros solo a trabajar y viajar, exprimiendo al máximo la juventud. Algo que me sorprendió, fue que no era para nada común que alguien te llevara una bebida a la mesa. En la mayoría de los lugares, debías ir a la barra, pedir y llevarlo a tu mesa. Además, casi no usaban efectivo. El empleado ponía el importe y solo tenías que apoyar tu tarjeta en un lector.

Mientras de fondo sonaba *What's Up* de Non Blondes, Lorenzo movió su cabeza hacia los lados buscando a sus amigos. Allí estaban, en una mesa contra la pared. Ella se llamaba Céline, era francesa y había conocido a Lorenzo a través de Laura. Estaba junto a su novio, que era australiano y su nombre era James.

Apenas nos sentamos, Lorenzo dejó su abrigo en la mesa para ir a comprar una jarra de cerveza. La aventura de hablar en inglés comenzó.

—Nos dijo Lorenzo que recién llegas a Australia. ¿Cómo te sientes? —preguntó Céline.

—Sí, llegué hoy. Para ser sincero, es todo muy intenso —dije entre risas.

—Me imagino. Pero vas a ver que te va a encantar. ¿Ya tienes pensado qué vas a hacer?

Lorenzo llegó con una jarra de cerveza y dos vasos.

—Dejalo al pobre muchacho que recién llega.

—En realidad, existe un plan que no sé dónde será. Tengo que ir al norte a hacer la extensión de mi visa.

—Tengo un par de lugares para recomendarte. Mi extensión la hice este año en Broome. Trabajé en un hotel en el departamento de limpieza. Es un pueblo muy pequeño pero hermoso. Queda al norte de Western Australia.

—¿Y se consigue trabajo fácil ahí?

—Fácil no es nada en esta vida. Pero viniendo de Argentina seguro se te hace fácil. Solo hay que buscarlo y ser inteligente porque va a haber muchos como vos.

—Es verdad. Voy a matarlos a todos así no tengo competencia.

Creo que no entendieron que fue un chiste irónico, porque el único que se rio fue Lorenzo.

James se levantó a comprar otra jarra. Intenté hacer lo mismo pero Lorenzo me paró y dijo que él me invitaría esa noche. Me negué pero insistió tanto que lo ofendería si no aceptaba. Seguimos tomando un rato más y luego pedimos una hamburguesa, hasta que Lorenzo dijo que

debía levantarse temprano al día siguiente.

Nos despedimos de Céline y James. Eran las ocho. Ya había cenado y estaba algo ebrio. Esa noche noté que todo se hacía más temprano. Se comía y se tomaba más temprano que en Argentina. Para James, cenar a las ocho de la noche era algo tarde. De todas maneras, fue perfecto ya que estaba cansadísimo. No había dormido mucho en el vuelo y toda la adrenalina de llegar me había agotado.

Llegamos a la casa, me lavé los dientes y reposé mi cuerpo en la cama.

—Ayer te pusimos sábanas limpias. Te dejo mi llave en la mesa de la cocina. Mañana si salís, dejalas abajo de la piedra roja que está en la entrada.

—Gracias Lorenzo. Hasta mañana.

—De nada. Podés decirme Lore. Mañana llego tarde porque trabajo a la mañana y luego voy a la universidad. Descansá.

—Vos también.

—Me olvidaba —dijo volviendo hacia mi habitación—. Te dejo también una tarjeta para el *tram*. Tengo una extra.

—Gracias.

Apenas cerré los ojos, entré en un profundo sueño. Aunque a las cinco de la mañana me desperté y no pude volver a dormir. Supongo que era debido al *jetlag*. Di vueltas en la cama hasta que se hicieron las siete. Me levanté y preparé el desayuno. Ya no quedaba nadie en la casa. Hice unos huevos con palta que Lorenzo me había dejado, y me propuse comenzar con todos los trámites que debía hacer.

El día estaba soleado pero algo frío. Tomé el *tram* hasta la ciudad, donde haría la primera tarea, abrir una cuenta de banco. Estaba tan nervioso, que hasta me aprendí de memoria la frase que debía decirle al empleado del banco. Acostumbrado a los trámites de los bancos en mi país, me resultó extraño que estuviera vacío. No tuve que esperar casi nada, solo unos minutos.

Un agente me atendió y me pidió todos mis datos. Deposité todo el efectivo que tenía y salí de ese banco con una cuenta. Solo debía esperar a que llegara la tarjeta de débito a la casa de Lorenzo.

Habiendo cumplido con lo más importante del día, decidí caminar un poco por la ciudad. Compré una ensalada ya lista y me relajé en el césped de un parque que tenía vista hacia el río Yarra. Miré hacia el cielo y recordé que unos meses atrás estaba en la misma situación, pero a miles de kilómetros de distancia. Sin dudas, muchas cosas habían cambiado.

.

El living tenía un ventanal enorme por donde podía ver la calle. El día estaba nublado casi en su totalidad, solo había pequeños huecos por los que el sol se asomaba. Lorenzo ya no estaba en la casa. Preparé el desayuno y el mate. Con mi laptop a un costado de la mesa, alternaba la vista entre la calle y la pantalla. Me propuse investigar sobre los posibles destinos del norte para ir a extender mi visa. Tenía tres opciones de pueblos o ciudades que había leído en diferentes blogs y experiencias. Luego, escuché que la puerta de la habitación de Nick se abría. Se acercó a la cocina y nos saludamos estrechando nuestras manos. Supe que Lorenzo le había contado todo sobre quién era y de dónde venía. Su acento era un inglés bastante marcado, de un pueblo llamado Chester, a las afueras de Liverpool. Por eso a veces se me hacía difícil

entenderle.
—Buenos días man, un gusto conocerte.
—Hola Nick, un gusto. Espero no haberte despertado.
—No te preocupes. Tengo que ir a trabajar de todas maneras —dijo mientras miraba la pantalla de mi laptop—. *¿Estás buscando trabajo?*
—No todavía. Estoy investigando a dónde ir a hacer la extensión de la visa.
—¡Qué bueno! Yo la hice en un pueblo en Queensland, en el medio de la nada. Fue horrible. Tenía que levantarme a las cuatro de la mañana para ir a recolectar bananas. No te imaginas la cantidad de arañas que vi.
—¡No! Les tengo terror a las arañas.
—Bienvenido a Australia mate. Imposible que vivas aquí sin al menos ver una. Igual nadie se muere por eso, quédate tranquilo.
—¿Estás seguro? Leí que algunas son muy venenosas.
—Sí, pero es muy improbable que te suceda. Lo máximo que puede pasarte es que tengas un ataque en el sistema nervioso. Pero le pasa a cuatro personas por año. Donde yo estaba, a nadie le pasó. Tal vez alguna picadura leve. De todos modos, luego de tres meses y terminar con la extensión, vine a Melbourne a estudiar música.
—Espero no ver arañas. En cuanto a la ciudad, por ahora me gusta mucho.
—Sí, es hermosa. Igual te recomiendo ir a hacer la extensión cuanto antes así después te olvidas —dijo Nick mientras ponía café en una taza térmica—. *Nos vemos a la noche, voy a trabajar.*
—Gracias, nos vemos después.

Nick caminó hacia el pasillo pero antes de irse, me dijo:
—Tengo amigos que fueron a Broome. Dijeron que es hermoso. Fíjate. "Chau".

Nick se despidió en español. La energía de los diferentes idiomas se respiraba en la casa, seguramente gracias a Lorenzo.

Varias personas habían mencionado a Broome, así que decidí investigar un poco sobre ese pueblo. Las imágenes que Google mostraba, eran de playas amplias y hermosas. El sol hacía que el agua cristalina tuviera un color celeste casi como una playa del caribe.

Nunca había ido al caribe. Lo más cercano fue cuando casi voy a Colombia con Julien. Cuando habíamos investigado cómo eran las playas, ese color plasmado en la arena había llamado mi atención.

Aunque en ese momento Broome era la opción que cobraba más fuerza, tuve otras opciones en mente.

Había leído sobre Darwin, una pequeña ciudad del norte de Australia. Pero la descarté porque hacía mucho calor durante todo el año. No cualquier calor. Hacían cuarenta grados a la sombra y una humedad extrema, la peor combinación. Además, no te podías meter al mar porque había cocodrilos. Sí, cocodrilos en el mar.

Otra opción era Cairns, un pueblo al noreste del país. Pero esa no sé por qué la descarté, simplemente no me atrajo.

Las tres estaban muy lejos entre sí. Australia es el sexto país más grande del mundo, y se tarda hasta alrededor de seis horas en avión de una punta a la otra.

Después de pasar toda la mañana investigando, decidí tomarme un *break* y salir a caminar por el centro. Caminé hacia la parada del *tram*. Subí y apoyé mi tarjeta de transporte en el sensor. Existían dos tipos de *tram*. Uno más nuevo que parecía una nave espacial, y otro más antiguo. Ese día había tomado el antiguo. La estructura te teletransportaba a los años 60. Era

imposible no impactarse por la sensación de estar viajando en el tiempo. Pintados de color crema y verde, cubiertos de madera gruesa. Aún conservaban intacto el sistema de timbres. Un cable largo que iba de una punta a la otra, debajo del caño donde te sostenías con las manos. Cuando querías bajar, no hacías más que tirar de ese cable hacia abajo y una chicharra sonaba haciéndole saber al conductor que debía parar en la próxima parada.

Llegué al centro y caminé por las calles con las manos dentro del bolsillo de mi campera. En la calle principal, las veredas eran anchas y decenas de líneas de *tram* se deslizaban por los rieles. Repleta de locales de comida asiática, lugares de cambio de moneda extranjera y cafés. Cafés por todos lados.

Ante el estímulo, entré a un local a probar mi primer café en Melbourne. Pedí un capuccino. La chica que atendía se sorprendió cuando le pagué en efectivo. Casi nadie lo hace. De a poco hablaba más inglés, aunque tuve miedo hasta de pedir un café.

Salí de allí con el café en una taza descartable y seguí caminando. De repente, encontré un pequeño callejón de adoquines antiguos. Pero eso no fue lo que más llamó mi atención. Las paredes estaban cubiertas de grafitis. Murales enormes cargados de diferentes estilos, de diferentes artistas, que seguramente habían sido pintados también en diferentes momentos. Los turistas se sacaban fotos, pero yo solo los aprecié.

Luego continué caminando y noté que la ciudad estaba llena de grafitis. No todos eran enormes. Podías encontrar pequeños trazos de arte en cualquier parte, hasta en el medidor de electricidad que había en algunas paredes.

Melbourne comenzó a abrazarme poco a poco. Casi como si cobrara vida en una persona que me invitaba a pasar y me daba un abrazo de bienvenida. De todas maneras, no podía quedarme allí. Debía decidir rápido dónde ir a extender mi visa. El dinero no me sobraba y debía conseguir un trabajo pronto. En todos los portales que leí, decían que cuando llegabas al país, era más fácil encontrar el primer trabajo en pueblos pequeños que en ciudades grandes. Era importante adquirir experiencia en el currículum y poder mostrar que ya habías trabajado en Australia.

Me propuse decidir ese mismo día a qué lugar del norte iría. La adrenalina y el miedo a ir solo a un pueblo que no conocía, hacían que no fuera fácil tomar la decisión. Me dejé guiar por el instinto y la energía. Por cierto, el café que había comprado estaba riquísimo.

Volví a la casa de Lorenzo y abrí mi laptop. Broome parecía llenar todos los casilleros para el destino perfecto. Aunque lo pensé mucho, sabía que la decisión no podría ser racional. Debía arriesgarme.

Entré a la web de una aerolínea para comprar el pasaje de avión. Una de las tarifas más baratas para ir hacia Broome era en diez días. En el centro, a pesar de romper mi propia promesa, había comprado cigarrillos de esos que se arman. Fui hacia el patio y fumé ese cigarro con muchísimo placer.

Volví a la mesa y llené los casilleros con mis datos. Sentí que el pecho se me hundía, del miedo supongo. De verdad, esa vez sí el viaje comenzaba. Presioné “aceptar” y dije adiós a la zona de confort. No había vuelta atrás.

CAPÍTULO XIII

el desierto

Mi maleta y la mochila estaban listas desde la noche anterior. Las mismas que había traído desde Argentina, toda mi vida estaba allí.

La alarma sonó a las cinco de la mañana. Siempre trato de llegar temprano a todos lados. Nunca se sabe cuándo se puede presentar algo que te retrase el camino, como una manifestación de terraplanistas a las seis de la mañana o que todo el mundo salga a la misma hora a dar una vuelta en el auto a ver si llueve.

Pero hice mal los cálculos, como nunca me había pasado. Fue la primera vez en mi vida que sentí que llegaría tarde. Y si eso llegara a suceder, tendría terribles consecuencias.

Después de desayunar, pedí un Uber. Desde la casa de Lorenzo, iría a la estación Southern Cross para luego tomar el bus que me llevaría al aeropuerto. La noche anterior ya me había despedido de Lorenzo y Nick. Habían hecho una hermosa cena para agasajarme.

Hice un fugaz recorrido por la casa, como cuando uno mira detalladamente sin sentirse observado. Era la casa donde pasé mis primeras semanas en Australia. Cargué la mochila en mi espalda y con una mano, tomé la valija. Me dirigí hacia la puerta, con movimientos sutiles porque el resto aún dormía. Cerré la puerta y subí al auto. Cuando arrancó, miré la fachada de la casa con cierta nostalgia. No sabía si volvería alguna vez.

Al mirar el reloj, sospeché que había consumido mucho tiempo y no había calculado bien a qué hora debía haber dejado la casa. Por supuesto, tampoco podía ir más rápido. Solo quedaba desear llegar a tiempo.

Cuando al fin llegué a la estación, como no sabía exactamente donde tomar el bus que iba hacia el aeropuerto, perdí unos minutos buscando. Pregunté a una señora que pasaba por allí, en un inglés muy tímido y entrecortado, dónde debía tomar el bus. *“En el subsuelo”* dijo, o al menos eso entendí. Llegué a la plataforma de buses, ya cansado por el estrés y por el peso de la valija y la mochila, y vi irse frente a mis ojos al bus que debía tomarme. La preocupación se agravaba y no podía evitar ofuscarme. Debía esperar diez o quince minutos a que viniera el próximo. La espera se hizo eterna y la frustración carcomía mi conciencia.

Finalmente el siguiente bus se acercó a la plataforma. No me quedó otra que sentarme y esperar a que llegáramos, no podía hacer más. A pocos minutos de llegar al aeropuerto, el tráfico se atascó y no avanzaba, o sí, pero me daba la sensación de que bajándome del bus y caminando llegaría más rápido. Pero claro, ¿cómo podría hacer eso? Agarrar mi valija, mi pesada valija, abrir la puerta en medio de la calle y correr. Claro que no haría eso.

El enojo crecía. ¿Por qué salí tan tarde? ¿Por qué no calculé bien el tiempo? Si perdía ese vuelo, sumaría más incertidumbre a mi decisión y además perdería el dinero del ticket. Luego, tendría que contarle a Ishmael que perdí el vuelo. ¿Cómo voy a perder un vuelo? Eso jamás podría pasarme, si siempre llego temprano a todos lados y encima tratándose de un vuelo tan importante como ese.

Se me pasó por la cabeza que tal vez perder el vuelo, era una señal del destino. Una señal de que no debería ir a Broome, que no era la decisión correcta y que ese lugar no tenía nada para darme, ni yo a él.

De todas maneras no me rendí. El bus llegó al aeropuerto y fui corriendo hacia donde se entregaban las valijas. Apenas entré, noté que no había un mostrador con empleados para recibirlas. Sino que había unas máquinas donde uno debía apoyarla, te entregaban un comprobante y veías a tu valija irse por un agujero negro.

No tenía idea de que ese sistema existiera, y la verdad es que no tenía tiempo ni ganas de aprender a utilizarlo, aunque seguro fuera muy simple. Puse la mejor cara de drama y me acerqué a una persona que trabajaba en la aerolínea.

—*Disculpe, necesito su ayuda. No sé cómo entregar mi valija y voy a perder mi vuelo* —le dije muy nervioso.

La amable empleada me ayudó a despacharla. Sentí alivio, como si estuviera en una película donde el protagonista está por perder su vuelo y agrega algo de drama a la trama, pidiendo ayuda de una manera escandalosa. Luego continué con los tediosos procedimientos de un aeropuerto. Subí unas escaleras y chequeé en una de las pantallas informativas cuál era el número de *gate* donde debía tomar el vuelo. Puerta 38, decía. Miré alrededor y había tres caminos diferentes con controles de seguridad. Para estar seguro, pregunté a uno de los oficiales si ese era el camino correcto para ir a la puerta 38.

—*Sí* —respondió con firmeza.

Pasé el control de seguridad mirando el reloj casi a cada segundo. Caminé hasta otro hall y vi que en los carteles que indicaban las puertas, la mía no estaba. Los nervios crecían. Volví a preguntar a otro guardia de seguridad y me dijo que mi puerta se encontraba en la otra dirección. Estaba solo y quería llorar.

Siempre escuché que es peligroso correr en los aeropuertos. De todos modos, nunca me imaginé haciéndolo porque sabía que moriría de vergüenza. Pero lo hice, realicé mi segunda actuación estelar del día. Transformé mi cara a "Estoy corriendo porque pierdo mi vuelo, no porque soy un terrorista. Gracias y no me detengan".

Corrí. Pasé por el control de seguridad correcto y volví a correr para ir directo hacia la puerta 38, donde mi vuelo despegaría. La encontré y mi cuerpo parecía que iba a caer desplomado al suelo. Al ver la pantalla del estado del vuelo, noté que estaba demorado.

Había superado el primer obstáculo que Australia había puesto delante de mí. Dejé de sentir culpa por no haber llegado con más tiempo y me acerqué a la fila para subirme al avión. Las mangas que nos llevaban a la aeronave dejaron de ser incómodas, para de a poco transformarse en disfrute.

.

Cuando el avión se acercaba a Broome, las playas vistas desde arriba eran realmente impresionantes. Los colores eran intensos y profundos. El mar era celeste y verde a la vez, cargado de energía y calor. La arena color fuego me hacía sentir la inmensidad de un paisaje jamás visto. Cierta tranquilidad recorrió mi cuerpo, haciendo casi mermar mi natural ansiedad. Parecía que había elegido el lugar correcto.

El avión aterrizó y luego de unos minutos estuvimos listos para descender. Apenas mi

piel se entrelazó con el aire de Broome, un calor extremo llegó a cada centímetro de mi cuerpo. La ardiente humedad quemaba la piel.

Las temperaturas son altísimas casi todo el año, en especial en verano, y la humedad puede romper todos los indicadores que existen en el mundo.

El aeropuerto me pareció bastante pequeño. Mi imaginación no hubiera construido uno tan pequeño para un pueblo turístico australiano. Más aún, habiendo estado en el de Melbourne.

Recogí el equipaje y salí del hall. Allí sin más, en la entrada, armé un cigarro. Lo fumé tranquilo, mientras trataba de olvidar el calor intenso.

No estaba listo para conocer mucha gente el primer día. Los sentimientos habitaban la boca de mi estómago casi de manera permanente. Por eso elegí alquilar una habitación privada por Airbnb para pasar las primeras tres noches. Quería evitar los hostels. Aunque solo estuve en uno una vez en mi vida, sé que no me gustaban. Tal vez porque uno tiene la obligación constante de socializar, de compartir todo, Pero sobre todo me molesta que no haya espacio para la privacidad: El olor de la gente sucia en las habitaciones, personas que roncan o que se olvidan de apagar la luz. Además, ¿quién está capacitado para conocer tanta gente en un día y tener buena cara para pretender que todos te caen bien? En fin, no me gustan los hostels y prioricé poder tener una habitación privada.

Apagué el cigarro en un cenicero de arena y emprendí la caminata hacia la casa de Trev, el host. Por suerte, no quedaba a más de tres cuadras del aeropuerto. Tomé mi valija y con la pesada mochila en la espalda, comencé a caminar.

Aunque lo único que quería era bañarme y descansar el cuerpo en una cama, traté de apreciar cada paso que daba. Pero lo que estaba viendo no era lo que esperaba. Las grandes ciudades australianas son muy diferentes a los pueblos tan alejados de todo. Hay mucha menos gente, las distancias son más largas y existe cierta falta de desarrollo. La primera impresión no fue buena. La duda inundó mis pensamientos pero ya era tarde para cambiar de idea. Estaba en un pueblo australiano de mala muerte, lejos de todo y todos, donde los pastos estaban secos pero mi cuerpo no paraba de sudar. La tierra era roja y el pavimento emanaba un calor intenso. Traté de mentirme a mí mismo diciéndome que todo estaría bien.

Al estar cerca de la casa de Trev, noté que no tenía manera de identificar cuál era ya que no había ningún cartel o señalización que dijera la dirección. Por la foto de la fachada que estaba en la publicación de Airbnb, supuse que era una con un terreno grande y pastos secos. Entré y toqué el timbre. Trev abrió la puerta. Era un hombre australiano de unos cincuenta años, o al menos eso parecía. Había notado que las personas parecían más viejas de lo que en realidad eran. Supongo que era por el sol intenso que ataca a esa parte del planeta y hace que la piel envejezca más rápido.

—*¿Elías? Bienvenido* —dijo Trev, pronunciando mi nombre en inglés.

Nos saludamos estrechando las manos y me invitó a pasar a su casa. Dimos un pequeño recorrido y me mostró mi habitación. Tenía una cama grande, un escritorio y un closet. Por suerte tenía aire acondicionado, vital para poder dormir a la noche.

—*¿Es tu primera vez en Broome?* —preguntó Trev.

—*Sí, llegué a Australia hace unas semanas. Vengo a trabajar en el sector de hotelería.*

—*Ahora está un poco complicado. La temporada aún no arrancó y no hay muchos turistas.*

A veces era difícil entenderle. Tenía un fuerte acento de pueblo y muchas veces me perdía en lo que decía, a lo que solo respondía con un *"YES, YES"* o con una carcajada corta.

Trev tenía que salir. Nos despedimos y entré a mi habitación. Dejé las cosas y preparé

lo necesario para darme una ducha. La necesitaba, estaba muy transpirado y me sentía ahogado. Apenas abrí la ducha, noté que no era necesario abrir la caliente. La canilla de agua fría estaba abierta a su máximo y aun así, no era suficiente. Terminé de bañarme. Sequé mi cuerpo con la toalla y luego de diez segundos de haber terminado, estaba sudando otra vez. Volví a la habitación, recosté mi cuerpo en la cama y traté de relajarme.

Cada suceso me recordaba que el viaje había comenzado y que estaba solo con todo eso. Además, en unas horas operarían a Pupi. Por la diferencia horaria, no sabía hasta qué hora debería quedarme despierto para saber el resultado.

El hambre comenzó a hacer crujir mi estómago. Miré en el mapa dónde estaba el supermercado más cercano y caminé hacia allí. El calor había mermado un poco. El sol se estaba poniendo por lo que la calle dejaba de ser un infierno. Compré lo necesario para solo un par de días. Cuando volví a casa, noté que otra vez estaba sudado. Tomé otra ducha y ese día ya no volví a salir. Cociné y me quedé en la habitación.

Cuando empezamos a salir con Julien, acordamos ser exclusivos el uno con el otro y no abrir la relación. En realidad, no fue un acuerdo en sí. El tipo de relación fue tácita. Es decir, no fue algo que hablamos. Se dio así y nunca lo cambiamos. Aunque él sí lo cambió, pero sin avisarme. En fin, lo que quiero decir es que hacía muchos años que no usaba alguna aplicación de citas para conocer personas. Tampoco luego de haberme separado de él. Solo había estado con Alex después de conocerlo en el boliche, en Buenos Aires.

Esa noche, tratando de esperar despierto los resultados de la operación, tuve la curiosidad de saber qué gays habría en un lugar tan pequeño como Broome. Instalé Grindr, que sería algo así como Tinder pero solo para gays, donde te muestra todos los perfiles que hay a tu alrededor de acuerdo a la distancia. La primera impresión fue decepcionante. Había muchos perfiles sin foto, y los que la tenían eran todos viejos o con fotos explícitas. No tenía nada en contra de todo eso, pero no era lo que estaba buscando.

Hubo un solo perfil que me llamó la atención. La foto era de un chico rubio con cara joven, de unos veintidós años. Su nombre era Rafael y se identificaba con la bandera de España. Más con la idea de hacer amigos que intimar, le mandé un mensaje.

Hola, cómo va?

Hola! Espléndido, tú?
Hace cuánto has llegado?

Muy bien también. Llegué hoy, vos?

También! En avión? tal vez
tomamos el mismo vuelo jaja

Jaja puede ser. Llegué a las tres

Ah, entonces he llegado en el próximo

Sos de España?

Sí. Asumo que eres argentino,
porque dices VOS jaja

Sí, adivinaste

Oye, no hay gays en este pueblo

Es verdad, no hay nada
Solo tú y yo parecemos lo más normal

Eres el único que no me ha
mandado foto de la polla

Continué hablando con Rafael por un buen tiempo esa noche. Luego nuestra conversación se vio interrumpida por una foto que Pupi mandó en la cama del hospital, casi desnudo y con cables conectados por todos lados. Su cara sonriente tranquilizó y alivió mi pecho. Todo había salido como se esperaba y no tuvo ninguna complicación. Solo le quedaba recuperarse y hacer la rehabilitación. No fue fácil, quería estar allí para darle un abrazo.

Al día siguiente, desayuné temprano y estaba listo para salir. Pronto tendría que repartir currículums por todo el pueblo. Debía conseguir trabajo pronto. Pero en mi primer día en Broome, decidí conocer la playa. Trev me prestó su bicicleta ya que no la usaba con frecuencia.

Estudié en el mapa el camino por donde iría. Hacía mucho calor, como era de esperarse. Rafael ya estaba allí con una amiga y la idea era hacer algo juntos. Disfruté mucho del trayecto hacia la playa. Eran alrededor de quince minutos. Además la bici era grande y funcionaba de manera perfecta.

Antes de salir de casa, había embadurnado todo mi cuerpo con protector solar. De verdad que estaba fuerte. Al sol, me refiero.

Llegando al barrio donde estaba la playa más famosa de Broome, noté una gran diferencia con el que estaba cerca del aeropuerto o donde yo vivía. La vegetación aún seguía siendo robusta, de esas que son resistentes al calor extremo y los vientos. Lo primero que vi fue un camping enorme separado por un alambrado al costado de la bicisenda. Luego, un negocio en la esquina similar a un kiosco donde uno compra cosas al paso o hamburguesas. No podía faltar la licorería. En Australia los supermercados más grandes no venden alcohol, solo lo encontrás en locales que son especiales para ello.

El barrio era pequeño. Tenía varios campings, hoteles, resorts y hostels. Lugares para tomar algo y comer, o desayunar. La onda era mucho más playera que el barrio en donde vivía.

De todos modos, lo que me importaba ese día era otra cosa. En la entrada a la playa, había un estacionamiento bastante grande que te daba la bienvenida, repleto de autos y camionetas. Seguí al horizonte hasta ver decenas de bicicletas estacionadas.

Australia es un lugar muy seguro, pero lamentablemente Broome no lo era mucho y menos cuando se trataba de bicicletas. Por eso, seguí el consejo de Trev y la amarré con el candado.

Mientras subía la pequeña colina, lo único que veía era un cielo hermoso, adultos entrando de la mano y niños corriendo. Por fin había llegado el momento de ver la playa por primera vez. Era maravillosa, repleta de una energía intangible. Era una playa amplia, donde uno tenía que caminar bastante para llegar al agua.

Tenía dos bajadas. Una era una escalera de madera y otra una rampa plana de cemento.

Me dejé atrapar por la rampa, como si estuviera deslizándome y dejándome llevar por la magia del lugar. Aunque la arena no era la más espectacular (era una arena amarilla de la más común), el color del agua era precioso. Las olas se pintaban con fuerza, creando un lugar perfecto para nadar. Jamás podías sentirte agobiado allí, aunque estuviera lleno de gente. De un lado estaba el mar y del otro, los acantilados que separaban el pueblo de la arena.

Solo había visto a Rafael por fotos, por lo que no sería fácil encontrarlo. Le avisé que estaba bajando la rampa y que me hiciera alguna señal. De repente, a lo lejos vi un chico alto que se paró e hizo señas con sus brazos. Supuse que era él.

Al acercarme, noté que estaba con una chica debajo de una sombrilla. Los saludé a ambos con un abrazo.

—¿Qué tal has estado? Te presento a Roberta, una amiga. Es de Argentina también.

—Hola, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿ustedes? Un gusto, me llamo Elías.

Puse una toalla al lado de ellos y estuvimos charlando un buen tiempo. Roberta era de Buenos Aires y había llegado a Broome una semana atrás. Ambos se estaban quedando en el mismo hostel a metros de la playa. El único que tenía trabajo era Rafael, que había llegado ya con uno. Al día siguiente sería su primer día en el bar de un hotel.

—Es un poco complicado conseguir. Ya recorrí varios restaurantes y me rebotaron en todos. Parece que la temporada aún no empezó —manifestó Roberta.

—Sí, eso leí. Mañana voy a repartir currículums por algunos hoteles. Veremos que sucede. Por lo que leí en blogs, hay que insistir y tener suerte —respondí.

—Rafa tuvo suerte. Llegó con trabajo el hijo de yuta.

—La verdad es que sí. Espero que me den muchas horas, porque me gusta salir y gastar.

Ambos nos reímos. Los chicos me habían caído muy bien. De a poco comenzaba a sentirme menos solo.

El sol estaba cada vez más fuerte. Mi piel es muy blanca y no aguanto por mucho tiempo estar debajo de esos potentes rayos. Decidí buscar mi bici para volver a casa, almorzar y descansar. Antes de irme, Roberta me dio otro abrazo.

—Nos juntaremos al ver el *sunset*. Tienes que venir —dijo Rafael.

—Bueno, voy a descansar un rato y los veo a la tarde.

Volví a casa con una sonrisa. De a poco Broome me abría sus brazos.

La idea era reencontrarnos en la tarde, y eso hicimos. Luego de dormir una siesta, volví a la playa. Esa vez nos vimos en la *liquor store*. Entramos y compramos unas cervezas. Luego fuimos a la playa pero no bajamos a la arena. Nos quedamos arriba del acantilado. Había bares y restaurantes con vista hacia el mar, pero nosotros ya teníamos cervezas.

Una cerca de madera separaba el acantilado de la playa. Nos apoyamos allí, mientras la baranda sostenía nuestros cuerpos. Destapamos las cervezas y brindamos.

El transcurso del día había hecho que el sol iluminara la playa de manera diferente con respecto al mediodía. Los colores eran otros, la magia era otra. De a poco el sol se acercaba al horizonte, para esconderse hasta el siguiente día. El espectáculo era magnífico. El cielo multiplicaba sus colores, y desde el otro horizonte unas pocas e incipientes estrellas comenzaban a verse.

El sol se fue. El reflejo del cielo plasmó un color violeta en la orilla del mar, mezclándose con la arena húmeda. Los tres nos miramos como si no pudiéramos creer lo que estábamos viendo, y brindamos otra vez.

Allí estábamos. Tres personas que recién se habían conocido. Aunque aún la incertidumbre y el miedo existían, supe que no estaba solo.

CAPÍTULO XIV

el pañuelo

Por supuesto que hacía mucho calor, mucho. Había guardado en la mochila una remera extra por las dudas de que transpirara demasiado y no pudiera estar presentable. Al primer lugar donde entré fue al camping que estaba cerca de la playa. Abrí la puerta de la recepción y en el mostrador había un señor con la remera del club Barcelona, con el nombre de Messi detrás. “Pan comido” me dije a mí mismo. Con mi currículum en mano, lo saludé y pedí hablar con el manager.

—*No necesitamos a nadie* -contestó sin dejarme continuar hablando, y con un fuerte acento australiano.

Seguro que ni sabía de qué era la remera que llevaba puesta.

Esa tarde recorrí varios hoteles del barrio cerca de la playa. En todos los blogs había leído que siempre debía pedir por el manager. Era la persona que tomaba las decisiones sobre a quién se contrataba. En general, algunos managers eran accesibles. Estaban cerca del escritorio de la recepción y cuando escuchaban que preguntaban por ellos, al menos se acercaban a recibir el currículum. Otros lo aceptaban de mala gana, o directamente recepción hacía el filtro y el currículum terminaba en una pila enorme junto a otros, o en la basura.

Después de recorrer varios hoteles ese día, supe que la misión no sería fácil. Debía destacar entre los demás y si fuera necesario, volver unos días después al mismo hotel para preguntar si algo había cambiado.

Los trabajos que había para nosotros en Broome, como la mayoría de los que servían para extender la visa, no requerían demasiada calificación. Por ejemplo, trabajar en un hotel en el departamento de limpieza. También ofrecían trabajo de bartender en un bar o barista en un café, mozo o ayudante de cocina en restaurantes, pero yo trataba de evitar la cocina a toda costa. Odiaba trabajar de noche. Siempre preferí empezar temprano para estar libre por la tarde y noche.

Cerca del mediodía ya había recorrido casi todos los hoteles de la playa, me faltaban los que estaban por mi barrio. Decidí visitarlos para sacarme de encima la mayoría en el primer día. El sol era más potente a cada momento y en muy pocas partes de la bicisenda había sombra. El primer hotel al que fui cerca de mi casa se llamaba Beanis. Era el más viejo de todos los que había visitado ese día. Una cuadra antes del hotel había un parque. Estacioné unos minutos en un banco para descansar, tomar agua y cambiarme la remera. Antes de entrar a cada hotel, me cambiaba la remera mojada por otra seca que tenía en la mochila. No quería entrar todo transpirado a entregar mi currículum, debía estar presentable.

Apenas caminé hacia la entrada de Beanis Hotel, las puertas automáticas de vidrio se abrieron. Un enorme y alto escritorio de melamina separaba al recepcionista del huésped. Un chico rubio de estatura media me saludó mientras alternaba su mirada con la pantalla de la computadora.

—*Hola, ¿podría hablar con el manager?* —le pregunté con el currículum en la mano.
—*Hola. Ella no está en este momento, pero le puedo dejar tu currículum si quieres.*

Eso hice. Se lo dejé, como en muchos otros hoteles ese día esperando que alguno me llamara.

El calor era insoportable. Lo único que quería era llegar a casa, bañarme y dormir una siesta. Aunque no estaba muy lejos, aún quería ir al menos a dos hoteles más.

Mientras pedaleaba, las gotas de transpiración caían por toda mi cara, llevando el protector solar derretido hacia dentro de mis ojos. La vista se me nublaba y pedalear con el sol quemando mi cabeza era muy difícil.

Había tomado toda el agua que quedaba. Era una señal de que no podía continuar con la misión y volver a casa era la mejor opción. Con la poca fuerza que me quedaba, pedaleé hasta mi hogar. Estaba al borde del desmayo. Tomé mucha agua y me duché. La siesta fue el premio a la mañana productiva que había tenido.

Al levantarme, tomé más agua. Aunque el calor seguía siendo extremo, fui al patio a fumar un cigarro. En ese momento, mi celular recibió una llamada de un número desconocido. Mis nervios se soltaron de la correa. Respiré y respondí. Era el chef del restaurante del hotel Bal Hai. Había dejado mi currículum allí esa mañana. El trabajo era de *kitchen hand* o ayudante de cocina. No era lo que estaba buscando pero no estaba en posición de poder elegir. Karl, el chef, preguntó si podía ir a las cinco de la tarde del día siguiente para tener un *trial*, que era algo así como unas dos horas de prueba para ver si eras apto para el trabajo.

Obviamente había mentido en mi currículum, jamás había trabajado en una cocina o en un hotel. La limpieza parecía un trabajo más fácil para mí, en cambio la cocina definitivamente no lo era. No tenía idea de los códigos ni los nombres de todos los utensilios en inglés.

Esa tarde me juntaría con Rafa y Roberta en la playa a ver el *sunset*, y también era el escenario perfecto para festejar por haber conseguido un *trial* en mi primer día. Casi siempre significaba que habías obtenido el trabajo.

Cuando estaba por irme, vi a Trev en la cocina poniéndose hielo en el antebrazo.
—*¿Qué te pasó Trev?*
—*Estaba cortando las plantas del patio y una araña me picó.*
—*¡No! ¿Estás bien?*
—*Eso espero. En un rato lo sabremos* —dijo riendo.
—*¿Hay que tener mucho cuidado con los bichos acá?*
—*Un poco, sí. Hay que tener cuidado. Estamos en un lugar muy árido y húmedo a la vez.*

Parecía que estaba bien y que se recuperaría rápido. Aproveché ese momento para decirle que quería quedarme un par de días más, pagando mucho menos de lo que había pagado en Airbnb, a lo que aceptó.

Unos segundos después, antes de llegar a la puerta, Trev se asomó sosteniendo su brazo.
—*Elías. Ya que te vas a quedar más tiempo te voy a tener que cobrar por la bici. Cinco dólares diarios.*
—*Ok Trev* —acepté. Ya en ese momento no me quedaba otra opción.

El sol ya no era tan fuerte como antes y el viento en mi cara hacía que el camino fuera un viaje muy agradable. Al llegar a la playa y atar la bici con el candado, fui directo hacia donde Rafa me había dicho que estarían. Junto a él estaba también Roberta y otros chicos del mismo hostel. Éramos unos siete, todos con sus mantas y varios mates circulando.
—¡Felicitaciones por el trial Elías! —me dijo Roberta.

—Gracias. Estoy contento la verdad. No quiero trabajar en una cocina pero bueno, lo importante es tener un trabajo lo antes posible.
—Estará todo bien, ya verás. Y si no te gusta, buscarás otra cosa.
—Sí, gracias Rafa.

Las nubes comenzaban a hacer lo suyo, mientras de fondo uno de los chicos tocaba la guitarra. No parecía ser argentino, pero había escuchado que hablaba un español que claramente estaba aprendiendo.
—¿Ese quién es, Rafa? ¿Lo conocés? —le pregunté en un tono bajo.
—¿Te gusta? —preguntó riendo—. Es un chaval nuevo. Se llama Elliot y vive en mi hostel. Es inglés pero habla un poco español. Es buena onda.
—Es lindo, sí —le contesté.
—No sabemos qué le gusta, así que tendrás que averiguarlo.

En realidad no le conté a Rafa toda la verdad. Elliot había robado todas mis miradas esa tarde. Era hermoso o al menos lo creía así. Su cara homogénea y una nariz perfecta. Trataba de mirarlo cada segundo que podía. Los lentes de sol cuidaban que nadie lo notara.

El sol había caído y muchos volvieron al hostel. Rafa se había ido un rato antes ya que tenía que trabajar. Solo quedamos Roberta, Elliot y yo.
—¿Sabés alguna canción argentina? —pregunté a Elliot.
—Bueno sí, viví con argentinos *before,* entonces hablo poquito español, y me enseñaron algunas *songs*.

Tomó la guitarra y comenzó a tocar *Adiós* de Cerati. Con Roberta no pudimos ocultar la sorpresa. Quedé embobado mirando y escuchando a Elliot cantar. Aunque su español no era el mejor y algunas palabras no las pronunciaba bien, lo hizo muy bien. Aún no sabía su orientación sexual, pero debía averiguarlo.

Como típico inglés, Elliot dijo que iría a comprar unas cervezas a la *liquor*. Ya casi no había sol. Roberta volvería al hostel a cenar y vi la oportunidad para quedarme a solas con él.
—Te acompaño, también tengo ganas de tomar unas birritas.

Al salir de la playa, despedimos a Roberta y fuimos a comprar. Tuvimos charlas bastante interesantes con Elliot. Él tenía 21 años y había llegado a Australia hacía dos meses, pero antes vivió un año en Nueva Zelanda. Parecía un chico inteligente y le gustaba la cultura argentina.

Al volver a la playa con las cervezas, nos quedamos mirando las estrellas y escuchamos muchas canciones, inglesas y argentinas. Elliot tenía una contextura mediana, piel morena y en su cara se podía ver una barba incipiente. Aún tenía en su cara algo de acné que le había quedado de una especie de adolescencia tardía. Sus pectorales se marcaban sutilmente a través de la remera, y sus pelos despeinados y desordenados lo hacían muy atractivo.
—Tengo *weed*, ¿quieres?
—¿Cómo? *¿What's that?*
—*Weed, marijuana, crazy*.
—¡Ahhhh! Le podés decir “porro”. Bueno, dale —le contesté.

Mi cabeza ya comenzaba a crear la película romántica. Estaba en la playa con un chico hermoso, de un país que no era Argentina, mirando las estrellas y el cielo. Estábamos solos, en una playa inmensa, con las canciones de las olas de fondo.

Estuvimos más de cinco horas allí. En ningún momento hubo silencios incómodos o nos quedamos sin nada que hablar. Sentí mucha conexión con Elliot. Pero había llegado el momento. Debía averiguar qué le gustaba y si yo le había gustado.

—Está hermoso el mar, ¿escuchás? —le dije.

Elliot se levantó de la arena y corrió hacia el mar. Hice lo mismo detrás de él. Mientras tocábamos el agua con los pies y mirábamos el cielo, mi estómago se retorcía de los nervios.

—Elliot, siento cierta conexión con vos. —Respiré hondo—. Me gustaría besarte —le dije después de pensar todos los escenarios posibles en pocos segundos, sin saber exactamente qué podría contestarme.

—Sí entiendo. *Maybe* es por las *stars*, están *beautiful*.

No entendí lo que me quiso decir. No sabía si se estaba haciendo el tonto o no había captado lo que dije.

—No Elliot. Me refiero a que me pareces lindo e interesante.

Él abrió los ojos y se quedó tieso unos segundos.

—Oh, *sorry*. No entender. Lo siento Elías, a mí me gustan las chicas. Lo siento —dijo haciendo un inmenso esfuerzo para no ofenderme.

—No, está bien. Entiendo. Perdón si te ofendí, es que no te conozco y debía preguntarte.

—¡No me ofendes *at all! All good.* No hay que asumir la *sexuality* de las personas.

Un chico de 21 años me estaba enseñando mucho más que nadie en solo unas horas. Supuse que era bastante maduro. Tal vez por viajar estaba creciendo a pasos agigantados. El viajar, el dejar tu lugar y tu zona de confort hace eso. Es un curso intensivo de madurez, como si un año en tu país fueran cuatro en otro.

Se había hecho tarde y debía descansar para estar listo para mi primer día en el restaurante. Salimos de la playa y nos despedimos.

—Que descanses Elliot. Gracias por la noche. La pasé genial.

—¡Gracias! Yo también la pase *really good*. Que descanses amigo.

Nos dimos un abrazo y en el camino a casa, mientras el viento y la neblina fría chocaban con mi cara, pensaba en la noche rara que había tenido. Elliot me había rechazado pero al menos tuve las agallas de poder decirle lo que sentía. Fui a dormir triste pero satisfecho a la vez.

A la mañana siguiente no hice demasiado. Estaba nervioso por el *trial*. A la tarde, tomé la bici de Trev y fui hacia el restaurante. Llegué más temprano de lo normal, como era de esperarse.

El hotel tenía un estilo balinés, con madera por todos lados y colores pastel. Fui hacia el sector donde estaba el restaurante cuando vi a un señor de unos cincuenta años, de pelo negro, petiso, y con una barriga prominente.

—Hola, soy Elías. Creo que usted fue el que me llamó ayer para el trial.

—Hola Elías, soy Karl. Ven por acá que te explico todo.

Hicimos un recorrido por la cocina y me mostró la parte donde estaría la mayor parte del tiempo, lavando platos. Azulejos blancos cubrían las paredes y el piso estaba cubierto de una goma dura para cocinas especial para no resbalar. Las mesadas eran de metal y estaban por todos lados. Algunos de mis compañeros se presentaron sin demasiado interés por mí. Todos hablaban inglés como su primer idioma y me costaba mucho entender a Karl que era de Inglaterra.

No solo debería lavar platos. También tendría que aprender a elaborar platos simples y limpiar todo al final de la noche.

Karl puso algo de música y comencé a lavar platos, que no paraban de llegar. Debía sacarles la comida pegada y ponerlos en una máquina que les tiraba agua muy caliente. Debo admitir que trataba de ser lo más rápido posible, pero me costaba. Aunque quería dejar los platos

perfectos y limpios, parecía que no era muy necesario.

Mientras mi cabeza pensaba cómo haría para aguantar eso durante tres meses, alternaba entre lavar y rascarme las piernas o los brazos. Tenía un par de ronchas en la piel parecidas a las del mosquito. Deduje que la noche anterior en la playa había sido el blanco perfecto para ellos.

Seguir pensando no hacía más que estresarme, así que traté de poner la mente en blanco y no mirar el reloj que estaba colgado en la pared. Solo lavar y lavar.

Por suerte la noche terminó y era hora de volver a casa.

—*Bueno Elías, te espero mañana a las cinco de la tarde.*

Deduje que había conseguido el trabajo, pero de todas maneras no sabía cómo podría soportar eso durante tres meses. Tomé la bici y volví a casa, no sin antes pasar por la *liquor* a comprar unas cervezas, para premiarme por haber superado el primer día.

Cuando llegué a casa, me duché y tomé dos cervezas en la mesa del patio, mientras fumaba. No dormí de la mejor manera. Las picaduras no dejaban de reproducirse por todo el cuerpo. Al levantarme, noté que tenía algo de fiebre. Me asusté. Era nuevo en ese lugar y no sabía qué era lo que me había picado.

Me asusté aún más al mirar mis brazos y mis piernas. Tenía alrededor de cincuenta picaduras. Las conté. Por suerte tenía seguro médico y decidí ir a ver a un doctor para estar tranquilo de que no tuviera nada.

El hospital quedaba a unas cuadras de casa. Llegué a la guardia y la recepcionista dijo que la consulta me saldría 320 dólares. De todas maneras, luego el seguro me reintegraría el dinero.

En Australia el sistema de salud no es muy bueno, y menos en un pueblo pequeño. Si no sos ciudadano, no cuentas con los derechos que tienen los que sí lo son. Por ende siempre hay que pagar, y estaba dispuesto a hacerlo. Le dije a la recepcionista que quería una consulta. En ese momento, una enfermera que cruzó por detrás con unos papeles en la mano, escuchó mi problema y evitó que me cobraran.

—*Fuiste picado por sandflies, diminutos insectos. Te va a picar mucho así que no te rasques y ponte alguna crema. Toma algún ibuprofeno para la fiebre y vas a estar bien* —dijo la enfermera.

Me entregó una fotocopia que contenía las indicaciones. No era el primero al que le sucedía. Las sandflies eran mosquitas casi microscópicas que estaban en la arena y no te dabas cuenta cuando te picaban.

Volví a casa, débil y con fiebre. Aunque probablemente no era buena idea faltar el segundo día, no me sentía en condiciones de ir a trabajar y le escribí un mensaje a Karl.

Hola Karl. No voy a poder ir hoy, tengo fiebre y cincuenta picaduras en todo el cuerpo. Lo siento, odio faltar pero no me siento en condiciones.

ok

Supuse que a Karl no le gustaría nada que no fuera, pero de verdad no podía ir a estar parado cinco horas con el vapor del agua caliente rozando mi cuerpo. Esa noche me quedé en

casa, recuperándome y poniendo crema en cada picadura que tenía.

Al día siguiente, me sentía mejor. Seguían picando pero al menos ya no tenía fiebre. Estaba listo para volver a trabajar.

Hola Karl. Ayer fui al hospital y hoy me siento mejor como para ir.

Elías. Ya contratamos a alguien más.
Todo bien. Gracias.

.

Estuve muy cerca de bajar los brazos y perder todo tipo de esperanza. Casi todos los días recorría ese maldito pueblo tratando de encontrar un trabajo. Broome comenzaba a llenarse de viajeros como yo y cada vez era más difícil. Los chicos ya lo habían conseguido y estaban felices.

Habían pasado tres semanas desde que Karl me echó. Deduje que pensó que no fui a trabajar porque esa noche había habido una fiesta en la playa, pero estaba en mi cama con fiebre. Estaba enojadísimo. Tenía ganas de ir a incendiar el restaurant, pero luego dije "No Elías, vos no sos así".

Traté de pensar en positivo, que conseguiría trabajo pronto, aunque casi no podía disfrutar de los *sunsets* como antes. Me sentía angustiado. Broome me lo estaba poniendo difícil. Los chicos me notaban raro y algo triste. ¿Qué pasaría si no conseguía? El dinero se me estaba acabando. Por suerte, Lorenzo me prestó cuando le conté lo que estaba viviendo. Me envió dinero para sobrevivir que luego le devolvería.

Todos los escenarios posibles pasaban por mi cabeza. El de quedarme sin dinero, que Ishmael tuviera razón y que irme hubiera sido una mala decisión, también muchas veces estaba triste porque recordaba momentos felices que había tenido con Julien.

De todas maneras, algo dentro mío me decía que no debía rendirme y que el gran momento llegaría. Broome no iba a echarme.

Otros días volvía a los hoteles a preguntar por trabajo, algunos ya me reconocían porque había ido unos días atrás, pero ni siquiera me recibían el currículum. Era rechazado en todos lados.

Mientras manejaba la bici vi el hotel Beanis, que estaba cerca de casa. Ya que estaba allí, decidí entrar y ver qué sucedía, pero sin demasiadas esperanzas.

Entré y en el mostrador estaba el mismo chico rubio de las veces anteriores. Era la tercera vez que estaba allí. Lo saludé y le entregué mi currículum.

—*Hola, ¿cómo estás? Quería saber si algo había cambiado o si necesitaban gente.*

—*Hola, ¿bien y tú? Espérame un momento.* —El chico tomó mi currículum y fue hacia la oficina.

Mi corazón se detuvo. No me había pasado antes que me hicieran esperar, y sin dudas parecía ser una buena señal. El recepcionista me dijo que podía tomar asiento. Una incipiente y

prematura felicidad inundaba mi cuerpo. Los dedos de mis manos jugaban con el pañuelo verde que tenía atado a mi mochila.

Al pañuelo lo había traído de Argentina. Hacía casi dos años que me acompañaba. Era el símbolo de muchísimas personas que apoyaron la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo en mi país. La primera vez que se votó en el Congreso Nacional, la votación fue negativa. Aún seguía siendo ilegal mientras estaba en esa sala esperando obtener un trabajo.

Luego de esperar no más de cinco minutos, una chica de unos treinta años salió hacia el hall.

—Hola Elías, acompañame por acá. Podemos hablar español si querés, soy de Argentina. Me llamo Ingrid.

—Hola, un gusto Ingrid.

Nos sentamos en una mesa afuera del restaurante del hotel, que daba hacia el patio donde también estaba la pileta que usaban los huéspedes. Ingrid me hizo una breve entrevista, y como sabía que nunca había trabajado en limpieza y había mentido en mi currículum, más que una entrevista fue una charla de lo más humana posible.

Aunque también tuve miedo. Pudo haber sido la peor decisión. En un momento, Ingrid miró hacia mi mochila y al pañuelo verde. Jamás hubiera imaginado que la encargada de limpieza de ese hotel era argentina. Si estaba en contra de lo que significaba ese pañuelo, lo más probable era que no me contratara.

Ingrid volvió su mirada hacia mis ojos.

—¿Estás disponible para arrancar la semana que viene?

—Sí, por supuesto. Cuanto antes mejor.

El alivio hizo que mis hombros se relajaran y la tensión de mi pecho se calmara. Estar comprometido con mis convicciones había sido lo mejor.

—Buenísimo, en un rato te mando todos los papeles que tenés que firmar.

—Gracias Ingrid.

Nos saludamos con un abrazo y volví a casa con el corazón explotado de alegría. Había conseguido trabajo. De inmediato le escribí un mensaje a Lorenzo contándole y le dije que le devolvería el dinero apenas cobrara mi primer sueldo. También les escribí a los chicos, Rafa quería festejar y que nos encontráramos en la playa.

Al subir la rambla, vi las nubes estacionarse en el horizonte. Eran más lindas que antes. Los tres me aplaudieron al acercarme.

—¡Esa es la cara que queríamos ver de Elías, feliz!

—Tengo una felicidad enorme Rafa —le dije al darle un abrazo.

—¡Felicidades Elías! ¡Mirá —dijo señalando a Elliot—, está tomando mate!

—¡Siempre tomo mate boluda! —dijo Elliot con cara de niño enojado.

Apreciamos la puesta de sol. Todo estaba bien. Estaba en el lugar correcto, no me había equivocado. No fue fácil, pero ¿qué es fácil en este mundo? Broome me había abrazado. Algunos llegaban y al no encontrar trabajo, se iban. A otros, no les gustaba y también se iban. Resistí y conseguí lo que quería, no me rendí.

Si hay algo de lo que me había dado cuenta ese último mes, es que Broome era INTENSO.

CAPÍTULO XV

los latinos

La habitación era hermosa y la casa tenía un aroma que jamás se fue de mi nariz. Los pisos eran de madera y no estaba lejos de la casa de Trev, por lo que aún me quedaría en el barrio. Tenía una cama grande, una mesita de luz y un placard. Por supuesto, contaba con ventilador y aire acondicionado. Yun era de Taiwán y su novio, australiano, aunque la que mandaba en la casa era ella.

Yun me invitó a pasar e hicimos un recorrido. Charlamos sobre las reglas de convivencia y parecía que estábamos de acuerdo en todo. El precio de la habitación era acorde a otros lugares, aunque tuve mucha suerte. Conseguir un lugar para rentar en Broome era extremadamente difícil. Había muchos viajeros buscando una casa cómoda donde vivir para alejarse de los hostels.

Unos días atrás, Trev me había dicho que recibiría a unos huéspedes de Airbnb, por lo que debía buscarme otro lugar donde vivir. Además, no quería tener a alguien fijo viviendo en su casa. Prefería rentarla por tiempos cortos y ganar más dinero. Trev me pasó el contacto de Yun, que tenía una habitación para alquilar.

Apenas pudimos coincidir para visitarla, caminé tres cuadras hacia la casa de Yun. Desde afuera se veía un jardín bastante cuidado, repleto de palmeras y madera… ¡madera por todos lados! Supe que no estaba en situación de andar eligiendo dónde vivir. El mercado estaba difícil y en unos días empezaría a trabajar en el hotel Beanis. Quería tener un lugar por todo el tiempo que estuviera en Broome.

Yun estaba casi siempre sola en la casa. Su novio Rick trabajaba en un barco pesquero y podía estar hasta dos meses fuera de casa. Ella trabajaba en el supermercado del centro y algunas noches en un restaurante.

Cuando tuve todas mis cosas listas, me despedí de Trev y caminé las mismas cuadras que había transitado desde el aeropuerto aquella vez. Yun me dio una copia de la llave y dejé las cosas en mi nueva habitación. No pude evitar tirarme en la cama con los brazos abiertos.

A la salida de mi habitación estaba el living, con un televisor y dos sillones donde Yun miraba películas cuando tenía tiempo, o se relajaba mirando videos en su celular.

Apenas unos días después, ocurriría otro gran suceso. Debía entrar a trabajar a las ocho de la mañana. Me levanté temprano, desayuné, me vestí con un short marrón y una remera negra, tomé la bici y fui hacia el hotel.

Las cosas estaban saliendo de la mejor manera. Como ya no usaba la bicicleta de Trev, decidí que sería buena inversión comprar una. La usaría por mucho tiempo y luego la podría vender el día que me fuera de Broome.

El hotel quedaba a unas cinco cuadras de la nueva casa. Por supuesto que estaba nervioso, pero esas cinco cuadras las transité con una sonrisa de oreja a oreja y mis hombros relajados. Así como el camino hacia la cocina de Karl fue tedioso, en ese momento disfruté de

estar yendo al Beanis. Supe que me gustaría trabajar allí, o al menos lo presentí.

Ingrid me había dicho que debía entrar por la parte de atrás, por un portón de hierro enorme que era la entrada al estacionamiento. Apenas entré, vi una estructura de metal donde podía encadenar la bici. Estaba justo delante del lavadero, o del *laundry*. Era donde se lavaban todas las sábanas y toallas de los huéspedes.

Luego, una chica alta de unos 25 años salió del lavadero y me saludó. Era argentina y se llamaba Violeta. Estaba a cargo del *laundry* y también estaba haciendo la extensión de su visa. Más cerca de las ocho, llegaron otros compañeros. Había algunos de China, otros argentinos y chilenos. Todas las veces que iba a ver el *sunset* a la playa, los grupos estaban llenos de latinos, más que nada argentinos. Tal vez se había puesto de moda ir a Broome. Era un buen lugar para extender la visa, y además tenía una playa hermosa y uno de los mejores *sunsets* de toda Australia. De todos modos, me sorprendió ver tantos latinos en el trabajo esa mañana.

Ingrid apareció y se acercó a saludar, para darme la bienvenida.

—Hoy vas a estar con Rubi, ella te va a entrenar.

Rubi tenía alrededor de 27 años, era de la provincia de Córdoba, Argentina, y había llegado a Australia cinco meses atrás. En ese momento terminé de confirmar que el hotel no era la excepción y también había muchos argentinos.

Estuve todo el día con ella mientras me entrenaba y limpiábamos. Nunca había trabajado en limpieza antes pero me gustaba hacerlo en mi casa, hasta lo disfrutaba. Esa mañana, nos reímos mucho. Rubi era muy divertida y espontánea. Cantábamos en las habitaciones y escuchábamos música.

Cuando comenzamos, fuimos hacia una pequeña sala en uno de los pisos del hotel, que tenía tres niveles. Allí estaba el carro —o *trolley*— con todas las cosas necesarias para limpiar. Toallas de cuerpo, de pies, de manos, de cara. Químicos para el baño y superficies. *Amenities* como café, azúcar, té y leche.

—¿Hiciste *housekeeping* (así se llamaba al servicio de limpieza en los hoteles) alguna vez? —preguntó Rubi.

—No, la verdad que no. Pero aprendo rápido, te lo prometo. Y además, me gusta limpiar.

—Más te vale. —Frunció sus ojos—. No mentira, te jodo. No te preocupes, aprendés enseguida. Mirá —dijo mientras me mostraba un papel que nos había dado Ingrid en la mañana—, acá está todo lo que tenemos que hacer. Verde es para los servicios, es decir, la gente que ya está acá. El rosa es para las habitaciones a las que llega alguien hoy y tenemos que limpiarlas. *Arrivals* les decimos.

—Perfecto —le dije sin tener tiempo de procesar.

—Ahora tenemos que ir a la 712 que ya se fueron y la podemos limpiar. Nos dividimos en dos, uno hace el baño y el otro el *lounge.* Luego uno aspira y el otro mopea.

—Genial. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Media hora. Dale, ¡corré! —corrí intentando tomar algo del *trolley*—. Mentira Elías, es joda. Es tu primer día. Tenemos que ir rápido pero no como los otros *teams*.

—Sos chistosa eh.

Disfruté mucho ese día. Limpiar no me molestaba en absoluto y además, lo más importante para mí era poder pasarla bien al mismo tiempo. En esa habitación me tocó limpiar el baño, con Rubi nos turnábamos. Tomé la canasta con los químicos, y rocié lavandina en el inodoro y algunas partes de la ducha. El olor era algo que me fascinaba, daba la sensación de que todo estaba desinfectado y limpio. Luego, con trapos, secaba todas las superficies del inodoro y

del *lavatory*. Luego, antes de aspirar y mopear, debíamos poner las toallas. Tomé unas de las últimas que quedaban y comencé a doblarlas como me había dicho Rubi, en mitades con el diseño hacia afuera para que se viera. Si me quedaban torcidas, las volvía a hacer.

Cuando estaba a punto de terminar, Rubi entró al baño con la aspiradora y fui a buscar el *mop*. Volví, y al ver una gota de agua en el lavamanos, tomé el trapo y la sequé.

—¡Ya está limpio eso! Está perfecto Elías, mopeá y nos vamos.

Terminamos la habitación y di una última revisión rápida antes de salir. Estaba perfecta. Era muy satisfactorio ver cómo una habitación que estaba sucia, luego tenía una cama con esquinas casi perfectas, las almohadas casi sostenidas en el aire, y ese aroma a limpio que te daban ganas de comer en el suelo. Al salir, Ingrid se acercó a nuestro *trolley*.

—Chicos, recién inspeccioné la 607. Felicitaciones, muy muy bien.

—¡Gracias! Elías es bastante bueno. Hiciste bien en contratarlo, aunque tenga cara de boludo.

—¡Hey! ¡Qué bardera! —dije entre risas.

Unos minutos después, Rubi llamó por la radio al *laundry* para pedir más sábanas y toallas. Entonces llegó Violeta, con su carro lleno a darnos lo que necesitábamos.

—Hola Viole, ¿cómo estás?

—Bien Rubinska. ¿Vos? ¿Qué tal el nuevo? Parece buenito.

—Bastante bien la verdad. Ya le vamos a dar un *board* lleno de *arrivals*.

—¡Hola! ¡Estoy frente a ustedes!

En mi primer día sentí que había muy buen ambiente laboral en el hotel. Todos parecían tratarse bien y respetarse.

—Gracias Viole, yo creo que vamos a estar bien por el resto del día.

—Avísenme cualquier cosa.

Violeta volvió al *laundry*. Luego, empezamos a limpiar el último *arrival*. Mientras hacíamos la cama, Rubi me explicaba cómo hacer que las esquinas quedaran perfectas.

—¿Qué onda vos? ¿Estás de novio o algo?

—No, vine solo. Vine solo de Argentina. ¿Vos?

—Sí, también. ¿Y ya anduviste picando algo en Broome?

No pude evitar reírme. Rubi me hacía sentir cómodo con sus entrometidas preguntas.

—No, no aún al menos. Pero no creo que haya mucho para mí por acá.

—¿Por qué?

—Porque me gustan los chicos y no sé si hay muchos gays en este pueblo.

—¿Sos gay? Mirá vos. Yo ya te veía haciendo buena pareja con Violeta.

—No —dije riendo—, es una chica hermosa igual.

—¿A Rafa lo conocés? Él es gay y muy lindo.

—Lo conozco, sí. Pero somos amigos con el Rafa. ¿Vos de dónde lo conocés? Es muy chico este lugar.

—Antes vivía en el hostel donde está él. Luego me mudé a uno de acá, más cerca del hotel. ¿Y estuviste de novio alguna vez?

—Sí, tres años. Y nos separamos unos meses antes de venir.

—Te escapaste.

—No, no. Vine porque quería hacer algo diferente y Buenos Aires ya me estaba cansando un poco.

—Somos muy valientes los que nos vamos y probamos algo nuevo. No todos ven eso.

—Es verdad.

—¿Lo extrañás?
—¿A Buenos Aires? Es una hermosa ciud-...
—No —interrumpió Rubi—, si lo extrañás a tu ex.
—Ya no. A ver, fue muy importante en mi vida. Pero estoy muy bien solo ahora.
—Seguro vas a conocer a alguien acá, al menos para divertirte.
—Ojalá, pero lo dudo. En Grindr no hay nadie. Solo Rafa, yo y otros viejos feos que no muestran la cara.
—¡Qué bajón nene! Bueno ya veremos qué te conseguimos. Hoy a la tarde vamos a ir a ver el *sunset*, por si te querés sumar. Luego hay una fiesta latina en la playa. ¿Vamos?
—Me encantaría.
—*See you there then*.
—¿Cómo?
—Nos vemos ahí.

Luego volvimos al pequeño cuartito a recargar nuestro *trolley* con todo lo que nos faltaba.
—Bueno ahora vamos a terminar los tres servicios que nos quedan. ¡La yuta madre! —dijo abriendo los ojos y mirando el board.
—¿Qué pasó?
—¡Es una tragedia Elías! ¡Estamos perdidos! ¡PERDIDOOOOS!
—¡No entiendo nadaaa!
—Te jodo. Estoy re loca nada más. No, de verdad. Tenemos que ir a hacer los tres servicios estos de mierda en las habitaciones de abajo, que son las peores.
—¿Por qué? ¿Son feas?
—Un poco, sí. Y más baratas. En general están más sucias que el resto. Cuánto más baratas, más sucias están.

Apenas entramos a la habitación del piso de abajo, me di cuenta a qué se refería Rubi. Las sábanas estaban todas revueltas en el piso, todas las tazas sucias y el tacho rebalsaba de basura. Hicimos la cama primero, y luego me encargué del *lounge* mientras Rubi limpiaba el baño.
—¡¿Cómo puede haber gente tan sucia?! —gritó.
—¿Qué pasó?
—El inodoro está todo meado. ¿Por qué a los hombres les pasa eso? ¿No saben apuntar? No es que el agujero es chiquito. ¡Y mirá! ¡La frenada de caca que dejaron!

Me reía al escuchar y ver a Rubi.
—¿De qué te reís? ¡Lo vas a limpiar vos eh!
—Yo lo limpio, no hay drama.
—No, está bien. ¿Me traés los guantes del *trolley* porfi?
—Obvio.

Rubi hizo que me riera mucho esa mañana. En algunos momentos me hizo acordar a Carla, mi querida Carlita, aunque Rubi era aún más loca y fuera de lo común. Supe que había tenido mucha suerte de conseguir trabajo en ese hotel.

Al terminar nuestro board, fuimos a ayudar a otro equipo al que aún le quedaban dos servicios para terminar. La filosofía era esa, siempre nos ayudábamos entre todos y terminábamos todos juntos.

Cuando estaba listo para volver a casa, con mi mochila en la espalda, Ingrid se acercó.

—Gracias por hoy Elías. No voy a decir que me sorprendiste porque esperaba esto de vos. Pero gracias por la actitud y la iniciativa.
—De nada Ingrid, gracias a vos. No te das una idea de lo contento que estoy. ¿Nos vemos en la fiesta hoy? ¿Venís?
—Seguramente sí. Las chicas van todas así que nos vemos allí.
—Buenísimo. —Di media vuelta para buscar mi bici.

Mientras desataba la cadena, llamé a Ingrid antes de que se fuera.

—¿Qué pasa?
—Te quiero hacer una pregunta.
—Decime.
—¿Me contrataste porque tenía el pañuelo verde?

Ingrid largó una fuerte carcajada.

—Jamás lo sabrás. Chau. —Dio media vuelta y entró al laundry.

Pedaleé hacia casa sonriéndole a todo lo que tenía enfrente.

CAPÍTULO XVI

la van

Yun aún no había llegado. Sabía que la noche podía ser larga, así que quería dormir una siesta y evitar el calor. Nada era más lindo que acostarse recién bañado, con las cortinas cerradas y el aire acondicionado.

La charla que tuve con Rubi me había hecho pensar que en verdad, no había muchos gays en Broome y las posibilidades de conocer a alguien eran muy escasas. Entré a Tinder solo por curiosidad, a ver con quiénes me encontraba. Solo se trataba de otra aplicación, por lo que no esperaba mucho, seguro solo estaría Rafa y alguno más. Nunca había usado Tinder antes, solo Grindr apenas llegué a Broome. Tinder se hizo masivo cuando aún estaba con Julien.

Tuve que crear un perfil desde cero. Tenía algunas fotos que Roberta me había sacado en la playa con el atardecer de fondo, que eran perfectas para atraer a personas desconocidas.

Por supuesto, el primero que apareció fue Rafa. Había elegido unas fotos hermosas también. Le puse *like* solo para molestarlo. Luego le siguieron perfiles sin foto o con foto de torso sin que se viera la cara. No podían faltar las fotos de pescados, con el pescador con la cara tapada. Parecía que al hombre promedio australiano le parecía una buena idea poner en su perfil una foto en un pequeño bote, una caña de pescar y un pescado ensangrentado colgando de sus manos. No entendía cómo eso le podía resultar atractivo a alguien, todas esas manos llenas de escamas y olor a pescado. Para mí era lo menos sexy del mundo, pero tampoco quería juzgar. Solo las obviaba y listo.

Luego me sorprendí. Encontré un perfil de un chico bastante normal comparado con lo que había visto hasta entonces. En un principio no me pareció súper lindo, pero tenía ciertas características que me parecían atractivas. Era moreno, cabello color negro y en las fotos parecía de baja estatura. Su nombre era Remi, tenía 21 años y en su descripción decía que era de Francia. Después de darle *like*, no hubo más perfiles para ver. Dejé el celular en la mesita de luz y dormí alrededor de una hora y media.

Al levantarme, merendé y preparé las cosas para ir a la playa. Cuando miré el celular, vi que tenía una notificación de Tinder. Tenía un nuevo *match*. El francés me había mandado un mensaje. Estuvimos chateando un poco. Nos contamos de dónde éramos y qué hacíamos en Broome. Me contó que hacía seis meses que estaba en Australia y que en ese momento no tenía trabajo porque lo habían echado.

Miré el reloj y era hora de irme. Estaría un buen tiempo en la playa, así que llevé un abrigo. De a poco las noches comenzaban a ponerse húmedas y frescas. Al comentarle a Remi sobre la fiesta latina, ambos coincidimos en que era un buen lugar para al menos conocerse y saludarse.

Tomé la bici y otra vez recorrí ese hermoso camino hacia la playa. Escuchando música, pero sin auriculares, creándola con mi mente en mis oídos. Lo poco que quedaba de sol, pintaba mis pómulos.

Violeta y Rubi ya estaban en la arena. A lo lejos, mirando la amplia playa y tratando de verlas, pude encontrarlas por la remera amarilla que Rubi había dicho que tendría.
—¡Elías! ¡Qué bueno que viniste! —dijo Rubi dándome la bienvenida.
—¡Pero qué guapo estás! Amo esa camisa —exclamó Violeta
—Gracias Viole. La compre en el Kmart. Quince dólares.
—Te queda bárbaro. Viole, ¿le escribiste a Ingrid para decirle dónde estamos?
—Sí, me dijo que llegaba un poco más tarde.
—En un ratito vienen unos amigos míos también. Bueno, Rafa es uno de ellos, que vos lo conocés —dije a Rubi.
—¡Sí, sí! Deciles que traigan mate.
—¿Mate? En un rato arrancamos con las birras Rubinska —agregó Viole.
—Es verdad, pero para el *sunset* unos mates re van.
—Yo traje mate —dije mientras abría la mochila.

El *sunset* en Broome era algo mágico. Un lugar de encuentro entre todos los que vivíamos allí. En Australia sentía que apreciábamos más la naturaleza, y teniendo un hermoso horizonte enfrente, no había otra forma de apreciarla más. Aunque también, Broome era un pueblo muy pequeño, y no es que hubiera miles de cosas para hacer.
—Les tengo que contar. Hoy hice *match* con un chico en Tinder.
—¿WHAAAAAAT? Contanos todo Elías, ¿de dónde es? ¿Cuántos años tiene? ¿Qué hace?
—Tranqui Rubi, aún no lo conozco. No me hagas poner más ansioso de lo que soy. Es de Francia y tiene 21 años. Se llama Remi.
—Francés. Interesante —agregó Violeta.
—¡Invitalo a la fiesta!
—Ya lo invité. Igual tranqui, no pasó nada aún y ni siquiera lo vi en persona.
—Dicen que los argentinos y los franceses hacen buen *match*.
—Lo dudo Rubinska. Los franceses son medios forros. Te dicen que te aman y que te van a bajar la luna. Pero después, desaparecen y te dejan hecha mierda.
—¿Eso te pasó a vos Violeta? —le pregunté.
—A una amiga. —Nos reímos—. Mentira. Me pasó a mí, sí. Pero no quiere decir que te pase lo mismo a vos Elías.
—Aún no pasó nada.
—Mostrá fotos, a ver —me obligó Rubi.

Les mostré las fotos que Remi tenía en su perfil, y ambas coincidieron en que era hermoso. Aún no lo veía así.
—Esperá, ¿Tu ex no era francés me contaste hoy?
—¿Qué? No —contesté riendo—. Se llamaba Julien, pero no era francés. Su abuelo había nacido en Francia y sus padres le pusieron así en honor a él.
—Entonces algo con los franceses hay ahí —dijo Rubi.
—No, él no tenía nada de francés. Solo hablaba español, era lo único que sabía hablar.

A lo lejos escuché la voz de Rafa, que venía con Elliot y Roberta. Sentí que era hermoso mirar alrededor y ver a los que eran mis nuevos amigos, conocerlos y pasarla bien. Uno busca formar una nueva familia aunque esté a 15.000 km de la verdadera.

El sol desapareció en dos minutos, apenas después de tocar el agua. Es maravilloso cuando llega al horizonte y no te da tiempo a despedirte de él. Los colores violeta, rosa y azul pintaban el cielo. Sería una noche mágica.

Mientras pocas estrellas comenzaban a aparecer, vimos cómo un grupo bajaba la rambla con un parlante inmenso y caminaba hacia una parte más alejada de la playa. Supimos que allí sería la fiesta.

El mate pasaría a ser guardado y le daríamos lugar al alcohol. Fuimos juntos hacia la *liquor* a abastecernos, caminando en bloque. Rafa, Elliot y Roberta iban adelante junto a Rubi. Con Violeta íbamos apenas unos pasos detrás.

—¿Y vos Elías? ¿De qué trabajabas en Argentina?

—Trabajaba en una secretaría del estado, bastante aburrido. Es una de las causas por las que estoy acá. ¿Vos?

—¿Tan aburrido era? Yo soy psicóloga.

—Muy, y no iba conmigo para nada. Igualmente, previo a que cambiara el gobierno, me echaron. Y unos meses antes me había separado de mi novio. Así que fue el combo perfecto para expulsarme. —Reí—. ¿Y vos por qué estás acá?

—Te pasó de todo. En mi caso, cuando terminé de estudiar, me encontré un poco perdida. No tenía ganas de ejercer y decidí viajar un poco. Australia parecía la opción más fácil y donde más se podía ahorrar. ¿Y cuál sería el trabajo de tus sueños?

—Me gustaría actuar. Tal vez ir a estudiar a Europa, no lo sé.

—Alto plan. ¿Volver a Argentina no?

—No creo. No lo tengo decidido aún. Pero ya viví veintiséis años en Argentina y no veo que pueda tener un futuro ahí. Menos después de vivir en Australia.

—¿A qué te referís?

—Después de vivir acá, volver a acostumbrarte a vivir en un país con inseguridad e incertidumbre económica y política, es difícil.

—Sí, entiendo. A mí me costaría mucho porque extraño.

—Sí, es difícil. Pero creo que primero debemos hacer nuestro propio camino, y preocuparnos por lo que queremos.

Antes de entrar a la *liquor*, Elliot se acercó a mí.

—Amigo, ¿Quieres compartir *birras* conmigo?

—Dale, sí, *english boy*.

—Yo pago y luego *we see*.

—Dale. ¿Trajiste pasaporte o ID?

Elliot se palpaba los bolsillos.

—No, no traje ID.

—Siempre igual Elliot. Yo traje. Dejá, pago yo.

—Gracias amigo —dijo abrazándome.

—El niño Elliot —adhirió Roberta.

Todos ya habíamos comprado y estábamos listos para volver a la playa. La luna se apoderó de las calles. Su luz nos hacía sombra y podíamos ver nuestras caras en la oscuridad. Las olas eran abrazadas por sus potentes rayos, haciendo del mar una pasarela flotante donde querías bailar.

Los que organizaban la fiesta habían hecho un fuego. Lo pudimos ver apenas bajamos la rambla. Estaba un poco alejado de la playa principal, ya que no querían alertar a la comunidad ni a la policía. En realidad se necesitaba un permiso de la alcaldía para hacer una fogata en un espacio público.

Cuando llegamos, había unas veinte personas. El fuego era bastante grande, lleno de

ramas y troncos. Broome era un lugar caluroso de día pero al acercarse el invierno, las noches eran frías.

Rafa y Roberta saludaron a algunos de los que estaban ya que se conocían del hostel. De todas maneras era una fiesta latina donde no todos eran latinos. Había algunos europeos y muy pocos australianos. La música que sonaba en el speaker era el típico *reggaeton* del momento. Música alegre que hacía que las charlas predominaran, al menos al principio.

A lo lejos vimos a Ingrid, con un *six pack* de cerveza.

—¡Ingrid! Pensé que no ibas a venir —le dijo Rubi dándole una abrazo.

—Yo tampoco. ¡Vamos a bailar!

Ingrid era una buena mina. Verla allí bailando y tomando hacía que la viera un poco más desestructurada, aunque no dejaba de ser mi jefa.

—¿Y tu novio dónde está Elías?

—¡No es mi novio, Rubi! Ni siquiera lo conozco y tampoco sé si viene.

—Vamos a dar una vuelta a ver si está.

Rubi me tomó de la mano y me llevó a dar una vuelta por la arena.

—¿Es ese?

—No. Aunque ese es lindo también —reí—, pero no es ese.

Ya éramos más de cincuenta personas en la fiesta y el fuego iluminando las caras hacía difícil distinguir y encontrar a alguien que solo había visto en fotos. Aunque de repente vi a dos chicos con vasos en la mano, miré bien su cara y deduje que era él.

—Es ese, el de camisa de jean. Creo.

—¿Cuál? ¿El que está con el inglés?

—¿Cómo sabés que es inglés?

—Es obvio. Vamos a hablarle.

—¡No! Pará. ¿Y qué le digo?

—Te va a reconocer, no seas tonto. Vamos a pasar cerca, lo vas a mirar a los ojos, te vas a hacer el sorprendido y lo vas a saludar.

A lo lejos no me pareció súper lindo. Pero no era feo tampoco. Se notaba que era muy joven y por supuesto, tenía cara de francés.

—Vamos. —Rubi volvió a tomar mi mano y pasamos muy cerca de donde ellos estaban.

Nuestras miradas se juntaron, por primera vez. Con un tirón de manos, paré a Rubi. Me acerqué y lo saludé con un beso en el cachete.

—Hola Remi, ¿cómo estás? Ella es Rubi, una amiga.

—Hola Elías, bien ¿y tú? Un gusto, él es Liam, un amigo también.

Rubi los saludó a ambos con un beso. Después de unos segundos en que no dije nada, ella inició la conversación.

—¿Qué onda Remi, te gustan las fiestas latinas?

—Bueno, más o menos. Esta música no es la que más me gusta. Pero es entretenido de todos modos.

—¿Pero los latinos te gustan no? —preguntó Rubi.

No sabía dónde meterme. Remi solo rio y no respondió su pregunta.

—A mí sí —respondió Liam.

—¿Qué están tomando? —pregunté.

—Estoy tomando vodka y Liam, cerveza.

—Deberíamos ir a buscar una cerveza también —Miré a Rubi—. *¿Hasta qué hora te vas a*

quedar Remi?
—Hay una fiesta en la casa de unos amigos, así que en una hora nos iremos. ¿Tú? Estás invitado si quieres.
—Bueno gracias por la invitación, pero mañana trabajo temprano. Voy a irme en un ratito o cuando se me acaben las cervezas. —Él rio—. *Bueno voy a buscar una, ¿luego nos vemos?*
—*Sí.* —Me dio un abrazo y pude ver una hermosa sonrisa dibujada en su rostro.

Volvimos donde estaba mi mochila y las cervezas.
—¿Por qué no dijiste que sí cuando te invitó a la fiesta?
—Porque recién lo conozco. Hoy no es una cita, es la primera vez que lo veo. Y de verdad, en un rato me quiero ir a casa. No quiero estar muerto mañana.
—Bueh.
—No te enojes. Cuando me vaya le voy a preguntar si mañana quiere ir a tomar algo. ¿Está bien?
—Más te vale.

De a poco el efecto del alcohol hacía lo suyo. Las risas eran más ligeras, y todos nos queríamos un poco más. Bailamos algunas canciones en ronda donde Rafa era el que más se destacaba, moviendo su cintura hasta la arena. Elliot intentó hacer lo mismo pero se cayó y nos matamos a carcajadas.

Eran cerca de las once de la noche. Estaba listo para volver a casa y descansar. Ingrid también quería volver, así que ambos nos despedimos de todos al mismo tiempo, aunque ella iría en su moto. Casi que tuve que huir porque ninguno quería que me fuera.

Antes de abandonar la playa, fui a buscar a Remi. Lo encontré casi en el mismo lugar donde estaba antes, con Liam.
—Me voy. Un gusto conocerte. ¿Mañana qué hacés? Si querés podemos ir a tomar algo.
—¡Sí! Me encantaría. ¿Alrededor de las siete?
—Dale sí.
—¡Tienes el pañuelo verde! —dijo Liam señalando mi mochila.
—¿Lo conocés?
—Sí. Antes salía con una chica argentina y tenía ese pañuelo. Es por el aborto. ¿No?
—Exacto. Para apoyar la ley del aborto. Me sorprendiste. —Liam inclinó sus hombros hacia arriba—. *Bueno Remi. Nos vemos mañana. Chau.*
—Bonne journée.
—¿Qué?
—Que tengas un lindo día.
—No sé francés, así que me podés enseñar. —No esperé una respuesta y me fui.

Con Ingrid subimos la rambla para ir hacia el estacionamiento donde estaba mi bici y su moto.
—¿Ese es el francesito? Es lindo eh.
—Sí. Es lindo, creo.
—¿Por qué creo?
—Estaba un poco oscuro y además tengo bastante alcohol encima. Igual sí, era lindo.

Ella se subió a la moto y nos despedimos con un abrazo. Mi camino a casa fue relajado, con canciones en mi mente. Estaba feliz.

.

Ese día me había tocado trabajar con Yaniv, un joven de Israel. La verdad es que no tuvimos mucho *feeling*. Hubiera preferido trabajar con Rubi pero tenía día libre.

No interactuamos mucho mientras trabajamos. De todas maneras, mi mente estaba pensando en otra cosa. A la noche tendría la primera cita con Remi y estaba algo nervioso. Lo único que quería era que llegara ese momento. Por suerte terminamos el *board* y nos fuimos a casa. Luego de almorzar, dormí una pequeña siesta para estar más descansado.

Al levantarme, me lavé los dientes y me bañé. Cuando salí de la ducha, Remi me mandó un mensaje preguntando si quería que nos encontráramos en Matsu, un bar que no quedaba muy lejos de casa. Miré al espejo y me perfumé. Tenía tres remeras para elegir. Al final me decidí por una bordó y una bermuda color mostaza.

Después de años, volví a tener una primera cita. La de Elliot no contaba, porque solo para mí había sido una cita. Estaba nervioso, no podía evitarlo. Pero a su vez estaba contento.

Mi celular vibró, y salí de casa caminando lento. Cuando llegué al bar, él me estaba esperando en la puerta. Matsu era una cervecería artesanal bastante conocida en Western Australia. Aunque no era tan masivo como en Buenos Aires, las cervezas que conseguías en las *liquor* eran bastante buenas. Pero de todas maneras extrañaba esa facilidad de encontrar cervezas artesanales.

Con una mejor luz, pude ver otros rasgos y matices en su cara. Tenía una chomba azul bastante ajustada y un jean. Remi era más bajo que yo, aunque no me molestaba. Su pelo era castaño casi negro y su barba incipiente podía apreciarse. Sus pómulos eran levemente pronunciados, y su boca dibujaba una sonrisa pequeña en sus labios perfectos.

Nos dimos un abrazo, pero antes Remi me observó desde mis pies hasta mi rostro con una sonrisa. Olía muy bien, casi como si su aroma me hubiera despertado atracción. Fuimos adentro a comprar una cerveza y encontrar una mesa. Ambos fumábamos, por eso elegimos una mesa alejada donde no nos molestaran.

Nos tomamos alrededor de tres jarras de cerveza y fumamos bastante. Hablamos de todo, durante casi dos horas. Ni su inglés ni el mío eran muy buenos, aunque de todas maneras nos entendimos. Hablamos de política francesa y argentina. Le conté sobre la dictadura que se había vivido en Argentina. Le conté las películas francesas que había visto y me habían gustado. Hablamos de series y de qué estábamos viendo en ese momento. Luego, la charla se puso algo más profunda.

—¿Y estuviste de novio alguna vez? —le pregunté.

—No. De hecho, aquí es la primera vez que soy libre y mis amigos lo saben.

—¿Acá en Australia?

—No, aquí en Broome. Llegué de Francia con dos amigos de la infancia. Compramos una van y estuvimos viajando desde Melbourne hasta Perth. Pero luego nos separamos. Les compré su parte de la van y vine solo hacia Broome. Pero ellos no sabían que soy gay.

—Wow. Entonces aquí fue la primera vez que lo contaste y tus nuevos amigos lo saben.

—Sí, y me sentí muy cómodo. No les importó y eso fue lo mejor.

—Entonces, ¿en Francia nadie lo sabe?

—No. Ni mis amigos ni mi familia. Sé que con mi familia no tendría problema. Pero con algunos de mis amigos sí, porque son musulmanes.

—Qué feo que sientas eso. Si son tus amigos, te van a querer igual. Y si no, tendrán que vivir sin vos.

—Sí, puede ser.

Se estaba haciendo tarde y al día siguiente tenía que trabajar. Fuimos caminando despacio hacia donde su *van* estaba estacionada.

—¡Es hermosa! ¿Me la mostrás?

—Por supuesto.

Remi abrió la puerta del medio. Me mostró donde guardaba sus cosas, donde tenía la batería, donde cocinaba. Luego abrió la puerta de atrás donde tenía su cama.

—¿Acá estás viviendo ahora?

—Ahora estoy viviendo en el hostel acá cerca, donde trabaja Liam. Uso las duchas y la cocina del hostel, pero no me dejan dormir en el estacionamiento así que tengo que pagar por una cama. —Rio.

—Muy linda, te juro que me encanta. Uno de mis sueños sería tener una así y recorrer Australia, pero no sé manejar y tampoco me gustaría hacerlo solo.

—¿¡No sabes manejar!?

—No —respondí riendo—. *Mi padre nos abandonó a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños. Y mi mamá tampoco sabía. Luego viví en la gran ciudad y manejar nunca fue necesario.*

—Algún día te puedo enseñar.

—Sería genial —dije con timidez.

—¿Te llevo a tu casa?

—Bueno.

Aunque eran unas pocas cuadras, fue un lindo gesto y una manera de estar juntos unos minutos más. Estacionó frente a casa, apagó el motor de la *van* y nos miramos durante unos segundos.

—¿Hacemos algo otro día de estos?

—Por supuesto —contestó.

Sus brazos y su pecho me atrajeron como un poderoso imán. Me acerqué para despedirlo y nos miramos otra vez, con la respiración suspendida en el aire. Acercamos nuestras bocas al mismo tiempo y nuestros labios se entrelazaron. Nuestras lenguas estaban sedientas por conocerse. Apoyamos las palmas de las manos en nuestras nucas y cachetes, nos acariciamos y nos besamos. Por varios minutos.

La química fue de lo más increíble que había sentido. Nuestras bocas hicieron el *match* perfecto. No es fácil encontrar a alguien que bese como a uno le gusta, y eso nos estaba pasando.

Siempre pensé que no existe el que besa mal, si no que existen personas que besan como a nosotros nos gusta, o no.

Los besos fueron interrumpidos varias veces por nuestras miradas y respiración. Miré hacia mi casa pensando que debería ir a dormir y vernos otro día. En un punto, no quería que la cita terminara en tener sexo.

—Creéme que me quiero quedar.

—Eres tú el que se tiene que levantar temprano, no yo.

—Es verdad.

Seguimos besándonos. Con mi mano levanté su remera acariciando su espalda y el abdomen. Él hizo lo mismo. Su piel estaba caliente y era perfectamente suave. El impulso me llevó a rozar mi mano con su entrepierna. Una carcajada pícara salió de nuestras bocas al unísono.

—Ahora sí. Me tengo que ir. ¿La seguimos la próxima?

—*Of course* —dijo en un acento francés que me excitó.

CAPÍTULO XVII

el sueño de Elías

Los *sunsets* no eran lo único atractivo de Broome. Existía un fenómeno que sucedía una vez por mes durante tres días, y tenía a la luna como protagonista.

En el otro lado del pueblo, más cerca de donde vivía, también había una playa. Pero esta no era tan linda como la otra y el color era algo más opaco, ya que se encontraba dentro de una bahía. Además, al ser más tranquilo y no haber tantas olas había más chances de que hubiera cocodrilos.

Poco después de que el sol se hubiera escondido en el oeste, la luna saldría desde el este en la oscuridad. El suceso se llamaba "*staircase to the moon*". Aparecía desde el horizonte para iluminarlo todo.

Rafa, Roberta y Elliot me pasaron a buscar por mi casa y fuimos pedaleando al encuentro con el gran suceso. Llegamos a la playa del pueblo donde se vería el *staircase* luego del *sunset*. Aseguramos las bicis y buscamos un lugar donde quedarnos. El público era de lo más diverso, de todas las edades. Turistas y locales, todos en busca de la mejor vista de la luna. La gente con sus mantas en el pasto, otras con sus sillas, tomando y comiendo algo.

Nosotros queríamos estar algo alejados del tumulto de gente. En la playa había una larga escollera de piedras que se hundía en el mar. Decidimos ir allí, a la punta, donde estábamos casi solos.

Nos sentamos en las piedras y obviamente no faltaba el mate.

—Con Rafa queremos contarles algo —dijo Roberta.

Fulminé a Rafa y Elliot con los ojos.

—¿Es cosa triste? —preguntó Elliot.

—No —respondió Rafa entre risas.

—En dos semanas nos vamos de Broome.

—¡No! No me dejen solo.

Rafa y Roberta se acercaron para abrazarme.

—Ya estoy por terminar la extensión de la visa y quiero ir a España a visitar a mi familia.

—¿Y vos Roberta? —le pregunté.

—A mí la extensión no me importa. La verdad es que mucho no me gustó Broome. Necesito probar otra cosa.

—Los vamos a extrañar mucho —dijo Elliot en tono tierno.

—Nosotros también bellos niños.

—¿Y sabes dónde te vas después Roberta?

—Por ahora vamos a hacer un *roadtrip* con Rafa hasta Perth. De ahí él se vuelve a España y yo creo que iré a Sídney un tiempo.

—Es duro, pero algún día iba a pasar. Son dos grandes amigos. Gracias por todo.

Nos volvimos a abrazar. Una incipiente pero fuerte luz apenas se asomó en el horizonte.

El silencio era el único sonido presente. La marea estaba muy baja y lejos de la orilla. La luna mostró uno de sus extremos. Su piel era roja e intensa. De a poco iba asomando el resto de su cuerpo. Su luz se reflejaba en la arena mojada, haciendo que con el movimiento del mar, algunas partes quedaran iluminadas.

Allí estábamos. Grandes amigos que nos habíamos conocido hacía unos meses que parecieron años. El agua estaba pintada por una hermosa escalera de luz lunar.

—Increíble. Es hermoso —dijo Elliot.

—No estás solo Elías. Lo tenés a Elliot y al francesito —dijo Roberta.

—Remi es muy dulce. Mañana lo veo otra vez, vamos a tener nuestra segunda cita.

—¿Tuvieron sexo ya? —preguntó Rafa.

—Es *private* eso —contestó Elliot.

No pudimos evitar reír al unísono.

—No, aún no. Veremos mañana. Estoy tranquilo igual. Me parece un chico muy lindo y creo que podemos tener buena química.

—¡Miren! La luna salió por completo —nos alertó Elliot.

—¿Se acuerdan de lo que les dije hace como dos meses? ¿Sobre dónde vivir?

—No —dijo Rafa.

—Sí —dijo Roberta.

—Siempre pensé que sería buenísimo vivir juntos. A mí, después de Broome me gustaría vivir un tiempo en Melbourne. ¿Y si nos vemos todos en Melbourne?

Luego de unos segundos de silencio, parecía que lo estaban considerando.

—Alquilamos una casa para los cuatro y la pasamos bomba.

—Bueno, puede ser. Aún falta y no puedo decir "sí" ahora —dijo Rafa.

—¿Sería algo así como…? ¿El sueño de Elías? —agregó Roberta.

—Sí. Exacto. ¿Me podrían cumplir el sueño?

—Es una buena idea. Veremos.

—Yo estoy *IN* —aseguró Elliot.

—¿Y vos cuándo te vas a ir de Broome Elías? —preguntó Rafa.

—Aún me falta para terminar la extensión y quiero ahorrar un poco más. Tal vez en dos meses. Y también me gustaría hacer el *roadtrip* al sur.

—Seguro vas a conseguir con quien hacerlo.

—Seguramente. —Suspiré—. ¿Por qué todo se termina? Nadie me dijo que viajar sería así. Una aventura constante de bienvenidas y despedidas. Las cosas cambiarán y nada será igual.

—Todo es un engaño —agregó Elliot.

—Porque si alguno de nosotros volviera a Broome en dos años, todo sería diferente. Los lugares seguirán estando, sí. Pero seguramente las personas serían otras y nada sería igual. Estaríamos comparando todo, todo el tiempo.

—A los lugares los hacen las personas —manifestó Rafa.

—Sí. Personas maravillosas —les dije casi llorando.

A lo lejos escuché voces conocidas que se acercaban a nosotros. Eran Rubi y Violeta. Las llamé desde la oscuridad para que se sentaran junto a nosotros.

—¿Quién es ese señor de la oscuridad Viole? Vamos a ver quién es —dijo Rubi.

—No está tan oscuro. La luna me ayuda a ver sus caras de tontas.

—¡Qué atrevido Elías!

Se quedaron junto a nosotros, tomando mate y mirando a la luna en todo su esplendor.

Broome era intenso. Muchas cosas pasaban todas las semanas. Nuevos planes, nuevas fiestas, otros *sunsets*. Viajeros nuevos que llegaban y otros que se iban. El círculo de amistades que uno armaba, pendía todo el tiempo de un hilo, aunque el hilo fuera muy fuerte. Broome nos hacía sentir lo efímero y fuerte a la vez que eran los lazos. Vivíamos en una especie de limbo donde todos éramos felices y el tiempo parecía no seguir su curso. Para sobrevivir, estábamos obligados a confiar en extraños.

.

Faltaba poco para que Remi me pasara a buscar. Había terminado de bañarme y solo me faltaba cambiarme. Mi celular vibró y él ya estaba afuera. Con mi mejor perfume, me acerqué a la *van*.

—¡Hola Elías! ¿Cómo estuvo tu día?

Nos saludamos con un beso, un beso prolongado. Sentí hormigas caminando por mi abdomen.

—Hola Remi. ¡Muy bien! Fue divertido. Tuvimos varias habitaciones para limpiar pero me tocó trabajar con Rubi, por eso fue súper divertido. ¿El tuyo?

—Me alegro. El mío muy bien. ¡Conseguí trabajo!

Recordé lo sexy que era escuchar a Remi hablar inglés con su acento francés. Sexy, hasta gracioso y tierno a la vez.

—¿De verdad? ¡Felicitaciones! ¿Dónde?

—Voy a trabajar en el Coles, el supermercado del centro.

—¡Genial! Me pone muy contento por vos. ¿Me vas a traer helado?

—Veo qué puedo hacer —dijo Remi riendo.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a Gantheaume Point a ver las estrellas?

—Perfecto, sí.

Gantheaume Point no quedaba a más de diez minutos en auto. Era en la punta del pueblo, en una península. Tenía una playa donde se podía bajar con 4x4, y también había una parte llena de piedras donde se podía acceder caminando. En esas piedras, cuando la marea subía, unas piletas naturales se llenaban de agua.

No solo por eso el lugar era mágico. A metros de esas piedras había una huella gigante de dinosaurio de 130 millones de años de antigüedad. Además, ese lugar era sagrado para los aborígenes de la región. La cultura aborigen aún sigue viva en los lugares remotos de Australia, en especial en los pequeños pueblos alejados de la civilización.

Gantheaume Point —o Minyirr, como los nativos ancestrales lo llamaban— era un lugar sagrado y espiritual para su cultura. Los primeros en habitar esas tierras creían que cuando morían, volvían a Minyirr para renacer. Volvían para limpiarse y luego entrar en sus nuevas vidas, un lugar de sanación.

Mientras íbamos en camino hacia Gantheaume Point, me acerqué a Remi y posé mi mano en su muslo mientras él manejaba. Llegamos y decidimos que sería buena idea bajar a la playa donde se podía acceder con auto. Él tenía miedo ya que su *van* no era 4x4, pero igual nos arriesgamos ya que la arena estaba bastante plana y dura debido a la cantidad de autos que pasaban por allí todos los días.

Bajamos y las hermosas estrellas nos saludaron, aunque no estaban demasiado

brillantes debido a la luz de la luna. Remi era un chico de pocas palabras. Supe que debía tomar la iniciativa. Tomé su cintura con mis manos y acerqué mi boca a la suya. Comenzamos a besarnos lento y con pasión a la vez. Nuestros abdómenes se pegaron, y las manos recorrían nuestros brazos y espalda. El agua del mar comenzó a subir y no era buena idea quedarse atascado. O peor aún, el mar se podría tragar la *van*, como lo había hecho anteriormente con otros autos que quedaron sin la atención de sus dueños.

Decidimos salir de la playa y quedarnos en el estacionamiento. No estábamos solos. Había otros autos también pero cada uno estaba en lo suyo.

Remi apagó el motor y nos besamos otra vez. La tensión comenzó a subir. Él se acercó sentándose encima mío, quedando cara a cara. Nuestros pechos volvían a estar pegados, y no parábamos de acariciarnos y recorrer cada centímetro con las manos.

—*¿Vamos detrás?* —preguntó.

—*Sí* —respondí sin dejar de besarlo.

Bajamos de la *van* y abrió la puerta corrediza del lateral. Nos sentamos en la cama y cerró la puerta. Nos sacamos las zapatillas y prendió unas pequeñas luces tenues que colgaban del techo. Nos lanzamos a la cama sin dejar de besarnos.

Con Julien había tenido buen sexo muchas veces. Otras veces eran solo “normales”. Asumo que era normal que fuera así luego de tanto tiempo juntos. De todos modos, esa noche estaba sintiendo cosas que jamás había sentido.

Él estaba encima mío, y en un ángulo perfecto, no paraba de tocar su espalda, sus brazos y axilas. Nuestras manos hacían más que todo y nuestras bocas parecían haber encontrado lo que siempre habían buscado. Como si siempre supieran qué hacer, al mismo tiempo, al unísono.

Remi me sacó la remera con sus manos. Luego lo ayudé a sacarse la suya que se había atascado en su cabeza. Por fin nuestras pieles se conocían más. Su piel estaba caliente y no podía ser más suave. Cuando la temperatura creció y el aire no fue suficiente, él prendió un pequeño ventilador que tenía en uno de los laterales.

Drogados por el elixir de la excitación, disfrutamos cada momento. No había ninguna prisa en pasar a lo que venía. El tiempo no existía y los segundos no pasaban.

Nuestras entrepiernas se frotaban por encima de nuestros pantalones. Con sutileza, nuestras manos recorrían la cintura entre el jean y el bóxer. Hacíamos que cada momento fuera inmenso.

Remi intentó deshacerse de su jean, pero tuvimos que dejar de besarnos unos segundos para poder sacárselo, ya que quedó atrapado en sus tobillos. Nos volvimos a mirar, como si hubiéramos tenido un momento de volver a ser conscientes de lo que estaba sucediendo. Nos miramos, reímos y despegué mi espalda de la cama para volver a besarlo, sacándome el jean al mismo tiempo. Ambos nos quedamos solo en bóxer. Volvimos a franelearnos. Nuestras pieles se entrelazaban más que antes.

Nuestras entrepiernas se frotaban, volviendo la tela de la ropa interior casi inexistente. Mientras que con nuestras manos nos acariciábamos el cabello, también recorríamos nuestras frentes y pómulos. Con mis dedos, tomé ambos elásticos de los *boxers* y los tiré hacia abajo, lanzándolos al piso con los pies.

El ventilador esparcía una brisa que nos erizaba los vellos de las piernas y los brazos. Abrimos la fina sábana de la cama y nos zambullimos debajo. Con las manos juntamos nuestros miembros mientras que la agitación crecía. De nuevo, el tiempo no existía y cada momento era suspendido por el aire que circulaba en la *van*.

Remi se despegó por unos segundos y sacó un preservativo y lubricante de un cajón. Su pene era hermoso, como él.

Nunca miramos la hora. No sabíamos cuánto tiempo habíamos estado allí. Solo sabíamos que era fantástico.

Nos quedamos acariciándonos el cabello mientras me recostaba apoyando mi cabeza en su pecho. Tocando su tetilla suavemente con mis dedos, trataba de asimilar lo que había sucedido.

Estando a punto de quedarnos dormidos, Remi dijo que debíamos irnos ya que no podíamos quedarnos allí. La policía local no dejaba que nadie durmiera en las calles, y si nos veían haciéndolo, muy probablemente nos multarían.

Nos cambiamos y fuimos a la parte de adelante de la *van*. Una energía suave estaba presente entre nosotros. Remi encendió el motor y emprendimos la vuelta. Prendió la radio y mi cabeza volaba a lugares inexplicables mientras miraba el cielo y su rostro, haciendo risas pícaras y pequeñas. De fondo, *"Somebody That I Used to Know"* de Gotye sonaba. La canté en voz alta sin saber demasiado la letra. Remi miraba el camino y mi rostro. Aunque era un chico de pocas palabras, parecía que en ese momento no hacían falta.

Llegamos a mi casa, y dudé si debía invitarlo a dormir conmigo. No sé por qué, pero no lo hice. Tal vez creí que la noche había sido perfecta y podríamos dejar el hecho de dormir juntos para otro día. Además, al día siguiente tenía que levantarme temprano. Si dormía con él, quería pasar el mayor tiempo posible entre sus brazos, sin una alarma que nos lo impidiera.

Nos despedimos con un beso eterno.

—*Veámonos pronto* —dijo con una sonrisa.

—*Sí, mañana te escribo.*

Entré a casa, lavé mis dientes y me acosté en el silencio de mi habitación, con mis suaves sábanas abrazando mi cuerpo. Estaba a 15.000 km de mi país, solo. Tenía un trabajo que me gustaba, estaba ganando dinero, tenía amigos y me estaba viendo con un chico de otro país con el que tenía una química que jamás había tenido antes. No me faltaba nada.

Antes de dormir, le envié un mensaje:

La pasé increíble hoy, gracias

Yo también la pasé genial

Nos vemos pronto, descansá

Tú también, besos

.

Al día siguiente trabajamos bastante. Salimos alrededor de las tres de la tarde, algo que no sucedía muy a menudo. Había un evento de carreras de caballos en el pueblo, y muchos turistas llegaron a Broome.

No dormí siesta porque al día siguiente Rafa y Roberta se iban. Quería compartir el mayor tiempo posible con ellos. Tomé una ducha, y fui hacia el hostel.

Apenas entré a su habitación, allí los encontré, empacando sus pertenencias y armando la valija. Tenían habitación privada solo para ellos dos en el hostel, algo que solo le daban a los que

hacía bastante tiempo se hospedaban. Mientras escuchábamos música y tomábamos mate, Roberta doblaba su ropa y Rafa miraba a su alrededor pensando cómo hacer para llevarse todo lo que tenía.
—¿A qué hora salen mañana?
—A las 8 de la mañana tenemos que ir a buscar la furgoneta —dijo Rafa.
—¿Y sale muy caro eso?
—Yo no sé nada, todo lo arregló Rafa.
—No. De hecho es casi gratis. Se llama *relocation*. Son empresas que alquilan autos, y quieren que volvamos a llevar el auto a la ciudad para volverlo a alquilar. Es *win win*.
—Qué bueno está eso. ¿Y les dan un máximo de días?
—Sí, tenemos diez días para llegar a Perth.
—Queremos ir al Parque Nacional Karijini, que nos dijeron que es una locura.
—Qué lindo chicos, la van a pasar bárbaro. Vamos a ver si la próxima vez que nos vemos es en nuestra casita en Melbourne.
—Si es que no te vas a vivir con tu novio francés.
—No es mi novio —contesté con una sonrisa—, al menos por ahora.
—¿Pero te gustaría que lo fuera? —preguntó Roberta.
—Tal vez sí. La verdad es que la paso muy bien con él.
—Garchando la pasás bien.
—¡Callate Rafa! Aunque sí, la pasamos bien. Pero es un chico muy dulce. El otro día que no me sentía bien, vino a casa y me trajo chocolates. Nadie hizo eso por mí antes.
—¡Qué tiernos! ¿Y ya hablaron algo de lo que van a hacer?
—No, aún no. Él no habla mucho. No sé si es por el idioma o porque es más chico, no lo sé. A mí me encantaría que viajemos juntos, en su *van*.
—Vos solo lo querés por su *van* —dijo Rafa.
—Y por su pene —remató Roberta.
—Cállense los dos. ¿Vamos a ir a la fiesta hoy?
—Sí, por supuesto —dijo Rafa exaltado.
—Aunque no podemos volver tarde porque mañana arrancamos temprano. ¿Va Remi esta noche? Porque al final casi no lo conocemos. Solo lo vimos ese día en la playa por cinco minutos.
—Sí, sí. Lo van a ver hoy.

Rafa se dio cuenta de que tenía mucha ropa y me regaló una de sus remeras. “Para que me recuerdes” me dijo. Ambos se fueron a bañar. Luego fuimos a cenar algo a un restaurante cerca, a modo de despedida. Elliot también se unió. Revivimos algunas anécdotas graciosas que compartimos en esos hermosos meses en Broome. Como cuando nos drogamos con LSD en la playa y nos dolía el estómago de tanto reírnos. Cuando a Roberta le picó una aguaviva maldita que flotaba en el agua muy cerca de su pierna o cuando se chapó a Elliot una noche que fuimos de fiesta y no se acordaban de nada. Cuando a Rafa se lo quiso levantar un viejo millonario australiano cuando estaba trabajando. Llegó el momento de brindar con la última copa de vino que nos quedaba.
—Gracias por ser mis amigos —les dije.

Nos dimos un lindo abrazo todos juntos. Luego, apenas algo borrachos nos fuimos a la playa. La fiesta esa vez no era latina. Era más dark. La música electrónica europea era lo que predominaba. Aunque ellos también prendieron un fuego para tener algo de luz.

Cuando estábamos en ronda con el reflejo de las llamas iluminando nuestros rostros, Remi me vio y vino hacia mí. Me dio un abrazo y pude notar que estaba drogado.

—*¿Qué tomaste?* —pregunté riendo.

—*Éxtasis. Es la primera vez que tomo, por eso.*

—*Estás lindo igual. ¿Te acordás de los chicos?*

Remi los saludó uno a uno. Aunque estaba algo nervioso. Noté que en ese momento, no teníamos mucho para hablar y la energía no fluía. Supuse que era porque, en realidad, ellos no se conocían mucho. Luego, Remi volvió con sus amigos y me quedé solo con Rafa y Roberta. Elliot había desaparecido, seguro estaba persiguiendo a alguna chica.

Ya eran casi las once de la noche y había llegado el momento de tener que despedirse. Nos dimos incontables abrazos y deseamos vernos pronto. Rafa y Roberta comenzaron a alejarse, caminando y mirando hacia atrás.

—No se olviden de Melbourne, ¡el sueño de Elías!

—¡Chau "sueño"! —respondieron al unísono.

En verdad estaba triste. Una parte de Broome y de mi experiencia se iba con ellos. Busqué apoyo en Elliot pero no lo encontré por ningún lado. Por suerte me reencontré con Remi, que estaba algo mejor.

—*Hay una fiesta en la casa de un amigo. ¿Quieres venir?*

—*Bueno, dale. ¿Dónde es? Porque estoy en bici.*

—*¿En bici? ¿Quién viene a una bush party en bici?* —preguntó casi enojado.

—*¡Yo! No tengo auto. Mi bici es mi vehículo a todos lados.*

—*Bueno, voy contigo.*

—*¿Cómo?*

—*Sí, vamos. Vamos caminando juntos y llevamos la bici.*

—*No hace falta Remi. Llegas más rápido si te llevan tus amigos.*

—*Pero quiero que vayamos juntos. No quiero dejarte solo.*

—*Bueno.* —Le di un beso.

Caminamos por la rambla y salimos de la playa. El clima de la noche era especial. Una niebla se apoderó del aire. Era mágico ver las siluetas de lo desconocido suspendidas en el aire.

A unas pocas cuadras, nos dimos cuenta de que tardaríamos mucho si seguíamos caminando. Decidimos subirnos ambos a la bici. Uno iría sentado. El otro parado y pedaleando. Fue divertido. El movimiento hacía que nuestros cuerpos se rozaran y cierta excitación crecía.

Luego, al llegar a una de las rotondas, Remi frenó para volver a cambiar de posición.

—*¿Sabes qué? ¿Por qué mejor no vamos a tu casa y dormimos juntos?*

—*¿Pero no querías ir a la fiesta?*

—*Prefiero dormir contigo.*

Fue una buena decisión. Estábamos cansados y prefería que durmiéramos juntos antes que seguir la noche en una casa llena de jóvenes borrachos o drogados. Entramos a casa despacio y sin hacer ruido. En mi habitación, nos besamos y nos desnudamos poco a poco. Tratando de no ser ruidosos para no despertar a Yun.

Con mi rostro descansando en su hombro, posando mi mano sobre su pecho y mientras mi pierna descansaba en su muslo, Remi se dio vuelta.

—*Tengo que contarte algo. Estuve hablando con mis amigos y es probable que nos vayamos de Broome en tres semanas, hacia el norte.*

—*Qué fuerte. Me pone triste la verdad. ¿Y luego qué haremos?*

—No lo sé. Veremos cómo se da todo. Luego del viaje tengo que volver a Francia. Es el cumpleaños de mi hermano y quiero estar con él.
—Entiendo —le dije mientras besaba su cuello con tristeza.
—Antes que deje Australia, vemos dónde estamos y nos vemos. Luego si vas a Europa también nos podemos ver allí.
—Sí. Bueno, tratemos de disfrutar al máximo estas semanas que nos quedan.
—Sí. —Me besó tres veces y nos dormimos, aún más pegados que antes.

CAPÍTULO XVIII

el comienzo del final

De a poco, Broome comenzaba a cambiar. No porque cambiara el lugar o el clima. Todo eso seguía estando allí. Pero Roberta y Rafa ya no estaban y para colmo la temporada iba llegando a su fin. Eso hacía que muchos viajeros comenzaran a irse antes de que llegara el calor extremo del verano húmedo.

Hacía casi un mes que estaba "saliendo" con Remi. Un mes de intensidad en Broome sería algo así como seis en un ambiente normal. Nos veíamos bastante seguido, diría que unas tres o cuatro veces por semana. Esa noche fuimos al cine, pero no a cualquier cine.

El de Broome era al aire libre y uno de los más antiguos de su tipo en el mundo. Remi estaba muy contento porque iríamos a ver *Toy Story 4*. Aunque no quedaba muy lejos me pasó a buscar por casa con su *van* y fuimos al cine.

Sabíamos por algunos amigos que ya habían ido, que recomendaban llevar mantas para poner en el pasto y para taparse. Estacionamos cerca y tomó la manta que tenía en su cama para taparse. Por mi parte, llevé mi manta para ponerla en el césped junto con dos almohadas. No podían faltar unos muffins de manzana que compré porque a Remi le encantaban. Allí estábamos, haciendo la fila como dos niños con mantas y almohadas en las manos.

El cine era muy antiguo. Sus paredes eran de chapa y las butacas de madera también eran antiguas. Construido en 1916, en verdad te daba la sensación de estar viajando en el tiempo. Solo la película era moderna en ese lugar.

Luego de las butacas, había un amplio césped donde ya algunos niños se estaban instalando. Pusimos mi manta y las almohadas sobre el pasto y nos acostamos cubriéndonos con la de Remi.

Nuestras manos se acariciaban mutuamente, y a veces nos besábamos sin importar que alguien nos viera. Eso me ponía muy feliz por él. En Broome estaba viviendo su homosexualidad con libertad por primera vez.

Alrededor de familias y niños, estábamos nosotros viendo la película. Otra vez, parecía que el tiempo estaba detenido. Quería congelar ese momento para siempre. Cuando recordaba que él se iría pronto, acariciaba su frente y pómulo con mis dedos.

Antes de que la película terminara, la noche dominaba la escena y las estrellas eran parte de la pantalla. Leímos el "THE END" y las luces se encendieron. Niños y padres comenzaron a desarmar todo. No nos levantamos sin antes estirar nuestros cuerpos.

Fuimos hacia su *van* a dejar las cosas con una sonrisa de oreja a oreja. Ambos ya sentados, nos besamos y decidimos ir al estacionamiento de la playa, donde habitualmente no había mucha gente y se veía el *staircase* de la luna.

Allí, fuimos a la parte de atrás. Acostados, seguimos besándonos con pasión y nos desvestimos poco a poco. Casi completamente desnudos, vimos que un auto de policía que patrullaba la zona, venía hacia nosotros. Nos vestimos sin pensar, por las dudas que se nos

acercara y nos golpeara la ventana. Pero el auto siguió y nosotros continuamos con lo nuestro, no sin antes reírnos con complicidad de lo sucedido.

Remi debía levantarse muy temprano a trabajar al día siguiente, por eso no se quedó a dormir conmigo.

Como tantas veces, esa hermosa escena en la que él me dejaba frente a mi casa y nos besábamos hasta que me bajaba de la *van*, se repitió.

—*Nos vemos pronto.*

—*Descansa.* —Sonreí.

Antes de entrar, le di la última mirada y lo saludé a lo lejos. Esa noche no dormí del todo bien. Mi cabeza creaba miles de conjeturas de todo lo que sucedería pronto y todo lo que estaba por terminar.

Cuando llegué al trabajo, miré el *board* y recibí la primera buena noticia del día, me tocaba trabajar junto con Rubi.

—¿Qué te pasa que tenés esa cara? —dijo Rubi mientras ponía en el *trolley* las toallas que faltaban.

—No dormí bien anoche. Estuve pensando mucho.

—¿En qué?

—En lo que vendrá. Hay cierto aspecto de la incertidumbre que no me gusta. No sé qué va a pasar con Remi, no sé cuál va a ser mi próximo paso, ni dónde quiero vivir en los próximos tres meses.

—Entiendo. Hay cosas que no podés controlar tampoco. No dependen de vos. ¿Traes las sábanas?

—¿Había que cambiarle las sábanas a esta?

—Sí, es un *linen change*.

—Me gustaría hacer un *roadtrip* al sur también, como todos. Pero no tengo auto ni sé manejar.

—Ayer justo estuve hablando con Violeta de eso. ¿Te gustaría hacerlo con nosotras?

—¿El *roadtrip*? ¿De verdad?

—No Elías, mentira. Traé las toallas.

—¡Sí! Me encantaría. Gracias. —Corrí a darle un abrazo.

—Creo que en un mes nos iríamos. Viole tiene que arreglar su auto y estamos listas. De paso, trabajamos y ahorramos un poco más.

—Me encanta. No puedo creer que Broome vaya a llegar a su fin.

—Increíble, ¿no? Pasó mucho en tan poco tiempo. ¿Y dónde querés ir después?

—Creo que me gustaría ir a Melbourne. Tengo un amigo viviendo ahí y es una linda ciudad para estar un tiempo. Capaz se suman Rafa y Roberta. ¿Vos?

—¡Qué lindo! Creo que voy a ir a Argentina a visitar a mi familia, unos dos meses tal vez. Luego vuelvo pero no sé dónde. ¿Vos no volverías?

—¿A Argentina? La verdad, por ahora no. Los extraño pero tampoco un montón. La comunicación se hace difícil a veces. Intentás estar en el día a día de tus amigos pero no es fácil. De a poco las relaciones cambian.

—Coincido. Igual, muchas veces la frecuencia no hace a la amistad.

—Es verdad. Pero estos meses he aprendido que soy el único responsable de mi camino y no tengo que vivir para los demás.

—¡Qué maduro! Señor Elías, ¿me ayudaría a aspirar esta maldita habitación por favor?

—Sí, señora Rubinska.

Al escuchar el crujido de las ruedas del *trolley*, vimos a Violeta llegar con más sábanas.

—¡Viole! No puedo creer que vayamos a viajar juntos. Estoy muy contento.

—¿Ya le contaste? No podés aguantarte Rubinska. Bienvenido a la tripulación Elías.

—Gracias Capitana Violeta.

—Un día de estos nos juntamos y planeamos los lugares a los que vamos a ir.

—Genial. Aquí, Oficial Rubinska a sus órdenes.

—Estamos todos muy locos. Al menos nos parecemos en eso —dije poniendo mis manos en los hombros de ambas.

.

Hacía mucho que no sentía tanto dolor en mis mejillas. Eran alrededor de las cuatro de la tarde. Fui hacia una de las bajadas a la playa donde casi nadie iba. Quería estar solo.

Aseguré la bici a un árbol y caminé. Aún no podía ver el mar. Las colinas eran altas y no me dejaban verlo. Tenía mi mochila, el mate, el speaker y una manta para la arena.

El sol aún estaba fuerte, pero no me afectaba. Necesitaba expresar de alguna manera todo lo que sentía por él. Mis ojos no dejaban de mirar el océano. Entre el cardumen de barcos, allí estaba él, disfrutando de un día en bote a pocos días de irse. Mientras mi mar eran las lágrimas, él estaba feliz y riendo con sus amigos.

Sin nadie alrededor más que el dolor en el pecho, tomé de mi mochila una hoja y una lapicera. Puse en loop nuestra canción y comencé a escribir algunas palabras. Alternaba la vista entre los barcos del horizonte casi buscándolo, y la hoja con poca tinta vertida.

"...Escribo esto mientras estoy en la playa, con el sol de fondo. Llorando, tomando mate y escuchando nuestra canción una y otra vez. Estoy bien, no te preocupes. Te voy a extrañar mucho Remi. Eres una persona increíble, increíble. Eres tierno, compañero, bueno, inteligente y muchísimas cosas más que no llegué a conocer. Te diría que nunca cambies, pero sé que si lo haces, siempre serás mejor persona.

No sé por qué, tal vez aun no lo descubrí, pero es muy lindo lo que siento por vos. Te diría que nunca he sentido algo así por alguien, y en tan poco tiempo.

Me has hecho sentir cosas muy lindas y me gustaría de alguna manera seguir conociendo a Remi. Es hermoso cuando alguien se preocupa por vos, y tú lo hiciste.

Broome no es casualidad, ni haberte conocido en este hermoso lugar, tan intenso y lleno de energía. Tal vez tú eres un poco Broome.

Me cuesta mucho decirte adiós y despedirme, pero sé que nos vamos a encontrar en alguna parte del mundo. Gracias por tanto.

Creo que también has crecido y aprendido mucho acá, y te ayudará en tu camino a Francia, para poder decir quién realmente eres a tu familia y amigos. Estaré ahí si necesitas algo, para lo que sea. Créeme que cambiará tu vida.

Sé libre, siempre.

Te amo, Elías..."

Respiré incontables veces. El dolor en el pecho era inmenso. ¿Por qué? ¿Por qué debía

terminar todo? Quería seguir viviendo en el limbo que todos vivimos en esos maravillosos meses. Pero supongo que la vida no era una película. Si tuviera una máquina del tiempo, Broome sería el primer lugar al que iría.

Cuando ya no tenía más lágrimas dentro mío, vi el sol zambullirse en el horizonte. Los colores eran maravillosos y me daban energía para levantarme y volver a casa.

Remi se iría de Broome. Nos quedaban solo dos días juntos. La anteúltima noche volvimos a Gantheaume Point, en su *van*. Quería que ese sol nunca se fuera, que nunca tocara el horizonte. Rafa, antes de irse me dejó lo último que le quedaba de los hongos. Le pregunté a Remi si quería compartirlo. Antes habíamos pasado por la *liquor* a comprar unas cervezas.

—*Rafa me dijo que son fuertes, así que no comas mucho. Más aún si nunca probaste antes.*

En la playa, nos subimos a una colina para recolectar un par de ramas y hojas secas. Juntamos todo en un hermoso fogón y pusimos alrededor las sillas de camping que él tenía.

De a poco, comenzaba a tener leves alucinaciones, pero no como aquella vez. Remi estaba muy tranquilo, aún no sentía nada.

La música de fondo, el fuego y nosotros con una cerveza en la mano al lado de su *van*. Aunque me pasó lo mismo que otras veces. No sé si era por los hongos, pero sentía que no estábamos hablando mucho, o que no fluía. Pensé que tal vez era porque estábamos raros ya que en dos días debíamos separarnos.

Odio los silencios, o al menos los silencios incómodos. Me pregunté muchas cosas. ¿Era Remi alguien con quien podría construir algo más que un amor de verano? ¿Era normal que la charla no fluyera tanto cuando nuestros encuentros sexuales estaban sumergidos por una completa conexión? Tal vez no quería saber la respuesta. Tal vez no estaba preparado para recibir las señales.

La marea subía con velocidad y la luna iluminaba absolutamente todo. Nos movimos al estacionamiento de arriba para no quedarnos atrapados y que el mar no nos tragara luego.

Nos tiramos en la parte de atrás de su *van*. Mis ojos veían más estando cerrados. Me sumergí en su cuerpo y en sus besos. Reía mientras lo besaba.

—*¿Qué te pasa?* —me preguntó.

—*Estoy feliz* —le dije.

Nos dormimos a la luz de la luna. No nos importó que la policía pudiera venir y multarnos por dormir allí. Nos despertamos por el calor que hacía dentro de la *van*. Cada vez faltaba menos.

Cuando él manejaba, le acariciaba su nuca y su cabello.

—*Jamás la pasé tan bien con alguien* —le expresé mirándolo a los ojos. Él también me miró y sonrió.

—*¿Te dejo en tu casa? Tengo que hacer muchas cosas antes de salir mañana.*

—*Sí.*

—*A la noche hacemos la despedida en la casa de unos amigos. Te paso a buscar.*

—*Bueno.*

Lo despedí. La caminata hacia la puerta de mi casa fue la más dura. Sabía que era casi la última. No hice más que descansar, preparando mi cuerpo para lo que estaba por venir.

A la tarde, la ansiedad por verlo crecía. Pasó por mí a eso de las siete de la tarde y fuimos adonde era la despedida. Aunque apenas llegó, me llamó la atención que no viniera en su *van*, si no en auto rojo.

—*¿Y este auto?*

—Me lo prestaron para venirte a buscar. La van la dejé en casa de Liam. Mañana salimos de ahí. Queda a unas cuadras de la tuya de hecho.
—¿Y ahora a dónde vamos?
—A la casa de un amigo del trabajo de Liam, ahí hacemos la despedida.

En el camino, hablamos de todas las cosas que aún debía preparar para su viaje. Al día siguiente saldrían al mediodía hacia el norte, con su amigo Liam, el inglés, y su amigo italiano Mattia. Los tres en la *van* de Remi.

Cuando llegamos, había muchos conocidos de él que yo no había visto antes. Tomé energías de no sé dónde para ocultar mi tristeza y tratar de ser simpático con personas que no conocía. La mayoría eran amigos de Liam.

Era una linda casa. Bastante antigua, pero aún conservaba el estilo playero de las casas de Broome. Había alcohol por todos lados y tomamos bastante. Buena música sonaba en el patio. Todos estaban en un buen *mood*.

En un momento, Mattia se acercó a mí. Pude notar que estaba algo ebrio.
—Te vamos a extrañar Elías.
—Yo también, mucho —dije con la voz algo quebrada.
—¿Sabes qué? Siempre hablamos con los chicos de que hemos visto muy feliz a Remi este último tiempo. Cuando se quedó sin trabajo, estaba muy triste y quería irse de Broome. Luego, apareciste e hiciste que quiera quedarse.
—Nunca me lo dijo.
—Lo hiciste muy feliz, estoy seguro. A todos nos cuesta despedirnos.
—Es muy duro.
—Lo sé. Pero también sé que nos vamos a volver a encontrar. Seguro en cinco años vamos a estar juntos en Europa y vamos a celebrar su boda. Te lo aseguro.
—Qué fuerte. Me encantaría. Pero ahora estoy triste.
—Todo va a estar bien, ya verás —dijo Mattia dándome un fuerte abrazo.

Luego se fue a buscar otra cerveza y Remi se acercó.
—¿Qué estaban hablando con Mattia?
—Me dijo que nos íbamos a ver en cinco años en nuestra boda.
—Es más tierno. —Me abrazó—. *¿Quieres que te traiga algo para tomar?*
—Una cerveza estaría bien.

Aunque estaba tomando bastante, no me sentía ebrio. Mi mente estaba pensando en otra cosa y no dejaba de imaginar cómo sería el después.

Medianoche se acercaba. Algunos tomaban sus cosas y se despedían de los chicos. Abrazos interminables. Mi cuerpo no daba más, estaba abatido. En un momento, luego de que Remi se despidiera de uno de sus amigos en la entrada de la casa, nos quedamos solos.
—Remi, ¿hasta qué hora te vas a quedar? Estoy muy cansado, pero me gustaría dormir juntos la última noche.
—A mí también. Yo creo que me voy a quedar un rato más acá. Es mi última noche con ellos también.
—¿Y si te espero en tu van, y nos vemos después?
—¡Sí! Hagamos eso. La llave está en uno de los muebles al lado de la entrada. Cuando termine, voy para ahí.

En ese momento, una de las chicas que vivía en la casa de Liam, salió al palier.
—Rebecca, Elías va a ir a casa a dormir en la van. ¿Quieren volverse juntos?

—*Sí, por supuesto. Te saludo pero igual nos vemos mañana antes de que se vayan.*

Le di otro abrazo a Remi, tratando de no desarmarme.

—*Vení, por favor. Te espero a la hora que sea.*

—*Sí, voy a ir. De verdad.*

Nos besamos y me fui. Volvimos caminando con Rebecca. No era lejos, tal vez unos veinte minutos de caminata. A ella la había visto solo un par de veces y no habíamos hablado demasiado. Esas cuadras hasta llegar se hicieron largas. No tenía ganas de hablar con nadie pero tampoco quería ser descortés. Traté de mantener una conversación normal, pero estoy seguro de que ella notó que estaba triste.

Apenas llegamos, entré a la casa y tomé las llaves. Fui a la *van*, me desvestí y lancé mi cuerpo hacia la cama. Extrañaba su calor, su aroma. Me hacía falta. La *van* no era lo mismo sin él. Abrazaba la almohada como si estuviera allí. Me costó mucho tratar de dormirme. No podía. Soñé que él abría la puerta y venía a acostarse conmigo, pero eso no sucedió. Lo llamé varias veces y lo inundé de mensajes, pero no respondió.

Miraba por la ventana y de a poco la luz del sol se asomaba. Aún estaba solo. Remi nunca había llegado. Pronto debía ir a trabajar y no podía estar más triste.

Me levanté y fui caminando hacia mi casa que estaba solo a un par de cuadras. Ya nada iba a ser como antes, Broome no iba a ser lo mismo. Todo se había destruido, y lo que alguna vez fue el paraíso, parecía convertirse en una pesadilla.

Cuando llegué al hotel, allí estaba Ingrid.

—Elías, ¿Estás bien?

Además de no haber dormido casi nada, estaba consumido por la angustia. Le conté todo lo sucedido, tratando de buscar apoyo en donde podía. Ingrid me abrazó. Luego llegó Rubi e hizo lo mismo. Fui el niño mimado.

Por suerte fue un día tranquilo. El *board* era corto y parecía que terminaríamos al mediodía. Trabajé con Rubi esa mañana, que hizo un inmenso esfuerzo por levantarme el ánimo y trató de que pensara en otra cosa. De todas maneras, no podía pensar en otra cosa. Solo quería salir de allí e ir a abrazarlo.

A eso de las diez de la mañana, Remi reapareció y me respondió los mensajes. Se disculpó por no haber llegado a dormir conmigo. La fiesta se había descontrolado un poco y se habían quedado tomando hasta muy tarde. Luego se durmió en el sillón de la casa.

A la una del mediodía terminamos el *board*, pero había otro equipo que no había terminado y debíamos ir a ayudar. Hablé con Ingrid y le pregunté si me dejaba ir. Ella no dudó y me dijo que fuera, no sin antes darme otro abrazo.

Pedaleé a casa. Me duché y salí al palier a fumar varios cigarros, mientras esperaba que él viniera a despedirse. Cuando escuché el motor de su *van*, abrí la reja que separaba la casa de la calle. Él bajó y nos abrazamos sin que el tiempo existiera.

—*Perdón por no haber llegado ayer.*

—*No pasa nada.*

Nos abrazamos y nos besamos, secando las lágrimas con nuestras manos el uno al otro.

—*Voy a ir a verte estés donde estés, en la ciudad que estés.*

—*Sí, nos vamos a ver antes de que vuelva a Francia.*

—*Por favor. Voy a tomar un vuelo donde sea para ir a verte. Te voy a extrañar mucho.*

—*Yo también, mucho* —dijo llorando.

Nunca lo había visto llorar. Supongo que uno conoce más a alguien en esa situación.

Llorar es algo muy íntimo. No siempre queremos que nos vean así. Tiene que haber confianza para abrirse y llorar frente al otro. La cara se deforma, los fluidos de la nariz se ablandan y la voz intenta salir en una garganta que se rehúsa a abrirse.

La noche anterior había escondido la carta que le escribí, debajo del colchón de la *van*. Unos días atrás, le había pedido a una amiga de Elliot que hablaba francés y español, que me ayudara a traducirla. No quería que la carta estuviera en inglés. Quería que estuviera en francés.

Nos dimos el último abrazo, en medio de lágrimas. Los hilos imaginarios volvieron a aparecer. Nos unían, a través de todo, atravesando lo que estuviera en el camino. Los hilos se estiraban pero no se rompían. Se subió a la *van*.

Me acerqué a la ventana y toqué su piel otra vez. Nos besamos otra vez. Nuestros rostros húmedos de lágrimas. Encendió el motor, nos miramos y comenzó a avanzar lentamente. Quería correr y volver a besarlo.

Nuestros ojos se miraron todo el tiempo. No sabía cuándo lo volvería a ver. Mi cuerpo, sostenido por mis débiles piernas. La *van* dobló en la esquina, y la perdí de vista.

CAPÍTULO XIX

nunca jamás

No eran todos iguales, ese era especial. Era el último. Éramos unas diez personas, con nuestros pies en la arena. La mayoría eran amigos de Rubi y Violeta, pero también estaban nuestros compañeros del Beanis.

El sol caería acostándose en el horizonte por unos segundos. Era el último *sunset*. No sabíamos si veríamos otro. Sucedería en todo el mundo, todas las tardes. Pero no como ese. No era el *sunset* quien se iba, éramos nosotros. Unos maravillosos meses llegaban a su fin. Los mejores de mi vida.

Le pedimos a Elliot que nos sacara una foto, con el agua acariciando nuestros tobillos.

—¡Dale Violeta! No hace frío, tocá el agua por favor —le gritó Rubi.

—¡Después te secás, dale! —agregué.

—¡Sonrían y digan "*Broome*"! —dijo Elliot con la cámara lista.

—¡Broooooome!

Las risas y la nostalgia se mezclaban en perfecta sintonía. Abracé a Rubi y a Viole volteándolas hacia el sol.

—¡Vos también Elliot, vení! —dije.

—No puedo creer que esto llegue a su fin.

—Yo tampoco Rubinska. Pero bueno, la vida sigue —agregó Violeta.

—Siento que ya nada será igual.

—¿Qué cosa Elías?

—No sé, la vida tal vez. Fueron los mejores meses de mi vida y no es fácil ver que se terminan. No me miren así, estoy melancólico.

—¿Hablaste con tu francesito? —preguntó Rubi.

—Sí. La distancia es difícil y a veces las conversaciones son algo cortadas. Porque no tiene señal, o porque no estamos juntos. No lo sé.

—¿Le diste la carta?

—Se la escondí debajo de su cama. Al día siguiente le dije dónde estaba.

—¿Y qué te dijo?

—Pensé que iba a estar más contento, la verdad. No se lo esperaba y fue un poco abrumador para él. Le dije que lo amaba.

—¡Elías! —exclamó Rubi.

—¿¡Qué!? Es lo que sentí cuando la escribí.

—¡Está bien! —agregó Viole—. Hay que dejar de ocultar los sentimientos. Si le pareció abrumador, es problema de él.

—Pero tal vez sí fue mucho. Después de eso lo noté un poco más seco y cortante. Veremos qué pasa.

—Será lo que tenga que ser —dijo Rubi.

Luego, Ingrid se acercó a nosotros.

—No puedo creer que se vayan y me dejen sola, pero los quiero. Les traje una botella de champagne para que compartamos.

—¡Ingrid! Sos lo más —le dije dándole un abrazo.

—¡Champaña fresquísima! —dijo Elliot como un niño que tiene una torta de chocolate frente a sus ojos.

Rubi abrió la botella y el corcho salió disparado hacia el agua. Gritamos con euforia.

—¡Los animales! —dijo Viole lanzándose rápido a recuperar el corcho.

Las estrellas se despertaban poco a poco, domando el cielo. Algunos ya se habían ido y despedido. Al otro día, saldríamos temprano en el auto de Viole. Nos quedamos los tres con Elliot e Ingrid, mirando las estrellas por última vez.

—Estas semanas sin él fueron duras. Perdón Ingrid si no estuve muy enfocado, pero sentí que me arrancaban algo para siempre y que ya no iba a volver.

—No seas tonto Elías. Te queremos. No solo te contraté por el pañuelo verde, sino que me transmitiste confianza y eso no es poca cosa.

—Gracias. ¿Vos te vas a quedar acá mucho tiempo más? —le pregunté.

—No lo sé. Hace un año y medio que estoy en Broome. No solo es porque se va el mejor grupo que he tenido, también siento que llegó a su fin. En dos semanas seguro vaya a Sídney y me quiera instalar ahí un tiempo.

—Increíble. Año y medio acá. Una locura. Está perfecto si sentís eso. Te re veo en Sídney —agregó Rubi.

—¿Y vos Elliot? ¿Qué planes tenés? —le preguntó Viole.

—Me voy a quedar un mes más ahorrando y luego voy a volver a Inglaterra, a ver a mi familia. Hace tres años que no los veo.

—Wow, ¿tres años? —preguntó Ingrid.

—Sí, mucho tiempo. Estuve en New Zeland viviendo, y luego en Australia. Ahora siento que necesito un *break*.

—¿Nos volveremos a encontrar alguna vez? —pregunté, con la nostalgia atragantada en mi garganta.

—Seguro. Digamos donde, propongamos un lugar —dijo Viole.

—Budapest —dijo Rubi sin dudar.

—Listo. Budapest será —dijimos al unísono.

El cielo se había oscurecido por completo. La luna no estaba y las estrellas brillaban más que nunca.

—Bueno, es hora de que vuelva —dijo Ingrid.

—Sí, mañana todos nos levantamos temprano —agregó Viole.

Abracé fuerte a Ingrid. Le agradecí por haberme abierto las puertas del hotel y haberme cambiado la experiencia de Broome. Gracias a ella conocí un grupo increíble y diverso. No sé adónde hubiera ido si no conseguía trabajo.

Luego abracé a Elliot, el hermano pequeño que nunca tuve. Un amigo que no esperaba tener. Una amistad que creció aún más después de que intentara seducirlo. No sé si otro chico hubiera reaccionado como reaccionó él.

Los abrazos de despedida son extraños. No sabés si realmente será el último y no verás nunca más a esa persona. Pero cuando uno abraza y se despide, siempre piensa que los volverá a

ver. A veces la vida es muy dura para plantearse que tal vez sea la última vez que verás a alguien. Solo decimos “hasta la próxima”.

Elliot se fue caminando a su hostel. Ver que se iba por otro camino que el mío, era triste. Ingrid se puso el casco y encendió su moto. Allí estaba, con Rubi y Viole en el estacionamiento de la playa.

—Es hermoso tu auto Viole. Súper acogedor. La vamos a pasar bárbaro.

—Gracias Elías. Le puse “pulgón”, ese es su nombre.

—¿Es en honor a Messi? —preguntó Rubi.

—No Rubinska. Pero puede ser. Los llevo a su casa, suban.

Viole me dejó en mi casa, y antes de entrar miré hacia la fachada, apreciando el lugar donde había vivido los últimos meses. El mismo palier donde había fumado algún cigarro con Remi o donde guardaba la bici que usaba para ir a trabajar al mejor hotel del mundo.

Al entrar a mi habitación, observé con la mirada perdida la valija. Una gran etapa terminaba. Puse la alarma y me dormí.

Al levantarme, Yun estaba en la cocina, preparando un café para irse a trabajar.

—Gracias por todo Yun. —También le di un fuerte abrazo.

—De nada Elías, fuiste un gran *housemate*. Te veo cuando vuelvas a Broome.

—No sé si eso sucederá. Muchos recuerdos y nostalgia. Pero gracias.

Yun abrió la puerta de la casa y se fue. Me preparé el desayuno y estuve listo para cuando Viole me pasara a buscar.

Cuando llegó, tomé la valija y la puse en el baúl del auto. Rubi ya estaba allí, con el mate en la mano.

Entré de nuevo a la casa y recorrí los espacios con la mirada. Me despedí de todo, hasta de las almohadas. Cerré la puerta por última vez y, como Yun me había pedido, dejé la llave debajo de una pequeña estatua de un buda que estaba en la entrada.

Caminé por el palier y abrí la puerta del auto.

—Viole, ¿qué te parece si hacemos una recorrida rápida antes de irnos?

—¿Por dónde? —preguntó.

—¡Sí! Pasemos por el hotel, por la playa —dijo Rubi exaltante.

—Bueno, dale.

Pasamos por la puerta del hotel, por la playa donde se veía la luna, por el supermercado, por donde se hacía la feria del pueblo, por todas las calles que recorrimos esos meses. Por último, estacionamos en la playa y la vimos por última vez. El color del agua era impresionante. Iluminada por la incipiente luz del sol.

Volvimos al auto. Aunque ya sentía que había que irse, y que Broome me había dado todo lo que tenía, no era fácil decirle adiós.

El cartel que decía “*Thank you for visiting Broome*” apareció en nuestro camino. Y vaya qué visita.

Cada vez nos alejábamos más. No solo de Broome, de todo lo que vivimos allí y de todas las personas que conocimos. Los lugares los hacen las personas, no hay dudas de eso. Nuestros celulares se quedaron sin señal. Miramos hacia atrás y solo quedaban los arbustos secos y la tierra roja.

CAPÍTULO XX

los kilómetros

Luego de manejar casi diez horas el primer día, llegamos a nuestra primera parada. En realidad, solo habían manejado Violeta y Rubi, porque yo no sabía ni tenía licencia.

Paramos muy cerca de la entrada del Parque Nacional Karijini, a pasar la noche para al día siguiente visitar nuestro primer lugar. Encontramos un camping muy sencillo, que tenía baños, duchas y cocina. Rubi estaba instalando su carpa al lado de la mía, mientras que Violeta dormiría en su auto, inclinando los asientos de adelante.

La primera noche hicimos una pasta con verduras enlatadas, que nos quedaría también para el mediodía. La noche estaba fresca y Viole durmió con ropa para no tener frío. Además, estaba indispuesta y con muchos dolores. Irse de Broome le estaba haciendo cambiar su ciclo menstrual.

A la mañana siguiente estábamos listos para entrar al parque en el que pasaríamos unas tres noches. Viole iba detrás, con su cuerpo estirado lo más posible para descansar sus ovarios. Rubi manejaba y yo le cebaba mates. El auto estaba lleno de cosas y casi no quedaba espacio para nosotros.

El parque era uno de los más lindos de Australia, y uno de los lugares más impresionantes que vi en mi vida. Un espacio lleno de *trekkings*, cascadas y vegetación milenaria que parecía de otro planeta. Los campings dentro del parque eran administrados por el estado y no tenían ni luz ni agua corriente. Salvaje y agreste era nuestra aventura.

Al entrar al parque, fuimos a la administración a reservar nuestro lugar para las próximas noches. Allí, vimos a un grupo de chicos bastante guapos. Por el acento nos dimos cuenta de que eran franceses. Eran cuatro, que habían alquilado una camioneta y estaban viajando por el oeste. Rubi, fiel a su estilo, buscó la forma de hablar con uno de los que le había gustado. El chico le contó que irían al lugar que nosotros planeábamos visitar ese día, así que probablemente los encontraríamos allí.

Al salir de la administración, comenzamos con el primer lugar. Preparamos nuestras mochilas para el día de caminata. Todo era salvaje, la tierra roja te entraba hasta la parte más recóndita del cuerpo. Había miles de moscas por todos lados. Buscaban la humedad y no tenían miedo de apoyarse en tus orejas o nariz.

Comenzamos con la caminata más larga, que nos llevaría a una piscina natural entre rocas impresionantes. Tomando agua y parando cuando estábamos cansados, no podíamos evitar mirar alrededor y que nos pareciera increíble el lugar donde estábamos. Las rocas eran como uniones de grandes láminas de piedra y sus formas parecían hechas por alienígenas.

Después de estar un tiempo caminando, encontramos que el camino estaba interrumpido por una larga y angosta laguna, que deberíamos pasar nadando si queríamos llegar al otro lado. Se podía pasar por los costados, pero había que escalar algunas piedras y no estábamos listos para ello. Parecía peligroso. Además, pasar nadando hacía más entretenida la aventura.

El problema eran nuestras mochilas. Era un trayecto largo y arriesgado como para sostenerlas afuera del agua por tanto tiempo sin que se mojaran. En ese mismo momento, llegaron los chicos franceses. Estuvimos con ellos hablando unos minutos y dos de ellos, que pasarían el camino escalando, se ofrecieron a llevarnos las cosas que no podían mojarse.

Es increíble lo que un hombre heterosexual puede hacer para mostrar su hombría a las mujeres. Nos miramos con las chicas y aceptamos. Comenzamos a nadar con las zapatillas puestas, porque no solo había agua, sino que el camino estaba repleto de piedras de todos los tamaños.

El agua estaba helada y su color era verde oscuro, lo que hacía muy difícil ver el fondo. De todas maneras, la adrenalina se mezclaba con felicidad y más aún, cuando llegamos al otro lado.

Los chicos que pasaron escalando ya estaban allí, y los otros dos habían nadado con nosotros. Nos secamos y Rubi les agradeció por llevarnos las cosas. La incomodidad de tener las zapatillas mojadas disminuía cuando mirábamos alrededor y nos dábamos cuenta dónde estábamos.

Seguimos por el camino, entre enormes piedras secas donde miles de arañas tenían su hogar. Recuerdo que empecé a silbar una canción en francés que Remi me había enseñado. Enseguida, uno de los chicos la reconoció y preguntó cómo la conocía. Le conté muy superficialmente la historia con Remi.

—*Ten cuidado con los franceses. Sabemos mentir muy bien* —me dijo.

No indagué demasiado en ello. No quería recordar y ponerme triste cuando estaba disfrutando mucho el momento. Aunque estar rodeado de franceses guapos no ayudaba mucho.

El final del camino se acercaba. A lo último nos esperaba una hermosa piscina natural, rodeada de piedras de veinte metros que escondían el agua. Nos zambullimos. Estaba helada, y no podías quedarte allí dentro mucho tiempo sin tiritar. Además, el sol no llegaba de forma directa.

Mientras nos relajábamos en el borde de la piscina, vimos una enorme serpiente enroscada durmiendo plácidamente. Lo que en otros momentos podría ser peligroso, allí se transformó en una convivencia amena y respeto por la naturaleza.

Emprendimos la vuelta hacia la salida para luego dirigirnos al camping y armar todo para pasar nuestra primera noche en ese mágico lugar. Antes de separarnos, Rubi les dijo a los chicos que a la noche pasaran a saludarnos. Ellos también se estaban quedando en el camping pero aún no sabíamos si estaban muy lejos de nosotros.

El no tener señal de celular, me daba mucha ansiedad por no saber de Remi. Pero a la vez, me hacía enfocarme en el presente y disfrutar de ese hermoso viaje con las chicas.

Sin bañarnos, y así estaríamos las siguientes noches, preparamos algo para comer luego de armar las carpas. La noche estaba espléndida y al no haber luz artificial alrededor, las estrellas se veían como si estuviéramos en el espacio. Rubi abrió un vino y nos quedamos charlando antes de irnos a dormir.

—Jamás había visto las estrellas así. Literal, se ve todo, chicos —dijo Viole.

—Es increíble. ¿Qué es eso? ¿Lo ven? ¡Se está moviendo! —dije al ver algo extraño en el cielo.

—No es una estrella, se mueve raro —adhirió Rubi sorprendida.

—Me da piel de gallina. Ahí está, ¿lo ven? Un avión no es, porque no hace luces.

El ovni desapareció. El cielo nos había regalado algo que solo nosotros entenderíamos.

—Gracias chicas por compartir este momento conmigo. Me hacen bien.

—¡Sos tierno Elías! Yo también les agradezco —manifestó Rubi.
—Es muy loco que estemos juntos. Personas que se conocieron hace unos meses por trabajar en un hotel sucio, y ahora estamos compartiendo esta aventura. La locura de viajar —reflexionó Violeta.
—Aguante el Beanis. Altas anécdotas tenemos —dije.
—Mal —agregó Rubi—. Algo que no nos vamos a olvidar jamás.

Miré las estrellas una vez más y tomé otro sorbo de vino.

—Suponiendo que estuvieran en pareja en Argentina y su novio les dijera que quiere viajar solo unos meses, como lo hicimos nosotros, ¿aceptarían? —les pregunté.
—Qué pregunta difícil. Yo creo que no. No sé si podría tener una relación a distancia —dijo Viole.
—Yo no sé, tendría que ver la situación. Me preguntaría por qué no quiere viajar conmigo.
—Mira vos, te hacía más liberal Rubi —dijo Viole.
—No es ser liberal o no. Me encanta que el otro explore, pero no sé si podría sostener la distancia. ¿Vos Elías?
—Tal vez sí. No lo sé. Me gusta que el otro tenga la libertad de poder elegir sus aventuras. Sería duro separarse un tiempo, pero si es para que el otro viva lo que quiere y crezca, tal vez aceptaría.
—Es complicado. ¿Y qué es el amor para ustedes? —preguntó Viole.
—Para mí es ser empático con el otro, y ser compañero de la otra persona. Apoyarse el uno con el otro. Y tener buen sexo también. No nos hagamos los boludos, el sexo es importante —respondió Rubi.
—Para mí el amor es luchar por la felicidad del otro, aún si esa felicidad no te incluye.
—Qué profundo Elías. Sos muy sensible —dijo Rubi.
—¡No me digas eso! —dije riendo—. Eso me decía mi ex, cuando estábamos enojados por algo. No peleábamos mucho porque a mí no me gustaba. Después me decía que era muy sensible. Odiaba cuando me decía eso. Igual es verdad, soy muy sensible.
—Era un idiota tu ex.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, me voy a dormir —dijo Viole.
—Al final los chicos no vinieron —dijo Rubi algo frustrada.
—No pasa nada. Mañana seguro los volvemos a encontrar.
—Que tengan buenas noches.

Nos lavamos los dientes y entramos en las carpas. El sonido de lo salvaje era ideal para dormir. Solo se escuchaban grillos y la brisa acariciar las hojas de los arbustos.

Luego de dos noches más en Karijini, era hora de seguir avanzando. El parque quedaba bastante al centro del país, lejos de la costa y en el medio de la nada. Era momento de volver al mar y recorrer todas las playas hasta llegar a Perth, la ciudad más grande del estado de Western Australia, y nuestro destino final.

Ese día las chicas manejaron muchas horas. Habíamos salido muy temprano y Karijini nos había parecido un lugar alucinante. Al estar por llegar a Exmouth, teníamos que tomar la decisión de encontrar un camping en el pueblo, o más cerca del mar donde visitaríamos varias playas que estaban alrededor.

Exmouth era un pueblo playero, que a unos cuarenta minutos tenía hermosas playas para visitar. Quedaba en el extremo oeste del estado, casi como un brazo que se salía del mapa. Al

final, luego de estar muy cansados decidimos buscar un camping cerca de la playa; lo agreste de Karijini nos había cansado mucho, y queríamos un camping con ducha de agua caliente y una cocina normal donde pudiéramos comer algo más elaborado.

Por suerte, ya casi con el sol cayendo, conseguimos uno. Fuimos al espacio que nos habían asignado e instalamos nuestro campamento, para recorrer las playas cercanas el día siguiente. Cuando estábamos en el pueblo, Rubi era la única que tenía señal y le pedí que me compartiera internet por un momento. Había recibido un mensaje que no esperaba.

Pusimos las sillitas mirando hacia el horizonte, y disfrutamos del *sunset*, viendo a las nubes cambiar de color.

—¿Qué te pasa Elías? Estás raro.

—Me llegó un mensaje de Remi.

—¿Y? ¿Qué te dijo?

—Me dijo que ya llegó a Darwin. Se está quedando sin dinero pero va a intentar trabajar. El tema es que él en octubre vuelve a Francia. Me preguntó si quiero que nos veamos en Indonesia antes de que se vaya.

—¡Wow! ¡Qué lindo! ¿Estás contento?

—Sí, muy. Aunque no me lo esperaba. Me gusta que haya salido de él armar un plan para volver a vernos.

—Lo querés, ¿no? —preguntó Rubi.

—Sí, lo quiero seguir conociendo. Pero bueno, si se va a Francia y no vuelve, va a ser difícil. Quiero quedarme en Australia al menos dos años más, hasta que no tenga más visa.

—Paso a paso. Primero a reencontrarse. Luego verán qué sucede.

—Sí. Lo extraño mucho.

Las chicas me dieron un abrazo y luego fuimos a la cocina a preparar la cena.

Al día siguiente, nos levantamos y recorrimos algunas playas. Era una más linda que la otra. Especialmente, una que se llamaba Bahía Turquesa. Allí estuvimos todo el día, nadando y tomando mates en la arena, disfrutando de nuestras vacaciones.

—¿Y Elías, ya resolvieron la casa de Melbourne?

—¡Sí! Por suerte, Rafa solucionó todo. Justo un amigo de él estaba alquilando una casa y se va. Así que nos va a transferir el alquiler. El dueño es súper buena onda y accedió a que firmemos el contrato a distancia. Rafa está llegando de España mañana.

—Qué lindo que puedan vivir todos juntos —dijo Rubi.

—La única a la que falta convencer es a Roberta. Está en Sídney ahora. No sabe aún si mudarse. Nunca imaginó vivir en Melbourne.

—Seguro la van a poder convencer. Suena un plan tentador vivir los tres juntos.

—Sí.

—¿Y Elliot?

—Él sigue de joda y se va a quedar en Broome un tiempo más. Parece que muchas ganas de vivir en una ciudad no tiene.

—Es terrible ese chico.

—Es joven. Pero bueno, si todo sale bien, nos entregan la casa el mismo día que llego a Melbourne. Así que vamos a estar juntos en Perth por una o dos noches, y luego me tomaré el avión.

—Les salió todo redondo —agregó Viole.

—La verdad que sí. Tuvimos mucha suerte. Tener casa apenas llegamos es hermoso. Y por fotos

parece muy linda. Rafa ya la conoce porque había ido cuando su amigo vivía allí.
—¿Y de qué vas a trabajar en Melbourne? —preguntó Viole.
—Seguro voy a buscar algo en algún hotel. Volveré a la limpieza, mi profesión. —Nos reímos.
—¿E Indonesia? —preguntó Rubi.
—Tendré que ver como hago. No voy a buscar trabajo apenas llegue seguramente, si es que luego me voy a Bali. Tendré que buscar cuando vuelva.

Vimos el *sunset* en la playa, al lado del agua turquesa. El viaje estaba superando las expectativas, y conocer cada vez más lugares era algo que nos llenaba de energía.

Volvimos al camping a cenar, y al otro día seguimos recorriendo playas cercanas. Hasta hicimos *snorkelling* donde vimos peces grandes y hermosos. Luego de dos noches allí, era hora de continuar con el viaje y seguir bajando en el mapa.

Aunque estábamos disfrutando mucho, la vida en camping, moverse tanto y tener que armar y desarmar la carpa casi todos los días, era algo cansador. En un punto, me atraía mucho la idea de estar en mi casa en Melbourne en mi nuevo cuarto.

Estuvimos cinco días más viajando, recorriendo diferentes puntos de interés, pueblos playeros y paisajes increíbles. Cuando por fin estábamos por llegar a la gran ciudad, después de estar meses viviendo en un pueblo lejano y diminuto, nos dio cierta ansiedad.

Ingresamos a Perth por la autopista y los estímulos eran apabullantes. Tráfico, autos por todos lados y carteles enormes que te indicaban la llegada a la gran ciudad. Fuimos directo al hostel que habíamos reservado. Habitación para nosotros con baño privado. Esa noche salimos a cenar y a tomar algo a un bar.
—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Rubi como sintiendo que el final de nuestro hermoso viaje se acercaba.
—Más que cuándo, preguntaría dónde —dijo Viole.
—Digamos que, ¿en Europa? Habíamos dicho Budapest —manifesté.
—Bueno. Para eso puede faltar bastante tiempo.
—Más vale tarde pero seguro —reflexionó Rubi.

Brindamos por el reencuentro, por la nostalgia y la inminente despedida. Extrañábamos tanto el mar, que aunque era nuestra primera noche en la ciudad, decidimos ir a ver cómo era la playa de Perth. Mientras íbamos en el auto, ya de noche, se me ocurrió una idea.
—¿Y si escribimos algo en un papel y lo quemamos en la playa? Como un ritual que sea solo nuestro.
—¡Me encanta! ¿Y qué escribimos? —preguntó Viole.
—Lo que queramos. Deseos, objetivos, lo que sea.
—O algo que queremos dejar atrás también —expresó Rubi.
—Sí, perfecto. Cada uno escribe lo que quiera entonces.

Tomamos un papel y escribimos. La emoción se apoderó de mí. Una gran etapa terminaba. Tendría que buscar otro trabajo y me mudaría de ciudad. Muchos cambios se aproximaban, otra vez. Cuando terminé, con algunas lágrimas en los ojos, le di la lapicera a Rubi.

Con los pies en la arena fría, tomamos nuestros papeles, y con mi encendedor los prendimos fuego. El humo era casi invisible en la oscuridad. Nos abrazamos y nos fuimos al hostel a dormir casi en silencio.

Al día siguiente, las chicas me llevaron al aeropuerto para tomar mi vuelo a Melbourne. El ambiente era de tristeza mezclada con alegría. Ellas se separarían al otro día.

Al llegar a la terminal de partidas, bajé del auto y tomé mi pesada valija. Nos abrazamos muy fuerte. Sabíamos que nos íbamos a extrañar. Todo lo que habíamos vivido se había transformado solo en una experiencia, un recuerdo. Caminé y Rubi abrió la ventanilla del auto.

—¡Potro! Te amamos.

CAPÍTULO XXI

palmerston st

La aeronave descendía poco a poco entre las nubes. Estaba nublado, como recordaba a Melbourne casi siempre. La vista desde arriba era mejor de lo que había sido la primera vez. Ya no era un novato, ni un principiante. Sentí que estaba volviendo a una ciudad que me había abierto las puertas, y lo hacía otra vez. Melbourne era la misma, pero yo no lo era. Esos siete meses en Broome me habían cambiado para siempre.

Salir del aeropuerto sabiendo que iría a mi casa, a mi nueva casa, era algo que no sentía desde hacía tiempo. Rafa había llegado unos días antes. De nuevo, me subí al bus de dos pisos que me llevaba a la ciudad, esa vez sin sorprenderme porque la gente hablara inglés a mi alrededor.

Abrí el mapa e ingresé nuestra nueva dirección. 75 Palmerston Street, Unit 6. Tomé el *tram* 96 y me bajé en la estación Nicholson, que estaba a unos diez minutos de la ciudad. Allí me encontraría con mi querido Rafa.

Con mi pesada valija, caminé por la plataforma y crucé la calle. Rafa estaba con su enorme mochila en la espalda, esperándome.

—Hola amigo, ¿cómo estás?

—¡Rafa! Qué bueno verte. Estás quemado, te hizo bien el verano europeo parece —le dije dándole un fuerte abrazo.

—Gracias tío. A ti también parece que te sentó bien Broome, o el francesito.

—Fue la bici, la bici. Andar tanto todos los días me estilizó el cuerpo. ¿Vamos a nuestra nueva casa?

—Vale. Los chicos me han dicho que nos están esperando.

—¿Quiénes son los chicos?

La casa quedaba muy cerca de la estación del *tram*. Caminamos lento por todo el peso que llevábamos.

—Es un amigo español que conocí el año pasado en Airlie Beach. Es la hostia que justo deje la casa y nosotros queramos una.

—La verdad que sí, increíble. ¿Tiene tres habitaciones no? Debemos buscar a alguien cuanto antes para que se nos una y no gastar tanto.

—Ya tengo a alguien.

—¿De verdad?

—Sí. Es una chavala. Es buena y es argentina. Tú también la conoces.

—¿La conozco? ¿Cómo se llama?

—Roberta —dijo con una inmensa sonrisa en su rostro.

—¡¿Qué?! Me estás jodiendo.

Rafa no paraba de reír.

—Ayer hablamos por teléfono y la he convencido. Vendrá en tres días desde Sídney.

—¡No lo puedo creer!
—No conoces todos mis dotes Elías.

No podía ocultar la felicidad de que Rafa hubiera convencido a Roberta de que viniera a vivir con nosotros.

Por fin llegamos a la puerta de nuestra nueva casa. El barrio era tranquilo y nuestra calle también. No pasaban muchos autos y las casas de alrededor eran en su mayoría antiguas pero remodeladas. Estábamos muy cerca del centro de la ciudad pero sin perder la tranquilidad de un barrio de casas bajas.

El lote tenía unas siete unidades. La nuestra era la sexta. Tocamos el timbre y el amigo de Rafa vino a recibirnos. Se llamaba Pol y era de Barcelona. Las casas estaban todas a lo largo del lote, y sus frentes daban a una pequeña calle privada.

Pol nos llevó hacia la entrada. La casa tenía cuatro semipisos. Apenas entrabas tenías un pequeño baño bajo la escalera. Luego estaba el living que daba hacia el patio, que tenía un árbol de paltas que no daba paltas. Apenas después de la siguiente escalera, estaba la cocina y el comedor, que se conectaban con un pequeño balcón que daba hacia la calle privada. Más arriba estaba una de las habitaciones que tenía al lado otro baño con el lavarropas. Por último, subiendo otra de las diminutas escaleras, estaban las otras dos habitaciones y el otro baño, que compartiríamos con Rafa.

La casa nos encantó. Estábamos muy contentos. Ser dueños de un alquiler en Melbourne era casi un sueño, que nos daba la sensación de hogar y estabilidad.

Pol nos explicó todo sobre las mañas de la casa, la relación con los vecinos y los días en que pasaba el recolector de basura. A diferencia de como era en Buenos Aires, que la basura se recolectaba todos los días, aquí era una vez por semana.
—Gracias Pol, sin ti esto no hubiera sido posible.
—Pues, de nada Rafa. Espero que la disfrutéis como lo hemos hecho nosotros.
—¿Y ahora, dónde te vas?
—Iré a la casa de los padres de mi novia. En una semana nos vamos a Barcelona. He recibido una propuesta laboral allí. Muy contento la verdad.
—Enhorabuena amigo. Pues nos vemos en España entonces.
—Eso espero, sabes que tenéis casa allí cuando lo desees.

Pol tomó lo último que quedaba de sus cosas y se despidió de Rafa. Lo acompañó hacia la entrada y lo esperé en el living. Apenas Rafa volvió y cerró la puerta, gritamos y bailamos alrededor de los muebles del living.

Lo bueno de haber conseguido el alquiler de alguien conocido, no fue solo que nos facilitó el papeleo, sino que por un precio súper bajo Pol nos había vendido todos los muebles, todos. Teníamos la casa lista para usar.

Esa noche nos quedamos viendo una película en el living. El sillón enorme solo para nosotros, la vista del jardín a través de los ventanales detrás de la tele. Vimos Harry Potter, la primera.

Al terminar, nos fuimos a dormir cada uno a su habitación. Hacía frío y prendimos la calefacción. A la mañana siguiente, desayunamos juntos y decidimos ir al Kmart a comprar cosas que necesitábamos para casa. Kmart era algo así como una cadena de tiendas que estaba por toda Australia. Se caracterizaba por tener precios muy bajos y su propia marca de productos. Podías encontrar de todo. Muebles, decoración, vestimenta, perfumería, artículos de cocina, etcétera.

La más importante de las cosas que necesitábamos, era una aspiradora. La casa tenía

alfombra casi en todos lados. Algo que era muy diferente a Argentina, es que allí se usaba la aspiradora como una escoba.

Rafa compró tonterías para decorar su habitación. También necesitábamos algunas cosas para la cocina, como por ejemplo un organizador de detergente y esponja que pusimos detrás del lavaplatos. Compré unas almohadas y una manta gruesa para mi cama. Odio tener frío cuando duermo.

Cuando ya compramos lo que necesitábamos, fuimos a la parada del *tram* para volver a casa. Teníamos varias cosas, por lo que íbamos cargados. Era gracioso ver a Rafa con la caja de la aspiradora, súper incómoda de llevar porque no había querido que le dieran una bolsa grande para no contaminar.

Ese día hicimos una gran limpieza de la casa. Los dueños anteriores no la habían dejado muy limpia. Igualmente, disfrutamos mucho de limpiar nuestra propia casa.

Cerca del mediodía, nos tomamos un descanso en el balcón. El sol daba de lleno y era un día precioso. Rafa trajo dos cervezas de la heladera. Las abrió y brindamos.

—¿Cuándo tienes planeado ir a Bali?

—Estoy esperando que Remi me confirme, pero tal vez en dos semanas.

—¿Estás ansioso?

—Bastante. Siento que hace mucho que no lo veo y no sé cómo puede impactar eso. Lo extraño. Apenas me confirme, compro el pasaje.

—¿Y después?

—¿Después qué? ¿De Bali?

—Ajam.

—No lo sé. Veremos. Él vuelve a Francia luego, pero no hemos hablado si va a volver aquí. Una vez que le dije que quería estudiar en España, se puso contento y me dijo “España está muy cerca de Francia”.

—No lo tomes mal amigo, pero creo que es difícil que lo de tú y Remi funcione. Entiende, te lo digo con dolor. Quiero que te funcione, pero la distancia es difícil.

—Es que en un punto yo también lo creo. Sé que será muy difícil, pero ahora solo pienso en que quiero verlo antes de que vuelva a Francia.

—Entiendo. También la diferencia de edad a veces es complicada. Él tiene 21 años, y no creo que esté pensando en algo serio. ¿No?

—Puede ser. Aunque a veces el soñador que llevo dentro se apodera de mí y pienso que el amor todo lo puede.

—A ti te puede su pene.

—También. —Ambos nos reímos.

Los días siguientes Rafa se dedicó a buscar trabajo. Luego de una entrevista presencial, consiguió uno en un hotel de cinco estrellas en el centro, de bartender. Me puse contento por él, aunque trabajaría de noche y no lo vería demasiado.

En mi caso, no podía pensar en nada más que en recibir un mensaje de Remi diciendo que se había decidido a comprar el pasaje a Bali. Por suerte, no faltaba mucho para que Roberta llegara.

A la mañana siguiente, fuimos a comprar algunas cosas dulces al supermercado para recibirla. Tardó más de lo debido en llegar. Puso la calle correcta en su GPS pero no en el barrio en que estábamos. La misma calle estaba en otro lugar diferente. Se dio cuenta rápido y cambió de *tram*.

Cuando tocó el timbre de su nueva casa, la fuimos a recibir. Allí me di cuenta de que la había extrañado mucho. La sensación era extraña, por un lado parecía que hacía meses que no la veía, y por el otro, la comodidad que sentía era como si la hubiera visto el día anterior.

—Dejame que te lleve la valija Roberta. Bienvenida a tu nueva casa.

—¡Qué lindo que habéis llegado! —dijo Rafa— Ven a conocer tu nueva habitación.

—¡Es impresionante la casa chicos, me encanta!

—El otro día hemos visto Harry Potter. Ahora podemos ver en familia la segunda, y luego la tercera, y así —dijo Rafa.

—¡Sí! Y compramos pochoclos.

—¿Pochoclos? ¿Qué es eso?

Con Roberta nos miramos a los ojos.

—Popcorn Rafa. ¿Cómo le dicen ustedes? ¿Palomitas?

—¡Sí! Que raros sois los argentinos. Pochoclos...

—¿Y ustedes? ¿Palomitas? Cualquiera. Totalmente fuera de contexto. Andá, andá. Andá a doblar las películas. ¿A Rápido y Furioso cómo es que le llaman?

—Vais a flipar. “A Todo Gas”.

—Increíble. —No podíamos parar de reír.

—¿Vemos Harry Potter hoy? —preguntó Rafa.

—Sí Rafael. O querrás decir, “El mago mágico” o como carajos le hayan puesto.

Rafa se hizo el enojado. La aventura de la familia Palmerston se había hecho realidad. También “el sueño de Elías”.

CAPÍTULO XXII

la enfermedad

Los nervios dominaban mi estómago. Rafa me había prestado su mochila que era más grande que la mía. Al sudeste asiático se viaja lo más liviano posible, nada de valijas. La realidad es que hace mucho calor casi siempre y uno no necesita demasiadas cosas. Además, así evitaría pagar equipaje despachado.

—Gracias por traerme Roberta.

—De nada. El otro día pensaba que somos como una familia. Somos marido y mujer, y Rafita es nuestro hijito, donde depositamos todas las esperanzas para que nos salve.

—Estoy orgulloso de nuestro hijo entonces. Al final hiciste bien en comprarte el auto. Es hermoso.

—Está medio hecho mierda, pero para lo que lo uso está perfecto. Cuando vuelvas hacemos paseítos en nuestros días libres.

—Me encanta. Es increíble que en Australia sea tan fácil comprar un auto usado.

—Súper fácil. Lo fui a ver, me gustó, lo pagué y ese mismo día hicimos la transferencia.

—Ojalá fuera así en Argentina.

—Tenemos mucho que mejorar.

—¿El martes arrancás a trabajar?

—Sí, estoy contenta. Es un restaurante italiano. Espero que no me *negreen* mucho.

—Esperemos que no.

Cada vez que nos acercábamos más al aeropuerto, más nervioso y ansioso estaba. Él tomaría un vuelo desde Darwin, el norte de Australia, a Bali. Llegaría apenas una hora después si los aviones salían a tiempo.

—¿Te dejo enfrente o querés que baje con vos?

—Ahí está bien. Gracias.

—De nada marido.

Bajé del auto y abrí la puerta de atrás para tomar la mochila. Ella también se bajó, para darme un abrazo.

—Pasala lindo, disfruta mucho que te lo merecés. Mensajeanos y contanos cómo te fue. Acá estamos, con vos siempre.

—Gracias. Y gracias por traerme.

El auto de Roberta se alejó y me dirigí hacia la terminal para hacer el *check in*. Cuando tres días antes hablé por teléfono con Remi, de alguna manera confirmé lo que había sentido las últimas dos semanas. No estaba muy seguro de la decisión que estaba tomando. Nuestra conversación no había sido muy fluida y solo hablamos para organizar nuestro encuentro en el aeropuerto.

Dentro mío, deseé que solo fuera algo que sucedía por la distancia del teléfono y que no se repitiera cuando estuviéramos cara a cara. Pasé el control de seguridad, y me senté en la *gate* a

esperar la llamada por el altoparlante que indicara que mi vuelo a Bali estaba a punto de despegar.

El vuelo era directo desde Melbourne a Bali y tardó un poco más de seis horas. Era de noche. Me encontraría allí con Remi para ir a una cabaña que alquilamos para las primeras tres noches.

El viaje estaba planeado para durar 11 días. Luego volvería a Melbourne, y él a Francia.

El avión entró al espacio aéreo indonesio y estuvo listo para aterrizar. Al bajar del avión, el calor húmedo golpeó mi cuerpo. Hizo que recordara lo intenso del clima de Broome. Apenas pasé por la manga, todo era diferente y nada parecido a algo que hubiera visto antes. Una alfombra bordó cubría el piso y las paredes tenían un empapelado viejo. El aroma a incienso balinés era lo que sentiría casi todo el tiempo en los siguientes días.

Me conecté al wifi del aeropuerto y mientras esperaba en la fila de Inmigraciones, le avisé a Remi que ya estaba en Bali. Él aún estaba volando.

Ya con mi pasaporte sellado, fui al sector fumador y encendí un cigarro. Luego encendí otro o varios más. Cuando recibí su mensaje, me avisó que ya estaba a punto de terminar con los trámites de inmigración.

Apagué el cigarro y caminé hacia su encuentro. Los nervios me perforaban el estómago. Llegamos al mismo momento. Allí estaba, más lindo que antes. Se había dejado crecer la barba, llevaba una enorme y pesada mochila en su espalda y otra más pequeña en la mano. Lo miré a los ojos.

No sabía cómo saludarlo, si darle un beso en la boca, en el cachete, o dónde. No sabía cómo reaccionaría si lo besaba delante de todos, y menos en un país donde muchos de sus habitantes son musulmanes. Aunque no era la religión que predominaba en Bali, sino en otras ciudades de Indonesia.

Un tiempo antes había visto a la salida del sector de arribos, cientos de personas que esperaban con carteles con nombres escritos. Era un caos, todos gritaban al mismo tiempo.

—*¿Sr. Remi? Bienvenido* —le dije estrechándole la mano.

Él se rio. Me dio la mano y luego nos dimos un abrazo como pudimos. La mochila se interponía entre nosotros.

Fuimos al sector fumador, para que se relajara y fumar un cigarro.

—*¿Cómo te fue en el roadtrip?*

—*Excelente. La pasé muy bien. Karijini fue alucinante. Ese lugar está hecho por aliens.*

—*Me alegro mucho.*

—*¿Y el tuyo?*

—*Muy lindo también. Fue difícil despedirse de los chicos. Aunque a lo último ya me estaba quedando sin dinero y me quería ir. Mi hermano me prestó el dinero para comprar el pasaje para volver a Francia.*

—*¿En qué gastaste tanto? ¿Drogas y alcohol?*

—*Soy francés* —me dijo guiñando un ojo.

—*Estúpido* —dije golpeando su hombro—. *Debo decirle al del taxi que estamos acá.*

—*¿Dónde conseguiste el taxi?*

—*Una amiga me lo pasó. Te dije. Ella ya vino a Bali y me pasó el contacto de Batu.*

Le escribí contándole que pronto saldríamos del aeropuerto. Le describí nuestra vestimenta para que pudiera reconocernos. Traté de ver su foto de perfil para identificarlo más fácil. Caminamos por el pasillo que llevaba hacia la salida y me pareció verlo.

—*¡Elías!* —gritó.
—*Batu. ¿Cómo estás? ¿Hablas inglés, verdad?*
—*Sí, sí, por supuesto. Síganme, acompáñenme al auto.*

Al llegar a la entrada del aeropuerto, cientos de autos dejaban y se iban con pasajeros. Un clima caótico en el tráfico ya se podía ver. Apenas entramos al auto, me llamó la atención la decoración. Todas las paredes estaban cubiertas por una tela peluda de color amarillo chillón, casi como si fuera la piel de un oso. Los asientos eran de la misma tela pero rojos.

Bali era una ciudad que no se parecía en nada a algo que hubiera visto antes. Caótica por naturaleza, motos y autos usando la bocina más que el acelerador, puestos de comida callejera por todos lados y una carencia de desarrollo edilicio impactante.

Con Remi nos sentamos en la parte de atrás. Mi mayor miedo se hizo realidad en ese mismo momento. En el trayecto pude sentir la falta de comunicación que existía entre los dos. Lo único que recuerdo que me haya preguntado es qué película había visto en el avión. Todas las preguntas las hacía yo.

Mi mente solo pensaba que eso se terminaría cuando llegáramos a la cabaña y pudiéramos besarnos y desnudarnos sin que nada importe.

Llegamos al alojamiento algo tarde, cerca de medianoche. El recepcionista estaba durmiendo con sus brazos apoyados en una mesa. Lo despertamos tratando de no alterarlo demasiado. Nos entregó la llave y nos acompañó. Apenas entramos a la habitación, vimos que había dos camas individuales. Aunque no eran pequeñas, le dije al recepcionista que nosotros habíamos alquilado una con cama matrimonial.
—*Está bien así* —dijo Remi.

El señor se fue y nos dejó solos. Cerré la puerta, me di vuelta y fui directo a besarlo, pero Remi puso cierta resistencia. Los besos no eran como antes.
—*¿Estás bien?* —le pregunté algo sorprendido.
—*Sí, sí. Solo estoy muy cansado por el viaje. Mejor seguimos mañana.*
—*Bueno.*

La pasión que habíamos tenido en Broome, quería que se repitiera en Bali, y eso para mí iba a suceder apenas cerráramos la puerta. Eso estaba en mi mente. Después de tanto tiempo sin vernos, y con la química sexual que teníamos, no esperaba otra cosa.

Fuimos afuera a fumar un cigarro, en unas sillas que tenía la cabaña en la terraza con vista al jardín. La conversación no fluía demasiado, yo trataba de sacar temas para que charláramos al menos de cosas sin importancia, hasta que hablamos de lo que haríamos al otro día. Decidimos que alquilaríamos una moto e iríamos a visitar algunos templos que estaban alrededor.

Nos lavamos los dientes y nos acostamos. Él se acostó primero, y cuando abrí las sábanas, pude ver en sus ojos que esperaba que me acostara en la otra cama, pero no me lo dijo.

Traté de abrazarlo, pero no recibía el afecto con la reciprocidad que uno espera en esas situaciones. Al otro día cuando nos levantamos, comencé a acariciarlo tratando de activar la química que tuvimos. Otra vez, él estaba frío. El cansancio ya no era una excusa. Habíamos dormido lo suficiente.
—*¿Qué te pasa? Estás raro.*

Nunca es fácil hacer esa pregunta. La respuesta puede ser muy cruel y uno no estar listo para escucharla. De verdad, no entendía qué le sucedía o qué le pasaba.
—*No sé.*

—Estaría bueno que sepas. Estás diferente.
—Es que no quiero volver a sufrir como cuando sufrimos en Broome. Encima luego volveré a Francia.
—Sí, ya sé que volverás a Francia. Pero para algo estamos acá, ¿no? Nadie sabe lo que va a pasar entre nosotros. Pero ya estamos acá. Disfrutemos lo máximo que podamos, y luego veremos.

No obtuve una respuesta concreta de su parte. Decidí no indagar más esa noche y ver qué sucedería en las próximas horas o días.

Nos levantamos y fuimos a desayunar al restaurante del complejo de cabañas. Pedimos un panqueque de banana y licuado de frutas cada uno. Mientras, buscábamos en el GPS cómo ir a uno de los templos. Cuando estuvimos listos para comenzar el día, alquilamos una moto allí mismo en el hotel.

Remi nunca había manejado una moto. Me subí detrás suyo y casi nos caemos.
—Dejame que voy a dar una vuelta solo así me acostumbro.

Al volver, ya dominaba la moto. Subí, y aquella vez sin caerme, comenzamos el viaje. Él manejaba, yo sostenía su celular con el GPS y le decía por dónde debíamos ir. Tomarlo de la cintura para sostenerme era el poco contacto físico que había tenido desde que lo volví a ver.

Llegamos al templo y compramos la entrada. También nos dieron una especie de manta para cubrirnos las piernas. Era obligación religiosa para poder entrar.

Era muy probable que el templo fuera hermoso, pero no podía disfrutarlo demasiado sabiendo que Remi no estaba con la mejor actitud.

Soy de caminar lento, lo admito. Trato de disfrutar de lo que veo, más cuando se trata de un lugar nuevo para mí. Remi caminaba delante mío, a unos metros casi siempre.
—¿Por qué caminás tan rápido?
—Lo siento, lo hago sin querer.

El templo estaba repleto de monitos por todos lados. Estaba completamente prohibido tocarlos y darles de comer. Se ponían muy agresivos y más si una de las madres veía que te acercabas a alguna de las crías. En ese instante vimos como uno de los monos le robó los anteojos de la cabeza a una señora.

Al terminar de recorrer el templo, fuimos a un restaurante local no muy lejos de allí a almorzar algo. La comida de Bali era increíble. Muchas verduras cocinadas de manera perfecta y casi siempre los platos tenían carne. Y lo mejor, era súper barato al cambio del dólar australiano.

El esfuerzo que hacía por tratar de tener una conversación en la mesa cada vez era más difícil. Lo peor de todo fue cuando escuché salir de su teléfono el sonido de una notificación de Grindr, la app de citas gay. Había ruido de tráfico de fondo y no estaba seguro si había sido eso, o no quise estar seguro. Sentí que todo pendería de un hilo si le preguntaba sobre la notificación.

A la tarde volvimos a la cabaña para descansar un poco y prepararnos para ir a cenar. Uno de sus amigos le había recomendado un restaurante súper rico y sofisticado.

Mientras estaba en la cama, vi que estaba preparando su ropa para irse a bañar. En otro momento hubiera saltado hacia él al verlo desnudo y luego bañarnos juntos, pero no lo hice. El pecho me dolía.

Luego era mi turno de bañarme. Cuando estábamos listos para salir, antes de abrir la puerta le di un beso en la boca. Las ganas me carcomían el estómago. Él me lo devolvió apenas con interés.

Tomamos la moto y viajamos por un camino hermoso rodeado de campos de arroz. Por

suerte no había mucho tráfico. Al llegar al restaurante, nos dieron una mesa y nos sentamos. La decoración era hermosa. Todas las mesas y sillas eran de madera y el viento corría en cantidades perfectas.

—Disculpe, ¿me podría decir la contraseña del wifi?

—No tenemos wifi. Perdón —me dijo la mesera.

Me volvió a doler el estómago. Tener internet hacía que al menos varias veces pudiera matar el tiempo mirando lo que haríamos al otro día, pero no fue así. Tendría que soportar la situación de tener que sacar temas para al menos hablar de algo y que no haya silencios incómodos.

Lo único bueno de esa noche fue que la comida estuvo espectacular. Al menos, había algo bueno.

Terminamos de cenar y volvimos a la cabaña. Al otro día nos levantaríamos muy temprano ya que habíamos reservado una excursión para subir un monte y ver el amanecer.

Al llegar y luego de lavarnos los dientes, intenté acariciarlo y besarlo. Él aceptó y recibió mis besos, pero no los respondió como lo hacía antes. La memoria de mis labios aún recordaba los suyos. Pasionales y sinceros. Extensos y húmedos. Ya no eran así.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no podemos besarnos como cuando estábamos en Broome? —le dije casi suplicando.

—Mañana nos tenemos que levantar muy temprano.

—No es eso Remi, por favor decime qué te pasa. Me hace muy mal esto. Si es porque nos vamos a separar pronto, no pasa nada. Ya veremos cómo hacemos.

—No es eso —dijo interrumpiéndome—. *Antes te mentí. No es eso lo que me pasa.*

Casi ya llorando, hubo unos segundos de silencio.

—¿Y qué es entonces? Por favor decime, porque me duele mucho.

—Ya no siento lo mismo por ti que lo que sentía en Broome. No lo siento más.

Mi visión se puso borrosa, casi como si todo alrededor fuera un escenario que se iba desmoronando poco a poco. Sus paredes y columnas se rompían. Su piso se quebraba y las grietas se hacían cada vez más grandes, dejando nuestros cuerpos en la cama flotando.

Puse mi cabeza boca abajo sobre la almohada y miles de lágrimas fueron libres en mis ojos.

—¿Cómo que no sentís lo mismo? —le dije con la poca voz que me quedaba.

Supongo que fue una pregunta que no tenía respuesta. Parece que él ya había dicho lo que tenía que decir.

—¿Y para que me dijiste de venir a Bali juntos? Vine desde allá solo para verte y despedirme.

—¡Lo sé, lo sé! Perdón. No lo hice a propósito. No sabía cómo me iba a sentir hasta que te vi. Créeme que no quería que pase esto.

—¿Y qué hacemos ahora?

—No sé.

Me levanté, tomé los cigarros y me senté en la terraza con la puerta cerrada. Fumaba incansablemente mientras lloraba. Ya no quería estar allí. Quería teletransportarme a Melbourne.

No sé cuánto tiempo estuve afuera. Cuando los cigarros ya me asquearon, me paré y volví a la habitación. Él ya estaba durmiendo, o al menos eso parecía. Me acosté en la otra cama y traté de dormir como pude, en unas horas nos venían a buscar para ir al cerro.

A la mañana siguiente, me levanté antes que él. Fui al baño a prepararme y cuando salí, él ya estaba despierto.

—*Buenos días* —me dijo algo sonriente.
—*Buenos días* —respondí casi forzándome a hacer como si nada, deseando que ese calvario se terminara pronto.

Eran casi las cuatro de la mañana. Cuando estábamos listos, fuimos a la entrada del hotel a esperar que nos pasaran a buscar. La noche estaba fresca. No me hubiera molestado si hubiera tenido a alguien que me abrazara.

Una camioneta blanca paró cerca de nosotros y el conductor nos preguntó si éramos Remi y Elías. Estaba casi vacía, solo el conductor y un señor de unos cuarenta y cinco años sentado detrás. Nos subimos y nos sentamos juntos en una de las filas del medio.

Apenas entramos, Remi tomó sus auriculares y se sumergió en su mundo. A mí, la tristeza me consumía.

Todo el tiempo miraba por la ventana, sin mirarme a los ojos. En un momento, tenía la música tan fuerte que podía escucharla a través de los auriculares. No hay nada más molesto que escuchar música que no querés escuchar, o tal vez solo estaba enojado.

Le toqué el hombro para que me mirara y sacó uno de sus auriculares.
—*¿Podés bajar un poco el volumen? Se escucha mucho*.

Se volvió a poner el auricular como si no hubiera entendido lo que le pedí. Tampoco entendí si me había escuchado o solo no le importaba.
—*Remi, ¿podés bajar un poco? Estoy escuchando todo.*
—*¡Vete a la mierda!* —me dijo volviendo a ponerse el auricular.

Quedé tieso, sin saber lo que estaba sucediendo. No podía creer que me estuviera tratando así. Tenía ganas de abrir la puerta de la camioneta y tirarme. Moví mi cuerpo al otro extremo de la fila de asientos. No quería estar al lado de él. Luego el conductor pasó por otros dos hoteles a buscar más personas. Aún había espacio y se sentaron en otros asientos, dejando nuestra fila libre.

Por mi cuerpo pasaban miles de sensaciones. Bronca, rabia, tristeza y decepción. Me preguntaba qué se había roto en tan poco tiempo. Si realmente conocía a la persona que tenía al lado. Me culpé, me culpé por no haber visto las señales de que eso podía suceder. No sabía qué había hecho mal, en qué me había equivocado.

Antes de llegar a la montaña, paramos en un restaurante al costado de la ruta, donde nos darían un pequeño desayuno para tener energías y subir. Aún era de noche y hacía frío.

Nos sentamos en una de las largas mesas. No solo estaba nuestro grupo, había muchas otras personas que también subirían al cerro.

Nos sentamos uno frente al otro. Dos personas se sentaron cerca. Todos estaban compartiendo mesas con gente que no conocían. Parecía que él se había olvidado de todo lo que había sucedido y de todo lo que me estaba lastimando. Trató de hacerme un chiste y ni siquiera lo miré a los ojos. Ni siquiera me reí. Seguí tomando mi chocolatada. Sentí pena por las dos personas que estaban cerca nuestro. Intentaron entablar una conversación amena con nosotros, pero no tenía ganas de hablar ni de pretender que todo estaba bien. Solo él les habló un poco.

Terminé mi bebida, me levanté y salí del lugar, sin decir nada. Encendí un cigarro mientras miraba el cielo y mis rodillas temblaban de frío.

Cuando volví adentro, no llegué a sentarme porque ya era hora de seguir con el recorrido.

Nos subimos a la camioneta y conducimos unos veinte minutos más, hasta por fin llegar a la montaña. Decenas de camionetas estaban estacionadas en la oscuridad, y con ellas, cientos de personas que subirían al mismo cerro.

El conductor nos presentó a las guías que nos acompañarían. Eran dos niñas de no más de veinte años. Debo decir que en ese momento subestimé un poco sus habilidades. Además, no hablaban mucho inglés.

Dentro de un recipiente de telgopor, nos dieron un sándwich de queso y un huevo. Sí, un huevo.

Mi cuerpo aún sufría el frío y con Remi no hablábamos una sola palabra.

Comenzamos a caminar hacia no sabía dónde, solo seguíamos a todo el tumulto de gente. Solo quería caminar para dejar de tener frío.

Luego, de a poco el camino se volvió más angosto, y el suelo más incómodo. Las piedras de todos los tamaños hacían difícil caminar. Con Remi seguíamos sin hablarnos.

Cada vez era más difícil escalar en un camino tan angosto y empinado. Varias veces dudé entre seguir o rendirme. Pero en esas situaciones, cuando ves que todos están subiendo y luchando contra la fatiga, uno entra en una especie de limbo de las escaladas. Todos siguen subiendo, sin pensar. Solo seguir.

Tal vez no solo por eso no disfruté el camino. Mis dientes se chocaban entre sí de la bronca. No pude pensar en otra cosa en esa subida que no fuera odiar a Remi. Además, era tanta la gente que tenía que subir, que no había ni tiempo ni espacio para parar.

Por fin llegamos a la cima, después de no sé cuánto tiempo que estuve subiendo con el ceño fruncido. Los músculos de las piernas me dolían como nunca antes. Los gemelos me latían y los muslos parecían desgarrarse.

El cielo en el horizonte comenzaba a dejar de ser oscuro muy de a poco. Nos sentamos en un banco improvisado a esperar el gran fenómeno junto con decenas de personas. De a poco, la bronca fue calmándose.

Abrimos el contenedor que nos dieron y comimos el sándwich.

—*Nos dieron un huevo* —dijo Remi sonriendo—. *¿Estará cocido?*

—*Espero que sí* —dije con una leve sonrisa.

—*A ver.* —Remi tomó el huevo e hizo como si me lo rompiera en mi cabeza.

—*¡Salí!* —Reí.

El horizonte estaba libre de nubes. La sensación de haber luchado tanto por subir esa montaña y ver el amanecer allí era reconfortante.

Cada vez estaba más iluminado. La aparición del sol era inminente. Hasta que al fin salió. Uno de los extremos de su cara asomó y nuestros rostros recibieron los primeros rayos de sol del día.

Hubiera querido que fuera diferente, sin dudas. Mi mente imaginaba recibir ese sol saliente, de la mano, acariciándonos. Con mi cabeza apoyada sobre su hombro, dándonos besos intermitentes. Lo miré, sin que él me viera. Sus ojos en el sol, dando bocanadas a su cigarro. Resignado, traté de disfrutar de ese hermoso horizonte.

De a poco nos preparamos para bajar. La siguiente parte del recorrido era ir a almorzar a un campo donde cultivaban café, donde al final haríamos una degustación del mismo.

Pensé que la bajada sería más amena que la subida. Lo fue. Pero de todas maneras la colina era muy empinada y mis empeines decían basta.

Cuando llegamos abajo, nos subimos a la camioneta y fuimos al campo de arroz. Había descargado toda mi ira en la maldita caminata al cerro. Miraba a Remi ya con resignación, como si hubiera hecho un duelo intensivo en solo unas horas.

Recuerdo que al menos ya en ese momento, nos reíamos de tonterías. No es que le

festejara cada cosa que decía, pero tampoco quería estar serio y enojado todo el tiempo. Noté que su actitud había cambiado. Se dio cuenta de que había cometido un error terrible en haberme invitado a Bali y lastimarme de esa manera.

Terminamos de almorzar y nos trajeron varios cafés para probar. Mientras que uno de los empleados del lugar nos explicaba a nosotros y al grupo sobre el café, Remi se acercó a mi oído.

—*Este es el momento donde nos quieren vender café.*

Hubo uno de los tipos de café que me llamó la atención. Se llamaba Kopi Luwak, o café de civeta. Pero no nos dieron para probar ese. Supuestamente era el café más caro del mundo. Se fabrica gracias a que la civeta, un mamífero nocturno, come granos de café. Cuando los digiere, se recolectan las heces para hacer café del grano digerido. Una locura a dónde puede llegar el ser humano.

Por suerte, la excursión estaba llegando a su fin. Estábamos súper cansados. Nos llevaron de vuelta al hotel. Ver una cama fue una hermosa imagen. Lo único que queríamos era tirarnos, pero antes debíamos ducharnos.

—*¿Quieres bañarte?* —me preguntó.

—*No, andá vos primero. Luego voy.*

Me quedé en la terraza fumando un cigarro. Tomé el celular para saber la hora. En Argentina, ya eran cerca de las diez de la mañana. Ya era el cumpleaños de Pupi. Siempre me costó mantener una comunicación fluida con ellos y mi familia. La diferencia horaria con Argentina es de doce horas en casi toda Australia. Cuando estaba trabajando, ellos estaban durmiendo, o cuando ellos trabajaban, yo estaba durmiendo.

Llamé a Pupi y a Carla para ver si los podía encontrar a ambos en el mismo momento.

PUPI: ¡Elías! ¡Homosensual! ¿Cómo estás amigo?
ELÍAS: ¡Pupi! ¡Feliz cumpleeeeee!
PUPI: Gracias amor. Gracias.
CARLA: HOOOOOLLAAAAAAAA
ELÍAS: Hola Carlita de mi corazón.
CARLA: No sabés el fiestón que te vas a perder. Pupi va a tirar la casa por la ventana. Hay strippers y todo.
ELÍAS: JAJA ¿De verdad?
PUPI: Está mintiendo. Este año va a ser más tranqui. Ya estamos grandes. La resaca no es como antes. Ya no tenemos veinte años.
ELÍAS: Basta de vivir en el mundo de Cris Morena.
PUPI: Exacto. Pero Carla quiere fiesta.
CARLA: Mentira. Yo también estoy para algo tranqui.
PUPI: Vamos a juntarnos en casa con unos amigos. Cena, algunos tragos y luego si nos da la energía, salir.
ELÍAS: Me alegra mucho amigo. Te veo feliz, y eso me hace bien.
CARLA: ¿Y vos Elías? ¿Dónde estás? La última vez que hablamos nos contaste que ibas a Melbourne y tal vez te ibas a ver con el francesito.
ELÍAS: Si, estoy acá en Bali, con él.
CARLA: Me mueeeerrooooo. Parece que va en serio.
ELÍAS: No. De hecho fue un error terrible venir acá.

La llamada que era para felicitar a Pupi por su cumpleaños, se terminó transformando

en un apoyo emocional de mis amigos hacia mí. Me conocen tanto que notaron enseguida que algo me pasaba.
ELÍAS: Eso es lo que ha sucedido. Él ahora está acostado y parece que es un completo desconocido. No me tocó en todo el viaje. Siento que tengo lepra. Es horrible.
PUPI: ¿Y qué esperás para irte? No sufras más Elías. Andate de ahí. Recorre Bali solo, no sé. Pero mandalo a la mierda al pelotudo.
CARLA: Coincido. Es él el que te pierde. Vos tenés mucho valor amigo. Sos una gran persona. ¿Para qué te vas a quedar donde no te aprecian?
PUPI: Mandale besitos y fue.

Más allá de que la estaba pasando muy mal y todo el viaje me parecía una mierda, no sabía cómo terminarlo. Al finalizar la llamada, prendí otro cigarro. Me quedé pensando solo y mirando el jardín. Algo tenía que cambiar, alguna decisión tenía que tomar. Nada entre él y yo cambiaría. Él ya había tomado una decisión. Luego, era mi turno.

Supe que no tenía las energías para viajar solo por Bali por los días que quedaban. No sabía manejar y viajar por Bali sin moto es casi imposible. Además, el viaje había sido pensado de otra manera. Solo quería volver a Melbourne, con mi familia. Me duché y me dormí, en la otra cama donde no estaba él.

Al día siguiente, visitaríamos otro pueblo. Alquilamos una habitación en otro complejo de cabañas. Nos pedimos un taxi y nos trasladamos. El tráfico estaba imposible, como de costumbre. Al llegar, la habitación era hermosa, pero tenía una cama matrimonial y debíamos compartirla. Después de instalarnos, nos preparamos para salir y fuimos a uno de los templos que tenían buena reputación.

El templo era maravilloso. Arquitectura increíble e inexplicable. Luego de pagar la entrada y ponernos una manta para taparnos las piernas, entramos.

Antes de continuar caminando, nos paramos en un pequeño puente donde pasaba agua debajo, a fumar un cigarro.

—Me compré un pasaje para volver a Melbourne. Me voy mañana.

—¿De verdad? ¿Pagaste otro pasaje?

—Sí. Quiero estar en Melbourne con mis amigos y mi nueva casa. El dinero no me importa.

—Entiendo. Pensé que querrías viajar solo por Bali un poco más.

—No tengo ganas. Este viaje no salió como esperábamos y necesito irme.

—Lo siento.

—Está bien. Creo que nunca debería haberte escrito esa carta.

—¡No! No es tu culpa. Fue demasiado para mí. Todo es demasiado. También hubiera querido que todo termine de manera diferente.

—Todo bien —le dije apoyando mi mano sobre su hombro.

Ya de noche, volvimos a la cabaña después de cenar. Nos acostamos. Era horrible ver al lado mío a alguien que antes despertaba en mí lo más caliente y pasional que jamás había vivido, y no poder ni tocarlo.

Ver su cuerpo boca abajo. Ver su espalda. Sus brazos, sus nalgas abrazadas por la tela del bóxer. Los pelos de sus piernas. Todo era inaccesible. Lo que alguna vez había sido mío, donde antes podía sumergirme durante horas, ya no lo era. Debía terminar con eso cuanto antes.

Al día siguiente, nos levantamos y fuimos a desayunar al restaurante del hotel. Luego, volvimos a la zona céntrica más cercana del aeropuerto donde Remi había alquilado una habitación para él.

Me di la última ducha en Bali. Al salir del baño, Remi se levantó de la cama.

—Elías, estaba pensando. En vez de irte en taxi al aeropuerto, podemos alquilar una moto y luego me la quedo para los siguientes días. Te puedo llevar al aeropuerto y no gastas dinero.

—Dale sí, genial.

Salimos a caminar y encontramos un lugar donde Remi alquiló una moto. Volvimos a su habitación y tomé mis cosas. Bajamos y emprendimos el camino hacia el aeropuerto. Mientras él conducía, lo tomaba por la cintura para no caerme. También, para tocarlo por última vez.

El acceso al aeropuerto era un caos. Las calles eran inentendibles y no sabíamos por dónde ir. De todas maneras, pude ver que el aeropuerto estaba allí, a solo una o dos cuadras.

—Dejame acá. No pasa nada. Así podés volver por la misma calle.

—Bueno.

Bajé y acomodé la mochila en mi espalda. Lo miré y abrí mis brazos para darle un abrazo. Él lo recibió.

—Perdón.

—Todo bien. Disfrutá de los últimos días acá y que te vaya bien en Francia.

—Gracias.

Caminé y levanté la palma de mi mano para saludarlo. No quería mirar atrás, pero era irresistible. Lo último que vi fue su espalda y la moto. Él siguió su camino. Yo el mío, hacia el aeropuerto. Esa fue la última vez que lo vi.

CAPÍTULO XXIII

las galletas

Estaba abatido, derrotado. Como si hubiera llegado de luchar en una guerra que no gané. El vuelo fue de casi seis horas desde Bali a Melbourne.

El cielo era el más triste de los que había visto en la ciudad. Una leve llovizna caía en los suelos y techos. Todo era gris. Al mediodía, el avión aterrizó perforando las nubes. Salí de la sala directo a la calle luego de pasar por Inmigraciones.

Allí estaba Roberta, que me había dicho que estacionaría el auto enfrente. Al verme, bajó del auto y me abrazó muy fuerte. Mi cuerpo se desintegraba.

—Tomá —dijo y me dio un dibujo.

—¿Qué es esto? ¿Quién lo hizo?

—Tu hijo Rafael.

Era un dibujo de nosotros tres, con trazos en lápiz y colores que le daban vida. Nos había calcado a la perfección, con nuestros defectos y virtudes. Detrás, escribió una leyenda.

"No dejes que ningún francés estúpido te apague tu luz. Te queremos, y te esperamos para darte muchos abrazos."

Ya no tenía más lágrimas que llorar, aunque la emoción estaba presente todo el tiempo.

—Son muy tiernos. Gracias por venir a buscarme. Lo aprecio mucho.

—De nada.

—¿Y Rafa, dónde está?

—Se quedó en casa haciendo unas cosas.

—Está bastante nublado hoy.

—Estuvo así toda la semana. Súper nublado y frío. Ahora que llegaste seguro el clima cambiará.

Mientras estábamos en la autopista para volver a casa, apoyaba mi cabeza sobre el vidrio de la ventana. Miraba el cielo y me preguntaba todo el tiempo qué había sucedido. Roberta me miró y volvió a inclinar su cabeza hacia el frente, sin decir una palabra.

Al fin llegamos. Estacionamos el auto en el garage y entramos a nuestra amada casita. Subí las escaleras y allí estaba Rafa.

—Bienvenido amigo. He hecho estas galletas para ti.

El *gordo*, como lo llamaba últimamente, había cocinado unas galletitas de jengibre que estaban riquísimas. Aunque hice el esfuerzo por quedarme allí con ellos, mi cuerpo se quedó sin energía.

—Me voy a dormir una pequeña siesta. ¿Cenamos esta noche, o alguno trabaja?

—Nos quedamos acá. Vamos a cocinar pastas caseras. Vos dormí tranquilo, que cuando te levantes va a estar todo listo —dijo Roberta.

—Gracias amigos.

Subí las escaleras mientras una pierna le pedía permiso a la otra para continuar. Entré a la ducha. El agua acariciaba mi cuerpo y su pureza me limpiaba la suciedad que llevaba encima.

Respiré hondo, cerré las canillas y me sequé. Lancé mi cuerpo hacia la cama y mis ojos se cerraron de inmediato.

No sé cuánto tiempo pasó, pero por la ventana pude ver que el sol ya había caído. Escuché unos pequeños golpes en la puerta y Roberta entró casi sin hacer ruido.

—Elías, la comida está lista.

Reordenando mi mente después de una larga siesta, traté de despertar mi consciencia y contestarle.

—Ahí bajo. Gracias.

Me tomé unos cinco minutos para despejarme y bajar. Allí estaban los dos, con tres platos servidos en la mesa, agua y pan tostado. En el medio también había una bowl con mucho queso rallado a mano.

—Esto es increíble chicos, gracias. —Giré mi cabeza hacia la mesada y vi que estaba llena de harina—. ¿Los amasaron?

—Obvio. Tengo raíces italianas —contestó Roberta.

—¿Qué dices? Si tú eres del conurbano —replicó Rafa.

Los tres nos reíamos, en una mesa hermosa con un mantel rojo súper limpio. Los tallarines tipo cinta estaban cubiertos por una salsa de crema y hongos. Junto con el queso, hacían que me olvidara de cualquier francés que existiera en la tierra.

Luego de comer, lavé los platos con Roberta mientras Rafa puso música en el altavoz del living.

—¿Abrimos un vino? Tengo uno argentino que me regalaron en el trabajo —dijo Roberta sosteniendo el vino con sus manos.

—Dale.

Nos sentamos en el amplio sillón que teníamos en el living. Aunque no tenía muchas energías, apreciaba las ganas que habían puesto en hacerme sentir mejor.

Luego de algunas copas y nuestros labios pintados de violeta, Rafa fue a buscar otra botella que tenía guardada. Llegó a la mesa del living imitando a un mesero de restaurantes caros y me sirvió apenas un poquito. Acerqué la copa a mi nariz. Lo miré y asentí con la cabeza. Rafa sirvió el resto de las copas.

—Me pregunto si alguna vez estaré con alguien o la soledad será mi mejor compañera.

—No exageres Elías. Sos joven y te faltan muchas cosas por vivir.

—A veces pienso lo mismo —agregó Rafa—. Siendo gay es más difícil. Las relaciones entre personas del mismo género no están ampliamente aceptadas. Inclusive, indirectamente por los mismos gays. Solo les preocupa el sexo casual y no hay espacio para conocerse, para ir al cine, para comer un sándwich mirando al horizonte.

—No es fácil y lo entiendo. Siento que no quiero abrir mi corazón por un tiempo. No estoy listo para otro fracaso. Es muy frustrante. Siento que me desarmaron en pedazos y ahora tengo que volver a unir pieza por pieza.

—No suenan muy optimistas chicos —dijo Roberta.

—No se trata de ser optimistas. Es la realidad y no estoy diciendo que esté mal. Es lo que nos toca. La próxima vez voy a estar más atento cuando conozca a alguien. Hay cosas que no voy a negociar. Ahora quiero enfocarme solo en mí.

—Eso está genial. Me encantaría enfocarme solo en mí, pero también quiero follar —manifestó Rafa.

—Es verdad. El sexo es importante. Pero digamos que el sexo casual está muy sobrevalorado

también. Pensamos que es fácil pero, literal, estás entregando tu cuerpo y energía a alguien que no conocés. A veces pienso qué tan responsable es eso.
—Pero capaz que el sexo casual te puede llevar a algo más. Garchar bien también es importante en una pareja —agregó Roberta.
—¡Sin dudas! Pero, ¿cuántos de esos encuentros casuales terminan en algo serio?
—Casi ninguno.

Incliné mis hombros hacia arriba y luego tomé otro sorbo de vino.

—¿Quién se anima a decir en una primera cita, "estoy buscando algo serio y no busco sexo casual"?
—Se van a ir espantados —agregó Rafa.
—¡Por eso! Las personas no están acostumbradas a la honestidad. A mí me encantaría que me fueran honestos, siempre. Pero también es verdad que uno a veces se asusta cuando le dicen que buscan algo serio, cuando en realidad es solo una manera de contar en qué momento de nuestras vidas estamos, qué estamos buscando. Y si tengo una cita contigo no significa que quiero que seamos novios, sino que estoy abierto a conocer personas para, si se da, intentar algo más. Pero todo es efímero, y todos tienen miedo al compromiso, a salir lastimados, por eso prefieren sexo casual, sin dolor.
—También están los que no quieren estar solos, y prefieren estar en una relación tóxica o que no les satisface solo para estar acompañados —dijo Roberta.
—Hostia, de esos sí que hay. Tal vez algo de eso te pasó a ti Elías.
—¡Rafa! —lo retó Roberta.
—¿Qué? No estoy diciendo que lo haya hecho a propósito.
—Puede ser. Tal vez tengas razón. Para no estar solo tuve relaciones con dos boludos. Uno que me engañó y el otro que me dejó en Bali.
—No creo que sea tu caso —agregó Roberta—, creo que por sostener la relación no viste ciertas señales que las otras partes te daban. Tampoco es fácil asumir cosas y desarmar lo ya establecido.
—Entonces será momento de estar solo. Pensar solo en mí y en mis objetivos. Darme valor y enamorarme de mí mismo.
—Suenas como un libro de autoayuda —dijo Rafa—. "¿Cómo olvidar a tu ex en 100 días?".

Nos dolían los cachetes de reírnos.

—Bueno brindemos, porque aunque los hombres a veces sean una mierda, la amistad es lo que siempre salvará todo.
—Nosotros somos hombres Roberta —contestó Rafa.
—Son gays, eso no cuenta —dijo Roberta incitando a que choquemos las copas.
—Gracias por esta hermosa velada amigos. ¡Salud! —dije mirándolos.
—¡Salud!
—¡Salud!

CAPÍTULO XXIV

el escaparate

27 MESES DESPUÉS — MADRID, ESPAÑA

—Sentid la música. ¿A dónde os lleva? No importa, solo importa que vayáis. Eso Irene, eso. Viajad, déjate llevar por el instinto. Hoy el objetivo es no pensar en nada y conectar mente y cuerpo al mismo tiempo. Relajad los hombros Xavi, enfocad tu energía en otra parte. Recordáis, sois un lienzo en blanco. Vosotros sois los únicos que pueden crear con sus cuerpos.

Esa mañana me dolía un poco la pierna. Había hecho un mal movimiento en la clase de natación. De todas maneras, trataba de que no me impidiera seguir con las instrucciones de Sergio.

—Elías, estáis algo distraído. Enfócate, hoy aquí no eres nada ni nadie. No os olvidéis de respirar, sentid como todo el aire entra a sus pulmones y sale por su boca. Comunicad con la respiración. No solo los movimientos os están diciendo cosas. No tengáis miedo de ser quienes queréis ser. Aquí sois libres. Lo estupendo de la actuación es que podéis ser quien os antoje.

La música clásica retumbaba por las paredes y ventanas. Entraba por mis oídos y mi personaje se sentía el héroe de una guerra. El héroe que liberaría pueblos enteros, sociedades oprimidas y aniquilaría los sistemas impuestos. El suelo de madera permitía que nos deslizáramos como si de verdad pudiéramos crear el mundo que quisiéramos.

—¿Qué es el suelo? ¿Qué sentid en él? Ahora el mundo ha cambiado. Podéis interactuar entre ustedes pero sin emitir palabras o sonidos. Sutil. Empezaremos de a poco. Sus mundos no se conocen. De repente notáis que hay otros mundos alrededor de ustedes. ¿Quiénes son? ¿Tenéis miedo? ¿Queréis conoceros o no? Dense tiempo. No olvidéis el ritmo que marca la música.

Es verdad, había otros mundos. Irene tenía un mundo más amable que el de Xavi. Lo decían sus ojos. El ritmo de la música iba escalando en intensidad y la diversidad era evidente. Sergio había hecho que todos sus alumnos congeniaran en una hermosa escena con los engranajes perfectos.

Nuestros cuerpos sutiles se movían pero cada vez más rápido y con más intensidad. Hasta que la música al fin se acabó.

—Descansad, donde queráis. Allí mismo donde estáis si os apetece. Para la siguiente clase quiero que trabajéis las inhibiciones y los prejuicios, y cómo eso se relaciona con la expresión corporal. Xavi, recordad relajar el ceño. Corina, tenéis que estirar más ese cuerpo. Nos vemos la semana que viene. Adiós mis artistas.

Estiré mis brazos y piernas en el piso. El movimiento había hecho que el dolor mermara un poco.

—Tío, ¿de qué ceño habla? Está loco. Que si no tengo ningún ceño, estoy bien.

—Tranquilo Xavi. Tal vez en tu cara se veía como que estabas enojado.

—Que no tío, que no. No sé por qué Sergio siempre me regaña sobre algo. Así como me haga no

aprobar la materia ya me conocerá.

Xavi es muy gracioso cuando se enoja. Es un chico al que no podés molestar mucho porque enseguida te hará notar que no le gusta nada lo que hacés. Así y todo, me reí de él varias veces.

—¿Y tú de qué vas?

—Eres muy gracioso Xavi. No es nada, no te rayes. Le estas dando demasiadas vueltas al asunto —le dije apoyando mi brazo sobre su hombro.

—No seáis exagerado Xavier. Basta ya. A mí también a veces me dice gilipolleces y no me afecta —agregó Irene.

—Yo estoy contento con Sergio. Me parece un buen profesor.

—Tú porque te lo queréis follar —sentenció Xavi.

—Callate. Podría ser mi padre. Pero me interesa su materia. La expresión corporal muchas veces dice más que las palabras.

—Bueno ya, hemos acabado con la *uni* por esta semana. ¿Vamos a por unas cañas? —preguntó Irene.

—Qué va, necesito una ya. ¿Vamos Elías?

—No sé. Quiero estudiar para Historia del Arte. El examen parece difícil.

—Joder Elías, aún tienes tiempo. Solo dos cervezas y luego a casa.

—No, de verdad. Gracias. Aún no se ha puesto el sol y quiero aprovechar a caminar un rato mirando el cielo.

—Eres un romántico amigo. De los que ya no hay.

—¿Eso es un halago Xavier?

—Tómalo como queráis. Ve a aburrirte solo en tu cuarto. Necesitáis más aventuras Elías.

—Necesito aprobar, eso necesito. Cuando terminen los exámenes vamos a donde quieran.

—Vale. Déjalo de molestar Xavi. Suerte con el estudio Elías.

—Gracias Irene. Que tengan una linda tarde.

—Vale, hasta luego.

Tomé mi mochila y salí del salón de clase. Caminé esos pasillos de mármol frío hasta la gran escalinata.

No faltaba mucho para que el sol comenzara a esconderse y los hermosos colores dominaran de a poco el cielo. Las calles de Madrid formaban parte de mi nuevo presente. Aunque muchas veces la comparaba con Buenos Aires, la realidad era que allí ya había vivido casi toda mi vida. Ahora era momento de vivir otras experiencias.

Sin dudas, se parecían mucho. Los colores y la arquitectura de los edificios tenían una delicada similitud. Si un distraído se acostara a dormir en Buenos Aires y despertara en Madrid, tal vez le costaría unos momentos darse cuenta.

Para llegar a mi casa desde la universidad, debía atravesar el parque de El Retiro. Parecía que jamás me cansaría de cruzarlo. Repleto de estatuas y estructuras antiguas, era un atractivo para turistas que apreciaban visitar sitios históricos.

Aún era temprano y decidí sentarme en uno de los bancos frente al lago a disfrutar de los últimos minutos de sol. Había dejado de fumar hacía unos meses y por ende mi cuerpo transitaba mucho menos ansiedad que antes. Seguía existiendo, pero tomarme el tiempo de sentarme y solo apreciar el cielo era algo que antes habría hecho con un cigarro en la boca.

La primavera anunciaba su despedida aunque se resistía a abandonar la ciudad. Tomé mi chaqueta retro color verde de mi mochila y protegí mis brazos. Aún estaba algo sudado de la

clase. Algunos niños daban vueltas y hacían piruetas con las bicicletas. Otros se perseguían entre ellos a la vez que sus madres los retaban por no querer ponerse el abrigo. Observé. Observé a todas las personas que pasaban por allí. Todas llevaban historias en sus espaldas. Tal como nos había dicho Sergio, sentarse en un parque a observar era un buen ejercicio. La expresión corporal de las personas cuando no esperan que nadie las esté analizando, era muy interesante.

Había personas que caminaban a paso acelerado tratando de llegar a su casa lo más rápido posible, para poder abrazar a su pareja o para tirarse en el sofá a acariciar a su perro. Otras, como los ancianos, se resignaban al paso del tiempo, luchando contra la noche intentando no encerrarse en casa. También pasó una chica, con cuerpo esbelto, ropa deportiva rosa y auriculares, corriendo como si la carrera fuera de vida o muerte.

Mi estómago rugió rogando que dejara la vista del atardecer para otro día. No me quedaba nada en la mochila, ni una manzana. A la tarde había comido la última fruta que tenía. Dejé el banco de madera y continúe despacio el camino hacia mi casa.

Mientras rodeaba unos de los lagos, vi algo sobre el césped al lado del camino de piedras. Al acercarme, noté que era una caja de cigarros. La tomé y la abrí. Estaba por la mitad. La tentación me saludó por unos segundos. Respiré hondo y caminé hacia el cesto de basura. Lo miré y lo tiré. Estuve unos segundos parado frente a él.

En ese momento, sentí una presencia cerca mío, que se acercó y se quedó en suspenso.

—¿Elías? —me dijo sin antes darme tiempo a ver quién era.

Por inercia, di vuelta mi cuerpo para observar. Me quedé tieso. No entendía lo que estaba sucediendo. Si esa caminata hubiera pasado cien veces, en noventa y nueve me habría ido a casa como un día común.

Me miró a los ojos. Al darse cuenta que de no reaccionaba durante unos segundos, abrió los brazos como para ofrecerme un corto abrazo.

—¿Cómo estás tanto tiempo? Qué locura encontrarte acá —me dijo deseando que mi reacción fuera positiva.

—Hola. La verdad es que sí. No entiendo nada —le contesté mientras mis labios se peleaban para actuar. Abrí mis brazos devolviéndole el sutil abrazo.

—Estás... difer... Más lind... Estás mejor, te veo mejor.

—Gracias —contesté con una risa efímera—. Vos estás igual, creo.

—Tal vez engordé un poco.

—Bueno. Nada grave. No entiendo nada, perdón. ¿Qué haces acá?

—¿En Madrid?

—Sí.

—Estoy de vacaciones. Vine por tres semanas. Esta es la última. En dos días voy a Barcelona y luego vuelvo a Buenos Aires.

—¡Qué lindo! Felicitaciones. Siempre quisiste venir a Europa.

—Sí, por suerte lo pude cumplir. ¿Vos? ¿Qué haces acá?

—Vivo acá.

—¡¿Qué?! ¿De verdad? —Asentí con la cabeza—. Felicitaciones. Qué locura igual encontrarte justo acá. Me cuesta creerlo.

—A mí también. Será el destino. Pasó mucho tiempo.

El impacto fue fuerte. Luego de tanto tiempo de no querer recordar nada de lo sucedido, ni siquiera mirar fotos, parecía que mis recuerdos se habían encargado de borrar su cara. Estaba más gordito, es verdad. Su barba estaba igual, creo. Aunque su cabello tenía cortos

rizos como resultado de haberlos dejado crecer.
—¿Tres años?
—Sí. Un poco más tal vez.

La boca de mi estómago crujía y quería dejar de existir. Sentí que mi espalda y axilas sudaban. Me agarró con la guardia baja. No esperaba que esto pasara. ¿Quién puede esperar encontrarse a su ex novio después de tantos años y en un parque de otro país?
—¿Para qué lado vas? El hostel donde me estoy quedando queda para aquel lado.
—Vivo para ese lado también.
—Te acompaño.

Tenía una mezcla de incomodidad y parálisis. No sabía bien cómo tenía que actuar. Si debía seguir caminando con él, o decirle que no era buena idea. A su vez, había pasado tanto tiempo que no existía en mí un inmenso rencor. De todas maneras, mi actitud no era súper amigable, pero tampoco de desprecio.
—¿Y qué haces acá? ¿Estás estudiando o trabajando?

En esa parte del parque, el camino se dividía en dos. Uno se dirigía hacia la salida y el otro continuaba recorriéndolo por dentro atravesando diferentes esculturas. Tomé el segundo camino y él me siguió.
—Estudio, sí. Estoy estudiando Enseñanzas Artísticas Superiores de Arte Dramático en la universidad.
—Wow. Lo que siempre quisiste Elías.
—Puede ser. Supongo que por mucho tiempo no lo supe. Fue un proceso largo. En el medio estuve viviendo unos años en Australia. No sé si sabías eso.

Él movió su cabeza buscando refugio en algún lugar del paisaje. Con la palma de la mano acariciaba su nuca.
—Sí, sabía —dijo dubitativo.
—¿Cómo te enteraste? —le pregunté con una pícara sonrisa— Mirá, este es el Palacio de Cristal. Pieza arquitectónica preciosa. Tour gratis, no te podés quejar.
—Gracias —dijo mientras reía—. Lo averigüé. —Hubo silencio por unos segundos—. No sé, quería saber cómo estabas. ¿Vos no querías saber cómo estaba?

Mis pulmones dejaron entrar el aire buscando fuerzas. No sabía qué esperaba él de mi respuesta.
—La verdad es que no. Traté de olvidarte para que no me doliera. El que me dejaste fuiste vos.

Con el ceño fruncido, paró de caminar y me miró a los ojos.
—Pará. Me dejaste vos Elías —dijo con una sonrisa pero sin reír—. En la plaza. Yo me quedé llorando y vos te fuiste. Nunca más te volví a ver.

Mi cuerpo se relajaba un poco más a medida que continuábamos recordando cosas. Me reí con ironía moviendo mis manos.
—Sos terrible Julien. Me engañaste. No sé si te acordás.
—Pero no me dejaste explicarte en aquel momento.
—No hacía falta —lo interrumpí—. Me dijiste que no me amabas más. —Se hizo otro silencio—. Todo bien igual, pasó hace mucho y ya fue. Bueno, me tengo que ir a casa. Espero que termines bien tus vacaciones.

Me paré frente a él para darle un abrazo y despedirme.
—¡No! Pará. Nunca pude explicarte o contarte por qué pasó eso.
—De verdad, Julien creo que no me interesa.

No sé si no me interesaba. Tal vez sí. Tal vez sí quería saber por qué me había engañado, o por qué me había dicho que no me amaba más. La incertidumbre sobre si escuchar eso me haría bien o si era lo que necesitaba flotaba por mi mente todo el tiempo. ¿Por qué tenía que aparecer ese día, después de tanto tiempo, a mover mi estructura? No lo sé, pero parecía que otra vez debía hacerme cargo de las cosas.

—Por favor. —Me miró suplicando—. Caminemos un rato más, por favor. Dejame explicarte lo que pasó. A mí también me hace falta decirte eso.

—Es que yo no tengo nada para decirte. Pero entiendo que vos sí.

Vi algo en sus ojos que no había visto antes. No sé si era algo bueno o malo. Solo diferente. Podía oler su vulnerabilidad.

—Te mentí. Te mentí cuando te dije que no te amaba más. —Las primeras lágrimas recorrían el costado de su nariz—. Creo que me daba vergüenza admitir que te había engañado.

Éramos como dos imanes que se repelían. Incliné mi cuerpo hacia el lago que estaba a un lado. Mi rostro buscó refugio en ese cielo cargado de nubes naranjas.

—No puedo creer que esto esté pasando después de tanto tiempo. No puedo creer que me hayas encontrado. —Sus ojos se volvían vidrios húmedos—. Tranquilo, no llores.

—Es que estuve muy mal, muy. Me di cuenta de que te perdí para siempre ese día. Y te amaba, por supuesto que te amaba. Siempre te amé. Me cambiaste la vida y me hiciste muy feliz. Te engañé porque creía que no te merecía, y tal vez quise lastimarme a mí mismo.

—No tengo la culpa de eso. Y al que lastimaste fue a mí —le dije resignado.

—Ya sé. Pero me arrepiento. Mucho. Cuando te fuiste a Australia se me vino el mundo abajo. No lo podía creer. Quería ir a buscarte cueste lo que cueste. Me costó mucho recuperarme. Mucho.

—No sé qué decirte.

—No tenés que decir nada si no querés.

—Me lastimaste a un nivel que no tuvo retorno. Tal vez, no teníamos que estar juntos.

—¿Cómo? ¡La pasábamos bien juntos!

—No sé, más o menos. Creo que no tuvimos muchas cosas en común en algún momento. —Mi garganta comenzaba a resquebrajarse—. Tal vez no nos amábamos como pensábamos. Si nuestro amor hubiera sido más fuerte, no hubieras tenido la necesidad de engañarme.

—Era fuerte nuestro amor Elías.

—No lo sé Julien, no lo sé. Algunas veces pensé que tal vez, yo solo quería ser amado. Solo eso me interesaba. No me interesaba ni el cómo ni el quién. Solo ser amado.

Él, con más lágrimas en los ojos que antes, se sentó en uno de los bancos que estaban en nuestro camino. Respiró hondo. Me quedé mirándolo y mis huesos temblaban.

—Entonces, ¿eras vos el que no me amaba? —dijo llorando.

—No lo sé. Tal vez ya no importa. Creo que uno construye aquello de lo que se enamora. No todo es racional.

Se paró y quedamos frente a frente, con nuestros rostros enfrentados. Tomó mis manos y las entrelazó con las suyas.

—No creo. Yo creo que sí nos amábamos, y no pudimos manejarlo. Éramos más inmaduros que ahora.

—Igual te agradezco —le dije casi sin escucharlo.

—¿Cómo? ¿De qué? ¿Por qué?

—Tal vez si no me hubieras engañado no estaría acá. Tal vez nunca hubiera ido a Australia. Tal

vez no tendría la vida que tengo ahora. No me hubiera dado cuenta de ciertas cosas. No tendría que irme a casa a estudiar para el examen de Historia del Arte. Tal vez no hubiera decidido que lo único que importa soy yo. O tal vez sí.

Lo abracé. Lo necesitaba. Él puso sus manos en ambos lados de mi rostro. Sonriendo y llorando al mismo tiempo penetró mis pupilas con las suyas. Acercó su boca y apoyó sus labios en los míos. Me besó. Como muchas veces lo había hecho. Acepté sus besos por un momento. Luego apoyé mi mano en el medio de su pecho. Con un movimiento lento, lo distancié de mí. Nuestros pechos ya no estaban pegados.

Sequé sus lágrimas.

—Todo va a estar bien —le dije también llorando y sonriendo.

—No quiero que te vayas.

—Va a estar todo bien, te lo prometo.

—No te vayas —dijo inclinando su cabeza hacia el suelo.

—Mirame. Gracias Julien.

Mi cuerpo se alejó. Solo dejé mi palma sobre su mejilla.

—No…

—Gracias.

Su cuerpo permaneció inmóvil, menos sus lágrimas. Me alejé. Caminé por donde habíamos venido. Aún podía escuchar su llanto. Miré hacia atrás inclinando mi cabeza y sonreí. Él también me miró y sonrió.

Caminé sin huir. Los hilos que alguna vez nos unieron, no estaban rotos. Los hilos ya no existían.

Al volver por el parque hacia mi casa, me topé con el cesto donde Julien me encontró. Metí la mano dentro y tomé la caja. Revisé mi mochila en búsqueda de un encendedor. El sol se había escondido por completo. Solo las luces del parque iluminaban. Tomé uno y tiré el resto. Encendí el cigarro, y seguí caminando. Nunca dejé de caminar.

FIN.

CARTA DEL AUTOR

Qué viaje, ¿no? Gracias por haber leído *La Respuesta que no Necesitamos*. Espero que hayas disfrutado de esta novela tanto como yo disfruté escribiéndola. Como autor autopublicado, cada palabra, cada página y cada personaje han sido fruto de mi pasión y dedicación. He invertido tardes enteras, fines de semana sin salir y he dejado de lado muchos planes para quedarme en casa escribiendo, con el objetivo de crear una historia que te atrape y te transporte a otros mundos.

Ahora, me gustaría pedirte un pequeño favor. Las **reseñas** o **reviews** son vitales para autores como yo. No tengo el respaldo de una editorial, pero tengo la confianza de que esta novela merece ser leída por más personas. Si disfrutaste de la trama, los personajes o simplemente te hizo sentir algo especial, te invito a dejar una reseña en **Amazon** o en **Goodreads**. Tus palabras pueden marcar la diferencia y ayudar a que otros lectores descubran esta historia. Así que, sentite libre de expresar tu opinión. Cada reseña cuenta y es una forma de apoyar a los escritores independientes como yo.

Gracias por ser parte de la hermosa aventura de Elías.

¡Gracias por leer *La Respuesta que no Necesitamos*!

¿Te ha gustado?

Tu opinión es importante.

De verdad, muy importante.

Por favor, tómate un momento para dejar una reseña en **Amazon**, o en **Goodreads** o donde quieras.

¡Ayuda a que más lectores descubran esta historia!

Siempre es una especie de duelo terminar una novela

Si quieres seguir resonando con la historia de Elías, te comparto la playlist Oficial de *La Respuesta que no Necesitamos.*

Busca "*La Respuesta que no Necesitamos" en*



O HAZ CLICK EN ESTE ENLACE

CAPÍTULOS

los hilos
la aceptación
la reconstrucción
los lápices
los vuelos
el retroceso
el espejo
el globo
el césped
la orilla
la maldita pared
los grafitis
el desierto
el pañuelo
los latinos
la van
el sueño de Elías
el comienzo del final
nunca jamás
los kilómetros
palmerston st
la enfermedad
las galletas
el escaparate